

*Gilbert Cesbron*

PERROS PERDIDOS SIN COLLAR



se

Lectulandia

Francia, principio de los años cincuenta. Toda una generación de chicos huérfanos de la Segunda Guerra Mundial o abandonados por sus padres a causa de las dificultades de la posguerra han sido marginados por la sociedad y reclusos en fríos y hostiles centros de menores. Gilbert Cesbron describe magistralmente en esta novela, que le catapultó a la fama, la vida cotidiana de un grupo de estos chicos reclusos en un correccional, sus intereses, aspiraciones y sufrimientos, su búsqueda incesante de afecto y la construcción de su propia identidad a través de las grandes dificultades que han de atravesar. Los chicos tienen a su lado al juez de menores Lamy, quien se ve llamado a la difícil tarea cotidiana de hacer que, en medio de un ambiente cargado de escepticismo y desesperanza, puedan emerger las semillas de generosidad, afecto y pureza que sólo una mirada llena de compasión es capaz de descubrir en estos chicos. Escrita en un lenguaje crudo y directo, con tintes fuertemente dramáticos, el lector descubrirá la actualidad temática y estilística de esta obra, de cuya primera publicación se cumplen ahora 60 años.

Gilbert Cesbron

# **Perros perdidos sin collar**

ePub r1.0

Titivillus 04.11.2019

Título original: *Título*  
Gilbert Cesbron, 1954  
Traducción: María Barbeito

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

*Al padre de Dominica dedico esta historia,  
quizá demasiado gris, quizá demasiado rosa.  
Pero este color indeciso se lo dan, al mezclarse,  
la sangre de los niños, la blancura del invierno  
y lo negro de la ciudad.*

Y de repente, Alain Robert vio un castillo, el primero de su vida... Sí, en la otra orilla y entre aquel polvillo de sol que todo lo envolvía, lejano, elevado y teatral, había un castillo con almenas, torreones, quizá también «matacanes». (¡Si al menos supiese lo que era aquello...!). ¿Qué caballeros y qué caballos vivían así en pleno París?

—¡Deprisa, Alain Robert! —dijo el acompañante con tono cansado. (Desde aquella mañana a las cuatro, desde el timbre que le despertó, en la calle desierta, en la estación y en el vagón maloliente, no sabía más que repetir lo mismo: «¡Deprisa, Alain Robert!»)—. ¡Vamos! —repitió el conductor—, ¿qué pasa?

Se volvió y vio al niño inmóvil: cejas fruncidas que se aproximaban; ojos negros y límpidos, labios entreabiertos como si fuese a hablar; no; como si acabase de llorar. Aquel muchachito de once años que no parpadeaba nunca, que en el tren, con las manos en los bolsillos y el cuello levantado, no había dormido un instante ni había hecho una sola pregunta, aquel chico extraño le intimidaba.

—¿Allí? —preguntó Alain Robert, con la voz enronquecida de la madrugada, y levantó el brazo. (Solamente dos dedos salían de la manga, demasiado larga...)—. ¿Qué es eso?

—El Palacio de Justicia. ¡Ven!

—¿Qué hay dentro?

—Ladrones, asesinos..., jueces. ¡Vamos, vamos, deprisa!

Alain Robert imaginó enseguida subterráneos de tortura, patíbulos en cada piso, verdugos de caperuza roja, cuyas manos...

El pitido de un remolcador lo resolvió todo. El muchacho corrió hasta el centro del puente para inclinarse sobre el remolcador cuando éste apareciera bajo el arco. Vio a otro niño de su edad tumbado en la popa de un barco, entre dos macetas de flores y una jaula de conejos. Sus miradas se cruzaron sin simpatía. «¿Y si yo me largase también?», pensó Alain Robert, apretando los puños dentro de sus desmesuradas mangas.

—Mira —dijo el acompañante, que le había alcanzado—, mira un panorama célebre: ése es el Palacio de Justicia... A la izquierda, el Tribunal

de Comercio y la Prefectura de Policía... Y allí, detrás, el Hôtel-Dieu, un hospital muy antiguo.

Tribunal, Policía, Hospital: con tres palabras de adulto había construido un mundo de piedra en el que el chico respiraba mal y sentía el estómago vacío. «¡Oh, el barco, el niño acostado, tan lejos ya...!».

Alain Robert levantó su rizada cabeza y se fijó en aquel tipo que hablaba con agradable sonrisa: sombrero, lentes, impermeable, un conjunto perfecto. ¡Un monumento entre los otros! ¿Por qué, sin embargo, su mano estaba caliente?

—... Y el mercado de flores, que también es bastante pintoresco — concluyó el hombre.

Pero el muchacho ya no escuchaba. Desde el mercado de flores un perro venía corriendo hacia ellos. Alain Robert sintió latir fuertemente su corazón antes de comprender por qué. Estirados la cabeza y el cuello, fija la mirada, aquel perro corría a paso ligero. Seguía recto hacia delante, con ciega obstinación. Sin embargo, en semejante encrucijada, tan movida, tan ruidosa, el paso insólito de aquel animal silencioso y apresurado parecía no asombrar más que a Alain Robert. El animal le rozó sin moderar la marcha. Su mundo se reducía a una estela de olor que le huía... Avanzaba con la boca abierta y la lengua colgante. Luego dudó un momento, pero sin detenerse, como un velero que cambia de rumbo. Atravesó la calle oblicuamente sin preocuparse por los carruajes, y uno de los agentes que guardan la entrada del Palacio de Justicia comenzó a observarlo. Alain Robert lo notó, frunció las cejas y apretó los labios; en aquel momento oía muy distintamente latir su corazón: ¿cómo no lo oía el tipo del impermeable...? El perro continuó su carrera por la otra acera, con falsa alegría, como si reconociese el camino. Dio así vuelta a la plaza y volvió a encontrarse en el mismo sitio. Entonces se detuvo, jadeante, y volvió la cabeza a un lado y luego al otro, con el mismo gesto de los moribundos. Y Alain Robert, que no lo había perdido de vista, se dio cuenta de que no llevaba collar...

Desde entonces el muchachito se olvidó de respirar; hizo una gran inspiración ronca que le sacudió todo el cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó el acompañante, que explicaba con voz clamante en el desierto la fundación del hospital.

—¡Nada! —respondió el niño con voz sorda—. Bueno, ¿y después de San Luis...?

Quería estar tranquilo, y la tranquilidad de los niños existe cuando hablan las personas mayores. Acababa de comprender que aquel perro se había

extraviado y que el bueno del animal también acababa de darse cuenta de ello; por eso quería que le dejaran tranquilo.

—Pues bien, después de San Luis...

El animal había vuelto a marchar, pero en sentido opuesto. Era un gran perro de pelo cobrizo con manchas blancas, muy delgado; la pelambre le flotaba en torno al cuerpo, como el ropaje suntuoso de un viejo rey destronado. ¡Una verdadera máquina de correr! «Vamos —supuso el muchacho—, sabrá hacerlo el tiempo necesario». Pero no. El perro se paró otra vez y Alain Robert vio claramente que le temblaban las patas como si fuera a desmayarse. ¿Se estremecía, o era que el viento le corría por el pelaje? Volvió a andar, y súbitamente atravesó la misma calle casi por el mismo sitio. Esta vez por poco le aplasta un coche; Alain Robert levantó el brazo como para impedirlo desde lejos... El perro retrocedió, con el lomo doblado en movimiento de ola y mostrando una mirada humilde y temerosa. El agente lo señaló con el dedo e hizo una seña a sus dos colegas.

—Oiga —preguntó bruscamente Alain Robert—, ¿qué hacen con los perros perdidos?

—Pero... ¡eso no tiene ninguna relación! —respondió el otro, colocándose sus gafas. (Hablaban de la Santa Capilla).

—¿Qué les sucede?

—La policía captura los perros vagabundos para llevarlos al depósito.

—¿Y allí los... recogen? —Su voz temblaba de ansiedad.

—Los sacrifican.

—Ah, bien... Pero... ¿a quién? —preguntó después de un momento.

—¿Cómo?

—¿A quién los sacrifican? —Se había dejado coger en el lazo de las grandes palabras.

—Sacrificar quiere decir matar —dijo el hombre. Y parecía dichoso por pertenecer a la clase de personas que dicen «sacrificar» en vez de «matar».

—¡Los matan! —gritó casi Alain Robert—. Pero ¿qué han hecho?

—Es cuestión de orden; los perros vagabundos son peligrosos para el orden...

Éste debía de ser también el parecer de los agentes. Alain Robert los vio agruparse y desplegar sus esclavinas como pájaros nocturnos. Con terrible naturalidad se dirigieron hacia el perro, que con los flancos temblorosos se había parado no lejos de ellos. Veía aproximarse a los hombres azules, los olfateaba, tendía imperceptiblemente el cuello hacia ellos. Su cola se movía; Alain Robert se sintió agobiado por la vergüenza.

Lo que siguió tardó menos tiempo en suceder que lo que se tarda en leerlo. El hombre del impermeable vio echar a correr al muchacho y se quedó cortado en la expresión «encaje de piedra»; sí, correr y cruzar a ciegas la calle, como el perro. Al mismo tiempo que corría, el chiquillo hurtaba en su bolsillo izquierdo —el frasquito de esencia..., baratijas..., una castaña..., ¡no era eso!—; después, en el derecho. Allí encontró un largo bramante, que desenredó. Los agentes habían acabado su maniobra y tenían cercado al animal. Alain Robert penetró en el círculo y —«¡qué importa que me muerda!»— tendió su mano hacia el animal.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué haces aquí? —preguntó con tono jovial, tratando de anudar la cuerda alrededor del cuello, tan delgado; pero sus manos temblaban demasiado—. ¡Se... ha escapado! —explicó.

—¿Ah, sí?

Era un verdadero duelo de hipocresía: los agentes fingían creer que el perro pertenecía realmente a aquel chiquillo de zapatos demasiado ordinarios y de ropa excesivamente larga: un chiquillo patibulario, como el perro. El hombre del impermeable se presentó para estropearlo todo, utilizando justamente las mismas palabras:

—¡Vaya, vaya! ¿Qué haces aquí?

El perro comprendió antes que nadie; con el mismo movimiento de poco antes delante del carruaje, retrocedió, alejándose de los hombres de azul. De dos presas, los guardias escogieron la menos protegida; abandonaron a Alain Robert y corrieron tras el perro.

—¡No, no! —gritó Alain Robert, sepultando sus manos en las mangas de la gabardina—. ¡Van a cogerlo! Es necesario... ¡No sé! Es preciso... ¡Oh, mire!

En el momento en que los agentes iban a alcanzarlo —el animal ya estaba inmóvil, con las orejas gachas, la cola caída y temblorosa—, se le reunió otro perro. Venía del muelle del Reloj: era un perro lobo sin collar, pero también extraviado desde poco antes; con un día o dos por lo menos de vagabundeo en las patas. Enseñó los dientes, aunque sin gruñir ni moderar el paso; los hombres se apartaron y los dos animales se fueron juntos, igualando la marcha, hacia los muelles. «¡Se han salvado! —pensó Alain Robert—. Salvados, estoy seguro... Porque llegó el otro..., porque son dos...».

Salvados porque son dos... Pero el secreto de los perros perdidos, ¿no es también el de los niños abandonados? Alain Robert no sabía que en aquel mismo instante, al lado opuesto de aquella ciudad desconocida, Marco se disponía a reunirse con él. Marco... ¡Pero paciencia! El Destino que conduce

uno hacia otro a los niños perdidos, el Destino tiene dos manos: la mano derecha, la más hábil, se llama el Médico; la mano izquierda, la del corazón, el Juez de menores... «Salvados porque son dos...».

El acompañante arrastró a Alain Robert por el brazo.

—Vamos, apresurémonos; nos esperan en Denfert... ¿Qué te ha pasado con ese perro? —añadió casi tímidamente, seguro de antemano de no obtener respuesta.

—Quería cogerlo, salvarlo —dijo con amargura Alain Robert, frunciendo las cejas—. Pero ya lo vio usted...; me temía tanto como a los que intentaban atraparlo. No hay derecho...

—¡Sí, no hay derecho! —repitió el hombre con una voz extraña; y soltó de pronto la mano del chiquillo—. ¡Se entrega uno a ellos, se les quiere salvar, se da la vida por ellos y ellos temen y se burlan de uno!... Sí, no hay derecho.

Había hablado con tal calor que el muchacho, sorprendido, le miró: le vio muy sofocado, respirando fuerte y con los ojos brillantes; ojos auténticos tras las gafas. No comprendió del todo por qué fue él mismo quien volvió a coger la mano de aquel tipo y por qué, señalando con la enorme manga una masa de piedra (que era Notre Dame de París), preguntó con voz sumisa y algo temblorosa:

—Y esa iglesia, señor, ¿cuál es?

## Capítulo primero

### *La tía Papeles*

«Voy a mandarte a Denfert», había dicho el director provincial; y el guardián añadió en el mismo instante: «¡Deprisa!, te esperan en Denfert». Alain Robert siempre entendía «el infierno»<sup>[1]</sup>. Entró, pues, en el hospital-hospicio de la avenida Denfert-Rochereau con los puños apretados en el fondo de los bolsillos, dispuesto a escaparse a la menor amenaza. Pero el primero de los hombres de blanco le guiñó el ojo, se quitó el cigarrillo de la boca y le dijo: «¡Buenas tardes, chico!». El chiquillo no ignoraba que la apariencia de bondad es el lazo preferido por las personas mayores y sólo le devolvió una mirada fría.

—¿Traéis los papeles? —preguntó el hombre, cuyo cigarrillo había cambiado de lugar.

El individuo del impermeable sacó unas hojas que el empleado examinó y colocó rápidamente en abanico en una sola mano, a la manera de un jugador de cartas. «Bien..., sí..., bien...». No pidió más; le bastaba el juego...

Éste era, pues, el famoso expediente, sin el cual Alain Robert no tendría derecho a la «vida administrativa». Aquel expediente era un compañero inseparable y más importante que él mismo, porque si uno de los dos podía vivir sin el otro, ciertamente ése no era el muchacho. Alain Robert lo seguía con mirada ansiosa según pasaba de mano en mano... Las enfermeras que conducirían al pequeño de servicio en servicio le protegerían como un ala azul; mientras apoyaban la mano izquierda en su hombro, la otra mano sostendría precisamente el «expediente». Y cuando lo apretasen demasiado fuerte, o lo plegasen, o lo retorciesen, el muchacho sufriría.

En un momento llega al primer patio, ante unos veinte rótulos de esmalte: *Consulta...*, *Cirugía...*, *Pabellón Pasteur...*, *Nariz*, *Garganta*, *Oídos...* ¡Alain Robert no tenía ganas de reír! Pero pensó que sería gracioso que la nariz, la garganta y las orejas de las personas escapasen hacia la izquierda siguiendo la flecha y sus ojos hacia la derecha; los «nervios» al fondo, y los «huesos» bajo

la bóveda... *Pabellón de dudosos*, leyó sobre una puerta. «¿Dudosos? Si me llevan ahí, no entro».

Pero no: pasaron adelante, con el expediente en la mano. No cesaban de cruzar mujeres que llevaban con obstinada torpeza un paquete en el brazo: un bebé; pero Alain Robert no se dio cuenta de lo que era hasta que chilló uno de los paquetes. Con bromas de soldado aquellos hombres de blanco amontonaban fardos de ropa blanca en un coche de caballos. Todo parecía blanco; pero una caja de biberones al pasar en una carretilla bastó para volverlo todo gris, arrugado, áspero. Alain Robert se paró ante el caballo que exhalaba dos chorros de vaho en el aire frío. ¡Era el primer encuentro que le causaba placer aquella mañana! Acarició fuertemente las narices tibias y suaves, tan suaves...

—Grr, «Campesino» —le susurró. Era el nombre del caballo de la granja Deroux.

—¿Qué esperas? —preguntó la enfermera, y agitó la carpeta como una llamada.

Alain Robert se acercó corriendo a su hermano de papel; el caballo volvió la cabeza lentamente para seguir con la mirada a aquel niño cuya mano sabía hablarle.

Pasaron luego por delante de una cocina de ogro, con marmitas inmensas; después, a través de dos patios de recreo. Los muchachos se perseguían gritando; las chicas se paseaban de dos en dos; todos llevaban delantales de cuadritos azules o rojos. Y las ventanas también: cortinas de pequeños cuadros azules o rojos tras de las que se amontonaban caras muy serias o muy sonrientes. Alain Robert frunció las cejas; se sintió espiado por todas partes. «Los mando a la mierda —se dijo con mirada sombría—; me ensucio en ellos, puesto que los mando a la mierda»; y este razonamiento le pareció decisivo.

El expediente y el muchacho, siguiéndose el uno al otro, fueron de blusa blanca en blusa blanca. A Alain lo tallaron, lo pesaron, lo auscultaron, le hicieron toser y repetir treinta y tres, enseñar la garganta y decir «¡aaah!». Le dieron en los tobillos, en las rótulas y en las muñecas con un pequeño martillo. ¡Bueno...! Le palparon los riñones, el vientre, más abajo... ¡Ay...! «¿Te duele aquí...?». Le rascaron el brazo con una pluma de escribir, le pincharon con una aguja larga. «¡No te muevas, esto es lo último...!». Le inyectaron líquido y le extrajeron sangre. Le hicieron orinar en un gran vaso. «¿Viene?». «¡Me parece que no!». Y de pronto: «Sí, viene». «¡Pues detente antes de que el vaso desborde...!».

Esto duró un día entero y en cada servicio había chicos en delantal, con el pelo rapado, sentados en sillas blancas (a veces su calzado ni siquiera tocaba el suelo), y todos a una se volvían hacia el que llegaba con unos ojos tristes y resignados, como bestias de establo. Los que esperaban hacía mucho tiempo se distinguían por su balanceo de oso enjaulado. En el consultorio odontológico se podía ver una fila de mejillas de las que sólo una era roja, como algunas manzanas...

Un día entero, y el chiquillo acabó la jornada mejor examinado, cuidado y vigilado que ningún hijo de millonario... El expediente se había llenado con nuevos certificados, y el carnet sanitario quedaba cubierto de toda clase de escritos y de sellos cuya tinta violeta calaba el papel color de cielo nevado.

En la sección de niños (grupo medio), los compañeros se echaron sobre Alain Robert como los peces sobre un guijarro que toman por miga de pan, y se dispersaron al ver que no les respondía nada. «¿De dónde vienes...?». «¿Por qué te mandaron aquí...?». «¿Hay tipos malos por allá...?». «¿No conociste a Marcelo, un pelirrojo?». ¡Nada, ni una palabra! Duro, frío, ciego y sordo como una tapia, había decidido sumergirse hasta el fondo del agua.

—Es mudo —dijo uno de los niños.

—¿Tú crees? Es italiano...

—Mierda —respondió únicamente a las dos hipótesis.

—Es un grosero, no hay duda —añadió un tercero, que buscaba gresca.

Pero sin apresurarse, Alain Robert se metió en su cama y se volvió del otro lado, hacia uno que dormía.

—Estás en una cárcel —dijo el falso dormido con voz ronca y sin siquiera abrir los ojos—. Pero yo me cago en ella; no me quedaré: ¡soy «temporero»!

Por única réplica, Alain Robert cerró la última puerta que había entre él y todos aquellos rostros vulgares; bajó los párpados. «¿Temporero? —pensaba—. ¡Qué miserable; ni siquiera tiene expediente!».

Durante la clase de la mañana el maestro recibió una nota: «Llaman a Alain Robert de parte del doctor Clérant, del servicio médico-psicopedagógico». Los muchachos se daban con el codo sonriendo maliciosamente. Uno mayor se contorsionó hasta atraer la atención de Alain Robert, y luego, mirándole a los ojos, se golpeó dos veces la sien con el índice doblado. ¡Mala suerte! A él precisamente es a quien designa el maestro para acompañar a su camarada al despacho del doctor Clérant. «¡Oh!, ¿por qué he de ser yo, señor...?».

—¿Qué es eso del servicio médico? No sé lo que es —dijo Alain Robert, casi rodando por la escalera, con el delantal desplegado.

—¡El médico de locos!

Por orgullo, el chiquillo no preguntó más; tuvo que agarrarse al pasamanos porque no le sostenían las piernas. ¡Oh, cuánto le gustaría ser el compañero, el conserje, aquel enfermo que pasaba con un lápiz en la oreja, cualquiera menos Alain Robert...!

—Es allí —dijo el muchacho, cuando estaban todavía lejos. (Un pequeño pabellón rosado entre construcciones grises: un niño perdido entre una multitud...).

—¿Me acompañas?

Entraron. No olía a éter ni a limón ni a lejía, sino sólo a pintura. Una blusa blanca —¡otra más!— avanzó hacia los muchachos.

—¡Éste es Alain Robert! —dijo enseguida el mayor.

—¿Y tú? —preguntó la señorita Alicia, la ayudante del doctor Clérant.

—¿Acaso me han llamado a mí?

—No. Pero sin embargo podrás decirme tu nombre.

—Eduardo Avon —dijo el otro atropelladamente, con temor.

Se escapó, cerrando de golpe la puerta. La señorita Alicia se encogió de hombros y se volvió hacia el pequeño.

—Oye... Pero ¿por qué me miras así, Alain Robert? ¡Yo no voy a pincharte! Espérame aquí tranquilamente...

Volvió a entrar en el escritorio de puertas vidrieras, donde desde hacía ya un cuarto de hora trataba de desentrañar el secreto del pequeño Alberto, de siete años, de los cuales había pasado seis en un sanatorio a la orilla del mar.

—¿Qué estábamos diciendo, Alberto?... ¡Ah, sí! Cuéntame; seguramente había allá una enfermera que querías mucho.

—...

—¿Cómo era? ¿La vuelves a ver cuando cierras los ojos?

—...

—¿Y aquí, cómo se llama tu enfermera?

—Enfermera Rousseau.

—¿Crees que te quiere mucho la enfermera Rousseau?...

—...

—¿Te gustaría que te quisiera mucho...? —Siempre la cabeza baja, la misma sonrisita—. ¡Estoy segura de que te quiere mucho...! Oye: ¿sabes lo que es una familia...? Pues un papá y una mamá con quienes se vive, que nos dan de comer, que nos besan de noche... ¿Te gustaría estar en familia?

—No.

—¿Adónde quieres ir?

—Aquí.

—¿Quedarte aquí? Mira, Alberto, óyeme: ¿no te gustaría tener una mamá...? Te diría: «Éste es mi niño Alberto...».

—No.

—Y además tendrías juguetes para ti solo...

—No.

La señorita Alicia le miró un largo rato. Alberto seguía sonriendo con mirada vaga. Se sobresaltó porque acababan de llamar a la puerta. Era una enfermera.

—¿No está aquí el doctor Clérant?

—No. Comisión Pedagógica, en el Ministerio. ¿Para qué?

—Eugenio Clébert... Estamos muy preocupados.

—¿El pequeño que aulló ayer todo el día?

—Sí. El interno de Medicina dice que tiene...

—¿Una otitis? Es lo que temía el doctor Clérant.

—¡Sin embargo, no hay razón!

—Seguramente; ninguna razón para que un niño de dieciocho meses que separan de su nodriza con las mejores intenciones del mundo atrape una otitis. ¡Sin embargo, es así! Y desde mañana, diarrea persistente. ¡Se vaciará y no podréis evitarlo! Y durante los dos meses siguientes pescará el sarampión, la tos ferina y la viruela, ¡sin ninguna razón! Todo esto tiene un nombre: «reacción de desarrollo», pero los médicos han tardado mucho tiempo en verlo... ¡Pobrecillos todos los Eugenio Clébert!

—¿Y éste? —preguntó la enfermera, señalando al pequeño Alberto—. ¡No me negará usted que fue cuidado admirablemente! Seis años de sano sol de playa; ¡cojea, pero al menos no será inválido!

—Existen otras invalideces quizá más graves. ¡Creo que sería preferible que cojease más y supiese lo que es una madre!

—¡Pero ya que la suya lo abandonó...!

—No puede pasarse sin ella. Y la única razón de nuestro existir es darle una... ¿Volverás a verme, Alberto?

Creyó percibir una luz en aquella mirada superficial, la esperó casi...

—No —dijo Alberto; y se marchó cojeando bajo la protección de la enfermera.

La señorita Alicia lo siguió con la mirada, entornando los ojos; suspiró, y luego hizo entrar al niño de rizos negros, que desde entonces ni movió un solo dedo ni casi parpadeó. ¿En qué pensaba? En nada: esperaba. Como otros mil niños de allí, esperaba...

—Siéntate ahí. Necesito leer tus papeles; mientras tanto vas a dibujar...

—¿Dibujar?

—Sí, aquí tienes cuartillas en blanco y lápices de colores.

—¿Dibujar qué?

—Una casa, por ejemplo.

Alain Robert piensa en los desdichados compañeros que trabajan en clase mientras él... ¡diez, doce, catorce lápices de colores distintos! ¿«Médico de locos»? No, esto no comienza tan mal... ¿Una casa...? ¡Veamos!

Dudó, revolvió todos los lápices, cogió uno verde con el tono imperioso y preciso del dentista que escoge entre todos sus instrumentos el que...

—¡No, este azul primero!

La señorita Alicia, que le observaba de reojo, abrió la carpeta y comenzó a leer.

148.2425-75

L. 140 bis

REPÚBLICA FRANCESA  
Libertad-Igualdad-Fraternidad  
ADMINISTRACIÓN GENERAL  
DE LA BENEFICENCIA PÚBLICA DE PARÍS

Subdirección de  
PROTECCIÓN A LA INFANCIA  
del Sena  
Servicio de Protección  
a la Infancia  
AGENCIA DE M...

El Director  
de la Agencia de M...  
al  
Sr. Director  
del Hospital-Hospicio  
de San Vicente de Paúl

«Tengo el honor de solicitar de usted la readmisión del acogido Alain Robert, cuyo historial adjunto. El niño Alain Robert estuvo

desde la edad de dos años en casa de los cónyuges Deroux, que explotan una importante granja en Rossigneux (Cantón de Ouderne). Los Deroux perdieron a su hijo único durante la guerra. Como consecuencia de esta pena decidieron recoger un chico. Tienen respectivamente cincuenta y cuatro y cincuenta y un años. Honrados, trabajadores, ahorradores, estimados en toda la región, los Deroux han tratado siempre a Alain Robert con comprensión y justicia. Nunca me han manifestado su intención de adoptarlo más tarde; pero la situación hubiera evolucionado sin duda en este sentido si el pupilo no hubiera cambiado bruscamente de comportamiento respecto a sus protectores. Alain Robert es de naturaleza apasionada, pero reservada; sonrío pocas veces, no se entrega nunca y me ha sido imposible interrogarlo con fruto. Debemos, pues, atenernos a las declaraciones del señor y la señora Deroux, a las del señor Marie, el maestro, así como a los certificados del doctor Leduc (piezas todas anejas a la presente solicitud). Parece resultar que a partir de abril último Alain Robert cambió repentinamente de actitud hacia los que hacían con él las veces de padres. Se negó a llamarles “papá” y “mamá” como antes y casi no volvió a dirigirles la palabra. “Parece que nos está juzgando”, dijo el señor Deroux. “¡Y que nos quiere mal!”, añadió su mujer. “No se lava, su asistencia a la escuela se hace irregular. Cuando va a clase no se interesa por nada, busca pelea y parece aceptar los castigos sin disgusto” (observación del señor Marie). No hace caso al toque de campana en la granja, cuya huerta abandona; hace mal los encargos que se le confían, parece perder la noción del tiempo, acumula las mentiras. Los castigos con que el señor Deroux lo amenazaba no hacían efecto; casi parecía buscarlos. Llegó hasta rayar la carrocería de un coche perteneciente a sus protectores, y a romper a propósito sus recuerdos de familia.

»El 27 de agosto, después de una escena bastante violenta los señores Deroux me entregaron a Alain Robert. Se encontrará adjunta la serie de colocaciones que he tratado de buscar para este pupilo, cuya personalidad es a la vez atrayente e irritante. Fueron otros tantos fracasos. En casa de los Laffineur suelta a todos los animales; en casa de los Lamproye desaparece tres días sin explicaciones; en casa de los Arbelin coge adrede todas las manzanas todavía verdes; en casa de los Deraisle comienza la huelga del hambre.

»Intenté a finales de septiembre una última colocación en el Ayuntamiento de Almeville. Se escapó al día siguiente, se apostó en la orilla de la carretera y se puso a parar vehículos. Desgraciadamente para él, el primer automovilista que se detuvo fui yo mismo, en viaje de inspección.

»Tal actitud y tales extravagancias son tanto más graves cuanto más inexplicables. Le han creado al pupilo una reputación detestable en la región, donde ya nadie aceptaría encargarse de Alain Robert. Los señores Deroux, interrogados nuevamente, han declarado, sin embargo, que volverían a tomarlo con ciertas garantías; pero el pupilo es quien se niega rotundamente a esa perspectiva. En estas condiciones...».

—¡Aquí está mi casa! —dijo Alain Robert, dejando los lápices de colores.

—No he acabado de leer tus papeles...

El muchacho le dirigió una mirada sombría.

—¡Pueden decir lo que quieran —murmuró—, pero yo lo sé mejor!

—¡Seguramente! —dijo con dulzura la señorita Alicia—. Pero es preciso, sin embargo, que yo lea lo que «ellos» dicen, ¿comprendes? De modo que coge otra hoja de papel y dibújame...

—¿Qué?

—Una familia.

—¿Una familia?

Frunció las cejas, recogió la manga demasiado larga que le cubría la mano, sacó la lengua, y... «¡Una familia! ¡Una familia! ¿Te das cuenta...?».

«... En estas condiciones —repitió la señorita Alicia, prosiguiendo la lectura— no me queda otra solución que pedir la urgente readmisión del acogido Alain Robert.

»*El Director de la Agencia de M...*».

Tres estampillas (un círculo, un cuadrado y un óvalo) sellaban una firma que la señorita Alicia conocía bien. El director de la Agencia de M., con su «Citroën» y una máquina de escribir de treinta años de uso, está encargado de medio millar de niños (siete de los cuales son suyos). Sus domingos y sus vacaciones...

¿Qué domingos? ¿Qué vacaciones? Sus semanas no tienen más que lunes, sus años se cuentan por octubres. Y se le puede telefonar a la oficina todas las noches hasta las nueve... «¡Trabaja usted demasiado! —le dicen el obeso

lechero, el carnicero millonario y el innoble tabernero—; sobre todo para una administración que no se lo agradece a usted y para niños ingratos...».

El niño más ingrato, las cejas negras, entreabiertos los labios, está dibujando sin ganas una familia. La señorita Alicia empieza la lectura de los documentos anejos al historial de Alain Robert; declaraciones (con tinta violeta) de los señores Deroux, la relación (en papel escolar) del señor maestro, certificados del médico, indagaciones de la visitadora social, informaciones complementarias recibidas por teléfono, carnet de Sanidad, primer boletín de comportamiento en la sección... ¡Uf...! A través de estas hojas de diversos formatos y colores una docena de adultos rondan en torno del pupilo Alain Robert; pero el secreto de Alain Robert permanece oculto para ellos...

—¿Acabaste la familia? Entonces hazme un hombre; sí, uno que tú quieras o que no quieras, que tú conozcas o que no conozcas, como prefieras.

Alain Robert, tan decidido antes a contestar no, a negarse a todo, vuelve a coger los lápices con gusto: dibujar, como correr o dormir, le alivia, le sosiega, le emancipa. «¿Un hombre? ¡Aquí está...!».

Pero la otra no ha terminado aún su lectura. El chiquillo la observa fríamente: aquellos labios que balbucean sin palabras, aquellos ojos que recorren los renglones... «Debe de estar un poco tocada, ¡ya me lo había dicho mi compañero...!».

En efecto, ahora con la cartera cerrada y los dibujos perfectamente ordenados, la señorita Alicia le hace alinear pesas por orden decreciente, devolver moneda, enumerar los meses (¡mierda!, entre octubre y diciembre había uno, sin embargo), definir una mesa, un auto («¡Me toma por cretino!»), la patria (¡Oh!). ¡Otra cosa ahora! Le cuenta una historia absurda: «Un niño vuelve de la escuela y su mamá le dice: No estudies enseguida tus lecciones, tengo una noticia que darte. ¿Qué le va a decir su mamá?».

—¡Yo qué sé!

—¿Qué te parece?

—Que..., que murió su hijo.

—Bien. —¿Por qué «bien»?— Óyeme ahora: voy a decirte frases en las que hay tonterías, tú me dirás cuáles. Si yo digo: «Tengo tres hermanos, Luis, Roger y yo», ¿qué es lo que hay de tonto en eso?

—Usted —responde el muchacho, y piensa: «Está completamente chalada; mi compañero tenía razón».

—Escucha otra cosa: «Acabo de ver entrar en casa de mi vecino a un médico, un notario y un cura. ¿Qué ocurre en casa de mi vecino?».

—Van a jugar una partida —sugirió Alain Robert.

La señorita Alicia se rió mucho. ¿Por qué? Después le presentó un laberinto dibujado del que tenía que buscar la salida. ¡Pero de aquí es sobre todo de donde quisiera salir Alain Robert! Aquella persona mayor que juega con él hace un cuarto de hora abre una caja de cubos, ojea dibujos donde falta la nariz en medio de la cara. («¡Muy bien!»). Le enseña figuras inexplicables (una joven que llora al pie de una escalera, un viejo tirando a brazo de un carruaje, un caballo...) y le pide la explicación; ¡todo esto no es normal! Y lo peor es que ella anota todas las tonterías que él dice y las guarda en la carpeta de su expediente. Está a punto de tirar por el aire su expediente. ¡Sin duda alguna, esto no marcha bien!

—Bueno..., ahora vuelve a la Sección, pero vendrás mañana a ver al doctor...

«¡Pobre doctor! —pensó Alain Robert—. ¿Qué dirá cuando vea que su enfermera se volvió loca? A menos que él también...».

La Comisión estaba reunida desde hacía hora y media y el doctor Clérant no había pronunciado aún una palabra. Se trataba de un juego muy particular en el que sólo ganan, como en el *bridge*, los que saben esperar mucho antes de manifestarse. Cuantos más triunfos se tienen en la mano, más veces hay que dejar «pasar»; por eso las comisiones no comienzan en realidad hasta dos horas después de empezar la reunión. Aquella mañana se jugaba una partida entre veinticinco, de los cuales algunos se conocían la puesta y la mayor parte (¡a Dios gracias!) ignoraban las reglas. Alrededor de aquella isla de paño verde se hallaban sentados representantes de cuatro ministerios, de varios gobiernos civiles y de media docena de instituciones. El término «niños» estaba en muchas frases y en todas las bocas, pero casi nunca se empleaba en el mismo sentido. Para unos se trataba de delincuentes; para otros, de retrasados escolares; para algunos eran débiles y enfermos; para otros, obreros en potencia. De este modo, los ministerios de Justicia, de Sanidad, de Educación y de Trabajo querían de buena fe asumir la dirección de aquellos niños, pero no encargarse de ellos por falta de «créditos». ¡Otra palabra que surgía a cada momento! Y cada vez los interventores de los gastos realizados y los representantes del Ministerio de Hacienda aguzaban los oídos. De momento, y al cabo de cerca de dos horas, revisaban el acta de la última sesión. Como en esos folletos cuyo resumen es casi tan largo como el nuevo episodio, la Comisión daba a sus componentes una última ocasión de interesarse en lo que no se había ocupado la semana anterior. Así hacen los malos alumnos, siempre retrasados en una lección... Y los triunfadores de la anterior semana temblaban porque la revisión podía poner sobre aviso a los

perdidos acerca de las leyes del juego. ¡Pero no! El ilusionista no hace más que ofuscar a los espectadores continuando sus juegos de manos... Paradójicamente, los únicos, alrededor de aquel césped ovalado, que se apasionaban verdaderamente por la infancia se reconocían en que callaban, tenían los ojos bajos y parecían dormir. Por instinto se habían escalonado a fin de no parecer que formaban clan, pero podían avanzar en haz y de pronto concentrar sus tiros.

El señor Lamy, juez de menores, miró furtivamente su reloj. «Él también espera el mediodía», pensó el doctor. ¡El gran barullo del mediodía, cuando nadie comprende nada de lo que discute y sólo desea fastidiar al vecino sin contradecirle demasiado abiertamente! Cuando el mal humor ocupa el lugar de la razón, y la vehemencia el de la buena fe. La hora en que uno cualquiera, proponiendo cualquier cosa, puede arrastrar a los demás a condición de que haya callado hasta entonces, de que se exprese con claridad y de que tenga un papel en la mano... A mediodía, cuando el estómago comienza a hablar, no es un hombre inteligente o sincero lo que se reclama, sino un hombre «nuevo»... Y lo mismo ocurre seguramente en los consejos de Ministros, en las conferencias internacionales y en todas partes donde se juega el destino del mundo.

El doctor Clérant, impasible, esperaba el mediodía y miraba al juez Lamy, que también impasible, lo esperaba. Observaba con simpatía aquel rostro cuya boca sonreía de continuo y muy raramente la mirada; aquel ojo derecho más cerrado que el otro; aquella cabeza inclinada sobre el hombro y que presentaba dos perfiles diferentes: uno de señor y otro de campesino; aquella negra cabellera en que serpenteaba un solo mechón blanco. ¿Era el rostro surcado de arrugas de un hombre joven, o el semblante notablemente juvenil de un viejo? Una vez más se hacía esta pregunta el doctor Clérant, cuando uno de los charlatanes de antes de mediodía, careciendo ya de argumentos o tratando de aburrir, la tomó con la Beneficencia Pública e hizo constar el celo de su personal, la calidad de los cuidados prodigados a los niños...

—Yo me permitiría —dijo fríamente el doctor, que salía de un silencio tan largo que necesitó aclarar la voz—, me permitiría dar algunos detalles sobre este punto.

El otro calló, creyendo que iba a llevar el agua a su molino; pero el tranquilo río del doctor acarreaba hielo...

—Los servicios de la Beneficencia Pública que nos interesan, y que mejor sería llamar de Protección a la Infancia, tienen a su cargo veintiocho mil niños. Muchos le son entregados en condiciones físicas deplorables. Sin

embargo, su estado sanitario es mejor que el de la población infantil normal y la mortalidad es en ellos menos elevada. Evidentemente, el personal no es ajeno a este resultado... Aunque quienes lo utilizan tengan tendencia a exigir de él una abnegación que ellos mismos no tienen, ciertamente, en un trabajo generalmente menos penoso y mejor pagado...

«¿Por qué habrá hablado tan pronto? —se preguntó el juez Lamy—. Era mejor dejar que el otro gozase su falsa ventaja y llegase hasta el final del ridículo. Entonces, con una sola palabra, se desembarazaría de él por completo, mientras que así no está más que herido... ¡Lo atajó demasiado pronto!». Estos pensamientos se producían tras una sonrisa no correspondida. El doctor Clérant había recobrado igualmente su impasibilidad: más alto y más ancho que ninguno de los demás asistentes, con la cara redonda, la nariz redonda y los ojos redondos, las manos juntas, las orejas algo planas y el aspecto falsamente humilde de un emperador romano trasplantado... Pero en este mismo momento aquel gigante tan avisado calculaba fríamente cuántos «votos» le proporcionaría ahora su intervención: «¿Diecisiete...? ¡No! Dieciocho, con el suyo, porque me está agradecido por no haberlo hundido... Más la doble satisfacción de haber hecho callar a un imbécil condecorado proclamando la verdad... ¡Operación ampliamente pagada...! ¡Ahora basta ser el último en hablar!».

La hora avanzaba, el hambre, las disputas y la confusión crecían. Cuando ésta alcanzó el punto crítico, uno de los «moderados» se adelantó y habló casi en voz baja, con un papel en la mano que atraía las miradas.

—¿Qué créditos necesita este proyecto? —le preguntó únicamente uno de los directores de Hacienda.

—Treinta millones aproximadamente —respondió el otro con premura.

El hombre de la Hacienda asintió rápidamente. Esto significaba que hubiera podido pedirse el doble. «¡Qué ingenuo!», pensó Clérant, desolado. Él mismo se levantó poco después. Había urdido una falsa historia con ayuda de algunos hechos verdaderos que presentaba juntos y como si fueran recientes: «Hace dos..., ¡no!, tres días, vi entrar en mi gabinete...». ¡Palabra mágica! Para aquellas gentes de oficina el «gabinete» marcaba la diferencia entre un simple oficio y la carrera del otro. El doctor triunfó fácilmente en un tema para el cual había acumulado en vano informes durante varios meses. Lo había previsto exactamente: el imbécil votó ostentadamente por él... Siguió una discusión entre gentes que entendían de finanzas para saber a qué capítulo del presupuesto se llevaría el gasto. ¡Al oírles parecía que en un caso costaba la mitad y en el otro el doble...! Con una habilidad que la mayor parte tomó

por cortesía, el juez Lamy habló el último, cuando los relojes habían pasado ya a los bolsillos, se ponían las manos apoyadas en la mesa y el presidente dulcificaba su mirada circular.

—¿Nadie tiene nada que observar..., señor Lamy?

El señor Lamy fingió leer un papel con cifras que sabía de memoria: 230 millones de niños insuficientemente alimentados en el mundo; 13 millones de abandonados a través de Europa, y en cuanto a Francia, 2 millones de niños que fueron afectados por la guerra...

Todavía una receta infalible: remontarse a las fuentes, después hacer bajar el curso del tema con la claridad e impetuosidad del torrente, y desembocar al fin bruscamente en el problema del día. (Éste era aquella mañana la creación de un Centro de Observación). Se acordó en principio, pero escalonando su realización, porque las decisiones precedentes habían devorado ya los créditos. El señor Lamy comprendió entonces por qué el doctor no había hablado el último... «Aún tengo que aprender la táctica de la Comisión», pensó sin abandonar su sonrisa. Se apretaban las manos sin cesar, se ayudaban mutuamente. «¡Le ruego!». «¡Perdón!». «¡Gracias!», al tomar el abrigo. El doctor se despidió del juez con un suspiro y una elevación de cejas.

—¡No, no —le susurró el señor Lamy—, no se perdió el tiempo! Esta sesión nos libra de ir a tirar de quince campanillas...

—Cierto es que se adoptó definitivamente...

—¿Definitivamente? ¡No crea eso tampoco! Para conseguir que los niños no nos sean entregados ya con esposas fueron necesarios, a pesar de la unanimidad de la Comisión, años de paciencia, y firmas, firmas... ¡Hasta la Defensa Nacional intervino en ello!

—¡Ah, si hubiese un Ministerio de la Infancia...!

—Es mucho menos esencial que un Ministerio de Correos, Teléfonos y Telégrafos, créalo.

—Sin embargo, todo llegará, señor juez. ¡Pero no todas las noches son la noche del 4 de agosto! Y para que cada ministerio renuncie a sus privilegios... Es verdad que tiene usted un arma secreta —añadió Clérant—; la sonrisa.

—La sonrisa..., ¡la sonrisa es la flor de la obstinación! Pero el arma de usted es la frialdad.

—¡Profesionalmente!

Bajaban la escalera. El señor Lamy se detuvo en un escalón.

—Hace mucho tiempo que deseaba hablarle de esto, doctor, que deseaba comprender cómo puede atraerse la confianza de sus enfermos con esa

frialdad.

—No es frialdad; es objetividad. Llega una mujer a mi consulta, con mirada concentrada, con el rostro devorado por contracciones nerviosas; hostigada por un insecto invisible. ¡No viene a ver a un psiquiatra para que le coja la mano y le dé pildoritas! Al cabo de diez minutos me confiesa que tiene ganas de matar a su marido. Bueno. Si le hablo como confesor: «Eso está mal, muy mal», yo, que no tengo poder para absolverla, ¿qué bien puedo hacerle? Y si le hablo paternalmente, como...

—¡Como un juez de menores! —sugirió el señor Lamy riendo.

—¡Como usted quiera! «¡Bah, eso no es en realidad tan terrible!». Yo, que no tengo poder como usted para declararla inocente, ¿qué bien puedo hacerle? No, la única actitud posible es lo que usted llama frialdad. «¡Ah! ¿Y cuánto tiempo hace que tiene usted ganas de matarlo?». Como si se tratara de un estreñimiento rebelde...

—Yo creía que al menos con los niños...

—Sí, es una gran tentación la de darles golpecitos en las mejillas, hacerse querer del pobre niño a quien sus padres quieren tan poco. Pero ¿para qué sirve tener piedad, enternecerse y enternecer, puesto que hay que adaptar los niños a los padres que tienen, aunque sean detestables? Por consiguiente, un tono uniforme, no juzgar nunca, ponerles frente a frente consigo mismos: ¡no ser más que un espejo! En este momento es cuando su angustia se derrumba y se puede ya comenzar a hablarles...

Al día siguiente por la mañana fue cuando el doctor Clérant «comenzó a hablar» con Alain Robert.

—Vamos, chico, ¿qué es lo que no marcha bien...? Veamos tu expediente... —Lo conocía al detalle—. ¿Fuiste tú el que dibujó esto?

—Sí.

—Explícame algo; tu casa, en medio de un campo inmenso, está cercada de vallas. ¿Por qué?

—¡Porque es así!

—¿Lo ves tú así? Bueno. —Silencio—. Dime: ¿el señor y la señora Deroux eran quisquillosos, maniáticos?

—¡Oh, sí!

—O quizá se volvieron de repente, ¿eh? Tú crees que fue de repente...

—Fue de repente —afirmó Alain Robert.

—¡Qué quieres! Iban haciéndose viejos... Y entonces, ¿no te dejaban hacer lo que querías?

—Nada.

—¡Ni siquiera lavarte ni ir a la escuela...! Está bien. Dime: ¿esto de la izquierda son árboles?

—¡Ya se ve!

—Ya se ve. Y... ¿cuál de los dos eres tú?

Un dedo oscuro, afilado, salió de la manga áspera e iba a señalar uno de los árboles, pero se paró en seco y volvió a entrar en su concha.

—¡Yo no soy un árbol!

—Ya lo sé. Pero si lo fueses, ¿cuál de los dos serías...? Éste, ¿no es verdad?

Alain Robert lamentaba enseguida haber asentido. Sí, de aquellos dos árboles, uno majestuoso, otro abatido, esmirriado, él «es» el último...

—Bien. Veamos el otro dibujo... Es una familia, ¿verdad? Dime, pues: éstos son el padre y la madre que se ponen a comer; pero ¿no hay ninguna persona más?

—Es de suponer.

—¿Qué cuadro es éste, entre los dos, colgado de la pared?

—Un cuadro.

—Ya lo veo —continuó el doctor, siempre apacible—, pero... —mira la hoja al través—. Usaste el lápiz blanco para borrar...

—¡Aquí no hay goma!

—¿Para borrar qué? ¿Quién había en el cuadro?

—Nadie —dijo el muchacho, apretando los puños.

Los grandes ojos redondos lo notaron.

—Bueno. Pero ¿tú no estás en el cuadro?

—¡No, que estoy aquí!

—Es cierto —dijo bondadosamente el doctor; luego añadió, inclinando de pronto su pecho de atleta hacia la cabeza ensortijada y afrontando aquella mirada sombría—: ¿Cómo se llamaba el chico que los Deroux perdieron en la guerra?

—And... ¿Cómo quiere usted que lo sepa?

—Ya que lo sabes, ¿por qué no me lo dices?

—Andrés —dijo Alain Robert después de un instante; y bruscamente su agitada mano voló fuera de la manga azul, cogió el tercer dibujo (un hombre cualquiera), lo arrugó y lo tiró al suelo.

Siempre tranquilo, el doctor se inclina, recoge la bola de papel, la despliega y examina el dibujo.

—Éste es el retrato de Andrés —murmura—. Y el cuadro estaba en tu cuarto, ¿verdad...? Y te hablaban siempre de él, ¿eh...? «¡Andrés no hubiera

hecho esto...! ¡Ah, si Andrés estuviese aquí...!».

Alain Robert se puso colorado y fingió interesarse por la falleba de la ventana, por los tubos de la calefacción central...

—¡Andrés, Andrés es muy guapo —continuó inocentemente el doctor—, pero a fin de cuentas Andrés ya no estaba allí, mientras que tú eras el hijo de la casa!

El muchacho se enderezó con las cejas alborotadas, la boca entreabierta, temblándole la barbilla. Clérant, que esperaba esto, no se movió.

—¿Eh? —preguntó—, ¿tú no eras el hijo de la casa...? —Silencio—. ¿Te han dicho que no eras su hijo de verdad? —prosiguió lentamente—. ¿Y cuándo fue eso...? Procura recordarlo. ¿Después de un escándalo...? ¿Fue ella la que se incomodó?

—No, fue él.

—Y cuando supiste que no eran tus verdaderos padres, ¿qué efecto te hizo?

—Sentí como un gran vacío —dijo Alain Robert con voz sorda—. Fui a vomitar al establo. Tenía frío. Hubiera querido morirme.

—¿Como Andrés?

—Andrés tuvo suerte.

—¿Te parece? Yo creo que él preferiría estar en tu puesto.

—¡Claro: él tendría padre y madre!

—¡Pero tú los tienes también!

—¡Ah, sí, magníficos!

—¿Qué sabes tú? Les volveremos a hablar. Mira —dijo el doctor con un gesto—, ¡encuentro vuestra historia un poco tonta! Los Deroux están tristes por no tener un hijo, y tú por no tener padres. Había quizás un modo más inteligente de arreglar las cosas que amenazarte con llevarte a la Beneficencia...

—¡Siempre estaban repitiéndomelo!

—¡O de «romper recuerdos de familia»...! Eran retratos de Andrés, ¿no?

—¡Los había por todas partes!

—¿Y esa historia del «coche rayado»?

—¡Bah!, un auto viejo sin motor y sin frenos arrinconado en la granja. Dentro vivían las gallinas...

—¿Y tú qué hiciste?

—Escribí mi nombre —dijo Alain Robert con dureza— en el tablero al lado del volante y en las cuatro puertas. ¡Mi nombre, y qué! ¡Yo también tengo nombre... como todo el mundo!

—Como todo el mundo.

—Todo era suyo, ¿qué podrá importarles aquel trasto viejo?

—Seguramente, pero ya sabes, cuando se es viejo... —Terminó con un gesto—. Dime: ¿estás contento de cómo marchan tus cosas?

—Así, así...

—¿Sueñas por la noche? Esta noche, por ejemplo, ¿soñaste?

—Sí —murmuró Alain Robert.

Su fisonomía cambió de repente, como un cielo de donde se retira el sol, y sus ojos parecían brillar más, como los de un animal enfermo que aún implora socorro, pero ya no lo espera.

—Soñé que era feliz, que tenía mucha suerte —dijo con voz enronquecida.

El viernes por la mañana, sesión de «síntesis»; el doctor Clérant y su gente con las asistentes sociales de Denfert, el celador de la Sección de muchachos y la celadora de la de niñas deciden la orientación de los acogidos examinados aquella semana. ¿Deben encaminarlos a una colocación en familia, o a un empleo retribuido?, ¿hacia un internado de reeducación, a un centro de aprendizaje, a un asilo en caso desesperado? ¿O mantenerlos en tratamiento u observación? Cada uno lleva su cartera, y como todos los viernes, Clérant se lamenta:

—Sería preciso en realidad...

¡La fotografía del niño en cada carpeta, sí! Pero ¿con qué créditos?, ¿qué créditos?, ¿qué créditos?

—Roberta Mounier, la chica que ha intentado tres veces suicidarse...

—¡Oh, a dosis muy prudentes! ¿Cuál es su nivel mental?

—Normal, según «Binet Simon»; inferior, según el «Kohs» y el «Portheus». —Son procedimientos de tests.

—Es un poco indolente, un poco vanidosa; calceta, veinte puntos, y se pone a soñar; lee a Saint-Exupéry, y se cree superior...

—En fin, sería una encantadora «hija de familia» —dijo Clérant—. Sólo que no tiene familia; por tanto, es un despojo de naufragio... ¿Qué le gustaría hacer?

—Cuando se lo pregunté me contestó: «Me hicieron pasar diez veces por la orientación profesional y no encontraron nada. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?».

Se busca, se propone, se hacen objeciones, se dan vueltas en torno a Roberta Mounier.

—Vuélvana a pasar a síntesis la semana que viene —cortó el doctor—. De aquí a entonces busquen en la Agencia de París: señorita de compañía de una vieja un poco fantástica, es lo que le convendría. Desgraciadamente...

—Adriana Mourselin se escapó ayer de Aviñón.

—¡Es el mayor servicio que podía hacerles!

—Sí, pero ¡dentro de dos días volverían a mandárnosla! —suspira la asistente social—. Y está encinta de dos meses; si no la protegemos...

—No quiero saber más de Francine Bolet ni de Colette Alma —dijo la celadora de niñas—; veinticuatro horas más y deshacen mi sección.

—¡Se van el martes! Una con las Hermanas de Argenteuil, la otra al Hogar de Verville.

—Bueno, pero que se les anuncie separadamente, si no se escaparían juntas de aquí a entonces.

—María Stirlene, ya sabéis, la rubia alta que...

—Ya sé. En la situación en que está no se puede pensar más que en «un asilo»; ¡es una lástima...!

—La única solución de esa muchacha sería desvalijar un escaparate. El tribunal de menores cuenta con más medios que nosotros...

—Ernesto Robin, catorce años, veintidós fugas, robo de bicicleta...

—¡Pero bueno; pero bueno! Todas esas fugas tenían el mismo objeto: reunirse con su madrina. Fue de Marsella a París en cuatro días montado en la bicicleta en cuestión porque no tenía noticias de ella: se las interceptaban, y entonces se ponía como un loco... ¡Se le acusa de inquieto, pero es precisamente todo lo contrario!

—¿Qué se va a hacer con él?

—Escribí a esa madrina para saber si quiere recogerlo; espero respuesta.

—Juan Marcel. Un chico difícil. Adopción fracasada.

—¡Naturalmente! Es un muchacho al que no han cesado de mentirle... ¡Uno de tantos! Les mienten a propósito de Papá Noel, del nacimiento de los niños, de la regla de las niñas, de su propia filiación... Los trastornan «por delicadeza» y luego nos los mandan. He visto a los padres adoptivos de Juan Marcel la semana pasada; si yo los hubiese conocido a tiempo, me hubiera opuesto a la adopción. Lo acogían por conveniencia propia y no por el bien del chico.

—¿Así, pues?

—Debemos probar una colocación en familia. ¡Voy a escribir yo mismo, inmediatamente, al Director de la Agencia!

—Y para Alain Robert, ¿se intenta una nueva colocación?

—No, no se logrará; está desacreditado en toda la región y ha adquirido malas costumbres. Se ha convertido en un vagabundo. No; quiero colocarlo en Ternera: allí estará bien.

Es un centro a donde el juez Lamy envía a muchos de sus chicos.

—Va frecuentemente a verlos. Le telefonaré esta tarde para hablarle de Alain Robert.

Cuando el doctor abandonaba su blanco reinado era ya por la tarde. Cuantos con él se cruzaban al atravesar el hospital-hospicio, fuesen personas o animales, ya habían comido; se les adivinaba en el porte y en la expresión de su mirada. Tenía la sensación de estar cruzando un país extraño...

Se detuvo en el gran patio de los muchachos. A sus «expedientes» de por la mañana los veía correr, los oía gritar... El sol de noviembre iluminaba un otoño fastuoso y moribundo. Semejante a una reina que se hubiera engalanado espléndidamente para esperar la muerte en silencio, la suntuosa Naturaleza presentía tristemente el invierno. El viento iba aún por la tierra frenado en su impulso; pronto se libraría de las riendas y enseñaría los dientes.

Entre los dos grandes edificios NIÑOS y NIÑAS, en el centro del patio de recreo, un pomposo funcionario y un arquitecto ebrio de simetría habían levantado el Monumento a los Asilados Muertos por Francia. Pero de momento servía especialmente de escondite y para pasear a su alrededor (como los cementerios que hacen las veces de paseos públicos en las ciudades desheredadas de la fortuna). En la parte trasera de aquel monumento algunas vacías inscripciones pretendían recordar a los ministros y a los prefectos (muertos desde entonces también) que lo habían inaugurado. Pero la tiza y el carbón de los chicos afirmaban allí de modo más visible que «Justín era un cochino» o que «Marcela estaba enamorada de Alberto»...

Y aquellas mismas piedras blancas y negras, envueltas en mensajes sobre papel cuadriculado, eran lanzadas, las noches de estío, por las ventanas abiertas de los dormitorios de niñas. Era la Vida, pese a los muros grises, a los delantales a cuadros, a las escaleras de peldaños gastados; la Vida, pese a los Expedientes y los Monumentos a los Muertos, pese a la soledad y el abandono; ¡era la Vida que triunfaba...!

Y aquel monumento intempestivo estaba allí únicamente para recordar que antes de morir por Francia, los niños abandonados ¡querían vivir, vivir por alguien!

## Capítulo segundo

### *Papá Taberna*

—Entendido: cuando pase por Terneray veré a su Alain Robert. ¡Buenas tardes, doctor!

El señor Lamy colgó el teléfono y este ademán descubrió su reloj de pulsera: las ocho... «Ya... Gerardo tendrá que esperarme otra vez esta noche»... A media voz repitió el nombre de pila de su hijo —Gerardo...—; sacudió la cabeza y cerró los ojos. Sobre aquella cara sellada por la fatiga pareció extenderse una sombra: dio la sensación de envejecer de instante en instante. De la célebre sonrisa no quedaba más que las profundas arrugas.

—Gerardo —repitió—; mi querido Gerardo...

Los pasos de un celador se alejaron indefinidamente, resonando de antesala en antesala, vacías a todas horas. No se oía más que una incansable máquina de escribir, algunas habitaciones más allá, con el tintineo del timbre y el brusco retroceso al final de cada línea...

Alguien llamó a la puerta, pero tan tímidamente que el juez creyó que era una mano de niño. «¿De niño a estas horas...?».

—¡Pase! ¡Ah!, ¿es usted, señor letrado?

—¡Si usted me llama señor letrado, yo le llamaré «señor presidente»! —dijo el recién llegado entrando en la zona iluminada.

Joven, un poco encorvado, con cabellos hirsutos, lentes de metal sobre la nariz como el foque de un navío; sonrisa volteriana entre profundas arrugas: entre dos paréntesis...

—¿Qué es lo que no anda bien, Darrier? —preguntó bruscamente el señor Lamy volviendo hacia él su perfil de campesino.

—Pero... ¿cómo sabe usted que...?

—¡El modo de llamar usted a mi puerta...! Y deje usted de sonreír, querido amigo; no tiene usted ninguna gana de hacerlo.

—Es cierto.

Se miraron en silencio un largo rato. Cada uno de ellos llevaba durante toda su jornada una especie de máscara sobre el rostro. El abogado se quitó

los lentes con calma y posó sobre los ojos su delgada mano sin alianza. Allá lejos, la máquina de escribir proseguía su tarea tan obstinada como una hormiga, tan ruidosa como una cigarra.

Y de repente Darrier se atusó los alborotados cabellos y adoptó una sonrisa infantil:

—¡Soy un idiota, eso es todo! Acometo siempre tareas superiores a mis medios... ¡No! —rectificó—; superiores a mis fuerzas, sencillamente... ¡Ahora vengo aquí a buscar un poco de seguridad, un poco de convicción!

—No es éste el momento —dijo el señor Lamy con voz sorda, pero la sonrisa había ya recobrado su puesto—. ¿Cómo va...? —Dudó un segundo; buscó en su galería de rostros infantiles—. ¿Cómo va Marco?

—¡Bien! Bien ahora, ¡pero al principio...! ¡Ah! —prosiguió el joven riendo—, los jueces deberían desempeñar por sí mismos ese oficio de delegado de la Libertad Vigilada antes de enviar a pobres hombres indulgentes a que hagan de padrinos y de vigilantes en las familias de los jóvenes delincuentes.

—Los jueces deberían...; yo voy más lejos que usted; ¡los jueces deberían ir a la cárcel por lo menos una vez...! —El señor Lamy pasó su índice por el mechón blanco que dividía, como extraño río, su negra cabellera. Seguía con el dedo el curso sinuoso sin equivocarse jamás; «subía a sus fuentes». Era un movimiento nervioso que toda la Casa conocía bien—. ¡Sin embargo —continuó—, los padres que desconfían del delegado de la Libertad Vigilada olvidan que hace solamente cinco años se les hubiera retirado el hijo!

—¡Oh!, la familia comprende bastante pronto, o lo aparenta. Pero el muchacho le toma a uno por un soplón, y...

—¿Marco estuvo duro?

—¡Naturalmente! —dijo el otro con una especie de altivez—. ¡Tiene tal sentido del honor y de la libertad! ¡Y un odio al agente después de haber pasado una noche en el puesto y varios días en el Palacio de Justicia, por andar tirado por la calle a las cuatro de la mañana! Pero cuando se tiene un padre que se emborracha y una madre que trota por las aceras...

—Y el uno por el otro...; pero ¿cuál comenzó? Y tanto uno como el otro por vivir cinco en una habitación...

—¡Cuatro ahora! La hija está en el sanatorio...

—Es un verdadero progreso —dijo el juez con amargura—. ¡Ah, Darrier, Darrier!, ¿de quién es la culpa?

Se había levantado y andaba casi pesadamente, con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, como siempre. «¡Envejece! —pensó el abogado—.

No hay derecho: envejece por causa de los demás...». Pero el señor Lamy clavó fijamente en él su mirada aguda.

—Cuando interrogo a un niño no ceso de acusar en mi interior a sus padres; pero cuando los interrogo a ellos... ¡veo que todos somos culpables...! Hábleme usted de Marco —dijo después de un momento—. ¿Lo ha amansado usted?

—Desde el mismo día en que, de acuerdo con usted, le hice leer y firmar mi informe trimestral sobre su conducta. Le traigo a usted el último: ¡él mismo lo ha corregido!

—¿Lo corrigió él mismo? ¡Démelo usted...! «Conducta»... Sí... Bien... «Estudios», no extraordinarios, ¿eh?

—Escuche usted: una vez lo encontré escribiendo de rodillas en el suelo con el cuaderno y la tinta sobre una silla, único mueble disponible...

—¿Cómo?

El señor Lamy se sobresaltó al volver la página; se leía al margen de ella con caligrafía escolar: «Me cargué los papeles; agujereé los cuadernos.—Marco Forgeot».

—Le gustan los cuadernos nuevos —aclaró el abogado apresuradamente—. Por tanto, es evidente...

—¡Es evidente! «Relaciones»...

—Para esto es para lo que he venido a verle: esta noche tengo una reunión de la banda, en Carrières... ¡Creo que nunca voy a verme libre de eso!

—¡Hace doce años que me digo lo mismo, Darrier!

—Usted se ha asegurado, señor juez; todos los muchachos que usted salvó se hicieron hombres y puede seguir sus pasos por la vida, mientras que yo...

—¿Usted? —El señor Lamy le puso sobre el hombro una mano muy pesada que, sin embargo, pareció devolver al joven toda su fortaleza—. ¡Usted y sus amigos encontraron la idea del siglo!, —dijo sonriendo—. ¡Basta abrir los ojos como siempre!, pero ojos nuevos. Lanzados de su casa por la miseria, los chicos viven en banda, en la calle, con su jefe, su código... Treinta mil muchachos cuyo «ambiente educativo» es la calle... El comisario Prioulet me asegura que se reúnen para robar. ¡No!; una vez reunidos, roban, ¡es distinto! Pero en la banda, aun cuando sea con mal fin, veo todos los gérmenes del bien: solidaridad, justicia, fidelidad, y el sentido del honor, de la palabra dada... ¡Entrar en la banda, ésta es la gran idea! Hacerse camarada suyo, transformar sus entretenimientos, hacer de ella una verdadera agrupación de amigos...

—Sí, ¡pero el mal también está en germen en el bien!

—¡Como siempre!

—Mis muchachos naufragan en la mística del jefe. En Carrières, el Caíd tiene tal influencia que me impide...

—¿El Caíd?

—Pedro Merlerin.

—¡Espere usted...! Es uno de mis clientes. ¡Aquí está! —dijo el juez alargando la mano hacia un fichero.

—¡No busque usted! Golpes y heridas, hace dieciocho meses... Para impresionarle, le hizo usted pasar ante el tribunal; ¡esto es, desgraciadamente, lo que le confirmó a los ojos de los demás! —El señor Lamy hizo un gesto de impotencia—. ¡Si yo pudiese elegir el caíd, Marco estaría salvado! —añadió el abogado sordamente.

—¡No, Darrier!

El juez habló con tanta firmeza que el otro le miró: tres arrugas verticales surcaban su frente y el ojo derecho medio cerrado lanzaba su flecha... «Cómo puede parecer tan duro, él que siempre...».

—¡No, mil veces no! Es preciso conservar en la banda el jefe que ha escogido y tratar con él. No hace falta que Marco se separe de la comunidad para unirse a usted; haría usted de él un descentrado. ¡Sería un doble fracaso, tenga cuidado!

—Y si yo no logro ponerme en contacto —dijo el hombre levantándose (gritaba casi)—, ¡qué fracaso más grande...! ¡Y qué contacto fraternal podríamos tener con ellos —prosiguió—, nosotros, con buenas casas, bien alimentados, amados desde la infancia, nosotros que no hemos sufrido!

El señor Lamy lo detuvo con un movimiento de la mano:

—Existen otros sufrimientos —dijo en voz baja.

En aquella blanca mano, Darrier vio las dos alianzas: la del juez y la de su mujer, fallecida dos años antes. «No sólo existe este sufrimiento...». Iba a disculparse. El otro debió de presentirlo, porque añadió apresuradamente:

—¡Porque duda de sí mismo es por lo que vino usted a verme, por lo que su sonrisa tiembla en este momento, por lo que triunfará, estoy seguro, cualesquiera que sean las apariencias! Sólo esto hay que tener en cuenta: el amor, la parte que le toca a uno, el remordimiento...

—¿Es... el cristiano quien está tan seguro, o el juez de niños?

—El uno ha devorado al otro, Darrier.

Se puso la mano ante los ojos, y privado de su llama, el fatigado rostro parecía el de un viejo. «Los ojos también han devorado lo demás», pensó

Darrier. La máquina de escribir había callado al fin. Una campana de timbre grave sonó en el desierto edificado. El abogado se levantó.

—Al mismo tiempo que usted —añadió el señor Lamy, sin moverse—, los coches de la Policía Judicial emprenden el camino. Cargarán con cuantos muchachos puedan, les harán pasar el resto de la noche en el puesto, comprobarán su identidad, los volverán a llevar a su casa... Qué tarea educativa, ¿verdad? Usted va a hacer mejor trabajo, indudablemente. ¡Buena suerte!

Le tendió bruscamente la mano que tenía sobre los ojos mientras una sonrisa y una mirada daban extraña juventud a su fisonomía.

Darrier salió, atravesó los corredores de espera iluminados con débiles lamparillas, con las paredes manchadas por tantas manos húmedas de ansiedad, rebasó las temibles puertas: «Despacho del señor juez de Instrucción»... «Sala segunda correccional»... Hacía poco tiempo que era abogado; aún se ponía instintivamente del lado del acusado, y no del de la toga. Para él, aquellos hombres no eran «clientes», sino hombres prisioneros, angustiados... «¡Por esto triunfaré!, diría el señor Lamy».

La aguja de la torre de la Santa Capilla estaba ya iluminada: desde las sombrías edificaciones cuyos sótanos no contenían ya a esta hora más que algunos presos, cuyos muebles oscuros desbordaban de papeles, cuyas salas de ventanas cerradas habían oído aquel mismo día tantas mentiras y amenazas y ocultado tanto odio y miedo, se elevaba como aguda flecha, brillante, como el grito de dolor de un enfermo inmóvil. Darrier apresuró el paso, con la prisa de salir, de respirar aire libre...

Al franquear la verja se cruzó con Gerardo, el hijo del señor Lamy, que le saludó.

—¿Viene usted a buscar a su padre? Es muy tarde, efectivamente...

—No —dijo Gerardo ruborizándose—; daba un paseo. Ya sé que papá... Mi padre está ocupado hasta muy tarde. —Darrier observó que también entornaba el ojo derecho y que inclinaba la cabeza sobre el hombro—. ¿Cómo va Marco? —preguntó de repente el joven...

—¡Bien! Pero... ¿lo conoce usted?

—Mi padre me habla de todos ellos... Tengo muchos hermanos —añadió en un tono tan extraño que el abogado no supo qué responder. (La sombra de una rama inclinada que azotaba el viento danzaba a sus pies)—. ¡Buenas noches!

El autobús dejó a Darrier en los confines de París: en el límite de los anuncios luminosos, de los cafés que desbordaban por las aceras, de las altas

casas de piedra. Penetró a pie en la zona oscura, la que aparece en negro en los planos de Vivienda y Salubridad Públicas: en el reino del zaquizamí, de la tuberculosis, de la delincuencia. ¡Cuántas veces había tomado aquel camino, casi más sórdido y espantoso de día que de noche, desde los comienzos de la banda, desde aquel invierno en que yendo en busca de Marco había encontrado por casualidad reunidos a los trece en el sótano de una fábrica abandonada sentados sobre enormes ruedas herrumbrosas, entre montañas de virutas metálicas y con un gato esmirriado entre ellos! ¡Qué silencio a su entrada! Y con qué embarazo lo presentó Marco a los otros muchachos: «Un camarada de París...». Luego, gracias a los demás encuadrados en el Grupo de Amigos, Claudio (tipógrafo) y Francisco (cerrajero) habían amansado a casi toda la banda...

¡No! ¿Por qué hacerse ilusiones? ¿Cómo establecer comparaciones con la banda de Austerlitz, por ejemplo, o con la de Arènes? Allá, los comienzos habían sido más fáciles, o más claros. Mauricio (otro camarada), sin decir palabra, se puso a jugar a la pelota con los muchachos de Arènes. Después, cada vez que obtenía la victoria para su campo, volvía a ponerse la chaqueta sobre la camisa mojada, daba apretones de manos y se iba, siempre sin una palabra. Una semana, los muchachos habían hablado espontáneamente de equipo, de terreno, de entrenamiento... Ahora la banda estaba dispersa: de los once del equipo, ocho individuos salvados y tres gángsteres (en lugar de once granujas). ¡Partido ganado!

En Austerlitz, un chico mendigaba tocando el acordeón. Santiago, cogiéndole el instrumento de las manos, tocó «Perlas de cristal»; llovían francos... El muchacho, siempre en silencio, lo condujo a su banda. Pronto se formó una masa coral. Iban al campo por Pascuas, se instalaban en una barraca, ¡adiós tabernas! Esta banda seguía existiendo; había atraído a otros muchachos: el domingo último habían subido veintidós a la Torre Eiffel.

Pero en Carrières, Darrier, Claudio y Francisco se movían en la niebla. Unos quince muchachos de doce a diecisiete años, de los que unos trabajaban más de lo que les permitían sus fuerzas y siempre se les veía abrumados de fatiga; otros eran ya parados; algunos (como Marco) aún iban a la escuela, pero pasaban la noche de taberna en taberna. Uno de los chicos reclutaba clientes para su madre y cobraba comisión de una y otra parte. Otro, durante la ocupación, tuvo que acostarse varias noches con el cadáver de su abuelo, y desde entonces tenía crisis de histerismo; los compañeros las presenciaban con las manos en los bolsillos, bastante interesados; pero ¿qué iban a hacer con él...? Un tercero lograba grandes éxitos imitando cómo su hermano y su

hermana practicaban el amor cuando creían dormidos a los otros cuatro ocupantes del cuchitril. El gran título de gloria del jefe de la banda, el Caíd, además de su comparecencia ante el tribunal, era haber vendido por mil francos (con derecho a despojarlo, claro está) a un alemán que ocultó muerto en el famoso sótano. He aquí por quién y contra quién luchaban Darrier y los que iban a reunírsele aquella noche en el «Café de los Negociantes»: Claudio y Francisco. ¡Ah, con tal de que los otros acudan a la cita! ¡Cuántas horas pasadas en buscarlos, en reunirlos! Se habían olvidado... Se burlaban... No había más que hacer... ¡Ah, si esta noche al menos...! Darrier alzó los ojos: un cielo de mármol negro pesaba sobre aquel arrabal de casas bajas y árboles enclenques. Faroles demasiado espaciados parecían dormir de pie. Un coche pasó muy deprisa por aquella avenida desierta: y cuando desaparecieron su luz roja y su ruido, un silencio, un gran silencio, las tinieblas, la inmovilidad orgullosa de una ciudad abierta les sucedieron. «Esto es el coma, preludio de la muerte», pensó Darrier sin motivo alguno, pero repetía la palabra: el coma, el coma...; y un miedo mezclado de desesperación provocaba el vacío en su interior. Estuvo a punto de retroceder. «... Por lo mismo que su sonrisa tiembla en este momento, triunfará usted». En aquel momento el señor Lamy debía de estar pensando en él... Siguió adelante. Darrier empujó la puerta de la taberna y se detuvo cortado: Claudio y Francisco estaban solos... ¡Pero no!: el pequeño Manuel, de doce años, con un brazo doblado sobre la mesa pringosa y la mejilla apoyada en el brazo, dormía en medio de una nube de moscas.

—¿Y los demás?

—¿Los demás? —Francisco se encogió de hombros—. Están en el cine, en la feria, en el baile, en el *footing* ...

Todo inútil. Preguntas a uno y a otro: «¿Qué haces esta noche...? ¡Vamos a casa de Dedé para ver si está allí Carlitos...! Mira, la hermana de Marcelo tiene otro amigo...», etc.

—Hijos míos —dijo Darrier, quitándose los lentes—, esta noche o nunca. Yo os pregunto: salvar a tres de entre doce, ¿vale la pena?

—¿Si vale la pena? —dijo Claudio golpeando sobre la mesa. (El pequeño Manuel abrió un ojo, cambió de brazo y de mejilla y volvió a dormirse...)—. Que tengamos nuestra barraca y ya verás. Luciano emitió una idea formidable: un antiguo vagón de la S. N. C. F. ¡Lo compraríamos por nada!

—Sí, pero ¿y el terreno...?

—Mirad —dijo Francisco.

Sacó con mucho cuidado un plano «París-Arrabal-Este»; el grueso dedo señala un triángulo rosa.

—¡Aquí...! Esto pertenece a la ciudad: Servicio de Obras Públicas. Haciendo gestiones...

—Yo me ocuparé de eso. Pero la barraca no basta: sería necesario... Sí; lo que hace falta es un fichero para las ofertas de empleo. ¡Se nos pasan por delante de la nariz sin pararse! El otro día, Mauricio tenía tres: nadie las aprovechó. Y durante ese tiempo, Benito, Alfredo y Carlitos en paro forzoso; Luciano pateaba una hora de camino para ir a su trabajo. Un fichero... Y además tres o cuatro habitaciones en la ciudad para albergar a los muchachos. Hay dos que duermen en escaleras...

—¡Tres! Y además desde esta semana Santiago duerme en la mesa de una taberna; ¡hay nuevo «padraastro» en su casa y esto le disgusta!

—Un local —añade Darrier—, un local y un fichero...

—Tú eres demasiado organizador —dijo lentamente Francisco, que no sonreía jamás—. ¡Si el local está lejos de su calle, los muchachos están perdidos!

—No todo va a ser hospedar y asistir a las personas —prosiguió Claudio. (Cree de tal modo en lo que va a decir que ya tartamudea)—. Es, ya sabes, es... es lo que llamo yo la tentación americana... Lo que hace falta, ¿verdad, Francisco?, es que..., ¿cómo lo diría?, es que tengan calor juntos; ¡que estén contentos de hallarse juntos! Después, todo lo que sea organización vendrá solo, ¡es fácil!

«Vaya —piensa Darrier—, Francisco es la fe, Claudio la esperanza; y yo sólo creo en la caridad bien ordenada... ¡Ah, yo he sido demasiado bien educado!».

—Tenéis razón —dijo—. Pero esta noche...

—Vendrán —dijo tranquilamente Francisco, cargando una enorme pipa—. ¡Vaya!, ¿qué estaba diciendo...? ¡Hola, Carlitos! ¡Hola, gran Santiago...! Ah, Luciano, ¿has venido? ¡Magnífico!

Carlitos: sienes estrechas; dos dientes podridos. Santiago: una fisonomía sin edad, esculpida por la tuberculosis un mes tras otro, con su pulgar implacable. Luciano: pañuelo de seda blanco, mechones rubios que ondula con agua azucarada; los tres con las manos en los bolsillos.

—¡Hola! ¿No están los demás?

Ya se batían en retirada. Darrier se pone nervioso; Claudio saca un sobre de su bolsillo.

—¡Venid aquí!

Sacó y distribuyó tarjetas de identidad con el encabezamiento de los Grupos de Amigos. Allí encuentran su edad verdadera: diez años... ¿Las habrá para todos...? ¡Mierda, yo tenía una foto; la di ayer...! Hay que escribir el nombre en letra de imprenta, y con bolígrafo, ¿verdad...? «Secretario general». ¿Quién es el secretario general...?

—Precisamente yo... ¡Calma...! Pensé en Carlitos...

—¿Qué dices a esto, Carlitos?

—Bueno, yo...

Se puso colorado... «¿Secretario general...? ¡Poca cosa...!». Alfredo, Benito y un tercer camarada entraron, entretanto, y miraron a Carlitos con otros ojos: Carlitos, el obrero parado, el rufián (Carlitos el granuja, sí, hay que decirlo), secretario general... ¡Está bien, querido...! El pequeño Manuel despertó, preguntó qué hora era y qué pasaba.

—¡Se saluda!

—Voy a buscar a mi hermano, para las tarjetas —propuso Dedé—; tiene una letra magnífica.

—Mira —tartajeó Carlitos—, no, no hay necesidad de t... tu hermano; yo sé escribir sin fanfarronerías.

—¡Ah, no! —dijo Francisco, volviendo a encender su pipa por séptima vez—, nadie sale de aquí; hay asuntos muy importantes que decidir esta noche... ¡Y los ausentes, allá ellos!

—¡No! —le sopló Darrier al oído—, no se puede edificar sólidamente si el Caíd no está aquí...

—¡Lo hace adrede!

—Voy a buscarlo. Vosotros firmad las tarjetas, hablad del vagón, del terreno... ¡Te juro que he de traerlo!

Otra vez Darrier en la calle oscura... ¿Solo? No, se siente como «habitado». Puños apretados, dientes apretados, sonrisa extraña entre dos paréntesis. Nada podría esta vez detener su marcha. «¡Esta noche o nunca...!». Son sus propias palabras; palabras de desesperanza, hace poco; de certidumbre, ahora. Casi podría dirigirse guiado por el olfato hasta la innoble guarida de los padres de Marco, construida contra el muro de protección de un depósito de basuras. El muchacho le dijo un día: «Allí es donde arrojan las inmundicias. *Yo formo parte de ellas*». Darrier oye de lejos la voz enronquecida de la señora Forgeot injuriando a un niño o a un animal. Cuando ve al abogado recobra su «voz de cortesía», y él se siente molesto.

—Mi hijo debería estar aquí... ¡Ni siquiera terminó sus deberes!

—¿Y dónde iba a hacerlos, el pobre?

—¡Pues búsqúenos otra vivienda...! ¡Oh, perdón!

Se excusa en el mismo instante en que Darrier se insulta por su estúpida pregunta... Se oye un gruñido de borracho en el rincón más oscuro de la única habitación.

—¡Mi marido está aún... enfermo! —dice apresuradamente.

—Hasta la vista, señora Forgeot.

Es cuanto puede darle aquella noche: su nombre. A aquella mujer abatida, sin edad aparente, cuya azul mirada conserva rebelde altanería; sí, es el único regalo que puede hacerle. «¡Hasta la vista, señora Forgeot!».

Da la vuelta por una calle, luego por otra; el olor inmundo se atenúa. Helo aquí otra vez ante la casa que habita Merlerin (el Caíd). «No, no está aquí... No, no volverá antes de medianoche: la hora en que su hermano mayor, que duerme en este momento, marche a trabajar al Mercado y pueda cederle su cama». Darrier reemprende la marcha. De pie ante la puerta resquebrajada, un niño pequeño le interpela: «¡Ya sabes, soy el jefe! Mamá salió y Memé está en la cama...». Un poco más lejos el abogado intentó separar a dos niños que se pegaban. «¡Pero, señor, si es que jugamos a divorcios...!».

¡Darrier no se detendrá en ninguna parte! Va peregrinando de taberna en taberna. «¿Visteis al Caíd? ¿No habéis visto a Marco...?». Atraviesa grupos silenciosos de norteafricanos, grises, impasibles y todos semejantes como sus caras. Su instinto le conduce al fin hasta el sótano de una fábrica donde la primera vez... ¡No se engañó! Una mirada le demuestra dos muchachos sentados y Marco de pie ante el Caíd, con la mano derecha levantada, como si prestase juramento. Inquieto, el abogado aguza el oído: «Repíte después de mí: lo juro hasta morir». «¡Hasta morir!», responde Marco echando hacia atrás sus cabellos rubios con dos movimientos de cabeza: primero hacia la izquierda, luego a la derecha. Parecía decir que no... Darrier entró en escena.

—¡Hola!

—Buenos días —dijo Marco; y le volvió la espalda.

Los dos compañeros esbozaron un gesto vago.

—¿Sabéis...? —Es la misma expresión de Claudio—. Hay reunión del grupo esta noche, en los «Negociantes»...

—Puede ser —responde el Caíd—. Sólo que usted cae entre nosotros cuando le acomoda, cuando no le molesta demasiado... ¡Pues bien, a nosotros no nos conviene!

Marco se ha vuelto y los otros dos levantan la nariz. Va a comenzar un duelo; Darrier lo esperaba. Mide al adversario: más alto, más ancho, pero más delgado que él; los huesos a flor de piel, las manos nudosas; sin labios,

mirada fría, y en el campo inculto de sus cabellos tiesos y rasurados, una cicatriz muy blanca...

—¡Ciertamente —respondió Darrier conciliador— no podéis pasar la semana esperándome! Será más cómodo cuando tengamos nuestro club propio, nuestra barraca...

—¿La barraca? ¡Hace lo menos seis meses que se habla de ella! ¡No la tendremos nunca!

—¡Nunca! —repitió Marco como un eco.

—¡Oh, sí, la tendremos...! ¡Y Benito ha de pintarla! Alfredo fabricará en ella sus maquetas de avión. Tendrá allí libros y discos; y Marco o el gran Santiago será el tesorero... Dedé nos buscará una radio de segunda mano. Y... ¡mira, llevarás allí tus guantes de boxeo! —Acaba de verlos, dos pares casi nuevos... ¿Dónde los habrá «pescado» el Caíd?

—¡En tu barrio aún creen en Papá Noel!

Los tres camaradas se guasean. Vuelven la cara unos hacia otros como si siguiesen un partido de tenis, una lucha que Darrier va a perder...

—¿Prefieres las tabernas?

—Sí —dijo lentamente el Caíd, acercándose a él—. Felizmente las tenemos; ¡están ahí todos los días!

—No se necesita barraca ni taberna para probar esos hermosos guantes —replicó Darrier, algo sordamente, después de un silencio—. Marco, guárdame los lentes.

Sin lentes apareció de pronto tan joven, tan desarmado... Marco hizo ademán de negar, o para echar sus cabellos hacia atrás, o para impedir el combate...

Marco ató los de Darrier. El muchacho se puso muy blanco; sólo sus delgados labios y sus anchos pómulos permanecieron coloreados de rojo. Sus ojos azules —los de su madre, pero puros— parecieron inmensos de repente. Las aletas de su nariz tan recta, tan corta, se cubrieron en un momento de finas gotas de sudor. Darrier, que lo observaba, procura sonreír. «¡Vamos allá!».

Desde el principio el Caíd da golpes a lo bruto. ¡Seis meses! Seis meses que él espera esta oportunidad; una ocasión propicia para castigar al abogado... Se venga de los policías, del Palacio de Justicia, de los pisos de once habitaciones, de las bañeras americanas, de los individuos que comen dos veces al día y dos platos por comida: y ¡pega, pega...! Y Darrier encaja en el estómago, en el hígado, en la barbilla, en las sienas... El dolor va dibujando su cuerpo... Se defiende bastante mal. A cada golpe piensa, con los

dientes apretados: «Por Dedé... Por Manuel... Por Pablo...». Se dispone a rescatar a cada uno de los chicos del gran Caíd. «Y por estos dos camaradas que aún no conozco... ¡Ay, ay...! ¡Basta ya!».

Darrier retrocede un poco. Marco teme, los otros dos esperan que se desplome. ¡No! Vuelve a ponerse en guardia y ataca nuevamente. El Caíd, derrotado, sofocado, encaja mal. Su adversario nunca aprendió el boxeo; pero acaba de aprender una lección dolorosa: conoce los sitios mejores, golpea a su vez. Y reanuda su letanía: «¡... Por Alfredo...!, ¡por Benito...!, ¡por Marco!». ¡Ah!, por Marco paga el precio mayor: en el estómago, y luego en el arco de las cejas. La sangre salpica... «... Y por ti, al fin, gran Caíd, pobre muchacho»: ¡en la punta de la barbilla!

Contra lo esperado, el jefe vacila, retrocede dando traspiés como si hubiese montado sobre patines de ruedas y cae, con las mandíbulas rotas, sobre un montón de virutas de hierro.

—¡Esto basta, quizá baste como... entrenamiento! —propuso Marco con voz sorda.

—¡Será como quiera «Pedro»! —dijo displicentemente Darrier, cuyo corazón latía locamente. (Es la primera vez que llama al otro por su nombre de pila).

—Está bien —dijo el antiguo Caíd, levantándose trabajosamente.

—¡Marco, ayúdame a quitarme los guantes...! ¿Mis lentes...? Gracias... ¡Préstale un pañuelo al jefe...! Los otros nos esperan —añadió tranquilamente—. ¡Despachemos!

Ni una palabra en todo el trayecto... El Caíd va detrás completamente solo. Marco, al lado del abogado. Cada farol juega a los eclipses sobre su rostro; deja una parte de él en las tinieblas y alumbra la otra fuertemente: un pómulos, un maxilar, una sonrisa, una ceja fruncida sobre una mirada fija... Sus cinco sombras dan vueltas a sus pies. Silencio. Darrier piensa en Lamy, en la banda que va a convertirse en un Grupo de Amigos... ¡Vive uno de esos instantes en que, porque uno acaba de cumplir su tarea, se cree que el mundo va a salvarse! Es dichoso.

En los «Negociantes» vuelve a encontrar a Claudio y a Francisco dispuestos a explicar a los demás cómo, con ayuda de algunas habitaciones en el centro y sobre todo de un «fichero» de empleos... «Sí, querido, un fichero, porque entonces, ya comprendes...».

¡Una buena noche, decididamente!

En primer lugar, la conquista del terreno; las esperas interminables en los pasillos con vidrieras de la alcaldía, después de la S. N. C. F.; después de Gas

de Francia. Porque aquel terreno no dependía del municipio, sino de los ferrocarriles; no de los ferrocarriles, sino de la Compañía del Gas. Y además, según informes tomados en el Catastro, no tenía dueño... ¡Ah, había caído en buen sitio el grueso dedo de Francisco sobre el plano de color de rosa!

—¿No pertenece a nadie? Entonces podemos legalmente...

—¡No penséis tal cosa! Si os instaláis en él, la policía os echará como vagabundos usurpadores, y si llegáis a afianzaros, os expropiarán como ocupantes sin títulos...

¡No se pudo sacar más del empleado! Cuando un funcionario encuentra un círculo vicioso, la alternativa entre dos cosas, las dos sin salida, alejaos de él de puntillas: dejadlo entregado a su felicidad... Hubo que buscar, pues, otro terreno. La Junta parroquial poseía uno que el cura accedía a prestar; pero la Asociación Cristiana de padres de familia se opuso a ello. ¡Sin embargo, Dedé, Benito y compañía no tenían las mismas horas de descanso que Manuel, Patrik y los demás; no era de temer ninguna contaminación! Después de veinte gestiones igualmente fracasadas, el abogado descubrió una parcela de terreno ceniciento en forma de triángulo: dependía de la Compañía de Aguas, que lo tenía olvidado desde el año 1909.

A fuerza de ruegos, Darrier lo obtuvo por el alquiler de otra época: dos francos por año.

Claudio intentó obtener un vagón golpeando en la mesa: «Por favor, este vagón...». Lo echaron fuera. Francisco le sustituyó y se salió con la suya por cansancio: estaban cansados de sus gruesas gafas, de sus ademanes lentos, de su pipa maloliente, de su paciencia; le dieron el vagón...

El equipo entero participó en el traslado a fuerza de sudores, algunos dedos aplastados y juramentos inéditos. El vagón tenía que ser transportado por turno. Manuel, Marco y los otros escolares se habían fumado la escuela y ayudaban. «Un pequeño esfuerzo, chicos...». El terreno era demasiado pequeño para el vagón.

Darrier creyó en la catástrofe, pero todo salió de maravilla: hubo de demoler lo que hubiera sido siempre el vagón de Francisco para fabricar lo que iba a ser la barraca de todos... La cabaña tenía que adaptarse a la forma del terreno: ¡una planta triangular ofrece problemas! Los muchachos se pusieron a la obra como animales de una película de dibujos: todo avanzaba a un mismo tiempo en un silencio atareado en que las herramientas pasaban de mano en mano. Los taberneros ya no veían nunca a los muchachos. Uno de ellos se quejó de esto a Claudio y Francisco: hablaba de la banda como de cosa propia, y de esta ausencia como de un robo. Por primera vez después de

dos meses, Francisco se rió hasta verter lágrimas y Claudio golpeó tan fuerte sobre la mesa que los vasos se volcaron. «Llene otra vez los vasos, patrón — dijo Francisco, limpiando sus lentes—; ya se resarcirá usted...».

No esperaron a que la barraca estuviese terminada para reunirse en ella. Algunas noches hacía allí más frío y humedad que en el exterior, pero en cambio se hallaban en su casa. Estaban ya preparando la fiesta de inauguración. ¿A qué chicas invitarían?, ¿a qué vecinos?, ¿a qué parientes?

—¿Por qué a los parientes? —preguntó Marco—. Yo me opongo.

—¿No estás orgulloso de la barraca? ¿No quieres enseñarla?

No respondió; de quien no estaba orgulloso era de sus padres, a ellos era a los que no quería enseñar...

Llegaron pronto a los treinta y siete invitados. Bueno, pero ¿cómo entretenerlos? «Si se montase un *jazz* —propuso Luciano—, tengo ya la batería...».

Dedé, que presumía de saber imitar a Bourvil, sugería números cómicos. El gran Santiago...

—¡Se hará todo esto! ¡Pero también es preciso darles de comer!

—Y de b... ber —dijo Carlitos (el secretario general).

Darrier había dicho prudentemente: «¡Ni un franco!, sobre todo no demos un franco: no somos “bienhechores”, sino camaradas. Si somos nosotros los que aportamos todo lo necesario, ya no sería suya la fiesta». Se hizo inventario de las relaciones útiles: el padre de Manuel trabajaba en una panadería y el hermano del Caíd en el Mercado; Alfredo tenía una hermana cuyo cuñado, etcétera... Aquello fue el reino de los cuñados, de los: «Si es mi hermana quien se lo pide», y de los: «No puede negarte esto...». Todos, después de jactarse un poco, se encontraron comprometidos sin remedio, más allá de sus posibilidades; ¡era la mejor manera de tener éxito! Fijaron la fecha, y por primera vez desde hacía años en Carrières se vivió contando los días. Pero los muchachos no sabían aún que la espera es mucho mejor que la realidad, y que ya eran plenamente dichosos.

Contaban con treinta y siete; a las nueve ya eran cuarenta y dos, y para sentarse las madres no había ya bastantes sillas. Claudio se sube a la última. ¡Chist, chist, chist!, y trata de obtener silencio. Francisco retira un instante la pipa de la boca. «Callaos, fuera bromas». Callaron.

—Darrier no estará aquí esta noche... No; tuvo que gestionar un asunto en provincias... ¡Ya sabéis que es abogado! Pero oportunamente nos ha enviado este telegrama.

Se aplaudió el telegrama; pero cuando Claudio reanudó el discurso que ensayaba hacía varios días yendo en la bicicleta, en el taller y ante el espejo, las conversaciones continuaron, mezclándose en su arenga: «Un verdadero Grupo de Amigos...». ¡Luciano es el de la batería! «Todos juntos con las manos enlazadas». Un sándwich de balde por persona, pero después hay que regarlo... «Entonces se sentirá verdaderamente calor en el corazón». ¡Cuando oigas cómo canta Benito, te caerás sentado...!

El pobre Claudio pedía silencio inútilmente. Nadie le escuchaba ya. Desolado, agitó el aire con los brazos... («Para ser la única vez que no tartamudeé») y bajó de la silla. El jazz ataca a continuación a un ritmo poco seguro, pero decidido, y cada pareja baila a su manera... a veces, cada uno de los que bailan. Al final de las piezas los músicos también aplauden. Benito, que acaba de darle fuera un último repaso, ataca el «Si me abandonas...». Pero empieza demasiado bajo. Alfredo, que lo acompaña con la armónica, intenta cubrir su voz para obligarle a... Benito le lanza miradas furibundas al mismo tiempo que pronuncia palabras de una dulzura conmovedora... Pero siente que se aproximan unas notas tan graves que jamás podrá bajar tanto. Entonces, en el último momento, cambia de tono; y esta vez es Alfredo quien lo insulta. Sin embargo, precisamente hacia el final, vuelven a armonizar y les aplauden con exceso para consolarles. El gran Santiago preparó un número de ilusionismo bastante inquietante. Francisco debía prestarle las monedas; Claudio el reloj y el imprescindible pañuelo de seda; ninguno más se arriesga. Bailan otra vez. Dedé se «agenció» un *pick-up*, y los discos son de la época de Maricastaña; algunas veces sólo los padres reconocen las melodías... Manuel pidió prestados los zapatos puntiagudos de su hermano y un pantalón largo que no cesa de caérsele. ¡Cuántos inconvenientes! Casi todos los demás muchachos llevan zapatos de ciclista; encaramadas sobre los tacones de las noches del sábado, las chicas los dominan y se inclinan para hablar con su pareja. Algunas se han perfumado a placer; es maravilloso y también conmovedor. A una señal, se empujan fraternalmente al ambigú que vigilan Alfredo y el Caíd con miradas como para quitar el apetito. «¡Sólo uno por persona!». ¡Qué bien sabe el sándwich gratuito! Carlitos, al coger el que le corresponde, se da cuenta de que lo había preparado él mismo y lo coloca otra vez en el plato. «No vale la pena asistir a una reunión para comer las propias rebanadas, ¡de veras...!». Hay cerveza, limonada y vino tinto; pero todos contienen la sed el mayor tiempo posible, porque sólo es gratuito el primer vaso; ¡todo un sistema! ¿Y las manzanas? Debía haber manzanas... ¿Quién se encargó de traerlas? ¡Marco! ¡Eh, Marco...! Pero dice que no desde lejos. Ha

llegado el último, sofocado, con las manos vacías; no baila, no come nada. Benito, que vuelve hacia su barrio, le pregunta: «¿Vienes conmigo?». Marco se pone pálido. ¡Oh, no! Francisco lo observa y se desliza hasta él por entre los bailarines recalcitrantes y los viejos que se cuentan historias de otro tiempo que sólo ellos creen.

—Di, Marco...

Se abre la puerta: dos agentes de policía. Todos los bailarines se quedan parados en su sitio: parece el Museo Grevin. Sólo el disco continúa: «Tú eres mi pasión, mi pequeña locura...». Algunos muchachos creen que se trata de un intermedio cómico, una broma; y se disponen a divertirse. Pero los agentes están demasiado bien representados. Dedé para la música. Todos contienen el aliento.

—Marrco Forrgeot —dice uno de los policías, con un acento que no hace reír a nadie—, ¿lo conocéis?

—¿Marco Forgeot? —Se miran unos a otros con hipocresía perfecta—. Decid, muchachos, ¿os recuerda algo ese nombre...? ¿Cómo dice usted? ¿Forget?

—Forgeot —dice suavemente el otro agente, que tiene los cabellos grises—; y lo conocéis todos...

—Espere usted —añade Dedé—; Forgeot..., sí... ¡Pero no está aquí esta noche!

Ni una mirada se dirige hacia Marco, que se pone más blanco que las paredes... ¡Sí!, la del agente.

—Aquí está —dice tranquilamente.

Sin más miramientos, su colega se abre camino hacia aquella estatua de sal.

—Escápate —susurra el Caíd; y se coloca entre él y la masa azul. ¡Inútil! Es el instante patético en que la bestia, que aún podría huir, se vuelve y hace frente: el instante que debería desarmar a los cazadores; pero, al contrario, los decide. Claudio y Francisco se interponen.

—Pero ¿qué hizo? ¿Con qué derecho...?

—¿Y vosotros por qué os metéis en esto?

—Robó manzanas —explica con dulzura el otro agente.

—¡No es cierto! —grita Marco con voz singular—. Cogí un cesto lleno, es verdad, pero volví a ponerlo en su sitio. Y en aquel momento empezaron ustedes a darme caza...

—¿Qué hablas tú?

—De todos modos es hurto —dice el segundo con cierta tristeza—. No grave, pero... ya comprendéis... ¡Ven, chico!

Este lenguaje y este tono los desarman. Se apartan de Marco, tan delgado, tan solo, entre los dos guardias. No sale una sola palabra de aquellas gargantas apretadas; solamente Claudio murmura: «Si estuviese aquí Darrier...». Pero en el fondo de su naufragio, Marco está muy contento de que Darrier no esté allí... No levanta los ojos; ya fuera, se vuelve una sola vez: el tiempo necesario para ver detrás de cada ventana un racimo de rostros helados en que sólo vive una mirada de angustia...

Marco supone que les espera un coche en la calle, como en el cine; pero uno de los agentes recoge su bicicleta apoyada en un árbol y echan a andar.

—¿Adónde me llevan ustedes?

—A tu casa.

—¡Ah, no!

Intenta escapar... El agente grueso lo coge al vuelo y lo sostiene retorciéndole el brazo.

—Puedes soltarlo —dijo el otro—, no se escapará... No dudes, pequeño, que con la bicicleta, ¿eh? En cuanto a ir a tu casa, ¿qué quieres?, es de reglamento.

—Yo querría... ¡Yo querría no ir entre ustedes dos! —suplicó Marco con voz apagada.

—¡Eso también es de reglamento!

A partir de aquel instante, para no llorar, no desplomarse, no pegar a los agentes, no estallar de vergüenza cuando algunos compañeros se volvían al paso, Marco se imaginó que «representaba» una película... Es lisonjero, apasionante y sobre todo una película termina bien siempre. Aunque el protagonista muera; ¡porque morir en calidad de personaje haciendo llorar en la oscuridad a tantos millares de desconocidos no es lo mismo! Aquí lo tenemos, pues, andando entre dos policías como en *Los bajos fondos de Méjico* y echando casi de menos las esposas. Todo lo que iba a ocurrir después era de cine, y Marco se sentía a la vez héroe y testigo, actor y espectador... Sin embargo, cuando llegó a la vista de la casa sintió contraérsele el estómago: una terrible gana de ir al retrete para vomitar, o lo demás... Pero todo se arreglará, y la película continuó cuando se enteró de que ni su padre ni su madre estaban allí. ¡Únicamente el pequeño dormía solo por una vez en la cama grande!

—No lo despierten...

¡Demasiado tarde!: el guardia gordo lo interrogaba ya: «¿Dónde están tus padres?». Si Marco hubiera tenido un revólver, habría disparado sobre el policía, como en la novela *Calibre 64*. Corrió hacia su hermano atemorizado.

—¡No tengas miedo, Jojó!

—¡Tengo frío! —consiguió articular el pequeño.

Marco le besó cosquilleándole un poco, pero no logró hacerlo reír. Deditos como pequeñas garras se clavaban en él.

—¿Te quedas, di?

—Escucha, Jojó; tengo unas cosas que arreglar con estos señores... — Hablaba como en una película doblada—. Vas a volver a dormirte tranquilamente... En la cama grande, ¡eh! ¡Tú solo en la cama grande! ¡Estás hecho un buen pícaro!

—¿Volverás, Marco?

—¡Enseguida..., mañana..., en fin, pronto! Vete a la cama tranquilo, que ya eres un hombrecito.

Era un papel simpático y el pequeño lo representaba con mucha gracia: mejor que Marco, que exageraba un poco... Tanto, que cuando se volvió hacia los agentes murmurando: «¡Estoy dispuesto!», el gordo le dijo: «Te crees en el cine, ¿verdad?».

—¡Marco!

—¿Qué quieres, Jojó?

—¡Mamá te puso de comer, allí!

Se volvió: vio en el ángulo de la mesa un plato, un pedazo de pan (el cantero, como a él le gustaba), una buena raja de queso, un vaso de vino tinto... Y luego ya no vio nada, porque lloraba. ¡Terminado el cine, el juego, la fanfarronería! «¡Mamá... me ha preparado de comer...! ¡Mamá... me ha preparado... de comer...!». Sólo podía repetir esta frase sollozando. El pequeño se levantó de la cama y se le acurrucó; intentaba separar las dos manos que ocultaban la cara. «¡Marco...! ¡Mira, Marco...!». Se veían sus pequeñas nalgas a través de los agujeros del camisón. «Mamá... Mamá... Mamá». Ahora, con el aliento cortado, Marco no repetía más que esta sola palabra.

El agente de pelo gris cogió suavemente al pequeño, lo volvió a acostar, lo abrazó contándole no sé qué al oído. Se oyó la vocecita que preguntaba: «¿Es verdad?».

—¡Te lo prometo..., Jojó! —Después se volvió a Marco—. ¡Ven ya, pequeño...! Piensa en tu hermano —añadió en voz baja—, y ven pronto.

—¡No! —gritó Marco. Y Jojó se sentó de nuevo en la cama, con los ojos muy abiertos—. ¡No, no...! ¡Mamá!

Se había agarrado con las dos manos a la barra del hornillo de hierro. Aullaba ahora: «¡Mamá! ¡Mamá!». El pequeño lloraba, pataleaba bajo las sábanas, se tapaba los oídos. «¡Mamá!».

El agente gordo sujetó con el brazo el cuerpo de Marco, pero sin rudeza. «Hace poco —pensaba— el muchacho no quería venir aquí, y ahora no quiere irse: hay que conducirlo como a un ternero... Llama a su madre; pero hace tres días parece que le levantó la mano por portarse desabridamente con un “cliente”. Pero ¿qué es lo que tienen en la cabeza estos chicos...?». Cogió al fin en sus brazos una masa sin defensa, inundada de lágrimas: un niño semejante al suyo que a aquella hora dormía en su cuartito, con su cartapacio preparado para el día siguiente... Semejante al suyo, que nunca había robado manzanas más que para bromear con sus compañeros una vez, como todos: «¡A que no lo haces!». Un niño como el suyo, pero la comparación no le llegó al alma.

—Todo esto por un pedazo de queso, ¿te das cuenta? —dijo únicamente a su colega.

## Capítulo tercero

«¡Tengo frío: tápate, chico!».

A su regreso, Darrier corrió a casa del señor Lamy. Una tempestad parecía haber revuelto sus cabellos y hecho flotar la toga negra. Sus sentimientos debían de leerse sobre su rostro porque cuando lo vio de lejos:

—¡No se desconsuele usted! —le gritó el juez—. Su Grupo continúa... Sin Marco, ¡eso es todo!

—¿No se podría...? ¡Buenos días, señor juez! ¿No se podría arreglar el asunto? Después de todo no hay delito...

—¡Me río del delito, bien lo sabe usted! Pero... —Aparecieron las tres arrugas en su frente—. Vi a Marco, vi a sus padres... Era preciso alejarlo, Darrier. ¡He procedido lo más deprisa posible!

—¿No pone usted, pues, ninguna esperanza en el trabajo de nuestro Grupo?

—¡Sí! Pero usted es el médico del distrito y yo el cirujano... Confiemos el uno en el otro.

El abogado respondió con voz un poco sorda:

—Marco quiere a su madre, la necesita... ¡Castiga usted a los dos!

Con un gesto brusco, el señor Lamy volvió hacia él su perfil izquierdo (el perfil de señor).

—¿Castigar? ¡Es palabra que no conozco...! «Cuidarlos», ¡eso sí...! Cuidarlos al uno y al otro... Uno por el otro... ¡Y uno para el otro! —añadió con un tercer gesto de su blanca mano—. Piense usted también que yo puedo en todo momento modificar mi decisión... Vamos, Marco está en camino para Ternera en este momento.

—Un centro excelente, de seguro... Pero ¿cómo podré explicar a los padres...?

—Pasé tres horas convenciéndoles... ¡Sabe usted muy bien —continuó lentamente el juez— que si mi decisión no tiene su conformidad y la de Marco no sirve para nada...! ¿Por qué se sonríe usted, Darrier?

—Pienso en la oposición que haría un magistrado que conozco...

—¡Nada de nombres!

—¡Qué harían todos los demás jueces si lo oyesen a usted definir así la justicia!

—¡Todos los demás jueces, no!

—¡Oh, casi todos...!

—¡Darrier —dijo el señor Lamy en voz baja mirando a su interlocutor—, todo el porvenir está en ese «casi»!

—Supe que el señor Doublet (que no figura entre los «casi») acaba de ser nombrado sustituto en el Tribunal para niños. ¡Con el señor Doublet como «acusador público» tendrá usted algunas dificultades!

El señor Lamy pasó el dedo sobre su mechón blanco.

—¡Ya ha comenzado! Ayer mismo, un caso de bicicleta robada... «Señor sustituto (le respondí), cuando un niño roba una bicicleta, ¿qué es lo que le importa a la sociedad, la suerte de la bicicleta o la del niño?».

La primera vez que leyó aquel nombre en un poste: «Terneray, 10 kilómetros», Marco se estremeció tan vivamente que su vecino, el hombre del volante, lo notó.

—Sí —dijo el señor Provins, como para sí mismo—, Terneray; es ahí a donde vamos...

Marcó ya lo sabía hacía días. Aún le parecía oír al juez: «Terneray... Se hace mucho deporte, ya verás...». Y su ayudante al teléfono: «¡Aló! ¿Terneray?... Necesitaría una plaza para un muchacho de catorce años...». Y a su secretario, releer torpemente: «... Marco Forgeot declara: estoy conforme con ir a Terneray...». Se había convertido en un país imaginario: ¡Terneray!, un nombre histórico como «Carrabas», una palabra vacía como una concha... Y de golpe, en este poste con las mismas letras de otro pueblo cualquiera estaba «simplemente» escrito: Terneray, 10 kilómetros... ¡Qué sorpresa!

Aquel juez era astuto; ¡daba la impresión de que uno mismo decía lo que quería él! Marco le había prometido escribirle... ¡De veras! Palabras que irán a engrosar aquella carpeta rosa sobre cuya cubierta se leía, con caligrafía de maestro: «Marco Forgeot». Porque las personas mayores son así: ¡habla uno con ellas, sonrín, y después confeccionan papeles, siempre papeles! El juez se parecía a los demás, pero era el jefe de todos; ¡los mismos policías le obedecían! El único, sin embargo, que se dejaba mirar al fondo de los ojos... Los demás no le soportaban, o no tenían tiempo. Marco era un paquete que pasaba de mano en mano. ¿Quién no ha visto el almacén de una oficina de Correos? ¡Pues bien, es igual que esto! Sacos que unos individuos pasan de

carretilla a coche y de coche a vagón pensando en otra cosa; vamos, ¡hala! De agentes a comisario, de juez a Terneray, vamos, ¡hala!

Sin embargo, en el andén de la estación de Melun, donde Marco pensaba —¡confiaba más bien, como en las películas!— que lo esperarían dos gendarmes armados, no había encontrado hacía poco sino a aquel señor Provins, con sus bigotes negros, sus cejas más espesas que ellos y su cigarrillo siempre apagado. «Buenos días, querido». Bebieron en el ambigú una caña de cerveza que había dejado un ribete en sus bigotes, como hace la marea sobre la arena. «Tengo en casa un chico que también se llama Marco». Es cuanto le había dicho el señor Provins antes de subir los dos a su coche. Luego, con un viejo mechero de cobre, rojizo, volvió a encender su cigarrillo, que chispeó de nuevo, para extinguirse casi enseguida. Después, ni una palabra...

El camino seguía a lo largo de casas muy blancas, de jardines un poco misteriosos; caía ya la noche, y de pronto la ciudad se quedó atrás. Marco miraba con sorpresa mezclada de temor los campos, el ganado, los inmensos árboles: espectáculo que el niño de ciudad jamás había visto... Árboles, claro está, los había también en Carrières: secos, pelados, pillados en la trampa del asfalto. ¡Pero aquí vivían diferente uno de otro! Respiraban —¡enormes pulmones de color rojizo!— y si les hubiese agradado cambiar de sitio...

—¡Puedes abrir los cristales, querido!

Sin apartar su mirada de la carretera, con el cigarrillo apagado colgándole del labio, el señor Provins dio este permiso en el mismo instante en que, furioso por su falta de dignidad, Marco iba a mendigarlo.

Bajó el cristal. El fresco de octubre, el olor de la tierra húmeda y de los animales de las granjas; una grave campana oída a través de bosques que el fin del otoño le restaba espesura... Era como un agua fría y oscura que subía... Marco se sintió sumergido en ella. Caía la noche, sin faroles, sin ventanas iluminadas: una noche sin personas, pero poblada, sonora, soberana, en la que Marco se consideraba un extraño. Un viento inteligente parecía apartar el follaje; las copas de los árboles se balanceaban lentas; un pájaro aterciopelado voló pesadamente de una orilla a otra de la noche a través de la blanca carretera. Marco rechinó los dientes.

—Si tienes frío... —comenzó el señor Provins.

¡No!, ¡miedo!; tenía miedo. Llamaba a su madre desde el fondo de la cisterna del otoño, aquel niño que nunca había salido de la ciudad...

—Esto es bonito, ¿verdad? —murmuró el hombre del cigarrillo—. Sobre todo, tan tranquilo...

¡Vaya, vaya! ¡Era más trágico, habitado, vertiginoso que el fondo de los mares! ¿Tranquilo? Como la cara de un muerto: fachada apacible ante cavernas desiertas, cataratas de silencio...

«Señor —hubiera querido preguntar Marco—, ¿hay muchos niños en Terneray? ¿Cierran mucho las ventanas por la noche? Señor, en Terneray no hay animales, ¿verdad? ¡Sobre todo, no hay animales!». Se sentía lleno de repentina confianza hacia el hombre de los bigotes. Su padre también llevaba durante horas enteras un cigarrillo que iba ennegreciéndose lentamente en la comisura de los labios... Un niño que también se llamaba Marco... ¡Sí, una gran confianza en el señor Provins! Aun detestándole un poco por ser tan tranquilo y despreciándole un poco por ser tan ciego: por parecer que no notaba el otoño ni la noche... En fin, podía uno entenderse con él; ¡hubiera podido entenderse con él, si fuera otra cosa que un paquete en tránsito en su viejo coche!

Terneray... Otra vez el nombre sobre un tablero a la entrada de un pueblecito sobresaltó al muchacho como si hubiera leído «Marco Forgeot» en los titulares de un periódico. Ventanas iluminadas, gentes que se hablaban en la calle: se entraba en un país más humano... Pero el señor Provins torció hacia la izquierda, frente al sol poniente, y Marco se inclinó para escrutar mejor la oscuridad sangrienta de los bosques próximos.

—¿Qué es lo que buscas, querido?

—Las murallas.

Un «Internado de Educación Vigilada» (como decía el secretario de juzgado con un tono que añadía una mayúscula a cada palabra) debía tener muros ciegos coronados de alambradas y más salientes que un dique. En la película *Los prisioneros de Koenigsberg*, por ejemplo, Marco recordaba que...

—Ya llegamos —anunció el señor Provins. (Una verja abierta, muros bajos por los que trepaban y se desbordaban las olas de oro rojizo del follaje...)—. ¡Vaya, la placa está mal!

El señor Provins se bajó del coche. «¡Ven a ayudarme!». Y Marco se le reunió cerca de la verja; la piedra grabada «Terneray» estaba coronada con una placa de madera toda agrietada:

ASOCIACIÓN REGIONAL  
DE PROTECCIÓN  
A LA INFANCIA

—¡Ayúdame a arrancarla, querido! ¡Tírala al aire, si quieres!

Pronto quedó todo consumado: yacía en tres pedazos sobre la hierba quemada. En su lugar apareció, como una piel nueva, un cuadro de piedra más blanca por la que corrían insectos desalojados de su refugio.

—¡Bueno! —dijo el señor Provins limpiándose las manos una contra otra —; ahora esta casa es como todas las casas. Con niños como todos los niños —añadió todavía bajando la voz. Y encendió por cuarta vez su cigarrillo.

El coche reemprendió la marcha: subiendo por la principal avenida con una marcha de carroza; y las ramas de los árboles, como brazos de una multitud amistosa, se tendían hacia los cristales, rozándolos al pasar. Un conejo atravesó por delante de ellos sin apresurarse.

El señor Provins detuvo el auto cerca de una gran explanada de césped; bajaron y cada uno cerró su portezuela.

—¿Qué hay, querido?

Nada. Simplemente con dos movimientos de cabeza, Marco echaba hacia atrás sus cabellos; giraba alrededor su mirada azul, respiraba con las ventanas de la nariz agitadas, como un animal inquieto. «¿Terneray, eh? Ya veremos». Se estremeció: era la hora en que allá lejos Jojó se quejaba de frío antes de agazaparse contra la pared de su cama demasiado estrecha; la hora que en las noches tranquilas su padre sacaba las cartas. «¿Jugamos, Marco?»; o su madre se sentaba, con las manos sobre las rodillas, la boca entreabierta y la mirada perdida... ¡Oh, mamá...! ¿Por qué se habían mezclado en esto las gentes que comen a su hora y llenan papeles? Todos esos individuos de negro, con sus gafas; esas buenas mujeres con su moño y su sonrisa inexpresiva. ¡Ah, puercos...! ¡Mamá...! ¡Carlitos! ¡Dedé! ¡Luciano...!

—Aquí encontrarás compañeros —dijo dulcemente el señor Provins, que lo observaba.

—¡Prefiero escogerlos por mí mismo!

—París no está tan lejos —prosiguió el otro con voz un poco alterada. (Dudó un instante aún...)—. ¡Vendrá a verte tu madre!

—¡Déjenos usted tranquilos!

El señor Provins sacó su mechero y lo accionó varias veces en vano a causa del viento. Cuando la llama brotó al fin, Marco pudo ver su mirada: los mismos ojos del señor Lamy... Luego todo se borró de repente: los bigotes, la mirada, el cigarrillo también.

—Allá a la derecha, el jardín con los talleres y el garaje. Frente a nosotros, el más antiguo de los tres edificios: 1935... A la izquierda, detrás de esos árboles, el campamento de barracones número 2: 1948... El tuyo está allá

abajo, sí, en aquellas luces... Es el más reciente: ¡lo hemos construido nosotros mismos y sin créditos! ¡Pero eso a ti te da lo mismo, es natural! ¡Vamos allá, querido!

Al dirigirse hacia el Pabellón número 3, con la maleta en la mano, Marco pensaba: «Me esperan todos... Preparadas sus muecas: sonrientes, o conciliadores; sin término medio... No me importa, no les diré una palabra... ¡Ni una palabra...! Y los puños en los bolsillos por si quieren estrecharme la mano. ¡No está mal! ¿Y si me pongo a silbar...? ¡Esto de obligar a un niño a meterse en una celda por la noche...! ¡Ya verán enseguida los demás con quién tienen que habérselas!».

Se imaginaba ya a todos los tipos en fila, con el cráneo rasurado, y asimismo con el cuerpo desnudo que el guardián azotaba con una correa...

A decir verdad, un agradable olor a sopa de guisantes y patatas, ruido de cubiertos y rumor de risas enronquecidas era lo que se percibía al aproximarse al campamento de pabellones.

—¡Ya están a la mesa, apresurémonos!

El señor Provins tiró a pesar suyo su cigarrillo, compañero de las dos últimas horas, y traspasó la puerta. Con los puños cerrados en el fondo de los bolsillos, la mirada de acero y —al menos él lo creía así— una imperceptible sonrisa irónica en sus labios apretados, impasible condenado a muerte, Marco afrontó a los veinte muchachos que se levantaron, y la mesa del fondo en que cinco personas mayores le miraban. Pero ya una de ellas salía a su encuentro casi corriendo.

—¡Buenas tardes, señor Provins! ¡Buenas tardes... Marco! Es Marco, ¿verdad?

Rubia, más rubia que él... Es todo lo que vio el muchacho de pronto; solamente después, los ojos verdes, los pómulos anchos, el hueco de las mejillas, la sonrisa un poco trémula.

—Soy la señorita Francisca... ¡Y ésta es tu mesa! Pero ven primero a saludar al maestro Marcelo, a Mamy, a «Búfalo» y al maestro Roberto.

Él no miró a ninguno; sin dejar de mirar a la joven rubia apretó las manos, dio apresuradamente las «buenas noches», se sentó a la mesa con tres muchachos, y solamente entonces se dio cuenta de que no había cumplido ninguno de sus propósitos... En las otras mesas, los muchachos se levantaban un poco para mirarle; Marco recobró su fisonomía de condenado inocente y metió las manos en los bolsillos: «¡No tengo hambre!»; y sin contestar a las preguntas se puso a silbar en voz baja. Pero fue un fracaso porque nadie le oyó, y los otros tres se repartieron su ración.

El que la joven rubia había llamado maestro Roberto (muy delgado, con gruesas gafas) se inclinó hacia su vecino:

—El nuevo no come nada...

—Es natural —respondió Búfalo—. ¡No lo miréis!

Mientras Marco examinaba lugares y rostros con una indiferencia bien calculada («Si tuviese un cigarrillo»), los veinte muchachos comían, hablaban todos a la vez, se daban con los codos y juzgaban al nuevo compañero cada uno a su manera. «Exactamente el guardián ideal que nos faltaba...». «Tiene una cabeza como para parecerse a la de su madre...». «Para mí que debió robar...». «Si reñimos con él habrá que agarrarlo por el pelo...». «Quizá se haya acostado con una muchacha...».

Sólo Alain Robert, en la mesa vecina, rechazó su plato y miraba a Marco en silencio.

—Señores —dijo el maestro Marcelo levantándose—, recreo hasta... —miró su reloj— las ocho y treinta, las ocho y media, ¿eh?, salvo los que estén de servicio, naturalmente. ¡Y luego, al dormitorio!

Tres o cuatro muchachos amontonaron sin consideración los vasos en los platos y todo ello en las bandejas que llevaron corriendo hacia fregaderos donde corría el agua con fuerza. Allí hubo salpicaduras, juramentos y bellaquerías... «¡Yo no lo hice adrede!». Ya Marco, arrastrado por la corriente de los demás, corría por la avenida, más oscura que antes y que le pareció, a pesar de eso, menos temible. Sobre el césped se organizaban equipos en torno a un balón.

—¿Os empeñáis en que juegue yo? —dijo Marco, condescendiente—. ¡Entonces, interior izquierdo; ningún otro puesto!

Dijo esto sin pensarlo, pero tan imperiosamente que se encontró sin discusión en la línea de los delanteros.

Con rabia en el corazón y lágrimas en los ojos como si se tratase de ganar la final de la Copa de Francia, alcanzó tres veces la meta en los diez primeros minutos. Los muchachos ya le miraron de otra manera...

—¡Con esto basta por ahora! —dijo—. ¡Que ocupe otro mi puesto!

Se tendió un poco apartado, con los brazos en cruz, sobre la hierba helada; su corazón latía dando grandes golpes sobre el estómago vacío; había traspasado su rabia al balón y dispersado al viento las lágrimas cuyo motivo no conocía. La tierra húmeda, los árboles que se iban oscureciendo, aquel cielo extraño en cuyo fondo la luna, altivo rompehielos, parecía hendir en silencio las nubes errantes, nada de todo esto le espantaba. «Terney... Bueno, ¡habría que acostumbrarse! A no ser que...».

De pronto se puso en pie.

—¡Eh, muchachos! —Tres o cuatro de ellos se acercaron—. ¿Quiénes son Machín, Búfalo Bill y compañía? A ver, contadme chismes...

Un pelirrojo de gafas, que no paraba de comer, lo cogió del brazo. «Vente»; y lo condujo a la huerta, ante un edificio más pequeño que los otros.

—La casa del jefe, Marcelo, y de Mamy, su mujer. Tienen un niño, Thierry; y creo que esperan otro...

—¿Qué dices...? —Iba a añadir: «¿Qué me importa eso?», pero acababa de ver por la ventana a la muchacha rubia del salón, entre los otros. Se calló—. Y... ¿ésta? —preguntó vacilando.

—La señorita Francisca... Es magnífica. Le corresponde el servicio en nuestro dormitorio.

—Nunca la llamaré señorita; lo encuentro estúpido.

—¡No tienes más que buscarle un apodo! A Marcelo, ese alto que enciende su pipa, le llaman «Colmillo Blanco».

—¿Por qué?

—¡No hay más que mirarlo!

Marco se aproximó al vidrio: veía en aquella habitación personas mayores que hacían gestos, volvían la cabeza unos hacia otros, movían los labios en silencio como en el cine cuando el sonido se apaga... Una película en technicolor: ¡*La reunión de la plana mayor!* Mientras, el otro chico y él representaban una película en negro y blanco: *Los dos espías ...*

Marco sólo tenía ojos para la señorita Francisca: sus hombros cuadrados, sus ademanes un poco bruscos, aquel modo de inclinar la cabeza para escuchar mejor...

Y de pronto sintió vergüenza de observar así a escondidas, y retrocedió en la sombra.

—¿Tienes miedo de que te vean? ¡No tienes más que ponerte de rodillas!

Marcelo parecía un niño mirado con lupa: cabellos espesos, nacidos tan adelante que invadían una frente sin arrugas; mirada límpida, mejillas rosadas y tersas, labios gruesos, un hoyuelo en la barbilla. Pero cuando se reía como ahora solamente se veían los dientes de perro lobo: Colmillo Blanco.

—¿Y el otro de la nariz rota?

—Búfalo. ¡Un tipo original! Habla siempre con la f...

—¿Cómo?

—¡Con un defecto de «pronunfiación», vaya!

—¡Se burlarán de él!

—¡No tienes más que probar!

—¿Me rompería la cara? —preguntó Marco riendo.

—No, pero te la romperíamos nosotros —dijo tranquilamente el pelirrojo. Marco echó el pelo hacia atrás y miró aquella cara plácida sembrada de pecas.

—¡Hablas mucho! —dijo para contenerse—. ¿Y éste?

Señalaba al tercer maestro: inmenso y delgado, con enormes gafas que levantaba con frecuencia con un dedo huesudo a lo largo de su interminable nariz.

—El maestro Roberto, uno nuevo.

—¿No tiene apodo?

—No —respondió el chico apodado «Taka», con una mueca de sus labios siempre húmedos—; ya ves, no, ¡no hay nada que hacer!

—¿Y Mamy?

—Quiere decir mamá...

—¡Ya lo sé, idiota! —gritó Marco, y su corazón latió con fuerza. (Él creía que de cólera. Pero no; únicamente se daba cuenta de que desde su llegada no había pensado en su madre...).

—Es muy buena Mamy —replicó Taka—. Siempre está un poco triste...

Marco miraba sin agrado a aquella mujer que los chicos se atrevían a llamar «Mamá», tan menuda, de cara delgada, de grandes ojos de perro al que se han olvidado de sacar a paseo, y aquel casco de cabellos ya grises. Sin embargo, cuando volvió la cabeza hacia la ventana, Marco recibió su mirada como un golpe; durante un instante se le cortó la respiración. ¿Qué significaba aquello?, ¿qué significaba? El señor Provins tenía los mismos ojos que el juez. ¡Y Mamy la misma mirada que su madre! ¡La misma no!, pero como si fuesen de la misma familia... Mientras que los policías, el Caíd, los camaradas, casi todo el mundo mostraba ojos fríos, ojos vacíos. «¿Y los míos?» —pensó Marco con una especie de angustia—, ¿tampoco tendrán nada dentro? Estuvo a punto de preguntárselo a Taka; se contuvo a tiempo. «¡Ah!, yo quisiera tener la misma mirada que Francisca», se dijo. Y de pronto se volvió hacia el pelirrojo.

—¿No sabes cómo la llamaría yo a la señorita Francisca? —dijo con voz algo temblorosa—. La llamaría la «hermana»...

—¡Oh! —dijo únicamente Taka—, ¡oh...! —Y le tomó la mano para apretársela fuertemente. Luego murmuró—: Si fuésemos amigos los dos...

Vieron a través de la ventana cómo Búfalo miraba la hora en su reloj y hacía una seña al maestro Roberto, que se dirigió hacia la puerta.

—Las ocho y media: ¡larguémonos! —dijo Taka, arrastrando de la mano a Marco hacia el edificio número 3, donde todas las ventanas brillaban en la oscuridad de la noche.

Cuando salió el maestro Roberto, el señor Provins volvió a encender su cigarrillo, aprovechó el momento de confusión general y dijo tranquilamente:

—No necesito plantear la cuestión que teméis con referencia al maestro Roberto... Vuestro silencio y vuestras cabezas bajas ya dicen bastante.

Mamy volvió hacia él su mirada triste.

—Es una injusticia. El maestro Roberto quiere a los niños. Renunció por ellos a un oficio que...

—¡Feguramente, Mamy! —dijo Búfalo—. Pero no fe adapta bien. Cuando efo no fucede, no hay nada que hacer...

—Una prueba: los muchachos no le han puesto apodo...

—¡A mí tampoco, Colmillo Blanco! —dijo vivamente la señorita Francisca.

—¿De veras? —dijo el señor Provins sin mirarla—. ¿Y cómo le llama a usted, por ejemplo, el pequeño Alain Robert que he traído la semana pasada?

La señorita Francisca se puso colorada y vaciló un instante.

—«Mamá» —respondió en voz baja.

—¡Supongo —contestó cruelmente el señor Provins— que también llamará «papá» al maestro Roberto!

Se levantó y comenzó a recorrer la habitación a largos pasos. «¿Qué pasa aquí?», se preguntó Colmillo Blanco, y Búfalo pensó: «¡Vamos!».

Cuando el director regional de la Protección tiraba su cigarrillo y andaba de arriba abajo hablando solo; cuando el hombre sensato que había fundado aquello y lo había construido con sus manos arrancando franco por franco a París los diez Centros de la región; cuando el «amo» jugaba así con los osos en la jaula...

—Ahí está —gruñó el señor Provins parándose bruscamente—; «ellos» quieren promulgar un estatuto del Educador; me lo ha dicho Lamy. Y tiene razón: no podéis permanecer sin garantías, sin adelantos, sin carrera. ¡La edad de los héroes ha pasado! Los precursores envejecen, es lamentable... Pero el mismo año del estatuto nos inundarán de individuos que, en igualdad de circunstancias, habrán estado dudando entre el concurso de Correos, Telégrafos y Teléfonos y el de Educadores. Todos los fracasados de la segunda enseñanza van a izar velas. ¡Porque exigirán el bachillerato, naturalmente!, pero no la vocación... Tomar esto a la ligera, ser extraños a los niños... ¿Tienes tú el bachillerato, Búfalo?

—Ya fabe usted, jefe...

—Sí, querido, ya sé. ¡Dame un cigarro! Gracias. ¡Sí, ya sé, pero a ellos les tiene sin cuidado! ¡Y el pobre Roberto tiene su bachillerato...!

Le temblaban las manos y no conseguía encender el viejo mechero de cobre. Dejó el cigarrillo y el encendedor, se pasó la mano por los ojos y se quedó inmóvil. «Los precursores envejecen...». Sí, de pronto tomó el aspecto de un viejo...

—Jefe... —comenzó Colmillo Blanco (pero no tenía ni idea de lo que iba a decir luego).

—Soy un imbécil —dijo lentamente el señor Provins con la voz alterada—. El tiempo de los fundadores pasó. En el grado a que hemos elevado la empresa hay que dejarla en otras manos. ¡Es la ley! «Si el grano no muere...». —Calló un instante y se esforzó en sonreír—. No hablo por vosotros, hijos míos, sino por Lamy y por mí; por los tres o cuatro mosqueteros de la historia... Hay que saber eliminarse a tiempo.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Francisca con brusquedad—. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¡No entiendo!

El señor Provins inició una sonrisa infantil: durante un instante se pudo ver el rostro del niño que sin duda había sido...

—¿Por qué? Ya lo he dicho: ¡porque soy un imbécil! Y también —ya no se reía— porque vengo de París... ¡y «ellos» me tendrán que aguantar siempre! Una mañana en el Ministerio de Educación Nacional, tres horas en el Ministerio de Justicia, casi otro tanto en Sanidad Pública... ¡Oh, no es culpa suya! Trabajan como negros..., ¡tanto como nosotros...!, pero sobre el papel; ése es el drama... ¡Se arregla todo tan bien en el papel! Se hace una Comisión lo mismo que un cocido; un representante de esto, y de aquello y de lo de más allá... Se deja cocer a fuego lento algunas horas sobre un tapete verde... Se nombra una subcomisión que nombra un ponente, ¡que está fastidiado porque no puede nombrar a nadie...! Investigación, informes, conclusiones, despacho del ministro (un ministro nuevo de vez en cuando), firma, circulares, estadísticas, etcétera. En el papel, uno es un dios. ¡Desgraciadamente, cuando el trabajo está terminado es cuando todo tiene que empezar! Cuando el pobre individuo: usted, yo, el inspector de Sanidad, el director del hospital, en la noche de un día de fatiga abrumadora, recibe un papel ilegible y lo traduce en niños, en enfermos, en vigilantes, en kilómetros... ¡Y nadie tiene la culpa en el asunto...! Sí, la tengo yo, yo solo: por no adaptarme.

—¡Por no adaptarse, puede ser! —dijo Colmillo Blanco sin retirar la pipa de la boca—. ¡Pero no por reclamar que un solo organismo sea responsable de

la Infancia, en lugar de tres ministerios diferentes!

—Por inadaptado y, sobre todo, por desconfiado —añadió lentamente el jefe—. Ese estatuto del Educador es indispensable y será justo. Sin embargo, cuando el Estado nos lo haya dado se preguntará: «Pero ¿por qué la Protección de la Infancia es empresa privada?».

—Porque si se hubieran esperado los decretos y los créditos de arriba, si buenas gentes no hubiesen dado su dinero, sus casas y su tiempo, jamás tendrían los pobres niños...

—Demasiado sencillo, Mamy. El Estado siempre busca segundas intenciones en todo aquello que no comprende.

—¡Las gentes que no piensan son las que suponen en las demás segundas intenciones! —murmuró Francisca.

—Esas buenas gentes de que hablaba Mamy, ¿obran por codicia? No... ¿Por ambición entonces? Tampoco... ¡Esto es inquietante, muy inquietante! El Estado permanece estúpidamente con las legiones de honor en una mano, las sinecuras en la otra; ¡nadie las quiere! Entonces se vuelve loco: ¡pronto, un estatuto!, inspectores, papeles, papeles, ¡pronto!

—¡Ya hay suficientes!

—¡Yo me adapto, sin embargo, todo lo posible, Búfalo! Pero ya no podré mucho ahora: chocaría. Es el gran deporte de los funcionarios. Y ya que hemos de serlo todos...

—¡Ya saldremos bien de eso! —afirmó Colmillo Blanco, sacudiendo su pipa contra la chimenea para vaciarla—. El director provincial del Censo es un funcionario, y nuestro maestro de instrucción primaria también; uno es monárquico y el otro comunista: ¡los dos son personas admirables y que se entienden bien!

—Admirables, querido; pero el primero está atado a su presupuesto y pasa las horas «rindiendo cuentas»... De Bernoy, obtuve créditos para comprar un torno de taller. Construí una casa entera con ese dinero; el torno no llegó hasta el año siguiente. Me parecía más urgente salvar a veinte chicos que formar un año antes una cuadrilla de torneros o fresadores. Pues bien, si se me ocurre proceder así en adelante, seré destituido; eso es todo.

Francisca echó hacia atrás sus cabellos con un brusco movimiento (el mismo ademán de Marco).

—Y en ese asunto del torno, de la casa y del crédito, si hubiera sido usted un hombre tramposo, ¿qué garantías hubiera tenido el...?

—¿Qué garantías? ¡Pues todos vosotros, el aspecto de nuestros niños!, ¡la verja nunca cerrada!, ¡la enfermería siempre vacía!, ¡las cartas de los

antiguos!, ¡todo! ¡No existe ninguna impunidad en nuestra profesión, ninguna! Sólo que no son «garantías de papel»; hay que venir a olfatear al mismo lugar...

Terminó con un expresivo gesto, encendió su cigarrillo y continuó apaciblemente:

—Desde el primer día, Mamy, he «olido» que su Roberto no era un educador, ¿no es cierto?

Mamy bajó la cabeza como una niña cogida en falta: cogida una vez más en el lazo de su generosidad, de su confianza.

—¿Acaso —prosiguió el señor Provins con voz un poco sorda— lo desanimó yo?

—Fi usted quiere, jefe, ¡confédame aún algunos meses para encauzarlo!

—¿Hasta las vacaciones?

—¡Tiene usted un corazón de león! —gritó Búfalo, y se vieron brillar sus dientes de oro.

Francisca dejó el tibio olor de tabaco, atravesó dando grandes pasos la fría oscuridad en que los árboles dormían de pie, y penetró bruscamente en su reino de olores agrios: agua de lejía, niños mal lavados, retretes con la puerta abierta de par en par... Se detuvo en el umbral, con la cabeza inclinada y cerrados los párpados, juntas las manos con los dedos extendidos. «¿Respiraré este aire toda mi vida...?». Le llegaban los chicos, extraños, de mirada huidiza; crecían, volvían a marchar, la olvidaban: olas sucesivas de un solo mar ciego, inagotable... Y el tiempo pasaba, pasaba... ¡Ellos no lo sabían, de seguro! El tiempo trabajaba para ellos, hacía de ellos hombres; pero de ella, ¿qué hacía? ¡Una mujer no! Era una trágica ilusión óptica: porque pasaba demasiado aprisa, el tiempo parecía haberse detenido para ella... ¿Toda mi vida...? Aquella entrega permanente sin recompensa... Aquella maternidad sin anillo de boda... ¿Cuánto tiempo duraría aún?

¿Cuánto tiempo duró aquel alto en el umbral del pabellón, en la frontera de la noche libre y de su prisión demasiado evidente?

Cuando volvió a abrir los ojos, la primera cosa que vio Francisca fue el «cuadro» colocado sobre la puerta del refectorio: un niño huérfano había dibujado «Mamá» y buscado un parecido con Francisca: almendras verdes en lugar de ojos, pómulos muy altos y muy anchos, risa demasiado infantil... Vio aquel retrato ingenuo y se sonrió: «Dan a su manera; eres tú quien no sabe recibir... ¡Recibir lo que se espera es muy fácil!», seguía pensando, porque el orgullo era su única defensa en los días de desánimo: aquellos en que sólo veía lo exterior, lo monótono, lo desagradable de su tarea.

Sonreía aún al retrato cuando descubrió en la escalera, al acecho entre dos barras de la barandilla, el rostro cómicamente angustiado de Alain Robert (el niño salvaje que la Beneficencia Pública le había enviado la semana precedente).

—¿Qué hay, señorita Francisca? No sabíamos lo que le había ocurrido a usted.

Ante aquellas cejas fruncidas hasta juntarse, aquellos ojos de diamante negro y aquellos labios entreabiertos, ella se quedó plantada con las manos en las caderas y los cabellos apartados por un movimiento de cabeza.

—Alain Robert, ¿soy acaso vuestra esclava?

—No, pero... —La imagen de una sonrisa en aquella boca que jamás reía pasó como la sombra de un pájaro—. En fin, ¿sube usted, señorita?

—¿Y tú? Subes, ¿verdad? Y más deprisa que...

Él subió delante de ella de cuatro en cuatro los escalones, sosteniendo el pantalón de su pijama con las dos manos que emergían apenas de una chaqueta demasiado larga. Ella se le reunió en el último peldaño y como el águila lo cogió por su cabellera lustrosa y rizada.

—¡Eh, mirad, aquí está la señorita...!

Y el dormitorio recobra vida: fingen estar acabando de desnudarse, de arreglarse, de lavarse. El maestro Roberto brega todavía entre un enjambre de muchachos que lo sitian con sus fingidos problemas, con la falsa convicción de los mixtificadores, y el tono dócil con que hablan a los visitantes desconocidos, lo que exaspera a Francisca.

—¡Cada uno a su cama y deprisa!

Escapan, encantados: prefieren ser empujados por ella que atendidos por el maestro Roberto...

—¡Nunca intente usted serles agradable! —le susurró ella—; lo despreciarían...

—Yo... estoy un poco desorientado. Yo...

—¡Más bajo!

—Un poco... desconcertado —añadió en voz baja—. Traté de poner orden en sus asuntos, pero todos ellos...

—En el orden «de usted» —le aconsejó ella sonriendo—, ¡deje siempre un rincón para «el» desorden de ellos...! ¡Buenas noches, maestro!

—¡Buenas noches, maestro! —repite a coro, hipócritamente, todo el dormitorio.

Roberto cae en el garlito y hace un gran ademán amistoso; ¡un ademán excesivo! Se oyó una risa ahogada...

—¡Muy bien, Pablo! ¡Mañana limpiarás los lavabos!

Pablo, el Invencible, el «hijo de la desgracia» (así es como firma sus cartas), se traga la risa y esconde la cabeza bajo las sábanas para aullar «Mierda para Roberto» tres veces. Pero desde fuera no se oye más que un vago mmm... rrr... ¡Pablo quiere mal a Roberto por haber sido castigado por la señorita!

Ésta inspecciona con la mirada sus dominios de losas blancas, de camas blancas, de paredes blancas (pero de matices tan diferentes). «Algo anormal»... Hay algo anormal... «¡Ah, la ventana del fondo!».

—¿Fuiste tú, Marco, quien cerró la ventana?

—Sí.

—Se dice: Sí, señorita. Y todas las ventanas deben estar completamente abiertas.

¿Abiertas al espacio tenebroso, al otoño, a los animales nocturnos? Marco pliega sus párpados y deja pasar una mirada más cortante que una espada.

—Pero se... señorita...

—¿Tienes miedo?

—¿Yo?

Vuelve a abrir la ventana con violencia y pasea su mirada de acero por sus vecinos de cama, que le miran, inmóviles: Husson, llamado «Taka», Alain Robert; enfrente el tipo de orejas separadas a quien llaman «Radar», y Doganat, conocido por «Terciopelo».

«¿Miedo? ¡Créetelo!», añade para sus adentros.

—¡Coloca tus cosas al pie de tu cama, Marco! —ordena Francisca.

Después apaga la mitad de las luces. Al pasar cerca del lavabo central cierra maquinalmente un grifo que corre todavía. Todas las noches realiza este movimiento y muchos más; todos los días están compuestos de mil movimientos que, por olvido de alguien, tiene que hacerlos ella en su lugar. Pero esta noche lo piensa... «Voy a dar las buenas noches y a entrar en mi cuarto, ¡al fin!, para oír la radio con sordina y continuar mi Claudel...». Y también para releer ciertas cartas azules; esto es lo que proyecta al comenzar su recorrido nocturno. Pero los bracitos de los niños sin madre van a retenerla todavía sus buenos veinte minutos; ¡eso ya lo sabe por anticipado! A los más pequeños los besa en la sien (algunos ya duermen); a los mayores les toca la oreja o les acaricia los cabellos. Todos tienen su olorcillo, su modo de dormir, con el brazo doblado, la cabeza escondida, la boca abierta; encogidos o muy extendidos como un muerto, todos tienen su modo de hablar nocturno, su mirada nocturna...

—¡Señorita, présteme usted *El Principito*, cinco minutos, ande!

Ella podía responder a Celestino (apodado «Globo Cautivo»): «¡Pobre gordito mío, todas las noches te lo presto y nunca lo lees!». Le trae el libro talismán y lo besa en la enorme mejilla. Pero ya escucha la respiración del vecino.

—¡Tú te has acatarrado!

—¡Pues mire, señorita: el pañuelo está limpio!

Los dos siguientes cambian con seriedad periódicos ilustrados. Apoyados en el codo, un ojo en «Tintín» y otro en «Mickey», se dejan besar distraídamente.

«¡Mejor que mejor! —piensa Francisca—; no están solos y ésta es la hora crítica...».

En la cama siguiente dos bracitos negros se agarran a ella y la aprietan.

—¡Suéltame, Colombo, me ahogas!

—*Uenas o-es, eño-ita!*

El negrito Colombo tiene el labio hendido. ¡Muy raro en los niños negros! Pero Colombo acumula todas las venturas: su piel, su labio hendido, su madre que se entiende con todos los inquilinos, su padre tuberculoso: un esqueleto de ébano...

—¡Buenas noches, Colombo! No olvides la oración.

Él junta las manos; una concha negra cuyo interior es rosado...

—*Ios e alve, Aía...* (No os preocupéis; la Santísima Virgen le entenderá bien).

—¿Qué arreglas en tu tesoro, Miguel...? ¡Una carta de tu madre, seguramente!

—Sí, señorita.

—¿Quieres mucho a tu mamá, Miguel?

—¡Oh, sí!

Pero el rostro enajenado se contrae, se ensombrece de repente y estalla la tempestad.

—¡No, la odio!

—¡Cállate! Mañana vendrá a verte...

—¡No vendrá!

Una amarga lágrima humedece el extremo de los ojitos de gato. «No vendrá, claro que no», piensa Francisca. Y Miguel permanecerá agarrado a la verja de Termeray, acechando la curva del camino hasta la marcha del último visitante. Miguel no aceptó el nuevo matrimonio de su madre; faltó poco para

que cogiese al bebé recién nacido y lo tirase por la ventana. Hubo que alejar a Miguel.

—¡Sí que vendrá! ¡Buenas noches, Miguel...!

El niño vecino lee en voz alta un libro de oraciones del que no comprende nada. Lo besa. El siguiente esconde entre los brazos un oso; ¡ella los besa a los dos! Aquel niño no tenía nada suyo; robó el oso de un escaparate; y sus padres, que esperaban una ocasión para librarse de él... Pero el señor Lamy le permitió quedarse con el oso.

Francisca sujeta la ropa de una cama, mete bajo las sábanas un brazo desnudo, dobla un traje...

El nene arrugado al que los demás llaman «Olaf» (ella nunca supo por qué) duerme ya en su cama revuelta, con un periódico doblado sobre la cabeza y las manos grasientas crispadas bajo las sábanas manchadas. Al pie de la cama, un montón de lana oscura, un pantalón roto, tres calcetines petrificados. No hay nada que hacer: Olaf es un vagabundo de diez años...

Al lado, Doganat, apodado «Terciopelo» (a causa de sus cabellos como cepillo suave), espera a la señorita con impaciencia para contarle en voz casi alta —«¡más bajo, veamos!»— sus antiguos amores con la hermana de un compañero. El domingo, aquel cochino no había querido presentarlo a Odette.

—Es linda Odette, ¿verdad, señorita?

—¡Sí, sí, pero no tanto!

Y, sin embargo, él le había cedido a aquel cochino (su futuro cuñado) todo el chocolate de la semana. El domingo próximo ¿no podría la misma señorita...?

—Puede ser, ya veremos... Duerme: ¡soñarás con ella!

Francisca deslizó la mano sobre el tibio terciopelo de su cabellera y pasó al vecino.

Radar duerme a medias, con las orejas extendidas sobre la almohada. Encuentra aún fuerzas para bosquejar un saludo militar, y sus gruesos labios murmuran una y otra vez: «¡Buenas noches, señorita Francisca; buenas noches!». Porque Timeón, apodado «Radar», es el más ceremonioso de sus niños. La joven lo besa en las duras mejillas; él se entristece; se permite entristecerse en el sueño.

Taka, el pelirrojo, finge dormir...

—¡Escupe el chicle! ¿Crees que no te conozco...? ¡Vamos!

Una mano blanca, pecosa, lenta como una trompa de elefante, busca algo entre los labios siempre húmedos y lo pega disimuladamente en el larguero blanco de la cama. Mañana Taka encontrará su goma de mascar...

De Alain Robert, que está dormido, no se ve más que el pelo oscuro; un bosque de pinos en una llanura de nieve. Francisca lo roza con sus dedos, se inclina y lo acaricia con la mejilla.

Y he aquí a Marco, sentado en su cama, muy tieso.

—¡Buenas noches, Marco! Debes de estar muy cansado...

—No.

—¡Vaya, no dejaste abajo tus zapatos! Ve a llevarlos, Marco; al cuarto de debajo de la escalera...

—No.

—¡Marco!

—¡No voy!

—Te aseguro que irás.

Se enfrentan en silencio. El primero que baje los ojos... Y es Marco. Las aletas de su nariz se cubren de sudor en un instante.

—Ya voy. Pero...

—Pero ¿qué, Marco?

—¡Ya verá usted!

La odia; y se odia por odiarla... Cree que el dormitorio entero le mira mientras lo atraviesa en camisa con rabia en el corazón, con su par de zapatos en la mano. «¡Mañana les romperé la cara a todos!». Como no vuelve a subir, Francisca, exasperada, baja la escalera, que no contaba con volver a ver hasta el siguiente día por la mañana. En el rincón del escondrijo del pequeño aposento, Marco se mantiene de pie con las manos a la espalda entre veinte pares de zapatos costrosos.

—¿Qué esperas?

Dos movimientos de cabeza barren los cabellos rubios que le caían sobre la mirada tempestuosa.

—Permaneceré aquí toda la noche.

—¡No podrás dormir!

—¡Seguro que sí!

—Bueno —dijo con calma Francisca después de un momento—. ¡Bueno! Yo voy a subir, pero tampoco dormiré.

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero dormir caliente y tranquila mientras mi niño tiene frío y no duerme!

Marco se encogió de hombros y fingió mirar a otra parte. Sin embargo, tras la rubia barrera de sus cabellos sigue con la mirada ansiosa a la señorita,

que arregla algunos zapatos desaparejados, inspecciona el cuartito, vuelve la espalda, sale y cierra la puerta.

Ahora reina la noche. Entra por las ventanas abiertas y el dormitorio es su reino. Veinte niños indefensos se entregan a su sortilegio. Sueñan: el Principito, Tintín, Mickey, el oso, la hermana del compañero, la señorita, son algunos de los personajes de la danza. Pero otros irrumpen por todas las ventanas: borrachos, madrastras, policías, taberneros, amantes de las hermanas mayores, las queridas de los hermanos mayores, los camaradas callejeros de mala calaña..., todo un mundo de gritos, de botellas, de golpes recibidos... Lo ahuyentan con calma durante todo el día; pero con más paciencia aún cada noche espera para instalar su siniestra decoración en el blanco dormitorio. Nadie sabrá porqué Colombo llora mientras duerme. Miguel aprieta de pronto los puños. Radar jadea y se revuelve. Taka gime largo rato. Alain Robert sueña en voz alta y Pablo el Invencible se convierte en «el hijo de la desgracia»... Si les despertasen bruscamente, prorrumpirían en risas o en lágrimas, se echarían al cuello del primero que vieses o le pegarían, no se sabe. A veces, la señorita Francisca, antes de dormirse, hace una última ronda; aquellas caritas extrañas la asustan. Imposible determinar si es el sufrimiento o la maldad lo que forma aquella faz desconocida y sin edad. Y el mismo espectáculo, invisible en aquel momento, en los otros dos pabellones de Ternera, en todos los pabellones de todos los Centros de Francia: miles de niños entregados todas las noches a sus fantasmas, a sus enemigos los adultos...

A pesar de esto, ¡cuántas decenas de miles de otros niños se arrastran, ahora, por las calles, las ferias suburbanas y las tabernas, con las manos en los bolsillos vacíos! Beben, roban, acechan, huyen, se prostituyen entre hombres y mujeres, sus falsos amigos, parecidos en todo a sus padres: ¿qué diferencia hay? El mundo es ya para ellos una inmensa fábrica, una inmensa taberna, un inmenso solar vacío; ¡una noche de invierno eterna! Todo es igual en todas partes, y cada día semejante al anterior. ¿Qué significa vivir?

En aquella misma noche, sin embargo, en Carrières y en otras partes, los muchachos discuten en su barraca. Ninguno de ellos tiene verdadero hogar, ¡pero el Grupo lo tiene! Aquella misma noche el señor Provins pasea de un lado a otro; el señor Lamy se quita un momento sus gafas para descansar los ojos de la lectura de los expedientes. Todos los Provins, todos los Lamy del mundo, «todos los que no se conforman», velan esta noche. Y la señorita Francisca también. Cierra su libro, apaga su radio, ordena sus cartas. No puede ni siquiera rezar, porque un niño rubio, de pie en un cuartito...

De pronto se estremece. Es el momento de la noche en que el moribundo otoño tiende su mano al invierno. Sale de su cuarto, se dirige hacia la cama de Marco y coge allí su ropa. En su camino furtivo hacia la escalera se levantan varios niños, todos de blanco. «¿Qué pasa, qué hay...?». Ella los vuelve a acostar sin decir palabra. Conduce suavemente a Terciopelo, sonámbulo sonriente (debe de soñar con Odette), a la cama que había abandonado. Desde el fondo de la suya, Olaf la sigue con la mirada. Acaba de despertarse y nota que ya ha mojado las sábanas. Tiembla de frío, de vergüenza, de miedo: los demás chicos, la señorita, los pinchazos en la enfermería...

Se acuesta acurrucado, como un perro, en la cama manchada. No tiene gana de volver a dormir, de reemprender su sueño de niño abandonado, golpeado, humillado.

Francisca baja la escalera, abre la puerta. Como estatua del orgullo, Marco no se movió.

—¡TENGO FRÍO: TÁPATE, CHICO!

—¿Cómo? —dijo Marco con voz ronca—. ¿De veras no puede usted dormir?

—Ya te lo dije.

Marco lanzó una especie de grito y se precipitó fuera del cuartito. Subió la escalera gimiendo, atravesó el dormitorio, revolvió su cama para abrirla y se refugió en ella, con la cabeza bajo las sábanas; mordió la almohada para evitar... ¡No, no puede más; solloza...!

Cuando la señorita fue a darle un leve tironcito de orejas en señal de amistad no vio más que un montón de cabellos rubios y oyó subir desde el fondo de un río de lágrimas una voz lastimera: «¡Me ganó usted...! ¡Me ganó usted, señorita...! ¡Me ganó!».

## Capítulo cuarto

### *Los pájaros de nuestros bosques*

El sol se levantó muy tarde. Convaleciente, pálido y altanero, recorría sus desfigurados dominios. Octubre había pasado por allí, y llenos de andrajos, los árboles, despojados de su ropaje, azotados por la lluvia y golpeados por el viento, esperaban la Pasión de noviembre. Los pájaros habían huido o callaban. Hojas cenicientas temblaban aún al paso de la brisa, semejantes a los jirones de la tapicería en las paredes de una casa que se incendió. Las que se esparcían por la tierra esponjosa no crujían bajo los pasos; después de haberlas dorado a fuego suave en la primavera y quemado luego en el verano, el sol se había retirado al fondo de un cielo turbio. Aquella mañana proyectaba en el suelo la sombra pálida de árboles desnudos, desconocidos, de gestos patéticos. Uno de sus rayos atravesó la sala de estudio y fue a herir el espejo de bolsillo con que Doganat, apodado «Terciopelo», intentaba atraerlo desde el comienzo de la lección. Una indiscreta luz zigzagueó en el negro encerado en que el maestro escribía con tiza y con la fina letra que le envidiaba la clase entera. En el movimiento de sus anchos hombros se adivinó que se reía. Se volvió de repente; el imprudente rayo de sol recorrió su cara de indio, iluminando sucesivamente el pelo negro y liso, la nuez de la garganta, los ojos arrugados y la nariz de pico de águila que todo Ternera y apodaba «Tomahawk».

—¡Doganat —gritó—, ven a explicar el teorema en el encerado!

Doganat atravesó el aula a paso de ladrón, con sordas pisadas. Estaba tan a gusto con sus zapatos que parecía andar en zapatillas y tan cómodo con su ropa que parecía estar siempre en bata. Mientras pasaba entre los pupitres se oía sonar entrechocando en su bolsillo el espejo y la armónica. Enseguida, la refracción del sol en el espejo se tradujo en ángulos, radios y punteados con trazos de colores distintos.

—¡Ya ves, Doganat —añadió Tomahawk—, si no hubieses hecho el idiota no habiéramos aprendido todo esto! ¡Te lo agradezco mucho...!

El muchacho, la cara de terciopelo carmesí, volvió a su banco, mientras Tomahawk, con su mirada apagada se sumergía en una risa silenciosa. Era su costumbre, y sus alumnos adoraban a aquel profesor fantástico que, además, parecía un jefe de tribu india.

—¡Ahora un dictado...! ¡Coged todos el cuaderno de francés! Celestino, ¿no has dormido bastante, querido?

Globo Cautivo transportó penosamente su gran cabeza de un codo a otro y respondió con su voz penetrante:

—Sí, señor; como una marmota.

Todos se rieron, pero a Celestino no le importaba: se dirigía ya lentamente, de nuevo, al reino de las marmotas.

—¡Empiezo...! «Los pájaros de nuestros bosques», éste es el título. «Los pájaros de nuestros bosques son ligeros y vivos, coma, tiernos y salvajes, coma, pendencieros y fieles a la vez, coma, capaces...». ¿Quiénes son «capaces», Alain Robert?

—¿Eh...? Los pájaros de nuestros bosques.

—Por tanto, «capaces» está en..., Marco Forgeot.

—¡En plural!

—Está bien. «Capaces de verdadera abnegación con sus compañeros... (¡tienen algunos naturalmente!) lo mismo que de una extremada crueldad con sus enemigos (¡los enemigos que sean!), coma, los pájaros de nuestros bosques...».

—Tac, tac, tac...

Se oye un ruido en el cristal, y veinte cabezas se vuelven a la vez hacia la ventana, persuadidos de que verán allí un pájaro de nuestros bosques golpeando con el pico. Era Búfalo (con su frente pelada, su nariz quebrada y sus dientes de oro) el que llamaba con los nudillos.

—¡Un momento, niños!

Los niños dejan la pluma, menos Olaf, que se embadurna la lengua con ella: le gusta el sabor amargo y noble de la tinta... Cada uno recobra su ocupación acostumbrada: Alain Robert traza su firma (una firma inimitable como las de las etiquetas de las botellas de jarabe); Olaf saca de su bolsillo un cordel e inventa nudos; Miguel vuelve a leer la carta de su madre (que data de la Navidad última), y Celestino se duerme por completo.

En el umbral de la puerta el maestro se reúne con Búfalo, que le comunica su reciente indignación: «¡Veinte mil francos!». Es lo que le ofrece el dueño del garaje de Melun por su viejo carricoche, que todo Terneray bautizó con el nombre de «Bidule».

—¿Entonces vendes «Bidule»?

—¡Figúrate!

—Pero ¿qué vas a hacer sin él?

—No te atormentes, encontraré... Pero ¿te das cuenta? ¡Veinte mil francos...! ¡Adiós!

Vuelve a marcharse con los puños apretados. ¡Si el garajista estuviese allí, Búfalo se lo cargaría! Tomahawk vuelve riendo a «Los pájaros de nuestros bosques» en el mismo instante en que un papelito plegado llega a las manos de Marco. «Goiraud sabe cómo se hacen los niños. Lo dirá en el recreo. ¡Haz circular este papel!». Marco (que sabe hace mucho tiempo cómo se hacen los niños) va a pasar el billete a su vecino; pero de pronto piensa en la señorita Francisca, en Mamy, que espera un bebé... Se pone colorado, echa atrás vivamente sus cabellos, fulmina a Goiraud con su mirada azul y hace que le devuelvan el papel: «Para Goiraud; pasadlo». «¡Si hablas de eso a los pequeños, antes de cinco minutos tendrás la nariz chorreando sangre!».

—Continúo —anuncia Tomahawk con su voz cantarina—: «Los pájaros de nuestros bosques...».

Antes de llegar al taller de mecánica donde da clase a los niños de catorce años, Búfalo va a contar al jefe Marcelo el caso del carricoche: «Veinte mil francos solamente por “Bidule”, ¿te das cuenta?». Pero es él quien se da cuenta de que Colmillo Blanco le escucha distraído.

—¡A propósito, no he visto a Mamy esta mañana!

—Está en la cama. No estoy inquieto, pero se fatiga demasiado. Está en el sexto mes; debería cuidarse... ¿De modo que ese carricoche...? ¡Veinte mil francos es poco, desde luego! Pero entre nosotros...

Búfalo se golpea de pronto la frente con el puño.

—¡Colmillo Blanco, una idea formidable...! «Bidule» fe queda aquí, fe desmonta y fe le entrega a los muchachos.

—¡Van a montarlo al revés!

—Diez veces, veinte veces volverán a empezar. ¡Formidable! ¡Ah, puede guardarfe fus veinte mil francos...!

Corrió hacia el taller a anunciar a los aprendices la «formidable» noticia. Colmillo Blanco le dedica de lejos una sonrisa de perro lobo y un «¡Búfalo, tienes un corazón de león!», que el otro ni siquiera oye... En el recreo de las diez y media harán cola delante del garaje para examinar con mirada de propietario el maravilloso juguete: el mezquino carricoche del que, aún la víspera, todo Ternera y se burlaba...

Las once. Los «escolares» (menores de catorce años) salieron corriendo de clase y Tomahawk pudo al fin encender su pipa, la larga pipa que, bien atacada, guardaba sobre la mesa.

Como bandada de gorriones, los muchachos van a dar vueltas, a correr y darse golpes, todos juntos: todos a la vez a los retretes, después a la fuente, luego al taller, a contar a sus compañeros de dormitorio los sucesos de la mañana; después hacia la casa de Colmillo Blanco y de Mamy, adonde acaba de llegar el correo. Los empleados y las señoritas de los demás pabellones ya están allí; es el momento del día en que el resto del mundo también existe para ellos; en que su universo no está poblado solamente de niños con rodillas sucias; saborean aquel instante... Francisca, con la cabeza inclinada y sosteniendo los cabellos con su larga mano como si fuera una cortina, lee su carta azul de todas las mañanas. Marco se mantiene a distancia, con las manos en los bolsillos.

—Marco, sé amable; olvidé el cuaderno de distribución del tiempo en la mesa de mi cuarto.

—¡Allá voy...! Gracias, señorita.

Dijo «señorita», pero piensa «hermana». Y encantado de hacerle un servicio: ¡le gusta tanto que lo necesite! Al ir corriendo compone una película: la hermana está prisionera de los indios, y él, Marco, a la cabeza de una escolta que galopa, la liberta mucho antes que el *sheriff* negro, mucho antes que la policía del Canadá...

Sube al galope la escalera del pabellón y atraviesa el dormitorio en que duerme todos los días, entra de puntillas en el cuarto, que nunca se cierra, de la señorita. Una cama baja cubierta con ropas sencillas, una fila de libros de lomo gastado; en las paredes, un banderín de explorador, una fotografía de alta montaña, un crucifijo. A pesar de la gran ventana abierta, el cuarto huele siempre al fresco perfume de la joven. Marco aspira una vez más; luego coge el cuaderno rojo y, como un valiente mosquetero, galopa para llevárselo a la Reina, a pesar de los guardias del Cardenal: «¡A caballo, señores, a caballo!».

Les reparten el correo a los niños y las señoritas ayudan a los más pequeños a leer sus cartas, que parecen todas de la misma letra. Se abren los paquetes con manos temblorosas de impaciencia, bajo la mirada fingidamente indiferente de los compañeros. Miguel da vueltas alrededor del grupo, sintiéndose tan desgraciado como un perro encadenado; espera, como todas las mañanas, una carta de su madre, pero sabe muy bien, como todas las mañanas, que no vendrá... Terciopelo vibra: recibió una esquila de defunción (de una tía abuela) y su nombre está impreso en ella.

—¡Sí, impreso! Mira..., aquí..., el decimoctavo: M. ROBERT DOGANAT...  
¡Yo soy este M. Robert Doganat...!

—¡Déjame en paz! —gruñe Pablo el Invencible, que se fue aparte para roer su hueso; una carta, al fin, salida del Havre dos meses antes... Una carta firmada «tu viejo Mimile» y que le siguió desde la prisión al Instituto Psiquiátrico, luego al Centro de recuperación y por fin a Ternera y... Maravilloso: no está, pues, perdido, y los compañeros del Havre no lo han olvidado. Pablo recobra el valor, ¡ay! El viejo Mimile, su demonio guardián, ¿le lleva al instante a pensar en la señorita Francisca? ¿En Búfalo? En Colmillo Blanco, que no sospecha la desertión sino que, como cada mañana, renueva su acopio de esperanza leyendo cartas de antiguos exacogidos en Ternera y: «Quiero que tenga noticias de mi salud que es bastante buena. Espero que esto le alegrará y que la suya también sea buena... Sin nada más por hoy reciba un fuerte apretón de manos lo mismo que Mamy».

Radar lanza un grito de alegría: en la carta que le envía su hermana, por su decimoquinto cumpleaños, ¡hay un billete de quinientos francos! Es la primera vez que ve uno, y se lo enseña a todo el mundo: «Mira ese individuo color violeta, ahí, en un lado: de seguro que es el inventor de los billetes...». Pasea también, de grupo en grupo, el retrato de su hermana vestida de novia. Todo el orgullo de Radar se cifra en pensar que es cuñado de alguien. «Quinientos francos, ¿qué te parece?». Sus dos orejas (una apenas doblada y la otra incompleta) se le han vuelto rojas con la alegría: ¡como dos chuletas!

Pero Taka, el misterioso, no enseña a nadie la carta anual que acaba de recibir de su padre: «Pasaré pronto a verte y te llevaré una sorpresa...». Hace seis años que el padre de Husson (carterista, estafas de todas clases), le promete eso y con las mismas palabras. «¡Pero tienes que esperar una vez más, hijo querido!». Saca el pañuelo, limpia sus gruesas gafas que se humedecieron, no sabe por qué, y vuelve a masticar en silencio.

—¡Alain Robert! ¿Quién ha visto a Alain Robert? ¡Hay un periódico para él!

Como Olaf, como los demás acogidos procedentes de la Beneficencia, Alain Robert no asiste a la llegada del correo, porque ¿quién iba a escribirle? En aquel momento los dos muchachos trabajan en la huerta con el jardinero de Ternera y. Una cara redonda y rosada a la que pone mordaza un espeso bigote blanco; una boina de reflejos violeta polvorienta en los pliegues y arrugas; en cada oreja una enorme telaraña de pelos rodeando un vello menos blanco que aquéllos; una barba de tres días, ése es al que todo Ternera y aplica el mote de «Clemenceau» (a pesar de la nariz de trompeta, que basta para

desfigurar su fisonomía). Todo Terneray, salvo Olaf, que le llama «abuelo», porque no se atreve a decirle «papá»... Y Clemenceau le llama «querido muchacho» delante de los demás, pero «hijo» cuando están solos y «querido» cuando piensa en él... El jardinero es también antiguo pupilo de la Beneficencia y hasta los cincuenta años no encontró una familia: cuando «aquel muchachito tan delicado, de fino perfil y de lindos ademanes», cuando aquel arrapiero de Olaf llegó a Terneray... Cada uno piensa en el otro, por la noche, al dormirse: Clemenceau, antes de quitarse, al fin, su boina de cuatro estaciones; Olaf antes de ponerse sobre su rostro oscuro el diario doblado bajo el que se duerme. Y cada uno piensa, con una sonrisa, al despertar: «Papá»... «Hijo»...; pero ninguno de ellos se lo dijo nunca al otro. Cuando Alain Robert —de padres desconocidos— llegó a su vez a Terneray, Olaf temió que le robase a «su padre». Clemenceau. Felizmente, el recién llegado se escogió una «mamá»: la señorita Francisca. ¡Así, nada de líos de familia! Todos los días trabajan los tres en el jardín, mano a mano; Alain Robert, con las cejas fruncidas y la boca entreabierta; Olaf, con las mejillas hundidas y la respiración entrecortada, agarrando mal con sus garras de pájaro la herramienta demasiado gruesa. Clemenceau lo vigila con gesto paternal: «¡Qué mañoso y fuerte es para su edad!». Cuando el viejo se detiene para escupir en una mano y después en la otra, Olaf lo imita seriamente, preguntándose para qué podrá servir eso. Terminada la clase, los dos muchachos corren al jardín; por delicadeza, Alain Robert deja llegar primero a Olaf. «¡Ah!, ¿estás aquí, hijo? —refunfuña con indiferencia Clemenceau, que desde hacía diez minutos estaba impaciente y con mano terrosa sacaba sin cesar del chaleco su gran reloj—. ¡Vamos a trabajar!».

—¡Alain Robert...! ¡Alain Robert...!

«¿Qué habré hecho yo?», piensa instintivamente el áspero muchacho.

—¡Toma, ha llegado un periódico para ti en el correo...!

—¿Un periódico para mí?

Su primera mirada es para Olaf y Clemenceau, que le contemplan cortados. Se siente culpable de traición; aquella revista en su mano lo separa de ellos, que nunca reciben correo... ¡Cómo le pesa!

—¡Toma, querido!

Sin conceder una mirada al diario, se lo da a Olaf, que lo sopesa y se lo devuelve como si fuera un tesoro que acabase de arrancar a la tierra. Alain Robert se mete en el bolsillo el tesoro mucho más precioso: la faja que trae su nombre y dirección con letra desconocida...

La distribución, la lectura, y hasta la segunda lectura del correo deben de haber terminado, porque la bandada de chicos cae ahora sobre el jardín. Todos los que lo desean poseen allí un cuadro de tierra donde cultivan flores o legumbres según su afición y plantan además las semillas de la fruta que han comido. Una frialdad algo agresiva separa a los floricultores de los cultivadores de legumbres. Se agachan para examinar la tierra, para medir día a día una pulgada dudosa; riegan muy poco o demasiado; cambian semillas por rafia; agobian con preguntas absurdas a Clemenceau, que se mantiene en pie, como un encantador de pájaros, en el centro de la bandada infantil. Otros, con los bolsillos atiborrados de migas, bajan al corral, donde tienen su gallina convenientemente anillada. Cada uno llama a la suya, seguro de ser reconocido por ella, e intenta cogerla o acariciarla. Las gallinas, con su mirada miope, se incomodan, baten las alas, reparan con pico nervioso el desorden de su plumaje (como cuando el gallo ha estado con ellas), ¡un mal momento! Aparte, Celestino, de apodo «Globo Cautivo», llama a sus palomos y les echa grano. Había llegado al Centro trayendo en una mano una maleta miserable y en la otra una cajita nueva con una pareja de palomos. Pese a amenazas y burlas continuas ahora ya son ocho: Celestino les ha puesto nombres que sólo utiliza en su pensamiento para distinguirlos...

—¡Eh, mirad, mirad, muchachos!

Por el otro extremo del jardín se pasea una urraca cojeando; pasea por el lindero del bosque, como el señor de pompas fúnebres por delante de la catedral. Los muchachos celebran consejo.

—Está herida... ¡Hay que curarla...! Pero ¿cómo? ¿Quién la atrapará...? ¡Yo puedo! —Es Globo Cautivo.

—¡Esperad!

Pablo el Invencible saca un cuchillo, elige el sitio, aprieta los dientes y se hace en la muñeca un corte profundo. Ahora tiene que correr a la enfermería; vuelve provisto de yodo, de gasa, de vendas, de imperdibles. Todo lo necesario para curar a la urraca. Celestino intenta cogerla, pero la encuentra menos dócil que las palomas...

—¡Haced un círculo...! ¡Avanzad ahora...! ¡No, no la asustéis!

Asustada ya lo estaba; Marco, con el pelo caído sobre los ojos, la venda con cuidado, y Doganat (apodado «Terciopelo») toca en la armónica una tonada dulce para mitigarle el dolor. ¡La urraca se resistía! Parecía un notario en traje de ceremonia, caído en manos de bandidos gigantescos. La sueltan al fin muy convencidos. ¡Pues sí, miradla, cojea menos con ese vendaje

grotesco; se va a curar, ya está curada! «Los pájaros de nuestros bosques son capaces de verdadero afecto...».

La campana del almuerzo dispersa a los salvadores. Animales y plantas de Terneray van al fin a sentirse descansados, ya que los muchachos no están allí. Se les puede ver sentados a la mesa envueltos en un agradable olor tibio, ¡siempre el mismo, cualquiera que sea el menú! Sin embargo, no se encuentran a gusto y sus ojos inquietos buscan el motivo... ¡Es éste! Hay un lugar vacío en la mesa de los jefes: Mamy está ausente.

Al ver los ojos grandes por la inquietud y las bocas entreabiertas por la curiosidad, Colmillo Blanco da explicaciones con naturalidad:

—Mamy está algo enferma... —Luego, bajando la voz, añade con una sonrisa casi tímida—: Espera un niño...

—¡Pues no es Navidad! —dijo un niño con voz enronquecida. Pero nadie se rió.

Terminada la comida, se da otra vez libertad a los chicos; juego de pelota en el césped, un poco de lucha por todas partes, amistades pasajeras, amenazas definitivas, arrogancias..., el recreo... Luego Terneray entra, a toque de campana, en el apacible puerto de la tarde. Silencio.

Pasan las nubes lentamente, caen las hojas; el jardinero Clemenceau trabaja en su desierto dominio. El día envejece y se vuelve gris.

Las cinco. Tomahawk, despedida su gente, borra el negro encerado, enciende la pipa y abre las ventanas. Búfalo cierra su taller vacío y lanza al pasar a «Bidule», medio desmontado y contra el cual se encarniza un racimo de chiquillos, la mirada melancólica del amante. La señorita Francisca dobla y ordena con alivio la ropa que durante horas ha estado remendando a la cabecera de Mamy: ¡y al fin va a reunirse con sus muchachos! Y el mismo Colmillo Blanco, escolar en libertad, rechaza los papeles con un gran suspiro. Toda la tarde tuvo que ser contador, administrador, arquitecto, granjero, curandero, orientador, confesor, profeta: hacer su oficio de jefe de Centro. Un hambre enorme de ser niño le acometió ahora; un irresistible afán de jugar, de correr, de alborotar con ellos: ¡de vivir! Subió a grandes zancadas para abrazar a Mamy —«¿no necesitas nada?»— y volvió a bajar, más deprisa todavía, para arbitrar un partido de fútbol.

De este modo Colmillo Blanco, Francisca y algunos otros comienzan a estar de servicio en el momento en que Búfalo, Tomahawk y compañía quedan saturados de los niños, que semejantes a las aguas de un río pasan de una esclusa a otra sin notarlo... Volemos sobre Terneray a baja altura: a la

altura de los niños... Apoyado en el mango de su pala, Alain Robert, con las cejas fruncidas y la boca entreabierta, escucha las revelaciones de Olaf:

—¿Sabes por qué está aquí Marco? Porque ha robado para alimentar a su madre, que estaba enferma. ¡Iba a morir de hambre! Entonces él salió de noche y se coló en un almacén. Y entonces...

Marco ha ido embelleciendo su versión, de confidencia en confidencia; ahora sólo tiene que dejarla correr; a medida que circula va convirtiéndose en epopeya. Mañana, Marco el inocente se habrá hecho condenar en lugar de la madre enferma de un camarada tuberculoso...

Alain Robert y Olaf han continuado su trabajo de jardinería. De repente:

—¿Quién te protege a ti? —preguntó el arisco muchacho.

—¡Nadie, desde luego! —respondió el hazmerreír de Terneray con esa mezcla de altivez y humildad propia de los mendigos.

—¡Dame la mano! —dijo únicamente Alain Robert, sacando a grandes penas la suya de una manga demasiado larga. El ratoncillo mete en ella su pata oscura, tan caliente, tan menuda.

—¡Eres un buen chico...!

—¡Quita de ahí!

Vayamos más lejos... ¿Por qué se cuela Radar en la enfermería y mide su estatura en la señal? Porque está persuadido de que se crece a los catorce años, a los catorce y medio y a los quince... ¿Cómo?, ¿siempre la misma altura, «incluso el día de su cumpleaños»? Debió de colocarse mal. ¡Otra vez!

A cien metros de allí en pleno bosque. Goiraud es golpeado por dos chicos de su dormitorio.

—¿Comprendiste ahora...? ¿Aún no? ¡Toma!

La refriega se reanuda hasta que Goiraud «comprende».

—Y ahora arréglatelas para cambiar de dormitorio; no te queremos ya en él, ¿entendido?

La última noche, Goiraud se había metido en la cama de un compañero y... Sombría la mirada, los puños retorcidos, la nariz con sangre coagulada, Goiraud no volverá más; ¡hasta la próxima paliza!

—¡Muy bien, hijo mío! —dijo una voz desde los árboles rojizos.

Es Taka, más rojo que ellos, instalado en la gruesa rama de un tilo y que cesa un instante de masticar para contemplar desde arriba la pelea.

—¡Hay que dejar que las gentes arreglen sus asuntos por sí mismos! —dice prudentemente una voz más encaramada todavía: Terciopelo, confortablemente tendido en un cómodo cruce de ramas de un árbol vecino. Continúa la conversación, interrumpida por los ruidos peculiares del chicle

que masca, infla y hace estallar Taka. Después sobreviene el monólogo: Terciopelo saca de un bolsillo (entre las bolas, la castaña y el espejo) su armónica espolvoreada de azúcar y toca cosas de su invención.

Desde su observatorio puede ver a Marco en pie ante la verja abierta, inmóvil al borde del camino que se llama «evasión». Todos los días a esta misma hora, el capitán Marco, en la proa de su barco *Terneray*, va a contemplar en silencio el gran océano brumoso de la Libertad, sobre el cual va cayendo la noche. Ve encenderse las luces, subir verticalmente los humos; oye sonar las esquilas de los animales que él supone libres. Piensa en Jojó, en su madre, en el Caíd, en los camaradas; algunas veces en Darrier. ¡No es mala persona Darrier! Marco recibe cartas suyas a intervalos excesivamente regulares: el otro se esfuerza en escribirle, pero no tiene casi nada que contarle. «Nunca se sabe qué contar a los prisioneros...». Marco echa hacia atrás el pelo con dos sacudidas de cabeza y da algunos pasos por la carretera, fuera de murallas: instante delicioso... Luego piensa en la señorita Francisca y retrocede en el camino.

En aquel momento, Olaf corre hacia el Pabellón número 3. De seguro que encontrará al paso a uno o dos de los mayores que le harán la zancadilla, siguiendo la tradición. Olaf guarda en su puño cerrado el tesoro que Alain Robert acaba de darle en señal de amistad: billetes viejos de toda clase para su colección... Al entrar en el dormitorio ve de espalda a Pablo (el Invencible), en pie junto a la cama de Radar. A Olaf no le gusta encontrarse solo con uno de los mayores: llega a su rincón de puntillas, pero nota con disgusto, con ansiedad, después con terror, que le sube a la garganta una tos que no puede contener. Tose; Pablo se da la vuelta con el billete de quinientos francos en la mano... Imposible equivocarse: ¡no hay un billete como éste en todos los dormitorios de *Terneray*! «El hijo de la desgracia» avanza con la mirada fija, los labios apretados.

—Oye, asqueroso: te aconsejo que no te vayas de la lengua: ¡tú no has visto nada...!

El ratoncillo escapa, dejando sus preciosos tíquets esparcidos por la cama.

Saltándole el corazón fue a reunirse con Alain Robert rodeando los talleres y volviéndose cada diez pasos.

—¡Ven para aquí...! ¡Deprisa...!

Lo arrastra hasta detrás de la casa del jardinero, sin recobrar el aliento.

—No sabes... lo que... vi...

Con las cejas fruncidas Alain Robert fue en busca de Marco.

—Oye, no sabes que Pablo...

Marco hace bajar a Terciopelo y a Taka de sus árboles. Se oyen: «Fuera bromas», «¿qué dices?».

Todo Termeray conoce ahora la fechoría de Pablo, que ha ido de boca en boca; y aquellos niños tramposos, incluso ladrones, están pálidos de indignación. Un grupo más decidido buscó a Pablo y lo llevó aparte. Comenzaron discutiendo, después se apretaron los puños. El Invencible, con mano ligera, abrió ya su navaja en el bolsillo derecho; en el otro, su mano palpaba el billete que va a costarle tan caro...

En aquel momento tres toques de silbato rasgan la tarde, tan apacible.

«¡Reunión inmediata de todos los muchachos del Pabellón número 3!».

Es el silbato de Colmillo Blanco: ¡no hay que perder un segundo! El maestro estaba en pie sobre el césped, rodeado por Búfalo, con los brazos cruzados, y por el maestro Roberto, que hacía grandes gestos. Los chicos llegaron de todas partes, aparentando asombro: porque al ver a Radar cerca de los tres jefes, a Radar con las orejas más coloradas que nunca, habían comprendido...

—¡Vamos! ¡A reunirse! ¡Más deprisa...!

Colmillo Blanco espera todavía un instante, mira una tras otra aquellas caras impasibles y luego dice lentamente:

—¡Oído bien! Fue «robado» en el dormitorio un billete de quinientos francos perteneciente a vuestro compañero Timeón. Espero que el «ladrón» se denuncie a sí mismo para evitar que os castigue a todos..., ¡y muy severamente! —añadió después de un silencio.

Nadie se movió... ¡Sin embargo, sí! Radar, contra toda lógica, fue a colocarse entre sus compañeros: precisamente al lado de Pablo, el ladrón. ¡Verdad que era el único que lo ignoraba!

—Está bien —añade Colmillo Blanco; y en verdad se diría que no le descontentaba aquel silencio—; ¡permaneceremos aquí hasta que el ladrón se decida a proceder como un hombre!

Mira la hora en su reloj, despide con un gesto a los otros jefes y se pone a recorrer el césped dando largos pasos. El maestro Roberto vino a hablarle en voz baja:

—Si por casualidad hay alguno que conozca al culpable...

—¡Lo conocen todos, querido!

—Entonces, ten la seguridad de que cualquiera de ellos va...

—¿A denunciarlo? ¡De ningún modo...! Nadie se lo perdonaría... ¡Yo el primero, desde luego...! ¡Ah, no! Prefiero los cómplices a los soplones. ¿Usted no?

Roberto se empuja las gafas a lo largo de su huesuda nariz.

—Entonces, ¿van a quedarse aquí toda la noche?

—Si es preciso, sí... ¡Y no me diga usted que se exponen a coger frío! ¡Jugamos una partida muy importante, querido! No olvide usted que todos estos muchachos, o casi todos, han robado...

—No fue suya la culpa: la sociedad en que vivimos...

—¡De acuerdo! Pero yo no tengo la sociedad a mi cargo: sólo tengo sesenta muchachos a quienes librar de peligros. Si les digo que son víctimas, lo serán toda su vida; ¡es un papel más cómodo de lo que piensa usted! Yo los persuado de que un día tendrán, como todo el mundo, una familia y un oficio y que eso es más honroso que el merodeo y la taberna. Ya sé que esto es algo anticuado y que la clase de honor que les inculcamos ya no está de moda, pero ¡qué se le va a hacer...! No estamos en el barrio de Saint Germain...

La asamblea no claudicó. Ni una mirada se dirigió a Pablo; ni se oyó un murmullo... Las piernas comenzaron a amaratarse; Colombo tiembla; Miguel estornuda. Radar piensa: «Yo no debí haberlo denunciado. ¡Pero quinientos francos...! ¿Qué hubiera dicho mi cuñado? No, ¡soy un cochino! Los demás van a quererme mal...». Los «demás» piensan, en efecto: «¡Radar no hubiera debido hacerlo! Esto podía haberse arreglado entre nosotros... Quinientos francos, ¿te das cuenta? Era magnífico ese billete...». Y Pablo piensa... No, Pablo no piensa nada: se esfuerza con dolor en no pensar nada.

Los chicos de los otros pabellones andan alrededor del grupo; el maestro Roberto los echa como si espantase aves de corral.

—¡Vaya, no somos apestados! —dice uno de los mirones alejándose.

Hace cincuenta y siete minutos que dura esto. Las casas se iluminan. El olor y el rumor de los comedores llegan hasta veinte muchachos inmóviles; ¡momentos muy penosos! A Pablo le cuesta cada vez más trabajo abstenerse de pensar. Se entretiene en contar las estrellas.

Clemenceau atraviesa pesadamente el césped con un rastrillo al hombro. «¡Vamos a ver!, ¿qué pasa?». Colmillo Blanco se lo explica. «¿Cómo?», y se lo repite, porque el viejo entendió mal.

—¡Es justo! ¡No hay nada que oponer...! Sin embargo —añade mirando solamente a Olaf—, ¡alguno puede coger frío!

—Forgeot, Husson, Doganat, Celestino y Colombo, subid al dormitorio a buscar los abrigos y las bufandas.

Pablo se asombra de que el compañero le traiga las suyas. Es en realidad el único que da las gracias; el otro lo mira con sorpresa.

—No hay de qué, bribón —le dice al oído.

Los chicos de los demás pabellones acabaron de cenar... Todavía se oyen algunos ruidos de vajilla, muy dolorosos para los veinte vientres vacíos; luego empieza tranquilamente a transcurrir una hora más, la tercera; toda la noche, toda la vida...

—Maestro —suplica Olaf después de una gran lucha—, maestro, ¿puedo ir al retrete?

Y echa a correr, preguntándose si llegará a tiempo... ¡Sí, el tiempo preciso! Otra angustia le oprime en el momento de tirar de la cadena: tiene siempre la impresión de que ese ademán va a soltar una oleada de serpientes... Tira de lejos y huye sin volver la mirada atrás.

Son las ocho y treinta y tres minutos, y de pronto, sin saber él mismo por qué, Pablo avanza dos pasos.

—¡Fui yo!

—Bueno —dijo Colmillo Blanco con el tono más tranquilo—. ¡Vosotros, al comedor...! ¡Tú sube conmigo! ¡Y saca las manos de los bolsillos...!

Pablo el Invencible, pero vencido por sí mismo, siguió a Colmillo Blanco al despacho del jefe. Después de un largo silencio:

—¿A ver? Es difícil esto... ¿Qué quieres que haga contigo?

—¡No hay nada que hacer conmigo! —dijo Pablo con orgullo.

—Si se lo comunico al juez, ya sabes lo que pasará.

—¡Ya estuve en la cárcel!

—¡Ya sé, ya sé! ¿Estabas bien allí?

—¡Se acostumbra uno!

—Buena alimentación como aquí, ¿no es eso? Deporte, árboles, cine, fiestas y domingos, ¿como aquí? ¿Y buenos compañeros con los que se puede contar toda la vida? ¡Ah! Comprendo que te empeñes en volver allí.

—Yo no me empeño en nada: estoy perdido.

Colmillo Blanco se levantó, fue hacia el muchacho y le cogió los cabellos para obligarle a levantar la cabeza y mirarle a los ojos.

—No, Pablo; tú no eres mala persona. Tú te has dicho: «¡Los compañeros no pueden de ningún modo pasar la noche en pie!», y te acusaste a ti mismo. Te apetecía ese billete porque era nuevo, ¡comprendo eso! ¡A cualquiera le apetecería!, pero lo que es magnífico es el ganarlo, Pablo... Escucha: el carricoche de Búfalo está desmontado en piezas sueltas, ¿sabes? Si tú, Pablo, consigues montarlo de nuevo, te daré un billete exactamente igual... ¡Basta aprender mecánica! Búfalo está satisfecho de ti en el taller...

—Creo que sí.

—¡«Garaje Pablo»! ¿Cómo te sonaría eso algún día? Tu serías el mecánico; tu mujer se ocuparía del poste de gasolina; y los niños...

—¿Para qué dice usted tonterías?

—¿Qué es lo que lo impide, si tú te empeñas?

—Yo soy carne de presidio.

—Tú eres el que dices tonterías, Pablo. Volveremos a hablar de esto... Ahora vas a ir a devolverle el billete a Timeón. Sencillamente, esta noche no cenarás.

—No tengo hambre.

—Ya lo sé.

Le apretó la mano sonriendo. Cuando Pablo salió, Colmillo Blanco se sentó ante su escritorio; bajó la cabeza y permaneció silencioso. El maestro Roberto, que había asistido a toda la entrevista, no se atrevió a moverse.

—Es carne de presidio —murmuró al fin el otro con voz sorda—; carne de presidio.

—Pero...

—Es demasiado tarde. Si conociese usted a su padre, a su madre, su barrio... ¡Hubiera sido preciso descubrirlo a los siete años y sacarlo de allí! Y además se cometieron con él muchos errores; la prisión, el asilo, un correccional... Y ahora...

—Pero permaneciendo mucho tiempo en Terneray, puede...

—Yo no lo retendré.

Colmillo Blanco se plantó delante de la ventana, como para evitar la mirada del otro.

—¡Sí, ése es el drama! Hay que salvar a este muchacho; pero también hay que defender a todos los demás. ¡Acabaría por corromperlos!

—¿Qué va a ser de él si se va de Terneray?

—Se arrastrará de centro en centro, de institución en institución. A los veintiún años le dejarán en libertad; volverá a encontrar a su familia, a sus camaradas de infancia; beberá, robará como ellos, se dejará coger... Tribunal correccional, reincidencia, deportación...

—¡Pero ya no existe el penal!

—No: ahora lo meterán en la cárcel hasta el fin de sus días.

—¡Pero eso no es posible! A este muchacho ¡de quince años!, se le puede persuadir, se le coge de la mano... ¡Si es un hombrecito bueno, como los demás!

Colmillo Blanco se volvió hacia él y el maestro Roberto no lo reconoció de pronto: una expresión de dolor había cubierto su rostro de niño convertido

en adulto.

—Buenos hombrecitos, ¿verdad? ¡Así es como Dios los hizo! Pero ¿qué hemos hecho de ellos los demás, con nuestros policías, nuestras películas «prohibidas para menores de dieciséis años», nuestras tabernas, nuestros cosecheros y destiladores, nuestros...?

—¡Todo lo mezcla usted!

—¿Ah, sí? ¿Soy yo sólo quien lo mezcla todo? Pero la vida de un niño de diez años en los suburbios de París pone cada cosa en su lugar.

—A pesar de todo son buenos chicos... —aventuró el maestro Roberto colocándose bien las gafas.

—¡Buenos chicos que un día, no se sabe por qué, sacan los ojos a los conejos, se comen un mirlo crudo, rocían con gasolina al gato y le prenden fuego! ¡No son ellos quienes obran así, ya lo sabemos!; es el ambiente: la sífilis del abuelo, los diez vasos de aguardiente al día de su padre, la tuberculosis de su madre... ¡Ya lo sabemos, querido, pero es preciso actuar con ellos, puesto que para los otros es demasiado tarde! ¡Actuar... y velar siempre!

—¡Me duele reconocer lo que usted dice! ¡Cuando veo...!

Calló. Del fondo del jardín se elevaba un clamor. Por la ventana, Colmillo Blanco vio en la oscuridad a un grupo de niños más sombríos que ella, y a Tomahawk y a Búfalo que corrían hacia ellos, que los dispersaban a bofetada limpia...

—¡Venga usted, maestro Roberto!

Cuando llegaron, sofocados, al borde del bosque, encontraron al instructor y a Búfalo delante de... Pero ¿qué era aquello? ¡Una urraca!

—¡Esta misma mañana la han curado; vean ustedes este pintoresco vendaje! —dijo Tomahawk.

—Y esta tarde la han apedreado...

—¿Porque la reunión los habría irritado? —sugirió el maestro Roberto.

—¡O porque no estaba curada! —dijo suavemente Colmillo Blanco; y añadió con amargura—: Hombrecitos buenos...

El pájaro, a sus pies, movía su pico grotesco de un lado a otro; sus ojillos brillaban inmóviles. De repente abatió la cabeza y sobre su ropaje negro se vio una gran mancha de sangre reciente: un juez asesinado...

## Capítulo quinto

### *Un laberinto de verdura*

«Magnífico, ¡es domingo...!».

Apenas tuvo tiempo Radar de formular este pensamiento cuando se deslizó de nuevo hasta el fondo de su tibio baño de sueño. En la cama de enfrente, Marco nadaba entre dos aguas: se mantenía en un duermevela voluntario. De este modo el Marco medio despierto gozaba del reposo ensoñador del Marco dormido a medias... Prolongaba a su gusto las historias graciosas que el oleaje de los sueños depositaba en su playa; cosía a sus jirones de sueño grandes trozos de tela nueva que pronto formaban un todo. En su última ensoñación veía a la señorita Francisca con las facciones de su madre y a Alain Robert (que se parecía a su hermano Jojó) refugiados bajo el techo de una casa en una llanura inundada; y él galopaba en silencio sobre un caballo volante...

Terciopelo, frente a él, se ocultaba bajo los cobertores para tocar muy bajito la armónica. Pensaba en Odette, la hermana de aquel tipo del Pabellón número 2. Un domingo, hacía tres semanas, el gruñón de marras los había presentado al fin. «Mi hermana Odette... Doganat, un compañero...». ¡Seis palabras por una pastilla de chocolate! Ahora Terciopelo se guardaba siempre el chocolate, pero era para Odette... Y también para ella repetía en la armónica la música de «Mi pequeña locura» con una nota falsa en «pequeña» porque Odette también la cantaba así...

Era domingo por la mañana y cada uno de los chicos, estirado, sumergido en su cama como en un nuevo cuerpo, se sentía dichoso dentro de su piel de tela tosca. Camas muy semejantes entre sí, pero ninguna igual a otra; camas —cada uno la suya, que ellos hubieran reconocido a tientas, con las puntas de los dedos, por ínfimos detalles: una cubierta más arrugada, un modo de hundirse bajo su cuerpo, de crujir...—. El frío de noviembre, pese al cielo azul, entraba por las ventanas siempre abiertas y pasaba por sus rostros. Los despiertos, silenciosos, miraban con cierta piedad desdeñosa a los que dormían y no disfrutaban aún de su dicha. Uno a uno, iban despertándose; la

sonrisa del domingo se veía suceder en los rostros a la angustia del niño abandonado. Pero no en todos. Podían distinguirse los hijos de la Beneficencia en su rostro inexpresivo, en su mirada fría. «Domingo..., las visitas... Los padres de los otros; tan feos, sí, ¡tan feos de seguro al lado de sus padres desconocidos...! ¡En fin, ya que los compañeros se contentan con ese batiburrillo de familia, con sus abuelas cojas, sus padres con gorra y sus madres despeinadas...!».

Esto es lo que piensan los expósitos todos los domingos; y Alain Robert... ¡Calla!, ¿dónde está? Oculto bajo las sábanas: ha sacado de su escondrijo las tres fajas de periódicos ilustrados recibidos todas las semanas y las compara largo tiempo sin pestañear. Letra de hombre en la primera, y en las otras dos letra de mujer... ¡Su padre y su madre, claro! Al fin lo encontraron, y dominados por el remordimiento, desbordantes de amor, le envían todos los jueves aquel diario que significaba: «¡Perdón...! ¡Hasta pronto!, ¡hasta pronto!». Alain Robert cierra los ojos y pasa sobre su cara aquellos papeles oscuros, tan frecuentemente empapados con sus lágrimas y de sus besos. Sobre sus mejillas, sobre sus labios, está la mano de su madre, la mano de su padre, que lo acarician, y las distingue muy bien una de otra... ¡Aquellas manos..., aquellas manos que lo abandonaron, que lo pusieron en el cajón de la basura, sí, en el cajón de la basura! «¡Debía de ser yo muy feo! Sin embargo, teniendo un año, ¡yo no podía haberles hecho daño alguno! Entonces, ¿por qué?, ¿por qué...? ¡Ellos tienen la culpa! Y ya les diré..., les pediré cuentas... Eso es de veras muy fácil... Pero ¡no, cobarde, no te atrevas a atacar a tu madre! ¡Oh, perdón, perdón...! Fui yo quien no supe hacerme querer... Nadie me querrá nunca... ¿Y si viniesen precisamente esta tarde...? ¡El periódico es solamente para prevenirme!». En voz baja, con las cejas fruncidas, el chico rebelde pronuncia: «Papá... Mamá», con pena y vacilación, como palabras de un idioma extranjero. Y de pronto: «¡No, vaya —decide—, si vienen no estaré...! ¡No muy lejos, pero de paseo, para que se note bien...! ¡Me hicieron esperar bastante, desde luego...! Tocarán la campana, enviarán a los muchachos a buscarme... ¡Así lo sabrán todos! ¡Y abrirán la boca mis camaradas cuando vean los cabellos rubios de mi madre, y el metro noventa centímetros de mi padre...! Sí, eso es, de paseo con Olaf...».

—¡Oye, Olaf! ¡Eh!, ¿has acabado de dormir?

Olaf despierta sobresaltado, como un ratoncillo alocado entre la ropa revuelta...

—¡Calma, calma, amigo! ¡Es domingo!

Una sonrisa de felicidad, luego una mueca, después otra sonrisa. El pequeño pensó en su programa: dormir toda la mañana... Visitas para los demás... Clemenceau...

—Dime: ¿qué hacemos esta tarde?

—El abuelo nos llevará al bosque...

—¡Oh!, ¡las setas! ¡Qué lata! —dijo Alain Robert, que con todo no esperaba otra respuesta.

Olaf organiza su campamento... Primero se asegura de que no mojó su cama... No, era un calorcillo seco y no ese trasudor ácido de todas las mañanas. Acurrucado como un mendigo, Olaf extiende sus tesoros: su colección de tíquets usados, los «Tarzán» ilustrados, que le da Alain Robert, su botellita de agua (siempre llena porque nunca se sabe...).

Ahora el dormitorio entero está despierto y cuchichea. ¡Ni un grito, ni un canto, ni una riña! Los chicos velan paternalmente el nido colocado en el centro de la inmensa sala, cobijan con la mirada aquel huevo cerrado: el cuartito de la señorita. Silencio...

La mañana cambia de fisonomía a partir del momento en que se abre aquella puerta y la señorita Francisca, con sus ojos rasgados más cerrados que de ordinario, dominados por el sueño, y el pelo alborotado, atraviesa la sala.

—¡Buenos días, hijos míos!

Un coro de voces enronquecidas por la madrugada le responde: «¡Buenos días, señorita!», mezclados con algunos «¡Buenos días, hermana!», porque Marco hizo adeptos.

Mientras Francisca se asea y se viste la primera, el dormitorio parece un tranquilo puerto en que cada uno se ocupa en su barco. Radar se limpia las uñas con un lápiz morado. Celestino, llamado «Globo Cautivo», da vueltas sin cesar a una pelotilla de la nariz que le acompaña desde hace diez minutos. Taka, mascando su primer chicle del día, compone un menú: cangrejos asados, pollo en fiambre con setas, pan mojado en vino... Reúne esas palabras mágicas y saliva, saliva... Después transcribirá este nuevo menú, en letra gótica, a continuación de otros en su «cuaderno de banquetes», que relee todas las noches. Alain Robert viaja a través de su colección de tarjetas postales: La Panadería Duval en Erquigny, el Monumento a los Muertos del 70-71 en Poupet-le-Haut, ¡«Camino de la boda»! (Bretaña)... Olaf inventa nuevos nudos en su bramante grasiento. Terciopelo, con las manos apoyadas sobre una concha tibia que aplica a su cara, respira su propio aliento. Porque Terciopelo tiene apego a su cama, su calor, su olor; Terciopelo es feliz... Marco, ante un espejo descantillado, ensaya peinados, ¿la raya a la

izquierda...? No, me hace el cráneo puntiagudo... ¿La raya a la derecha...? ¡No está mal, si no fuese por este mechón...! Algunas camas más lejos, Miguelito intenta limpiarse los dientes con aceite de sardinas. Pablo dibuja mujeres desnudas según un modelo que vio en la pared de un urinario en Melun... Pero se sobresalta al oír la voz tranquila de la señorita. «¡Eso no es nada bonito, Pablo! ¡No, francamente! Espera un momento».

¿Esperar qué? El Invencible mete la cabeza entre los hombros y pone arqueada la espalda, en espera de lo peor; pero Francisca vuelve con fotografías en la mano, siempre tan tranquila: «Si quieres dibujar desnudos, aquí tienes buenos modelos: la Venus de Milo, la Olimpia de Manet, la Fuente de Ingres... ¡Intenta copiarlos, Pablo! Esta tarde me enseñarás lo que hayas conseguido».

Pablo compara aquellos cuerpos perfectos con lo grosero que dibuja, lo borra todo, barre el polvillo con el revés de la mano y vuelve a ponerse el trabajo sacando la lengua y plegando la frente.

—¡Los que vengan a misa conmigo —avisa la señorita—, ya es tiempo de que se levanten!

Alain Robert va a misa para acompañar a la señorita Francisca; y Olaf para acompañar a Alain Robert. Pero de momento se aplica a devorar, apenas masticado, un trozo de pan duro.

—¿Por qué te atracas así? —pregunta Alain Robert, frunciendo las cejas.

Sigue con miradas ansiosas el recorrido trabajoso de cada bocado a lo largo de aquel cuello oscuro y arrugado; ¡una tortuga devorando un huevo! ¡Uf!, ya basta...

—Querido, tengo que engordar; ¡ya no me quedan más agujeros en el cinturón!

—Te guardaré mi pan...

Después de una mirada, como de ladrón, hacia las camas próximas, Alain Robert seguro de no ser visto se frota las sienes con el perfume de su frasquito...

¡Qué humillación! Es precisamente el instante que escogió la señorita para gritarle:

—¿Estás ya dispuesto? ¡No te has lavado, hijo mío!

—Sí, señorita. La prueba...

Se acerca a ella y aprieta sus cejas brillantes: sale de cada una de ellas una gota de agua pura como de un tallo que se apretase entre los dedos. Una luz alegre pasa por la mirada verde.

—¡No dije nada!

Hizo mal en reírse: a su espalda se preparaba un drama. Taka el pelirrojo se quita las gafas y las coloca en su mesilla de noche. Vaga muy ligero por el reino de los miopes, en un soñar despierto en que todo se hace posible, en que amigos y enemigos se confunden en una nube tenuemente coloreada. Pero Olaf ve el objeto —¡su sueño!— y se apodera de él. ¡Tener algo que no pueda deformarse, agujerarse, mancharse...! Algo, sobre todo, que «¡os transforme!», porque Taka no tiene ninguna confianza en Olaf y no le quiere nada. Cogió, pues, las gafas del muchacho, se las puso y entró a su vez en otro reino, a la vez preciso y lejano...

—¡Mis gafas! ¿Quién es el cochino que ha cogido mis gafas?

Taka, con los ojos desnudos y la cara inexpresiva, avanza con los brazos tendidos hacia lo desconocido. Con risa general el dormitorio entero se burla de aquel ciego patético, de aquel compañero desconocido, cuyo corazón brinca hasta los dientes. Porque por vez primera Taka percibe con dolor el amor esencial del miope a sus lentes... ¡Es el mundo entero lo que se le escapa! ¡Sus proporciones, sus puntos de orientación! De golpe imagina todo el resto de su vida sin lentes... «¡No te queda más que reventar, querido, nada más que reventar!». Su voz enronquece:

—¿Quién es el hijo de perra...?

El hijo de nadie, Olaf, tiembla con anticipación previendo la zurra de aquel fantasma rojo en pijama... Escapa; ¡pero poneos a correr con anteojos!

Olaf y Taka, bailarines ciegos, se buscan, se huyen, se pelean en un mundo fantástico en el que no se sabe quién agarra ni a quién se golpea... Felizmente Olaf pierde las gafas, recobra la vista y se escapa. El otro, en sus tinieblas, las oyó caer; se sobresalta como Harpagón al ruido de su oro removido. El tiempo de tantear en su busca, de volver a colocárselas con delicia; ¡al recobrar pie, no aparece el ladrón! Taka no sabrá nunca quién le ha quitado, un domingo por la mañana, su tesoro más preciso...

El pequeño grupo llega a la iglesia entre dos setos espolvoreados de escarcha. Los alientos humean en el aire helado; las manos enrojecen en los bolsillos. Pero a la salida del bosque, el sol se descubre de repente, transfigurando los campos endurecidos, jugando en las ramas de árboles rojizos y en los rubios cabellos de la señorita. Los muchachos, dando gritos, descubren un vuelo de perdices que asciende pesadamente hacia el sol.

Son los primeros que llegan a la capilla y la señorita Francisca decide que recen en voz alta mientras esperan. Pero Colombo el negro no acaba de hallar la página adecuada con su dedo helado. Alain Robert deja caer de su libro,

una a una, las estampas de sus santos; fotografías de Louison Bobet, de Tino Rossi, de Gary Cooper...

—¿Bueno, qué? —trueno Marco—. ¿Rezamos?

Se llenó la iglesia. Los chicos respiran el olor del campesino en domingo —vestidos negros y ropa interior planchada— mezclado con el de la cera y el incienso; para ellos el olor de Dios. Copian los gestos y actitudes de la señorita Francisca, salvo Alain Robert, que permanece en pie altivamente. Colombo vuelve cada página al mismo tiempo que ella, aunque no tienen el mismo libro... Olaf no aparta la mirada de los monaguillos. El cura no le interesa: Olaf sabe muy bien que nunca será un personaje; pero ¿por qué algunos niños pueden engalanarse así con ropa roja, solideo y encajes? Además, ¿por qué algunos llevan lentes mientras que otros...? ¿Dónde encontrar un protector, un defensor, contra tanta injusticia? ¿Alain Robert? ¡No! Necesita a Marco... ¿El mismo Marco? Necesita a la señorita... ¿Clemenceau? ¡Demasiado viejo...! No, no, alguien que no necesite a nadie... ¿Quizás el Jesucristo de que habla la señorita Francisca? Tampoco: permitió que lo maltrataran unos bribones... ¡Era un desgraciado como Olaf! Peor aún: ¡se dejó abofetear dos veces en lugar de defenderse...!

¡Sin embargo, sin embargo, salió completamente solo del sepulcro derribando a los guardianes! Andaba sobre el mar, calmaba la tempestad, curaba a las gentes... Jesucristo... ¡Ah!

Olaf ha lanzado un grito. Alain Robert le da con el codo.

—¿Qué te pasa ahora...? Estás pálido.

—¡Lo acabo de descubrir...! ¿Sabes? He descubierto que... Jesucristo es Tarzán.

Alain Robert, con las cejas fruncidas y la boca entreabierta, acoge esta revelación con gravedad y observa al profeta de las orejas sucias.

—Hablaré de esto con la señori...

—¡No! ¡Por favor! Es nuestro secreto.

Continúa la misa. Colombo lee a media voz y a causa de su labio hendido no se sabe si lo hace en francés o en latín... Alain Robert no sigue la misa: fascinado, trata de hipnotizar a su vez la imagen de la Virgen hasta que su mirada se nubla. Lágrimas de ternura y no de cansancio: ¡porque es a su madre a quien mira así hasta llorar! ¡Sí! Es «ella», la Desconocida, el Hada, la que tiene allí... María de mi corazón, María de mis lágrimas... ¡Dichosos los niños abandonados porque serán llamados hijos de la Virgen! El gran misterio de María se ocultó a los mayores, pero les fue revelado a los pequeños... Alain Robert, para hacerse todavía más pequeño, se arrodilla; llora y tiene que

ocultar la cara entre las manos; el muchacho huraño encontró por sí mismo en el invierno de su corazón la actitud de la súplica...

Marco espera la Elevación con impaciencia sacrílega; mientras la iglesia entera inclina la cabeza, él levanta los ojos hacia la supuesta presencia de Jesucristo para la que quiere tener limpio el corazón. Teme vagamente ser fulminado; sobre todo que las campanas comiencen a sonar precisamente en aquel momento... Luego se atreve a mirar con un ojo, después con los dos; levanta francamente la cabeza y, volviéndose hacia la hermana, dice:

—Oiga. Dígame: ¿hay alguien ahí?

—¡Chist!

Para desviar sus ideas, la señorita Francisca le presta su misal. Marco lo hojea con dedo impaciente, con mirada severa, sobre todo los cánticos.

—¡Mire usted, señorita!

—¿Qué quieres?

—¡No hay nada!

—¿Qué es lo que no encuentras?

—Ni «Estrella de las Nieves» ni «Papá Noel».

Francisca deja para más tarde toda explicación. Acaba la misa.

Húmeda la frente de agua bendita, salen entre los campesinos endomingados, que encienden un cigarrillo tan blanco como su cuello. Para unos son «pobres niños desdichados»; para otros, «semilla de crápula»; pero niños como los demás no lo son para nadie. Regresan por caminos de árboles desnudos, con buen apetito después de la misa, y los rostros algo diferentes de cuando salieron porque, ahora, ningún compañero les dice: «¡Mira a los beatos!».

Los primeros familiares llegaron en el coche de las catorce veintisiete. No muy distinto su aspecto de los campesinos de por la mañana; peor vestidos, pero más humanos.

Las abuelas con cestillas, las madres con paquetes, los hermanos y hermanas que llevaban ya manchada su ropa limpia de por la mañana, invadieron Ternera y aun antes de que los jefes y la señorita hubiesen terminado de confeccionar los pequeños paquetes para los niños que no recibían visita; y el batiburrillo comenzó.

Se besaban en plena mejilla cuatro veces; la euforia duraba unos cuantos minutos; después empezaban las eternas discusiones: Pero ¿por qué no haces un esfuerzo? Nunca tendrás certificado de aptitud de oficio alguno. ¿Qué quieres que hagamos con un muchacho que no trae dinero a casa? ¿Y por qué no has escrito esta semana? ¿No tenías nada que decir? ¡Claro que nunca hay

nada que decir, pero eso no impide que se manden noticias! ¡Con las manos en los bolsillos, con la boca llena de bombones y las piernas inquietas, el muchacho recibía el chaparrón que se ahorra los demás días! Era un trueno familiar cuyo estampido no le asustaba ya. Guiñaba el ojo a Dedé, Lubi y Pedro el hermanito, que habían venido para hacerse perseguir, atrapar y pelear en el gran jardín de Terney. Cuando se llegaba al «Tu padre tenía razón al decir que nunca nos darás satisfacciones...», el chico escapaba al fin, arrastrando a los pequeños. Y las madres no tenían más recurso que desahogarse unas con otras, como en el coche al venir, como en el vagón del tren al regreso. «¿Qué le parece? ¿No es una pena...?».

Bajo un árbol que era ya el elegido desde el último domingo, Terciopelo llevó a Odette, la hermana de su compañero. Ella se había rizado demasiado el cabello aquella mañana y él se había perfumado con exceso su matorral de terciopelo castaño con el perfume de Alain Robert hurtado durante la misa. Intentaba tocar en la armónica «Mi pequeña locura», pero con la emoción...

—¡Déjame probar a mí también! —pidió Odette.

¡Sus labios en la armónica...! Toda la semana, Terciopelo, cerrando los ojos, besaría el instrumento y aspiraría en sus alvéolos, más dulces que un panal de miel, el fresco aliento de su amiga. Toda la semana, Terciopelo el Feliz preferiría otro olor al suyo; estaba descubriendo el amor...

Desde por la mañana, Globo Cautivo consulta su reloj cada cuarto de hora suspirando. No cesa hasta que llega su hermano gemelo. Toda la tarde se les vio paseando por las avenidas, al mismo paso, en silencio, como una pareja de bueyes. Mañana, cada uno de ellos recobrará ese sueño melancólico que es su vida desde que los separaron. Para acortar la semana, Globo II se llevaría aquella tarde en una cajita (su único equipaje) un pichón que soltaría el miércoles y volaría desde su pueblo a Terney: caricias de un niño solo a un niño desolado...

Día agobiador para los maestros y las señoritas: después de haber afrontado toda la semana a los niños, tan serios, había que enfrentarse con sus infantiles padres. ¡También era preciso, más que nunca, servir de padre y de madre a los muchachos sin visita! Como moscas de octubre, éstos andaban alrededor de los maestros, se arribaban a cada uno de ellos y permanecían agarrados haciendo preguntas inútiles. Un gesto de impaciencia de la señorita (o solamente su renuncia a aparentar que prefería al niño que le hablaba) hubiera producido una crisis de desesperación. ¡Qué de fugas los domingos por la tarde! El maestro Roberto, con grandes gestos, daba un curso sobre

niños inadaptados a una madre gorda que le escuchaba atónita. Búfalo, que pasaba por allí, le tiró de la chaqueta.

—Para no fotro, querido, el problema fon lof niñof inadaptadof; pero para ella lo ef fu niño. ¿Comprendef?

Pero ya lo llamaban del Pabellón número 2.

—¿Qué hay?

—Que el «padraastro» de Colombo vino a visitarlo y el chico al divisarlo se refugió en un árbol...

Hubo que subir al árbol, pero el chico subía cada vez más: Búfalo, sudando, lo veía aterido, temblando en la rama más alta.

—¡No quiero verlo! ¡No quiero verlo!

—¡Tú no quieref verlo, entendido! Pero ¿a mí, no quieref verme?

¡Era cómico aquel diálogo aéreo! ¡Era gracioso abatir aquella pobre pieza de caza, trémula de miedo y de frío, para un chulo borracho! Búfalo pensó en bajarse y decirle al tipo: «¡Lárguese usted de aquí o le rompo las narices!». Pero el otro tenía en la mano una carta de mamá Colombo (aquella puta). Fue el cebo decisivo: el muchacho consintió en apretar la mano que pegaba a su madre porque traía una carta suya...

Un barbián albino paseaba de maestro en maestro su mano blanca y blanda y su mirada vaga.

—Diga usted, jefe: ¿se acuerda usted de mí, de Marcelo...? Estoy fastidiado; figúrese usted que...

Daba sablazos de quinientos francos; y como apenas mostraba agradecimiento (¡es tan desagradable!) eran los otros quienes casi se disculpaban por «no poder hacer más»... El albino marchaba tranquilamente a contarle a otro su gran fastidio... Colmillo Blanco tampoco se libró.

Aquel domingo estaba asediado por antiguos acogidos venidos de todas partes: «¡Maestro, mire usted la fotografía de mi novia! Mire usted el sobre de mi última paga... ¡Ah! ¡Maestro, cuando somos felices no lo sabemos...! Maestro, ¿recuerda usted el día en que me atizó una paliza? ¡Fue de primera...! Tengo noticias de Letourd, maestro: está en Indochina. Y no lo lamenta..., diga, maestro... Oiga, maestro...». Y Mamy tenía que alzarse sobre las puntas de los pies para abrazar a sus hijos pródigos, a sus hijos, tan fieles. El pequeño Thierry, al que habían visto nacer y crecer, volaba de brazo en brazo, borracho de alegría... Luego los Antiguos se esparcían por sitios en otro tiempo familiares: huerta, dormitorio, talleres, llena la boca de «¡Ah, mira, en nuestro tiempo...!».

—¿Qué hay, Clemenceau; siempre fiel en su sitio?

El viejo jardinero aceptaba cigarrillos, largaba bofetadas merecidas cinco años antes, y rivalizaba jactanciosamente con aquellos muchachotes que le imponían un poco.

Sin embargo, los chicos de la Beneficencia, los carentes de visitas, recobraban la expresión dura y lo profundo de la soledad del día de su llegada. Cada domingo volvían a ser niños abandonados. Se les veía dar vueltas alrededor de los grupos, con las manos en los bolsillos, y mirar con ojos fríos a los hermanos y hermanas de los compañeros, sus bufandas, sus gorras demasiado pequeñas, sus pendientes. Y a los padres, sobre todo a aquellos horribles padres, se aproximaban con curiosidad mezclada de orgullo y de cólera: «¡Y pensar que mis padres, los míos, en este mismo momento se están paseando en coche, se deslizan en esquí, se pavonean en un palco de terciopelo en la Ópera!». ¡Porque sus padres eran de una clase cuyas fotografías se ven en los periódicos, en la página de deportes o en la de espectáculos! ¡Sus padres servían de modelo en los anuncios y en las sobrecubiertas de las revistas! ¡En cambio, esas desdichadas madres de pelo gris...! ¡Y yo te beso, y te vuelvo a besar! ¡Ah, y los compañeros no estaban molestos...!

De este modo, entre la sencilla alegría de los otros, evolucionaban los hospicianos, altivos y ciegos, semejantes a acorazados en una apacible enseada. Y Ternera, el domingo, parecía un enorme y frondoso laberinto en el que se cruzaban sin tropezarse y se codeaban sin reconocerse, con fingida sonrisa en los labios y, en el corazón, la angustia del extravío...

Alain Robert y Olaf, con los bolsillos atiborrados de víveres, se reunieron con Clemenceau para ir a pasear por el bosque. Pero el viejo, alegre como un recluta y con la boina hacia atrás, confrontaba sus falsos recuerdos con los de cinco Antiguos más altos que él.

—No es así, Clemenceau: ¡vamos a bebernos un cuartillo!

¿Cómo contestarles que prefería ir a coger setas con un arrapiezo que le llamaba «abuelo»?

Se volvió hacia los dos niños. «¡Más tarde, pequeños!, ¡otro domingo...! ¡Vamos, vosotros!».

El grupo se alejó dejando a Alain Robert bastante humillado; pero a Olaf herido hasta el corazón. Veía alejarse a «papá»; ¡pararse cada seis pasos para imitar una escena o tomar por testigos a aquellos grandes cretinos que bromeaban y le daban golpecitos en la espalda! Olaf cogió de pronto la mano de Alain Robert, la única que le quedaba...

—¿Qué te pasa? —preguntó el muchacho con voz ronca.

Pero vio la mirada del niño y arrugas de viejo en su rostro oscuro.

—Mira —prosiguió—, no necesitamos a nadie para coger setas, ¿verdad? Vamos hasta la charca... ¡Tú guías!

Cuando iban a franquear la verja, cogidos de la mano, oyeron gritar a lo lejos, detrás de ellos: «¡Alain Robert...! ¡Hu, hu! ¡Alain Robert, una visita!».

El muchacho se paró y se puso pálido. El instante había llegado por fin: «ellos» estaban allí... Lo habían llamado también así cuando el correo le trajo el primer periódico ilustrado; hoy, exactamente un mes más tarde, sus padres estaban allí...

—Adiós, Olaf —quiso empezar diciendo, pero tuvo que rehacerse porque de su garganta no salió sonido alguno—. ¡Adiós, Olaf, no te olvidaré...!

Volvió la espalda sin mirarle; pasó un instante antes de que el otro estallara en sollozos; esperó a estar solo, porque sabía que eso lo desfiguraba y los demás se reían de él.

Alain Robert, inconscientemente, dio el mayor rodeo para llegar al parterre de césped. Una especie de terror, aumentado a cada paso, le había invadido; no sabía si tenía ganas de vomitar o de... Para engañar el estómago, pensaba en el coche americano junto al que le esperarían sus padres, en las maletas nuevas, en la primera palabra que le dirían... En la señorita Francisca no pensaba en absoluto; la confundía con su madre y nunca se le había ocurrido que tuviera que dejarle. Aparte lo del estómago, se iniciaba el primer instante de dicha perfecta de su existencia; dio un rodeo por el bosque para prolongar el camino... Tuvo que pararse y aspirar a pleno pulmón para dar el aire necesario a aquel corazón que llamaba a la puerta brutalmente. Respiró, apartó las últimas ramas, y se encontró frente a frente con los Deroux, sus antiguos protectores...

Estaban allí —vestidos de negro, ropa interior blanca, rostros colorados—, tiesos, descentrados, enternecedores. Mucha pena, un poco de remordimiento, los habían conducido hasta allí, proyecto cien veces madurado, veinte veces diferido, vivido con anticipación. Él sostenía la maleta, atada con bramantes, que el muchacho reconoció; ella llevaba un cesto lleno de paquetitos. Alain Robert sintió su cuerpo enteramente vacío; creyó que se iba a caer. Los otros sonreían bondadosamente.

—¡Buenos días, pequeño!

—¿Qué hacen ustedes aquí? —¿Dónde encontró aquella voz ronca que le lastimaba la garganta al pasar?

—Teníamos que venir cerca de aquí... y nos dijimos: ¡Hay que ir a abrazar al pequeño! Tú de seguro no habrías querido que...

El viejo hablaba con complacencia; creía aún que era de sorpresa y de alegría por lo que el «pequeño» estaba lívido.

—¡Lárguense de aquí! ¡Los odio...!

—¿Cómo?

Allí estaban —ciento cinco años entre los dos— en el mundo de silencio, de pena, de miedo, que era su vida; endomingados, con las manos llenas de regalos preparados día tras día; y enfrente, aquel bribón de once años que no los quiso nunca: ¡hijo de nadie!, ¡hijo de puta! «Os odio». La imagen misma del rencor: mirada fija, pelo hirsuto...

—¡Vente! —dijo el campesino a su anciana mujer.

—¡Pero...! —Ella enseñaba los paquetes—. ¿Vamos a llevarnos todo esto?

—¡Tíralo todo y volvámonos! ¡Vamos!

Ella vacilaba. Con mano temblorosa él le arrancó el cesto, esparciendo el contenido por la hierba fría. La cara se le había puesto blanca: con su bigote negro parecía una esquela de defunción. ¿Blanco de cólera? No, de pena. Lo conocía bien. Ella repetía a media voz: «¡No importa...! ¡No importa...!», mientras los regalos se esparcían por el suelo: los quesos de cabra, las manzanas, el tarro de miel... ¡No importa...! Su primer viaje desde la Exposición del año 37; el guiñar de ojos en el tren, la sonrisa al despertarse aquella mañana. «¡No importaba..., no importaba nada!». Cuando levantaron la cabeza antes de marcharse, el pequeño había desaparecido.

—¡No se fijan en nada esos dos viejos!

El señor Doublet (sustituto en el Tribunal de Menores), que conducía el coche, esquivó oportunamente al campesino y la campesina que andaban en efecto como autómatas; pero el señor Lamy extendió su blanca mano con dos alianzas y se volvió para seguirles con la mirada por el cristal de atrás.

—¡No son viejos, Doublet, no son viejos!; pero...

—Pero ¿qué, señor juez?

El señor Lamy volvió hacia él la cara, donde la sonrisa, al desaparecer, dejaba profundas arrugas.

—Hubiéramos debido pararnos y hablarles... Estoy seguro de que esa gente...

—¡Vamos, hoy es domingo: descanse usted! —dijo el sustituto poco amablemente.

Tenía un rostro agradable, pero casi abotagado, cabellos rubios, pestañas casi rojas que velaban una mirada tan verde y fría como lago de alta montaña; una cara que no envejecería, protegida por su recta conciencia, sus

costumbres ordenadas, sus convicciones. A su lado, el señor Lamy parecía tener diez años más de edad. Se volvió otra vez: dos siluetas negras en el invierno, tan lejos ya...

—¿No es ése el famoso «camino de la evasión»? —preguntó el señor Doublet, para cambiar de conversación. Había accedido a acompañar al juez a un Centro infantil. «No puede usted decir nada sobre ellos, Doublet, sin saber, por lo menos, adónde los envía».

¡Bueno! Pero no comprendía que aquel hombre tan ocupado, lleno de problemas: aquel hombre sin tiempo suyo y tan desplazado en la magistratura, le estropease el domingo con sus dramas campesinos.

—La carretera por donde vamos, ¿no es el famoso «camino de la evasión»?

—¡Ahora ya no! Conocí el Terneray antiguo: barrotes en las ventanas y verja con candado: la cuarta parte de los muchachos se evadían, efectivamente, cada año. Ahora, la verja está abierta siempre y no se escapa ni el uno por ciento de los muchachos...

—Habla usted de niños casi normales; pero los perversos...

—¡No diga usted nunca esa palabra, Doublet! Diga usted «pervertidos».

—Como usted quiera. ¡Reconozca usted, sin embargo, que están perdidos de antemano!

—Es posible —dijo el señor Lamy bajando la cabeza—. El único pronóstico grave —añadió lentamente— es el del niño sin calor humano, el que no necesita amistad, el que no quiere recibir ni dar... El niño que no sonrió nunca a un rostro humano...

Lanzó un suspiro tan profundo que el sustituto lo miró por el retrovisor: vio las tres arrugas verticales que surcaban la frente. «¿Cómo puede uno ponerse en semejante estado por cosas de la profesión?», pensó ingenuamente.

—La verdad es que cuando comparecen ante nosotros tienen una expresión horrible, ¿no le parece a usted? ¡Eso los califica de antemano!

—¡Una «expresión amable» —dijo con dureza el señor Lamy— se adquiere muy pronto o nunca! Y no es más que un reflejo. Pero el niño a quien nadie sonrió en su vida...

—¡Seguramente, seguramente!, pero no puede usted esperar sacarlos todos a flote. ¡Sea usted realista, señor juez! Mire usted esos árboles: se les cortan las ramas débiles para salvar el árbol... ¡Hay que hacer lo mismo en vuestros centros!

—¡En «nuestros centros» —rectificó suavemente el juez— saben mucho más que nosotros sobre los niños! Interrogue usted mismo a los maestros... Agradezco a usted que haya venido, Doublet —añadió después de un silencio.

—¡Oh!, ya sé con anticipación lo que voy a ver —dijo el otro no sin irritación—; duchas, habitaciones aireadas y comidas como nunca las habrán tenido esos niños. ¡Les crean ustedes costumbres superiores a sus medios...! ¡No soy de esa opinión!

—El niño que adquirió la costumbre de ducharse se lavará de pies a cabeza en el grifo de su fregadero; y pintará su cuarto todos los años por nostalgia del dormitorio blanco; ¿y para qué va a pasar el domingo en la taberna si tomó afición al fútbol...? Con esto le doy una respuesta muy sencilla —dijo el juez, inclinando la cabeza sobre su hombro derecho y cerrando los ojos—. ¡Muy sencilla y muy deshonrosa para nosotros: porque parece admitir que siempre deben existir cuchitriles, paro forzoso o salarios de hambre!

—¡Eso no le incumbe a usted! —cortó secamente el señor Doublet—. Cada uno a su oficio. El nuestro es administrar justicia en el mundo tal como es, no reformarlo...

—¡El nuestro es abrir los ojos de aquellos de quienes dependen esas reformas...! ¡El nuestro es también no aceptar que se castigue a las víctimas, aun cuando el código las llame «culpables»! Salvar a esos niños y hacer de ellos hombres, hombres completos...

—¡Salvar a los que lo merecen, eso es todo!

—¿Es usted acaso Dios Padre, Doublet?

—Pero...

—¿Sabe usted distinguir los buenos de los malos sólo con irrigar una mirada a un niño lívido de miedo entre dos guardias, o bien hojeando rápidamente un expediente?

—¡No sufra usted por esos niños! —respondió el sustituto con tono altivo—. Saben mentir muy bien, acusar, fingir...

—¡Tienen buena escuela, efectivamente, desde sus primeros contactos con los policías!

—¡Toda su vida sabrán «defenderse», como dicen ellos!

—¿De quién es la culpa...?

El señor Lamy puso la mano sobre la manga del señor Doublet y añadió dulcemente:

—Además, se engaña usted... Mire el bosque que atravesamos...

—Acacias.

—Son parecidos a la acacia, Doublet; no tienen espinas más que cuando les falta otra defensa...

El sustituto permaneció largo rato sin hablar. Con los párpados medio cerrados miraba la carretera a través de sus pestañas rubias y su fisonomía entera había tomado una expresión desdeñosa y desagradable. No le gustaba esta conversación, que continuaba aún a través de los silencios. En el fondo, hubiera preferido no conocer nunca al juez Lamy... Una profesión confortable, honrosa, inatacable, y que le proporcionaba siempre la impresión de andar por la acera, mientras los demás, todos los demás, iban por el arroyo... Un oficio en que se daba o se cortaba la palabra; en que el público entero se levantaba al entrar uno, en que se acumulaban las ventajas y los honores de los funcionarios y de los abogados. Una función semejante a la del cura (pero sin pagar tan alto precio), en que se era depositario del poder de Dios, dueño de la vida y de la libertad de los hombres, y sin ningún riesgo. ¡Con vacaciones largas en verano y otras en Navidad y Semana Santa; siendo a la vez Dios Padre y estudiante!; ¡cuántas ventajas! ¡Uno de los oficios en que se puede sacar el reloj y ponérselo delante (para no dejarse coger en el lazo del tiempo)! Un oficio de uñas limpias, de gestos concisos, de días marcados; en que se está seguro de estar del lado bueno de la barricada: del lado del más fuerte, del lado del sombrero... Esto es lo que los Doublet se transmitían de padre a hijo único, al mismo tiempo que una pequeña fortuna (compensadora del único inconveniente de la magistratura), y de un piso en el bulevar de Saint-Michel. La Tierra podía dar vueltas; lo esencial estaba a salvo. Sustituto en una sala correccional, los días, las vistas, los años, se sucedían para él deliciosamente monótonas. ¡Robo de bicicleta, tres meses; golpes y heridas 50 000 francos; reincidencia, el doble! Y firmo y rubrico en tres ejemplares... Como todos los niños del mundo, el señor Doublet había jugado a tiendas («¡Esto vale 30 francos! ¿A quién toca ahora, señores, señoras?»); a cura, con velas pequeñitas y un gran libro; a empleado de correos, firmando, prendiendo con alfileres, matando sellos. Pues los tres juegos continuaban a la vez y en un ambiente agradable, respetuoso, aprobatorio... Había en él acusados, testigos y público; gentes mal afeitadas, de ojos brillantes y con las que no desearía tropezarse en la vida. Pero una barrera de madera y de guardias uniformados le separaban a uno de ellas... Se les hacía callar, bajaban la cabeza, se iban y nunca más habrían de verse... La vida puede deslizarse así, entre la toma de posesión y el retiro, entre consideraciones y honores, corriente, sosegada, como escalera cuyos peldaños

se subían a paso regular: semejante a la del Palacio de Justicia, regido por el reloj, implacable para unos, tranquilizador para otros.

¿Por qué se había desviado el curso del río nombrando al señor Doublet sustituto en el Tribunal de Menores, jurisdicción discutible y que ponía en litigio los principios más firmes? ¿Y especialmente con el señor Lamy, apóstol e impulsor de esta parodia de justicia...? ¡No, no! El señor Doublet hubiera preferido no conocer jamás al juez Lamy... Porque, ahora, la perspectiva de perder su estimación era insoportable para él... Era muy fácil contestar con palabras a los argumentos del señor Lamy; pero su mirada, su sonrisa, hasta su silencio, tenían razón. Y el sustituto se preguntaba por primera vez si aquel mundo de lógica y de frases, si aquella ciudad de papel en la que habían vivido siempre tan dichosos —él, su padre, su abuelo— no era una gigantesca engañifa. Ya no le bastaba ahora con ser dichoso allí...

Y bruscamente volvió a tomar la palabra, muy seguro de tener razón, pero muy poco seguro de decir la verdad.

—¡A fin de cuentas, todos esos niños embusteros, fugitivos, ladrones y hasta asesinos, disfrutaban en Terneray condiciones de vida mucho más agradables que los niños normales! ¡Es un premio a la delincuencia!

—¡Tiene usted razón —dijo el señor Lamy—, lo tienen todo...! Todo, salvo una pequeña cosa esencial. En el fondo del mar también parece que existe todo lo preciso para que podamos vivir en él. ¡Sólo falta el aire, desgraciadamente!

—¿Y qué les falta de esencial en Terneray?

—En Terneray y por extensión en todos nuestros centros: el amor de su familia.

—¡Querrá usted decir los golpes, las humillaciones, el abandono, las crueldades...!

—Sí —replicó el señor Lamy con cierta ternura—, todo eso, que no pueden saber que no es obligado en todas las familias... Todo eso que por contraste produce un desvanecimiento de felicidad por la menor atención, por una mirada más dulce, por una sonrisa... El amor... Se les puede privar de cualquier cosa —añadió al divisar la verja de entrada—, pero el mayor «crimen», Doublet, sería entrar en Terneray sin llevar consigo todo el amor de que uno es capaz...

—Lo tiene usted por los dos —respondió el señor Doublet con acento extraño.

Alain Robert volvió a mirar con dureza a aquellos dos campesinos tristes, ridículamente inclinados sobre sus paquetitos, y después huyó en dirección al

bosque a todo correr de sus piernas; de unas piernas de algodón porque ya no se tenía en pie; su cabeza latía y ya no sabía si temblaba de frío o de fiebre. Pero ¿por qué el camino se le volvía blando? ¿Por qué aquella impresión de volar sin tocar la tierra...?

El laberinto de frondosidad le preparaba otra sorpresa, porque fue a caer medio desvanecido en los brazos del doctor Clérant. Apenas tuvo tiempo para reconocerle; apenas fuerza para abrir la boca e interrogarle.

—¡Bueno, querido, vengo a ver cómo van tus cosas y las de algunos otros!

El doctor hablaba maquinalmente, atento tan sólo a sostener al niño desvanecido, a observar aquella mirada congestionada, a encontrar el pulso que se escapaba. Al fin cargó al muchacho en sus brazos y lo llevó a la cercana enfermería, desierta en domingo y cuya puerta empujó de un puntapié. Depositó a Alain Robert en una cama y enseguida se puso a revolver los blancos armarios en busca de frasquitos y tubos.

La señorita Francisca entró como un vendaval y se echó el pelo hacia atrás descubriendo unos ojos verdes a los cuales daba la inquietud fulgores de tempestad.

—¿Quién es?

—Alain Robert. Desvanecido: una emoción brutal; pero ¿qué habrá sido?

—Acabo de cruzarme con sus antiguos protectores, que regresaban a pesar de que acababan de llegar...

—¿Los que lo tuvieron en su casa? —El doctor cerró los ojos para recordar mejor el expediente de Alain Robert—. ¡Sin duda esperaba otra visita!

—¿Cuál? No conoce a nadie, no recibe correspondencia, salvo alguna revista...

—Sí; mi ayudante y yo se las enviamos.

—¿Puedo ayudar en algo, doctor? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Este reposo, esta inconsciencia forzada son el mejor remedio. Dígame usted. —Fijó en ella sus redondos ojos dominadores y que parecían no pestañear jamás: aquella mirada de perro—. La quiere a usted mucho, ¿verdad?

—Demasiado. Hace quince días caí enferma: convenció a cuatro compañeros para que hiciesen con él la huelga de hambre...

—¿Para que usted se curase?

—¡Para «obligar a Dios» a curarme!

—¿Y Dios se prestó a la combinación? —preguntó el doctor, que sólo creía en su profesión.

—¡Dios entra siempre en las «combinaciones» de los niños! —dijo la señorita sonriendo—; me curé en dos días.

—¡No le quiera usted demasiado! —respondió después de un silencio y en un tono que pretendió parecer seco—; o al menos no le haga usted objeto de preferencias... Y no le deje encariñarse mucho.

—¡Es el único bien que puedo hacerle!

—¡El peor mal, para el día en que ya no la tenga a usted...! ¿Tiene usted novio?

Ella bajó la cabeza y sus rubios cabellos cayeron sobre su cara como un telón de teatro.

—Casi —respondió ella a media voz.

—¿Fuera del centro?

—Fuera del centro, sí, doctor: ésa es justamente la razón de ese «casi»...

—¡Entonces, que el pequeño no la quiera a usted demasiado, señorita Francisca!

—¡Cuando yo deje Terneray, Alain Robert estará por completo restablecido! —afirmó con voz fuerte como para persuadirse a sí misma.

Clérant la miró un momento; luego, muy dulcemente:

—No lo creo —dijo—. El aire libre, el buen humor, el mayor aseo material y moral no reemplazan al médico psiquiatra que hace falta aquí... En cuanto a Alain Robert, no se trata de reemplazar a su madre, «sino de acostumbrarle a la idea de vivir sin madre»... —Callaron—. Ahora —añadió el doctor—, ¿quiere usted dejarme solo con él?

Diez minutos más tarde, el muchacho le había contado todo lo esencial: su inmensa esperanza, su certidumbre, su decepción. Clérant no preguntó nada más. Semejante a algunos pájaros nocturnos, cuando no veía claro por lo menos sentía la presencia del obstáculo y sabía rodearlo.

—Cuando yo tenía tu edad —dijo— y cometía una tontería, es decir, cuando no estaba satisfecho de mí mismo, me entraban ganas de vomitar. Si tú te pusiste en semejante estado fue porque no debes estar muy contento de ti mismo. Mira; tú eres libre; si no quieres ver a esas gentes, ¡buenos días!, ¡buenas noches! ¡No basta haber recorrido quinientos kilómetros para abrazar a un muchacho y obligarle así a sonreír, no! Pero lo que yo no sé...

—¿Qué es lo que no sabe usted? —preguntó con brusquedad Alain Robert, después de un silencio que le pareció excesivamente largo.

—No sé si es «inteligente», ¿comprendes? Uno es libre, pero hay que procurar no ser idiota, ¿estás de acuerdo? —El muchacho asintió sin pestañear. Aquel individuo lo ponía nervioso, pero tenía razón—. Y en verdad el resultado me parece bastante idiota: esos viejos se marcharon muy apenados y sin comprender nada; sus regalos fueron recogidos, como de un naufragio, por muchachos que se sienten un poco ladrones y que no sacan de ello ningún placer; en cuanto a ti..., ¿estás en la enfermería! Encuentro que eso es una cosa mal hecha y por culpa de uno solo. Si no se tratase de ti, ¿qué te parecería esto?, ¿cómo juzgarías a otro que estuviera en tu lugar?

Alain Robert no contestó. Bastante tranquilamente, sin dirigir una palabra ni una mirada al doctor, volvió a calzarse y salió de la blanca sala. Cuando estuvo seguro de que el otro no podía observarlo, el muchacho echó a correr. Un poco disimulado tras del cristal, el doctor le vio andar a gran velocidad hacia la verja y la carretera. «¡No los encontrará —pensó—; pero eso no es lo esencial...!».

Al regresar de su inútil carrera, Alain Robert vio a Marco conversando con un desconocido.

—Señor Lamy —dijo Marco—, éste es mi compañero Alain Robert... ¡Eh, ven aquí!

—Me alegro mucho de conocerte, Alain Robert. ¿Qué puesto ocupas en el fútbol?

—Zaguero derecha.

—Yo jugaba de zaguero izquierda. Sólo los que no entienden de eso piensan que los zagueros tienen menos trabajo que los otros...

—Eso es lo que piensa Goiraud —dijo el muchacho, frunciendo muy seriamente las cejas.

—¡Goiraud no entiende nada de eso! —afirmó el juez, pasando el dedo por su mechón blanco—. ¡Vamos! Adiós, Alain Robert; ya volveremos a vernos...

Se guardó muy bien de confesar al muchacho que el doctor Clérant le había contado su historia. Doctor, juez, asistente social, maestro: una sola divinidad en cuatro personas, manos innumerables que se reflejan siempre en los mismos expedientes. La complicidad misteriosa de las personas mayores preocupa y aleja a los niños...

—Marco —agregó el juez—, el señor Darrier me encargó que te saludara...

—¡Ah! —dijo el muchacho con tono indiferente.

—... Y que te dijera que siempre que va a Carrières pasa a darle un beso a Jojó...

—¡Ah! —repitió Marco, pero con voz distinta. Sus mejillas se colorearon y su nariz se cubrió de sudor en un momento.

El señor Doublet se aproximaba. Alain Robert y Marco escaparon. El sustituto volvía de visitar el centro con Colmillo Blanco y un anciano que había conocido Ternera y en otro tiempo. Las camas estaban entonces reforzadas con barrotes. A las seis de la mañana, toque de silbato; los chicos de la mitad del dormitorio —todo en rojo— se presentaban a la puerta de la jaula, con su orinal en la mano: desfile hacia los retretes; luego al regreso les volvían a encerrar con candado, cada uno en su prisión-cama... Segundo toque de silbato: el arreglo del dormitorio azul, el orinal, etcétera... ¡En la mesa, ni cuchillo ni tenedor para los «presos» de las colonias correccionales! ¡La ducha de chorro helado para los indisciplinados! Y los barrotes de hierro que se adaptaban hipócritamente a la forma de los montantes de madera que enmarcaban los pequeños cristales: tan singularmente, que desde fuera las mesas quedaban invisibles. Pero en las tinieblas de sus ojos cerrados, los niños veían incesantemente los barrotes blancos de una jaula...

—Pues bien, señor juez, ¿sabe usted lo que añadió ese anciano después de haberme contado todo eso? «¡Aquéllos eran buenos tiempos...!».

—Sí, eso es lo que decía mi padre, bajando la voz para que mi madre no lo oyese, cuando me hablaba de Verdún... ¡Es la tontería y el error que se transmiten de época a época! La infantilidad de los supervivientes y su ilusión óptica: porque es su juventud lo que echan de menos.

—Usted mismo, Doublet, ¿no tiene nostalgia de su servicio militar?, ¿de los castigos del colegio?, ¿de...?

—¡No echo nada de menos, nada! —dijo vivamente el sustituto—. Soy absolutamente feliz.

Pero al pronunciar estas palabras se dio cuenta clara de que ya no era feliz. ¡Al diablo Ternera y el juez Lamy y todos esos chicos...!

—Señor juez —preguntó Colmillo Blanco—, ¿quién es ese Pedro Merlerin que nos han anunciado?

—Una prueba, querido, y probablemente un error. Merlerin, llamado «el Caído», es el jefe de la banda a que pertenece Marco... Cometió una pequeña tontería. ¿Debe alejarse de la familia?, ¿dejar sin cabeza a la banda? El señor sustituto lo aprobaba; Darrier, que convirtió la banda en Grupo de Amigos, se mostró en contra. Me incliné por lo primero, a pesar de todo;

primer error, indudablemente. ¿Debía traérsele aquí? ¿Se había vuelto Marco lo bastante fuerte para influir sobre el Caíd?

—¿O se produciría lo contrario?

—¡Segunda prueba!

—¿Y si fracasa? ¿Y si perdemos las dos partidas?

—¡Eso probaría sencillamente que los métodos de usted no son bastante eficaces! —respondió Lamy riendo; pero su frente acusaba preocupación—. ¡No estar nunca seguro de sí mismo, Colmillo Blanco! Con nuestros niños hay que volver a comenzar todo cada día... Con todo el mundo lo mismo —añadió suspirando—; ¡ésta es la definición de este mundo!

—¿De veras? —dijo el sustituto, no sin acritud—. ¿De modo que puede perderse todo cada mañana?

—¡O salvarse, señor! —dijo dulcemente Colmillo Blanco.

Últimos besos sonoros que valen por cuatro, últimas recomendaciones que no se escuchan, últimos ademanes con la mano. Los muchachos ven alejarse a los que aman, renqueando un poco ridículamente por el camino de la libertad. Los quieren mal; quieren mal a los maestros que los retienen aquí; a los compañeros que en aquel momento quizá no sean tan desdichados como ellos; quieren mal al mundo entero. Les entra frío de repente y a sus padres en la carretera les duelen los pies y se suenan con mucha frecuencia... A la señorita le basta mirar la mala cara de los muchachos para adivinar la noche que va a pasar entre lágrimas, gemidos y pesadillas; noche de hacer rondas, de sujetar ropas, de pasar manos frescas por frentes ardorosas, frentes enemigas... En fin, las visitas del domingo son un remedio necesario, pero que da fiebre...

Marco, a quien nadie vino a ver (es la tercera vez), repite esta noche: «Jojó debe de estar enfermo... ¡En París hay gripe!». Pero lo cree con menos fuerza que el domingo anterior.

Olaf, a quien traicionaron en el mismo día sus dos únicos amigos, Clemenceau y Alain Robert, subió a acostarse sin cenar. Bajo su tienda de papel impreso hace creer que duerme; quisiera estar muerto.

Taka vuelve del fondo del bosque: viene de pisotear con rabia y enterrar el aro y el trompo que su padre, que le estaba prometiendo una «sorpresa» desde hacía tantos años, le trajo hoy por fin al niño de ocho años que él recordaba... Aquel diablillo rojo de catorce años, con sus lentes gruesos, su pelusa bajo la nariz y su nariz de adulto, intimidó al padre Husson, pobre viejo que creía que el hijo no había cambiado. Se marchó en el primer coche; ahora Taka tardará meses en rehacer la imagen de un padre agradable, de un padre en el que se puede pensar todas las noches, con el corazón oprimido.

—¡Miguel...! ¿Quién vio a Miguel? ¿Nadie ha visto a Miguel?

Francisca reunió un pequeño grupo y lo lanzó a través de Ternera en busca del muchacho. Pero aquella forma acurrucada en el umbral de la verja de entrada desde el comienzo de la tarde era él, Miguel el abandonado... Su corazón saltaba a cada nueva silueta que aparecía en la carretera: «Si viniese mi madre... Si fuese hoy cuando viniera...». Ha pasado la hora del último tren. Cae el día: ¡todavía una cochina semana interminable de correos sin cartas y al final de ella un cochino domingo en que su madre se iría al cine mientras él la espera aquí! Ahora la señorita Francisca —«¿qué es lo que me quiere?»— rodeada de esos tipos que recibieron visita hoy, con las manos llenas de paquetes. ¡A todas, a todas las madres de los otros, las vio él llegar y volverse a marchar desde allí! Se levanta de repente, con los puños apretados y los ojos llenos de lágrimas. El grupo se detiene, cortado, pero antes de que la joven pueda pronunciar una palabra:

—¡Vuestras madres son unas puercas! —aúlla el más desdichado de Ternera—. ¡Todas las madres son puercas! ¡Yo me escaparé de aquí, iré a mi casa, romperé los cristales, prenderé fuego! ¡Y ella tendrá que pagarlo: quedará arruinada, reventará, reventará la muy p...! ¡Oh, mamá, mamá!... ¡Oh, mamá!...

## Capítulo sexto

### *Prohibido para menores de dieciséis años*

Pedro Merlerin, llamado «el Caíd», llegó al día siguiente. Ternera y acababa de digerir el domingo: visitas, golosinas y rencores. Jugaban en el recreo tirándose caramelos chupados; cambiaban en los dormitorios seis bombones violeta, que no le gustaban a nadie, por dos rojos: Tonton Radar, al que acababan de bautizar una sobrina, negociaba a bajo precio peladillas chupadas solamente hasta la almendra. En los pasillos pisaban pepitas de uvas; y la señorita Francisca, envuelta en su gran capa de invierno, soñaba con los meses templados en que se pisan huesos de cereza al andar por los dormitorios...

El Caíd llegó a Ternera y al mismo tiempo que el invierno a que se asemejaba. Su mano, de dedos nudosos, no estrechó ninguna otra; su mirada fría no pareció posarse en nadie, y su boca sin labios no se abrió sino para sorprenderse ante Marco:

—¡Vaya! ¿También tú estás en esta cárcel?

Demasiado lo sabía. Cuando el señor Lamy le anunció que encontraría abajo a su camarada Marco:

—¿Marco...? ¿Qué Marco...?

—¡No te hagas el tonto!, Merlerin. Es tu sistema: hacerte el tonto. Precisamente la lástima es que eres muy inteligente... Sí, sí, sé lo que digo..., por eso te mando a Ternera y, que no es sitio para imbéciles... La verja está abierta siempre; pero únicamente los imbéciles intentarán escaparse de allí, porque al cabo de ocho días serían llevados a Beaufort. ¿Oíste hablar de Beaufort...? ¡Bueno! Entonces no hay que hablar más de ello. Cumple tus promesas y yo cumpliré las mías: en dos años habrás aprendido un oficio, te ganarás de veras la vida y habrás engordado diez kilos... ¿No? ¿Cuánto te apuestas...? Si hay algo que no te agrada en Ternera y, escríbemelo. Por lo demás yo iré a verte allá... ¡Y saluda a tu camarada de mi parte...! ¡Vamos, hasta la vista, Merlerin!

Pero el Caíd había fingido sorpresa: «¿También tú estás en esta cárcel?».

—En el Pabellón número 3. ¿Y tú?

—No lo sé. —Pabellón número 1, también lo sabía perfectamente—. Además, no tengo intención de echar raíces aquí...

—¿Qué tal los compañeros de Carrières: Luciano, Manuel, Dedé? Dime algo del gran Santiago.

—En el sanatorio; está deshecho.

—¡Pobre! ¿Y Darrier? ¿Y la barraca?

—Se conoce que aquí te aburres mucho para preguntarme esas cosas.

—¡Nada de eso! —dijo Marco, poniéndose colorado—. Pero dime: ¿no has visto a mi madre por el barrio esta temporada?

—¿Por qué? ¿No viene a verte?

La nariz se le cubrió de diminutas y brillantes gotas de sudor.

—Seguramente está enfermo Jojó: hay gripe en París...

—¿Jojó? —dijo el Caíd, fingiendo indiferencia, mientras observaba al muchacho con fría mirada—. Jojó está magnífico. ¡Lo vi aún no hace tres días! Me ha... ¡No! La verdad es que no me ha hablado de ti... Dime — siguió diciendo después de un silencio—: ¿en qué consisten todos esos servicios que me han endilgado?

—La vajilla..., los pasillos..., los lavabos... —dijo Marco apagadamente. Sólo pensaba en aquellas patas de pájaro apretando su manga, en el camisón agujereado que dejaba ver las nalguitas delgadas; no oía más que la voz enronquecida que reclamaba: «¡Tengo frío, Marco!, ¡tengo frío!». Apenas percibió la del Caíd.

—¡... no me han mirado siquiera! Dime: ¿harás en mi lugar esos «servicios»?

¿Era una súplica, o ya una orden?

—Si quieres... —respondió Marco.

Los primeros días el Caíd fingió encontrar despreciable la comida. Cuando el muchacho cogía el plato, le echaba la mirada fría del perro que se comió ya toda la carne y ya no ve, en él, más que las patatas frías; luego, como el perro, volvía la cabeza con lenta dignidad. Cuando notó que esto no quitaba a nadie el apetito, adoptó de repente la táctica opuesta. Se servía el primero doble ración y con mirada circular prevenía toda protesta. Búfalo, que no apartaba los ojos de él, enseñaba sus dientes de oro y se disponía a saltar: «Di, Merlerin, ¿no eres algo..., no?». Pero Colmillo Blanco lo detenía con ademán imperioso. No le permitió que interviniese para impedir que los más pequeños hiciesen el trabajo que le correspondía a él; consintió que el Caíd esquivase la ducha, y cuando se negó a levantarse varios días seguidos a

causa de sus «atroces jaquecas», Colmillo Blanco lo dejó calentito en la cama y lo atiborró de sellos.

—Pero bueno, Colmillo Blanco, ¿qué es lo que esperas para hacerle entrar en normalidad? Pone en peligro todo nuestro trabajo.

—¡Calma, amigo mío! Nos jugamos mucho con este muchacho: ¡Cuidado no nos equivoquemos...! Aparentemente es un bruto para el que los demás sólo son instrumentos. Se le puede castigar, claro... Pero está dispuesto a hacerse el interesante. Si juegas con él a ladrones y policías, pierdes la consideración de todos los demás.

—Y si se le deja hacer de caído...

—Corres el peligro de disgustar a los otros muchachos, ¡ya lo sé! Pero ¿dónde está el mayor peligro, Búfalo? ¡No nos equivoquemos sobre el peligro! Yo hago como el señor Lamy: quiero creer aún en ese pobre chico. Hace dos semanas, ¿sabes dónde pasé mi día libre? En Sagny, en Saint Ouen y en Montreuil... Me obligo a mí mismo, de vez en cuando, a ir a respirar el ambiente de sus barrios, sus tabernas, sus solares sin edificar. ¡Ah, amigo mío, en su lugar, el llegar aquí me sería diez veces más duro! No quiero perder el juego con Merlerin...

—¿Qué juego? —preguntó Búfalo con la frente arrugada y los dientes apretados contra la boquilla de su pipa casi hasta romperla.

—Aquel sobre el cual hemos edificado todo: el juego de la confianza y de la amistad.

—¡Eso puede costar caro!

—¿Qué cosa hay que no cueste nada? ¡Lo que nada vale! Ésta es una sentencia de Perogrullo... Y abandonar a noventa y nueve ovejas para partir en busca de una sola, ¿crees que sería imprudente?

Búfalo se metió la pipa en el bolsillo.

—En una palabra, ¿todo por Merlerin?

—Todavía estoy buscando el medio. ¡Si fracaso, te dejaré proceder como quieras, pero con la muerte en el alma! Hace ya tres semanas que hubiera debido despachar a Pablo, por ejemplo... ¡Pero sigo esperando...!

—¡Pablo no para de traficar con mi viejo carricoche! Y si me pide...

—¿«Bidule»? Buenas noticias, amigo —gritó el otro, volviendo al fin a encontrar la sonrisa de Colmillo Blanco.

—Pero...

—¡Me costará quinientos francos más, pero es una buena noticia! Ya verás, Búfalo; los sacaremos a todos adelante, ¡a todos! ¡Son corazones nobles...!

En cuanto a Merlerin (llamado «el Caíd») fue Mamy quien corrió el riesgo y encontró el medio. Le hizo venir y sentarse, y le dijo con su voz algo lastimera de siempre:

—Te veo desde mi ventana, ya que no puedo salir, y observo que eres el mayor y probablemente el más fuerte de todos los muchachos de aquí. Tienes mucho ascendiente sobre los más jóvenes; parecen obedecerte todos. Tú hablas y se dejan mandar durante todo el día. Por lo tanto pensé en ti para una misión de confianza, Pedro... —Él se estremeció; nadie más que sus padres le llamaban así—. Espero un niño, ya lo ves; pero ya tengo uno: Thierry, de cuatro años...

—Nunca lo he visto —gruñó el Caíd.

—Claro que no. No lo has visto porque no puedo, como antes, llevarlo a paseo y hacerle jugar con los otros pequeños... Y necesita salir, divertirse, vivir, ¿comprendes? Yo te pido..., ¡pero, naturalmente, si encuentras eso molesto, o difícil, o ridículo —añadió bajando la voz—, puedes negarte! Te pido que te cuides de Thierry en las horas de recreo...

—¿Yo?

—Porque eres el mayor y puedo tener confianza en ti...

Ella miraba sus manos huesudas, su cabeza cadavérica cubierta de piel lívida, la cicatriz blanca entre el pelo tan rapado, parecida a un camino arenoso en un campo devastado; Mamy veía todo esto y temblaba. «Con tal que Thierry acepte...», pensaba: porque de la aceptación del Caíd no dudaba ella un instante.

«¡Mierda! —repetía Merlerin a cada peldaño que bajaba por la escalera—, ¡mierda, mierda!; ¡los demás van a morirse de risa y a tenerme por ama de cría...! Claro que puedo negarme... Pero sería una grosería; ¡cuenta conmigo, y para proteger a su chico soy efectivamente el más fuerte...! Pero ¿y para divertirlo...? ¿Hacerles jugar a todos y organizar partidos de campeonato que yo vigilaría desde lejos...? ¡Marco va a fastidiarse...! ¿Y si yo escribiese al juez para que me cambiase de cárcel? Pero ¿y el chico? ¿Cómo le llama ella? ¡Thierry...! No hay motivo para que se pudra ahí dentro sólo porque... ¡Ah, mierda...!».

Thierry no se apolilló. Desde el siguiente día los muchachos vieron estupefactos al terror de Terneray, al caíd del taller, al tirano de los escolares, pasear despacito a la mascota del centro. Parecía un cuerpo que conducía a su alma en libertad... La manita rosa parecía cogida en el lazo de un pulpo negruzco. ¡Pero no! Thierry sonreía a su espantajo, quería ir en brazos; se ponía pesado y había que cantarle canciones al oído. El Caíd se dio cuenta

con disgusto de que se aficionaba a aquella vocecita, a aquel aliento puro, a las preguntas inesperadas. ¡Sí, estaba hasta la punta de los pelos de insultos, de jactancias y de gestos groseros! ¡Estaba hasta los pelos de vivir huraño, y terco, como un guijarro entre guijarros!; ¡harto, muy harto!

Pero, sin embargo, era el Caíd; necesitaba mandar, para bien o para mal. Organizó, pues, imperiosamente, juegos de los que Thierry era el centro plácido. Todos los pequeños quisieron tomar parte en ellos; se adquirirían por chupadas de chicle turnos de favor para pasear al niño. Algunos mayores, a los que Colmillo Blanco tenía como instructores, fueron a quejarse a Mamy: «Entonces qué, ¿no merecían ellos la misma confianza? ¿Prefería al último llegado, a aquel tío bruto?». Mamy, a su vez, les explicó la parábola de la oveja descarriada; pero es una leyenda que las ovejas fieles aceptan de mala gana. Sacudieron la cabeza: «Claro, claro...». Mamy les dirigió una débil sonrisa y salieron decididos a romperle la cara a Merlerin en la primera ocasión...

El estado de gracia del Caíd duró unos ocho días. Sin embargo, después de esta semana de bondad, no volvió a encontrar sus costumbres pasadas ni sus antiguas víctimas; la tiranía quedaba rota; la servidumbre también. Colmillo Blanco había ganado.

Tampoco Olaf encontraría su paraíso en el jardín de Clemenceau. Todo parecía haber recobrado su curso; pero después del horrible domingo, nada era igual. Olaf observaba a hurtadillas a su exabuelo: la rigidez de sus piernas, las manchas en las manos, las venas de la frente: ¡un viejo! ¿Cómo fiarse de un viejo que nos traiciona, un domingo, por un cuartillo de vino? De Alain Robert tampoco recibió ninguna explicación por su incomprensible «adiós». Al día siguiente solicitó una. Pasó una tempestad por la cara de su camarada y sus ojos oscuros lanzaron un rayo: «¡Si vuelves a hablarme de eso, Olaf, si vuelves jamás a hablarme de eso...!». El ratón huyó. No, Alain Robert no necesitaba que le hablasen de aquello: no cesaba de pensar en lo mismo... Recibió dos nuevas revistas, cuyas fajas colocó en su cartera. Era el único objeto que poseía (además del frasquito de perfume); y aquella cartera no contenía más que las fajas de papel oscuro donde se leía el falso nombre y la dirección anónima de un niño de once años, absolutamente solo en el mundo, al que pertenecía el tesoro. Conocía de memoria las dos letras: la de su padre y la de su madre. Al cerrar los ojos volvía a verlas a su gusto, blanco sobre negro: como los títulos en el cine. Tomahawk, el maestro de instrucción primaria, notó que cambiaba de letra: «Parece..., ¡cosa rara!, parece letra “imitada”. Seguramente ¡la de su padre!». El muchachito componía una

nueva firma digna de él... El domingo se convencía de que no debía esperar visita alguna y para estar más seguro se marchaba al bosque con los demás chicos de la Beneficencia. El resto de la semana, salvo a la hora del correo, nada les distinguía de los muchachos de Terneray; pero por crueldad o ligereza de los hombres, el Día del Señor era para los expósitos día de dolor y de amargura. Hacía mucho tiempo que habían vuelto la cólera contra ellos mismos. Pero ahora llegaban a odiar a sus compañeros, a sus padres, a los jefes que hablaban a los padres, a la tierra entera. ¡Ah! Si hubiesen podido pegarle fuego a Terneray... Tomaron, pues, la costumbre de reunirse el domingo los innominados, los abandonados. Se aglomeraban, desmañados, sombríos, amargos: semejantes a las heces en el fondo de una botella; se arrastraban silenciosos por los bosques, cambiando sus recuerdos desastrosos o madurando planes de imposible evasión. ¡Porque huir de Terneray era fácil! Pero ¿cómo evadirse de aquella prisión de papel, la Beneficencia? Bonos para dormir, para ropa, para transporte, para alimentación... ¿Y quién «cargaría con ellos» en el mundo desconocido y construido sin su participación, si las fuertes manos de las enfermeras, de las nodrizas, de los ayudantes no cuidaban de ellos? Manos, y pocas veces miradas, eran sus únicos recuerdos. Con capas azules, ropas bajo llave, órdenes y reglamentos, dormitorios blancos, vestidos demasiado largos, alubias, más alubias...

Al principio, los huérfanos de Terneray (a quienes nadie iba a ver) se unían el domingo a los de la Beneficencia; pero éstos se los quitaron pronto de encima. ¡Eran insoportables con sus recuerdos! «Me acuerdo de mi madre todas las noches...». O también: «Creo que mi padre cuando se incomodaba...». Basta, basta, que vayan a otra parte a depositar sus coronas fúnebres. ¡Nuestros padres están todos vivos!; ¡desconocidos, perdidos, pero vivos! ¡Algún día vendrán a buscarnos...! ¡O los encontraremos nosotros! ¡Pero que los huérfanos nos dejen en paz con sus ojos enrojecidos y sus fotografías borrosas...!

En realidad envidiaban a los huérfanos; éstos habían tenido un hogar, tenían un sitio en el mundo; podían ir a un cementerio y ver su apellido escrito sobre una piedra... ¡No era culpa de los huérfanos el que sus padres hubieran desaparecido! Nadie puede reprocharles la desgracia, ¡al contrario!; los consideran, los compadecen... Mientras que aquellos cuyos padres los abandonaron y nunca intentaron verlos... «Era preciso no haber sabido hacerse querer ¡o ser muy feo!».

Nunca hablaban entre ellos ni con nadie de sus padres. Cada uno construía aparte su frágil palacio. «Yo —pensaba uno— soy hijo de un doctor, de un

gran doctor. Si no fuera así, no me gustaría tanto ir a la enfermería y aspirar el éter...». «Mi madre es una actriz; el maestro dijo que yo tenía un don especial para recitar. Un “don”, ¿eh? Y ¿de quién más hubiera podido tenerlo...?». «Mi padre —se repetía un tercero, mirándose al espejo cada mañana su nariz aplastada— es seguramente boxeador: el campeón del mundo». Y se escondía para devorar los periódicos deportivos, los anuncios de espectáculos; y recortaban las fotografías, que llenaban los cajones de sus mesillas de noche. Y los anuarios de Colmillo Rojo tenían señales de dedos sucios y de lágrimas; porque los hijos de padres desconocidos buscaban sus homónimos y copiaban direcciones. Alain Robert había confeccionado una lista de todos los Robert de París y nunca se separaba de ella. Incluso había empezado a aprenderla de memoria: Robert A., dentista, calle Championnet, 23; Robert A., modas, bulevar de Picpus, 113; Robert A., peluquero de señoras, plaza Daubencourt, 7... Pero no, eran demasiados... ¡Y felizmente!, porque si el anuario no consignase más que un Robert, hubiera sido su padre «sin ningún género de dudas»... Y entonces ya no había derecho a esperarlo en Terneray; tendría que marchar, tomar el tren, luego el Metro, preguntar el piso, llamar a la puerta... Cuando Alain Robert pensaba en este instante «inevitable», su corazón latía tan fuerte que lo oía resonar en todo su cuerpo...

De este modo los chicos de la Beneficencia se paseaban en silencio por los bosques, ahora secos, de Terneray, y cada domingo construían un poco más altos sus frágiles edificios; una ciudad de cristal en aquel invierno negro y blanco, que animaba solamente el grito agudo de un cuerpo atravesando la soledad. Bastaba un puntapié para demoler aquellos palacios infantiles; una mala palabra para dispersar aquel ejército de parientes fantásticos. Fue Pedro Merlerin quien se encargó de hacerlo.

El Caíd detestaba al muchacho salvaje porque ahora Marco le hacía frente, y Alain Robert admiraba a Marco. Un martes por la tarde cayó sobre un grupo de chicos de la Beneficencia, sentados en rueda sobre la hierba, detrás de la sala de clase, cantando gravemente «Los ojos de mi madre». Alain Robert había oído esta canción por la radio en casa de Clemenceau, y se la enseñó a los otros.

*Los ojos de mi madre, los ojos de mi amiga.  
Las manos de mi madre, las manos de mi amiga.  
El corazón de mi madre, el corazón de mi amiga.  
Son para mí más que la vida.*

Repetían esta melodía diez veces, veinte veces seguidas con voz rasgada por la emoción y muy bajo, como un secreto, como una contraseña. «Los ojos de mi madre»... Y cada vez, los ojos de Alain Robert se llenaban de lágrimas...

—¡Quisiera ver una vez los ojos de tu madre!

Pedro Merlerin, inmenso, estaba de pie apoyado en el árbol. Todos se levantaron y Alain Robert avanzó hacia el Caíd; sus puños apretados sobresalían apenas de las mangas de su chaqueta.

—¡Sí —continuó el mayor—, me gustaría ver cómo son los ojos de tu madre!

—¿Qué te crees? ¡Tengo madre, como todo el mundo!

—¡No te jactes de eso! Piensa que si te abandonó...

—¡Es porque ignoraba lo que es la vida en la Beneficencia, sólo por eso!

—¿Lo crees así?

—Si se vio obligada a dejarme —no quería pronunciar la palabra «abandonarme», para no acusar a su madre— ¡fue por la desvergüenza de los demás!

—¡Querrás decir por la desvergüenza de tu padre!

—¡Si estuviera aquí mi padre ya te habría partido la boca!

—¡Porque tu padre es un atleta, y un multimillonario también, probablemente! ¡Pobre imbécil! ¡Pero es un pobretón! ¡Si no fuera así hubieras oído hablar de él...! ¡Un andrajoso, lleno de piojos, un miserable! ¡Mira, quizá te hayas cruzado veinte veces con tu padre en la barriada de mendigos de donde procedes!

—¡Se reiría mucho si te oyera, te lo aseguro! —Él se reía también al borde de las lágrimas...

—Entonces, ¿puedes explicarme por qué ese *gentleman* abandonó a tu madre?

—¿Quién te ha dicho que no viven juntos?

—Entonces, ¿puedes explicarme por qué te abandonaron?, ¿por qué te depositaron como una inmundicia en un carro de la basura?

Esto era lo que martirizaba al niño en secreto.

Respondió, pero sin que los otros le reconociesen ya la voz:

—Porque yo era muy malo para ellos, porque yo era insoportable... ¡Pero a tus padres no se les ve tampoco con mucha frecuencia!

El mayor se estremeció: ni una visita desde su llegada... Alain Robert había encontrado al fin una ofensa y se encarnizó:

—No te atreves a enseñarnos a tus padres. ¡Ah, deben de ser de primera! Fueron ellos probablemente quienes te enseñaron a robar.

Los demás expósitos, aliviados, repitieron con cierta moderación:

—¡Sí..., eso es..., a robar...! ¡Cochino ladrón! ¡Nosotros no queremos nada con ladrones!

—Por lo visto a vosotros os han traído aquí sólo para respirar aire puro, ¿eh? —preguntó el Caíd, dando un paso atrás y mirándolos uno a uno—. Seguramente no habíais hecho ninguna tontería en casa de los pobres que os crían por interés... —Daba en el blanco. Aprovechó su ventaja—. ¡Porque no costáis caro! ¡Nadie os querría si no les pagasen!... ¡Tipos que no saben de dónde vienen! ¡Tipos que ni siquiera tienen nombre...! «Alain Robert»... ¡Está bien...! ¿Cuál de los dos es tu apellido, si puede saberse?

—Éste —respondió el niño, y le dio con el puño en plena cara.

El Caíd vaciló: no esperaba que el otro, mucho más bajo que él, le atacase; pero todavía menos lo que ahora no iba a poder evitar. Porque el niño permanecía allí en guardia, con los ojos brillantes y la boca entreabierta, demasiado noble para aprovechar por segunda vez la sorpresa del mayor. Pero los demás expósitos acometían por su parte. Merlerin se vio sitiado y gritó: «¡Goiraud! ¡Pablo...! ¡Pronto!».

—¡Olaf, corre a buscar a los otros! —ordenó Alain Robert.

«Los otros» son todos los expósitos de Ternera; Olaf lo comprende inmediatamente. «Batalla general», piensa, lanzándose en su busca, ¡y esta idea le hace daño en el estómago, porque sabe que él no pintará mucho en ella! (El ruido de las canicas que lleva en el bolsillo le hace pensar que son sus huesos los que entrechocan...). Sin embargo, Olaf es feliz, porque con la pelea formará parte de una verdadera familia: la que, detrás de él, oye pegar sordamente, pesadamente, a Merlerin, a Pablo el Invencible y algunos otros. «¡La batalla —piensa—, la gran batalla!», y comienza a santiguarse al tiempo que corre.

Pelean en silencio, con los dientes apretados. No se oye más que el choque apagado de los golpes, el jadeo de los que los dan y de vez en cuando el ¡ay!, de los que los reciben. A pesar de las tinieblas se establece pronto una especie de equilibrio entre los adversarios: se pelea entre tallas iguales y pesos iguales, o bien dos pequeños contra un mayor, dos delgados contra uno grueso. ¡Se pega en la boca o en el estómago! Cada uno reconoce por instinto el punto débil del otro. Los de la Beneficencia no golpean en la oscuridad a sus compañeros, sino a los visitantes del domingo, a las familias numerosas, especialmente a las que fuera de los muros de Ternera van y vienen

libremente, y sobre todo a los que tienen un nombre... ¡Golpean al mundo entero, ciegame, y encuentran muy natural recibir golpe por golpe: es lo acostumbrado!

¡Y los «hijos de la justicia», enfrentados a ellos, golpean a sus acusadores, a las personas que los policías no han agarrado nunca por la muñeca, que nunca esperaron horas enteras tras una puerta con candado, ni bajaron la cabeza ante un juez! ¡A los espectros solitarios de la mala suerte que temen para sí mismos, a los extraños coaligados contra ellos! ¡Poder romper una coalición, sea la que sea, aunque haya que hacerlo a puñetazos, qué alivio! Todos respiran el aire de Valmy y de Austerlitz en la noche fría de Ternera...

Uno solo cambió de campo improvisadamente: Marco. Asestaba golpes alegremente al montón de los de la Beneficencia cuando vio al Caíd zurrando a Alain Robert...

—¡Déjale! ¡Tú eres muy fuerte: eso no está bien!

—¡No me fastidies!

—¡Déjale!

—¡Hablas demasiado...!

—¡Toma...! —Es el segundo puñetazo inesperado de la noche. El Caíd aplica su furor a Marco, mientras Alain Robert, ya libre, vuela en socorro de Olaf.

Por lo demás, ya no se sabe por qué se lucha; a las venganzas sucedieron las represalias; ¡razón de más para que aquello terminase! Ruedan por tierra grupos que no pueden distinguirse, como las uvas en los racimos, y el agrio vino de esta vendimia nocturna fluye de las bocas y de las narices: se ven brillar, aislados, los pañuelos de los heridos. Apoyada en un árbol, una sombra vomita; dos combatientes llevan a un tercero fuera del campo; uno, pequeñito, rueda como una bala sobre la hierba hostil y llora en silencio; uno de los mayores flexiona su pierna derecha, después la izquierda, y tranquilizado vuelve a la refriega. Silencio, silencio y tinieblas; la sangre es del color de la noche...

Pero llega algo inesperado, una sombra desconocida. Más fuerte que los más fuertes, más fresco que los últimamente llegados, alguien separa con rudeza a los combatientes y les cuchichea una palabra que los deja inmóviles en su sitio. Ese gigante es Tomahawk, el maestro; y su frase mágica: «¡A clase inmediatamente, hato de granujas!». Se rinden a él, con los puños hormigueando todavía por los golpes dados y con el cuerpo atacado de repente por el dolor.

Tomahawk, en su cuarto de encima de la clase, leía tranquilamente el periódico, oyendo a Bach y fumando su pipa. Aquel sordo tumulto en el exterior... Detuvo la música, apagó la luz, abrió la ventana y vio surgir de las tinieblas, poco a poco, a los silenciosos combatientes. Metió la pipa en el bolsillo, bajó la escalera, penetró en el grupo, recibió algunos porrazos y devolvió a ciegas algunas bofetadas.

Ya están los contendientes en la sala de clase, parpadeándoles los ojos a la luz cruda, sin saber qué hacer con sus manos hinchadas y amoratadas, e intentando reparar el irreparable desorden de su aspecto: mangas desgarradas, botones arrancados... Cada uno mira la cara hinchada de los demás y los compadece, o se alegra, sin sospechar que él ofrece el mismo espectáculo. Tomahawk entra el último, enjugando con un pañuelo gris, blanco y rojo, una cara también desconocida.

—¡Sentaos...! ¡Ah, estáis preciosos, recibid mi felicitación!... ¡No di parte a Colmillo Blanco para que no os quedéis sin cine mañana por la tarde! Pero francamente... ¿A qué venía esa pelea? ¡Vaya, basta ver cómo os habéis agrupado en esos bancos para comprenderlo! Todos los chicos de la Beneficencia de este lado, y los otros enfrente... ¿Está bien eso?

—Sí —dijo Alain Robert con voz tan temblorosa como sus piernas—, ¡nosotros no queremos nada con la justicia!

—Y nosotros —respondió el Caíd, sorbiendo, porque sangraba por la nariz—, tenemos una familia y un nombre, como todo el mundo. Y estamos hasta la punta de los pelos de...

—¡Cerrad el pico!

El rostro de Tomahawk se volvió tan duro y después tan doloroso que todos los chicos se sintieron culpables de repente. ¡Cómo! Aquel maestro fantástico, aquel piel roja sonriente...

—¿Siempre tenéis que hacer lo mismo? —dice Tomahawk—. ¿Aún no comprendisteis que separadamente no sois más que unos pobres niños, y que no podéis salir adelante sino todos juntos? ¿Y que si tenéis que combatir es unos al lado de los otros? ¡Luchad un día para salir de vuestra miseria, de vuestros cuchitriles y de vuestra prisión! Tengáis nombre o no, tengáis o no familia, no sois ya más que unos míseros. Y vuestros lugares están ya marcados en un mundo en que sólo seréis un número: seguros sociales, esclavos de la máquina, simples braceros. «¡La cárcel!», ¡es la misma palabra que designa la prisión y la fábrica...! El guardia, hijo de obreros, zurra a los obreros... La portera, desde su vivienda miserable, tiraniza a los inquilinos de sus buhardillas igualmente miserables... El empleado con cuello y corbata,

que revienta de miseria, desprecia y teme al individuo de gorra, que revienta de miseria... ¡Ah, si pudiera pelear contra él...! El pequeño comerciante roba al obrero, y el obrero humilla al negro... ¡Así es el mundo: en todas partes el pobre aplasta al pobre, a vista de los que vienen a reclutar a su gente...! ¡Aquí, al menos, podía esperarse que los niños desgraciados, desafortunados, fueran a entenderse! Los lobos se devoran entre sí; pero los corderos... ¡Pues no! Necesitabais encontrar un motivo para dividiros, para batiros. Nosotros mezclamos adrede los estudiantes con los aprendices, los pequeños con los mayores, en cada pabellón, para inculcaros la costumbre de protegeros y comprenderos... Pero vosotros habéis encontrado otra: ¡los delincuentes contra los de la Beneficencia Pública...! ¡Mañana los huérfanos de padre les romperán el hocico a los huérfanos de madre!, ¡los rubios degollarán a los morenos...! ¿No es para reír...? ¡Allí donde haya dos hombres, se creerán obligados a pelearse o a aliarse contra un tercero! Los enfermos de una sala de hospital y los presos en su celda se pisotearán para agradar al guardián o al enfermo, lo sé muy bien... ¡Pero vosotros, vosotros...! ¿Sois ya tan estúpidos como los hombres, tan cobardes como los hombres...? «¡Sí, maestro; gracias, maestro!». ¡Me gustaría más un poco menos de «¡sí, maestro!» y un poco más de fraternidad! ¿Sois sólo capaces de ser cómplices y no camaradas...? —La campana para la comida sonó fuera; todas las cabezas bajas se levantaron y se volvieron imperceptiblemente hacia la puerta...—. Sí —continuó Tomahawk con voz sorda—, ya es hora: id a comer, y luego ¡a dormir como bestias!, ¡ya que no me queda esperanza de hacer de vosotros hombres libres...! ¡Ah! Esta noche —añadió como para sí mismo— comprendo perfectamente que no servimos para nada..., que nadie sirve para nada, para nada... ¡Marchaos!

Los muchachos no comprendieron gran cosa, sino que la tempestad pasaba por encima de sus cabezas para descargar al fin en otra parte. ¡No, esto no era una reprimenda como las otras! Y los más simples se alegraron de ello..., pero Tomahawk pareció vivamente afectado; habría que decir o hacer algo: por ejemplo, apretar la mano de esos cochinos de enfrente. Alain Robert pensó en ello un momento... Pero ¿y la dignidad? Salvo los más apaleados, cuyos corazones les subían a la garganta, todos sentían después de la pelea un apetito salvaje; pero comprendían que había que ir hacia la puerta lentamente. ¡Siempre la dignidad...! Cada cual va preparando la explicación increíble que va a ser preciso dar por la nariz con costra, por el ojo de actriz vieja y por las ropas hechas jirones...

Al salir el último muchacho, Tomahawk, afligido, metió la mano en el bolsillo en busca de su consuelo habitual; pero, a consecuencia de la batalla,

no encontró en él más que los pedazos de su pipa de la paz...

Había en cada dormitorio algunos muchachos castigados o enfermos que no podían asistir a la proyección de *Tarzán, el salvador de la jungla*, y alguien tenía que cuidarlos. Para el Pabellón 3 se ofreció la señorita Francisca. Marco tenía encogido el corazón: «¡Quedarse sin Tarzán, quedarse sin cine!».

—Me quedaré yo, Fran..., ¡eh!, señorita... ¡Y al primero que se mueva, le rompo la cara!

—No es ése el objetivo de la maniobra —respondió ella, esforzándose por contener la risa—. ¡Ve a ver *Tarzán*, Marco!

Pero Alain Robert la cogió aparte, y siempre muy serio, le dijo:

—Señorita, he reflexionado mucho. No me pueden obligar a ir al cine, ¿verdad?

—No, ¿por qué?

—Me quedaré con usted.

Francisca recordó el consejo del doctor Clérant: «¡No le conceda usted preferencias! ¡No le consienta usted que se encariñe demasiado!». ¿No era ésta la ocasión de hablar al muchacho?

—Escúchame: vas a ir al cine... ¡Chist!; ¡te lo mando yo...! ¡Y después del primer rollo, si te aburres, te vienes!

Todos los asientos disponibles de Ternera y estaban alineados en el comedor grande. Los había de todas las tallas y de todos los estilos: parecía un banquete de militares de la reserva. Una docena de ellos fueron volcados por la precipitación de los muchachos hacia lo que consideraban mejor lugar, en las primeras filas. Después de haber amenazado varias veces con llevarse los rollos, Colmillo Blanco tomó la única decisión eficaz para conseguir la calma: comenzó la proyección. Los niños se colocaron frente a la pantalla, con las manos extendidas sobre las rodillas, rígidas como estatuas egipcias. La mayor parte, en su época de libertad, estaban saturados de películas: de tres a once sesiones por semana... En aquella sala sin decorado, ante la pantalla tan próxima, entre el ruido irritante del aparato, volvían a encontrar su droga habitual con decepción emocionada, semejantes a los bebedores de ajeno, a quienes sólo se permite un vaso de jarabe de anís de vez en cuando. Esta proyección aislada formaba parte de la cura de desintoxicación... Pero algunos, como Olaf, asistían al cine por primera vez en su vida y estaban pasmados de asombro. «Son unas fotos que se mueven y hablan...», le habían dicho. Pero no era eso, nada de eso. Los árboles eran de verdad, de verdad los animales. Tarzán avanzaba hacia él, se volvía de repente hacia la izquierda, y

Olaf miraba rápidamente como él, del lado de la cocina... ¡Por allí venía un elefante! Tarzán se balanceaba en el extremo de una rama. ¡No tan fuerte! ¡Iba a estrellarse contra la pared del comedor...! ¡Hala! Se caía en un charco; ¡Olaf levantaba los pies para no recibir salpicaduras! ¡Vaya! ¡Ahora salen de la selva dos tigres; no, tres, cuatro! Con tal que...

—Oye —murmuró su vecino, Alain Robert—, suéltame el brazo: me estás clavando las uñas.

Las imágenes se agitaron, algunos relámpagos rayaron la pantalla; a Olaf se le figuró un ciclón, un temblor de tierra: pero no era más que el «fin de la primera parte».

Volvió la luz, tan pobre de ordinario, pero esta vez cegadora. Los muchachos se desperezaron. Taka encontró su pipa india bajo el sillón; Terciopelo sacó su armónica y se puso a tocar muy bajo; Radar cerró por fin la boca, que tenía abierta desde el principio y completamente seca; Marco tomó parte en las discusiones. «No está mal... Pero, vamos, no acaba de... Si hubierais visto *Tarzán en Nueva York*... Apuesto a que la tribu salvaje va a hacerlo prisionero...». Pero Olaf permanecía mudo, con los ojos muy abiertos; luego los cerró poco a poco, ocultó la cara entre las manos y buscó con todas sus fuerzas en el fondo de su memoria imágenes para proyectar en el cine de sus tinieblas hasta que el otro cine recomenzase. No se dio cuenta de que Alain Robert había salido al mismo tiempo que algunos chicos y no se encontraba ya a su lado, cuando Colmillo Blanco dijo: «¡Sentaos...! ¡Ea!, inmediatamente, ¿eh?», y apagó al fin la luz para el segundo rollo.

La señorita Francisca oyó tres golpecitos en su puerta. Dio un suspiro, no se sabe si de placer o de resignación; cerró el libro, se echó el pelo hacia atrás con doble movimiento de cabeza y fue a abrir la puerta al chiquillo.

—¿Te aburrías, por lo visto?

—Sí..., no... En fin, preferí volver...

—¡Bueno, vamos a poner la radio muy bajo y a charlar!

—¡Eso es! —dijo Alain Robert, casi sonriendo—. ¡Seré así como su marido: un marido que está siempre con su mujer!

—No —respondió ella dulcemente—; mi marido no; ¡mi invitado! Cuando se invita a alguien se le ofrece de beber: voy a preparar dos tazas de café...

El niño se inclinó ceremoniosamente. Era lo que había que hacer, ¿verdad? Y lo que había de decir era:

—¡Estoy verdaderamente encantado!

Ella se inclinó a su vez y la cortina rubia de sus cabellos se bajó al tiempo justo de ocultar su sonrisa.

—¡Yo también, señor!

«Señor» Alain Robert... Era también lo que traían las fajas de la revista. Ya eran tres en el mundo a llamarle así: su padre, su madre y la señorita Francisca.

—¡Apuesto a que te has perfumado!

—¿Yo?

Como ella estaba de espaldas, agachada cerca del calentador, no le vio enrojecer hasta las orejas, pero lo adivinó. «¡No deje usted que le cobre demasiada afición!».

—¡Se está muy bien en su casa! —comenzó el muchacho, para cambiar de conversación (porquería de perfume, él mismo lo olía ahora).

—Ésta no es «mi casa» —dijo dulcemente la señorita Francisca.

—¿Cómo es eso?

—Mi casa es una casa grande y baja a orillas del Loira, donde viven mis padres.

—Pero ¿usted no vive nunca allí? —preguntó él con voz algo ronca.

Había llegado el momento..., habían bastado pocas frases, como en las tragedias...

—Espero que sí, espero vivir allí —dijo ella con firmeza.

Él se levantó (apenas era más alto de pie que sentado), con las cejas fruncidas.

—¿Y entonces nosotros?

—¿Quién deja a quién?

—Pero...

—Tranquilízate. Ésta es tu taza... ¡No te quemes...! Sí, ¿quién es el que pasa y quién el que se queda en Ternera? Al final de cada año se van la cuarta parte de los niños: libertad vigilada, vuelta a la familia, o...

—Pero ¿usted se quedará, señorita?

—Sin duda... Quizá... ¡Pero yo también tengo que vivir mi vida!

—¿Qué es eso de vivir su vida?

—Casarme, tener hijos...

—¿Cómo Mamy y Colmillo Blanco? Bueno, si se casa usted con Búfalo...

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Eso no se impone. Tú también escogerás para casarte la persona que ames...

—¡Nunca! ¡Yo no amaré a nadie jamás! ¡Ah, no!

Temblaba la taza entre sus dedos. Francisca se la quitó de la mano, se sentó frente a él y levantó a la fuerza aquella cabeza de la que únicamente veía la mata de pelo rizado (el repugnante perfume hacía brillar aún algunos mechones...). Ella se asustó casi de la expresión de dureza, de las arrugas de adulto encuadrando una boca infantil.

—¿No amar nunca a nadie? ¿Por qué?

El hombre de once años habló por fin con voz agresiva; pero ¿quién puede distinguir un grito de dolor de un grito de rabia?

—¡Todas las veces que quise a alguien, me abandonó!

—Escucha...

—¡No quiero que vuelvan a abandonarme! ¡Seré yo el primero en marcharme!

Ella creyó que cualquier respuesta era preferible al silencio, y dejó hablar a su corazón demasiado pronto.

—¡Sin embargo, a mí me quieres mucho! Y ya sabes que...

—¡Sé que también usted me abandonará algún día!

—¡Pero tú tampoco te quedarás para siempre en Terneray!

—¿Por qué no? Clemenceau se quedó... Yo era feliz —añadió en voz baja.

—¿Feliz aquí? ¡Ayer os habéis peleado hasta verter sangre!

Él hizo un gesto que significaba «¿Qué importa?» y sobre todo «¿Qué tiene que ver con esto?».

—¡Marco me salvó ayer! Marco es mi amigo hasta la muerte: no me abandonará nunca.

Su mirada se enrojeció de nuevo.

—Yo era feliz —repetía, sacudiendo la cabeza—, feliz...

—¡Cuando lo eras no lo decías! —dijo la señorita, casi con dureza—, ¡no te dabas cuenta de ello!, ¿verdad?

—Es verdad.

—Voy a decirte cuál es el único medio de ser dichoso a sabiendas: es precisamente lo contrario de lo que tú crees: amar a todo el mundo.

—¡Entonces, que empiecen los demás!

—¡Si todos dicen lo mismo, nunca se podría llegar muy lejos!

—¡Los que quieren a todo el mundo es como si no quisieran a nadie!

—Tú lo que quisieras es ser el preferido, ¿no es cierto?

—¡A cada uno lo suyo! —gritó—. ¡Los otros tenían sus padres, tanto peor para ellos si les fallaron...! ¡Oh, señorita, señorita!

Ocultó la cara entre las manos; aprisionó su rostro tras los barrotes de sus dedos delgados, oscuros, de uñas rasas. Francisca creyó que lloraba; lo esperó casi: ¿brotaría por fin el manantial de aquella rosa? Pero él apartó las manos descubriendo una fisonomía dura, una mirada imperiosa: como el día de su llegada a Terneray.

—Estoy segura de que echas de menos a Tarzán —dijo apresuradamente. Él sacudió la cabeza—. ¿Quieres que leamos juntos? ¿Qué prefieres...? ¿*El Principito*? ¡Pero ya lo leíste!

—¡Claro, pues por eso! Se puede abrir por cualquier página.

Ella cogió el delgado tomo en que los gruesos dedos de Globo Cautivo habían dejado sus huellas: lo abrió al azar y leyó:

«—Si ése es tu gusto, domesticame, dijo el zorro... Si quieres un amigo, domesticame.

»—¿Qué hay que hacer? —dijo el Principito.

»—Hay que tener paciencia —respondió el zorro—. Tú te sentarás un poco lejos de mí, así, en la hierba. Yo te miraré por el rabillo del ojo y tú no dirás nada... Pero cada día podrás sentarte más cerca...

»Al día siguiente volvió el Principito.

»—Hubiera valido más venir a la misma hora —dijo el zorro—. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres empezaré a ser dichoso...».

El muchacho se levantó para sentarse junto a la joven. Sin embargo, no leía al mismo tiempo que ella; sus ojos miraban de frente, muy lejos, más allá de los cristales sombríos de la ventana. Vistas desde arriba una al lado de la otra, sus cabezas parecían un campo de trigo a la orilla de una selva virgen. A veces se oía subir de la amplia noche el grito de Tarzán, o el ruido apagado del aparato de proyecciones. Francisca proseguía la lectura con voz cada vez más apagada: pensaba sin cesar en aquel niño que estaba a su lado, en aquel pequeño príncipe abandonado de todos al que ella había estado a punto aquella noche de abandonarlo también...

«—Y cuando estaba próxima la hora de la partida:

»—¡Ah —dijo el zorro—, voy a llorar...!

»—Tú tienes la culpa —dijo el Principito—; y no te deseaba mal, pero tú quisiste que te amansara...

»—Es cierto —dijo el zorro.

»—¡Pero vas a llorar! —dijo el Principito.

»—Es cierto —dijo el zorro».

—¡Es cierto! —repitió en voz baja Alain Robert.

La señorita Francisca lo miró en silencio. Percibía aún el pegajoso olor de sus cabellos; supo en aquel momento que algún día recordaría este mal olor, y que aquel día quizá la haría llorar...

«—Los hombres olvidaron esta verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Te haces responsable para siempre del que has domesticado...».

—¡Es cierto! —murmuró Alain Robert.

Ahora Olaf ya no veía las paredes, ni el techo, ni a sus vecinos. ¿Estaba sentado en una silla? ¡No!, ¡en un tronco de baobab!, ¡en un tótem!, ¡en un cráneo de hipopótamo! Su universo entero medía dos metros por tres; o más bien, la pantalla se había agrandado a medida del universo. Olaf acababa de comprender que si todos los océanos del mundo no formaban más que un solo mar, todas las selvas de la tierra no eran más que una inmensa jungla en que reinaba Tarzán. ¡Dominio encantado de la Justicia y de la Venganza, donde nada es mezquino, débil ni humillado, porque Tarzán vela! Una llamada, y aquí lo tenéis seguido de sus elefantes, de sus leones, de sus monos: escoltado por toda la prudencia, toda la fuerza y toda la destreza del mundo... Tarzán el Justo, Tarzán el Seguro, Padre de los huérfanos, Hermano de los oprimidos... ¡Ah!, ¡que venga su imperio y que nos libre del mal, de los brutos, de los caídos! Tarzán, que, en aquel mismo instante, después de una última mirada a Olaf, se retiraba a la selva, donde nunca hay maldad, nunca frío, nunca temor... FIN. *Visado ministerial número 12 763.*

Con el cuello subido y las manos en los bolsillos, vuelven en silencio al dormitorio a través de aquella noche sin misterios.

—¡Va a nevar! —anuncia un muchacho que viene del campo.

Los otros se burlan de él. ¿Acaso nieva en la jungla?

Suben la escalera y se acuestan a toda prisa. «¡Apagad, por Dios!».

Que al fin se pueda recordar las imágenes y proseguir la historia de Tarzán, pero ocupando su lugar... Tarzán-Radar, Tarzán-Terciopelo, Tarzán-Taka, penetraron con puños apretados en la jungla de la noche. Más de uno, bajo la ropa, lanza el grito mágico: «¡Haaa-hi-ha-hi-ha-hi-haaa-hi!».

Alain Robert duerme ya hace mucho tiempo, y en la cama de enfrente Olaf levanta la tienda de papel de periódico bajo la cual abriga sus sueños de vagabundo.

A las once, la señorita Francisca, que desde su cuarto reconoce cada tos, hace una última ronda por su reino dormido. El sueño, como una erupción volcánica, petrifica a los niños en la última actitud de sus luchas con las fieras o los grandes brujos: es «Tarzán en Pompeya»...

La señorita Francisca vuelve a su cuarto, por donde vagan todavía el desagradable perfume de un niño y el fantasma de un pequeño príncipe. Apaga la luz; las tinieblas cambian de lugar: fuera, luce débilmente la noche: «¡Vaya, va a nevar!», dice.

¡No!, ya nieva. Ligeros, desorientados, sin forma definida, los primeros copos de nieve del invierno buscan planeando su camino. Por la única ventana abierta del dormitorio se precipitan en él... La brisa de medianoche hace caer al suelo lentamente el frágil edificio de papel que protege a Olaf. Pero el pequeño no se despertará: su cama está vacía...

## Capítulo séptimo

### *Hospital-Silencio*

La desaparición del más desvalido de sus habitantes alteró la vida de Ternera. ¡Imposible guardar el secreto ni disimular la fuga! Aun antes de que los chicos del Pabellón 3 hubieran podido propagar la noticia, vieron llegar el coche del señor Provins, que dejaba en la nieve intacta una huella de Transiberiano; primero se vieron a lo lejos los grandes bigotes, más negros que nunca entre tanta blancura. Todos comprendieron que pasaba algo y en cada uno de ellos surgió «el otro chico», el que a fuerza de amistad, de deporte y de ventana abierta esperaban que cambiase: el inclinado a trucos, el chico de taberna, el tramposo cazador con hurón; a la vez cazador, perro y pieza de caza... El señor Provins lo sabía muy bien:

—Mantenedlos encerrados y libres a la vez, Colmillo Blanco... Nos hemos metido en un mal paso.

—Sin embargo, es en la primavera cuando...

—Precisamente, Búfalo, en pleno invierno es mucho más grave.

—¿Qué teme usted, exactamente? —preguntó el maestro Roberto.

—La reacción en cadena: una fuga arrastra otra, aun cuando acabe mal...

La señorita Francisca se estremeció al oír formular el pensamiento que desde aquella mañana la obsesionaba.

El señor Provins encendió una vez más su gastado cigarrillo.

—Ya aparecerá su niño, Francisca —le dijo a media voz.

—Yo debía haber...

—¡Nada de eso! Todas las puertas deben seguir abiertas, es de reglamento. Si hay aquí algún responsable soy yo, por haber implantado esa regla, no usted.

—¡Mi niño, el más débil... y la noche más fría! —murmuró ella, volviendo la cabeza con gesto estremecido y brusco.

—¡Ya no estará a la intemperie, Francisca! —dijo Mamy con dulzura—. Aparecerá en una sala de espera, en un café...

—Ahora es ya cosa de los gendarmes.

—¿No vinieron todavía? —preguntó aturdidamente el maestro Roberto.

—¡Ni vendrán! ¡Ni al centro por causa de los niños, ni al pueblo por causa de los chismes! Colmillo Blanco y yo les hemos informado esta mañana; pero también nosotros hemos de hacer investigaciones —añadió el señor Provins, encendiendo su mechero—. ¡Venga usted, Francisca!

Silencioso y malhumorado, parecía un detective de novela; y sus anchos zapatos y las ligeras huellas de la señorita Francisca marcaban en la nieve uno al lado del otro el camino de las pesquisas: del dormitorio a la huerta, a la clase, a la sala de proyecciones, a casa de Clemenceau...

Alain Robert ya había llevado la noticia.

—¿Qué me cuentas?

El viejo se sentó con trabajo; le temblaban los bigotes. Sin saber por qué, el muchacho cogió entre las suyas su gruesa mano salpicada de manchas: ¡completamente fría!

—¡Pero, Clemenceau, ya lo encontrarán!

—¡Sí! —respondió el viejo con voz extraña—. ¡Los guardias!

¡Iba a llorar! Alain Robert estaba seguro de ello y, dominado por una especie de pánico, huyó... Encontró en el camino al señor Provins y a la señorita.

—¡Buenos días, querido! Eras tú... Quiero decir, ¿eres tú el mejor amigo de Alberto Pablo?

—¿De quién?

—De Olaf —concretó la señorita.

—Creo que sí.

—¿Tienes alguna idea de las razones que...?

—¡No! —interrumpió el muchacho.

El señor Provins le colocó sobre el hombro su pesada mano.

—¡Yo no soy un policía, ya lo sabes! Y tu compañero es un poco hijo mío. Por lo tanto, es necesario que me ayudes. Si pudiéramos encontrarlo antes que la policía... —Clavó su mirada recta en aquellos ojos negros que no pestañeaban, hasta que los sintió amigos—. Ayer noche, después del cine, ¿no te dijo nada Alber... Olaf?

—Éste no estaba en el cine con los demás —respondió la señorita Francisca.

—Mala suerte —dijo lentamente el señor Provins—, muy mala suerte... —Y tiró el cigarrillo, que se perdió entre la nieve. Alain Robert se alejaba ya—. Continúa reflexionando —le gritó— y si se te ocurre la menor idea... ¡Estoy más preocupado yo que tú! —añadió con dureza.

El muchacho recibió esta frase como una bofetada.

Cuando Clemenceau vio entrar en su casa al señor Provins se quitó la polvorienta boina, la puso en la mesa y dijo con voz sorda:

—Precisamente quería verle a usted, señor Provins. Tengo el honor de pedirle autorización para adoptar al pequeño Alberto Pablo. Tengo derecho, ¿no es verdad? —dijo con precipitación.

—¡Seguramente —refunfuñó el señor Provins—; pero no es éste el momento, querido!

Miró los ojos excesivamente brillantes, los bigotes que temblaban de emoción y la gruesa mano que tamborileaba en la mesa: aquel niño de cincuenta y cinco años que hacía esfuerzos para mostrarse sereno.

—¡Seguramente! —repitió—. ¡Pero ahora hay que encontrar pronto a su hijo!

Llamaron a la puerta y Alain Robert entró muy colorado.

—Querría decirle a usted... ¡Quizá no sirva de nada!

—Dilo.

—Pues bien, ayer por la tarde era la primera vez que Olaf iba al cine...

—¿La primera vez en su vida?

—En su vida.

—¡Gracias, querido! —dijo el señor Provins, después de un instante.

A las once telefoneó la brigada. No había rastro del niño hasta Melun, pero pudiera haber continuado a París en algún camión; se informó a la policía.

—¿De modo que en toda esta región...?

—En toda esta región, no hay nada que hacer.

Un poco antes del mediodía el señor Provins vio llegar a Clemenceau con zapatos, capa y bastón en la mano.

—Señor Provins: ¿tienen los guardias perros policías?

—Aquí no, pero en Melun, seguramente. ¿Por qué?

—Si pudieran facilitarnos una pareja...

—Pero...

Ningún «pero» convenció al viejo. Hubo que telefonar, ir a buscar a los perros y traerlos.

—¡Si es para seguir la pista al niño, es inútil! Se olvida usted de la nieve... ¡Y además no disponemos de ningún objeto personal que puedan olfatear!

Olaf se lo había llevado todo, todo, es decir nada: lo que poseía...

—Tengo en mi casa un chaleco de abrigo que le prestaba cuando acababa de trabajar en el jardín —dijo el viejo poniéndose colorado—. ¡Déjeme usted probar! ¿Qué cosa mejor pueden hacer esos perros?

Y nosotros, ¿qué cosa mejor podemos hacer? Marcharon los cuatro: el policía de los perros, el señor Provins, Colmillo Blanco y el viejo, que iba a la cabeza y golpeaba las zarzas con su garrote. La nieve comenzó a caer de nuevo, indiferente. Clemenceau bajo su capucha semejaba un bonachón Papá Noel. A los perros, entumecidos por el frío, les obligaba a olfatear la lana agujereada; echaban a correr y volvían pronto, con las orejas gachas. Clemenceau murmuraba palabras incomprensibles; pero poco a poco, olvidando la presencia de los otros, a quienes la ansiedad volvía silenciosos, se puso a hablar en alta voz y después a gritar: «¡Hijo...! ¡Hijo!, ¿dónde estás? ¡Contéstame, pequeño mío...! Soy yo, tu padre, el que te busca... ¡Estoy aquí, pequeño, estoy aquí!».

Sus gritos resonaban de un modo ridículo en aquella selva dormida. A veces caía pausadamente de una rama un montón de nieve; era la única respuesta a su queja y parecía insultante; como si los árboles escupiesen sobre aquel paseante inesperado. Un inmenso cementerio, un museo recubierto de fundas blancas, una trampa disimulada... Cuando Clemenceau callaba, sólo se oía el jadeo de los perros. El policía miró a su reloj: más de una hora perdida ya.

—Tengo mucho miedo... —comenzó; pero Colmillo Blanco le hizo seña para que callara.

Diez pasos más lejos, el viejo reanudaba su cantinela: «¡Contéstame, hijo...! ¡Eh, eh, hijo!».

Se acercaba a la charca. Colmillo Blanco y el señor Provins tuvieron el mismo pensamiento y sus miradas se cruzaron: «Hubiera sido mejor que la charca estuviese helada...». Emergían de ella ramas secas semejantes a brazos implorando socorro. «¡Hijo mío! —gritó Clemenceau—. ¡Mi pequeño!».

Y de pronto los dos perros ladraron como bestias heridas. Se les vio lanzarse a un bosquecillo, hacer saltar la nieve, escarbar el suelo con sus garras, volver a salir gruñendo siempre y hundirse de nuevo. El viejo y Colmillo Blanco se precipitaron tras ellos y apartaron ramas bajas que les azotaban la cara. «¡Tunante! ¡Tarasconés! ¡Aquí!».

El policía volvía a llamar en vano a sus animales. Llegados antes que los hombres, resoplaban con horror e impaciencia sobre una masa de tela oscura rígida, y como una mancha amoratada en forma de rostro que era el de Olaf. Colmillo Blanco quiso cogerlo.

—¡No! ¡Yo! —ordenó el viejo, y llevó en brazos el cuerpo.

Arrancó de su oreja un algodón que llevaba allí hacía meses y puso el oído junto al cuerpo helado.

La angustia y el frío le habían dado una faz de piedra; pero los otros vieron rejuvenecerse de repente aquel rostro, lo menos en veinte años: la alegría, una alegría sobrehumana que no había sentido nunca, que no sentiría nunca más...

—¡Está vivo! —gritó—. ¡Está vivo!

Sin esperar a nadie echó a andar a grandes zancadas, con su fardo apretado contra el calor de su cuerpo. Los perros, atraillados, gemían y jadeaban... «¡Tarasconés, vamos! ¡Tunante!». Ya no nevaba y el bosque había perdido su misterio: ya sólo era una selva de invierno desnuda, desierta, abandonada. Colmillo Blanco y el señor Provins, con el corazón ardiente, veían caminar delante de ellos a Papá Noel con su pesado paquete. Y Papá Noel oía latir un corazón que no sabía si era el suyo. Un momento creyó ver a Olaf abrir los ojos y sonreír. Inclino sobre él su gruesa cabeza y le parecía oír murmurar una palabra incomprensible, algo como «Tarzán».

Todo el daño que el frío y el terror y la fatiga pueden producir en un cuerpo humano lo sufrió Olaf: neumonía doble, crisis nerviosa, trastornos circulatorios. Sondas, inyecciones, transfusiones: todo lo que la medicina puede proporcionar se le hizo: y después hubo que esperar. Los médicos del hospital no se atrevían a opinar, al menos en voz alta. Clemenceau se instaló al pie de la gran cama blanca, sin hablar palabra, y no se apartó de ella. Por la noche se desataba los zapatos, se desabrochaba su chaleco de terciopelo y se permitía estirar las piernas. Su famosa «barba de tres días» se convirtió en barba de cuatro, de cinco días. Había cerrado su casa y confiado el corral a Globo Cautivo y a algunos otros. El jardín, bajo la nieve, tenía aquellos días menos necesidad de él que el niño que estaba en cama...

Cuando Olaf recobró por completo el conocimiento mostró una expresión de espanto al ver aquella sábana: ¿creía volver a sufrir el suplicio de la nieve? Después vio al viejo: entonces su rostro expresó decepción y desespero absolutos: ¿A qué otra persona esperaría?, se preguntó Clemenceau, que con aquello apuró también el cáliz de la amargura.

Con palabras breves y ardientes el niño le contó su aventura maravillosa: el bosque familiar, los animales acogedores... Era la *Ilíada* y la *Odisea*. El viejo asentía; el viejo admiraba. Guardaría siempre para él solo la verdad, el relato de la primera noche: cuando el niño, en su delirio, revivía su lamentable epopeya. El cuerpo helado, el agua que se infiltra en el calzado, los pies

ateridos y luego inservibles, la nieve que extravía y ciega; el deseo de volver; pero ¿cómo encontrar el camino? Las orejas hinchadas de frío, tiesas en las tinieblas... El terror de los lobos, de los buitres, de los bandidos... La caída cerca de la charca, y la imposibilidad de volver a levantarse...

De modo que el calvario del muchachito que creía en Tarzán no lo conocería nadie más que el único habitante de Terneray que no conocía a Tarzán ni podía comprenderlo...

El médico autorizó las visitas a condición de que fueran silenciosas: era el único medio de relevar al viejo en su velar permanente...

La señorita Francisca acudió también; Alain Robert consiguió permiso para acompañarla. Al entrar en el cuarto sofocante, cruzaron sus miradas —prohibido hablar— poniendo en este silencioso intercambio toda la piedad, la curiosidad, la reprobación y la esperanza que abrigaban desde días antes. Al fin habían peinado al pequeño Olaf, y entre toda aquella blancura: cuarto, sábanas y cara, sus ojos, que habitualmente ocultaba un obstinado mechón, parecían de un azul desconocido. La señorita Francisca sentía ganas de llorar, de rezar y de estar sola para pensar mejor en aquel niño suyo extraviado.

—Tengo que hacer compras en la ciudad —susurró al oído de Alain Robert—. Tú quédate aquí, ¡pero ni una palabra!

—Yo velaré —murmuró Clemenceau.

Pero viéndose por fin relevado se durmió enseguida.

De puntillas el muchacho se acercó a Olaf, que estaba encogido como un camarón en la desmesurada cama. Se sentía intimidado.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Acércate más —dijo Olaf con cierto despecho—, ¡no soy contagioso!

Sus respiraciones eran cortas, como cuando se le da al fuelle para reavivar el fuego, y hacía el mismo ruido: era ardiente la atmósfera a su alrededor.

—¿Sabes? Casi estuve en la agonía. ¡Díselo a los demás!

—Y eso, ¿qué es?

—Cinco minutos antes de morir.

Alain Robert le tuvo envidia. Lo miró con curiosidad y desconfianza. No se saciaba de aquel compañero desconocido: sus ojos brillantes y las manchas oscuras que los cercaban, sus labios morados; aquella boca que los movimientos nerviosos contraían sin cesar como un freno invisible.

—Mira —prosiguió el niño.

Entreabrió su camisa de tela gastada y enseñó su pecho totalmente enrojecido.

—¡Sangre! —exclamó Alain Robert.

—¡Chist...! ¿Se lo dirás a los otros? —Sabía muy bien que era mercromina.

—¿Por qué te escapaste al campo?

—La libertad... La libertad... ¡Tú no sabes...!

—¿Cómo era?

—¡Oh...!

Pareció caer en éxtasis. Pero un acceso de tos lo cogió como un zarpazo, lo sacudió, lo trituró en sus garras. «¡Vas a escupir sangre!», pensó Alain Robert. Pero el pequeño se ocultó de repente bajo los cobertores para no despertar a Clemenceau, que se removía, saliendo lentamente del fondo de su sueño. Alain Robert, con las cejas fruncidas, observaba a Olaf invisible: aquella masa blanca que se convulsionaba; aquel profundo tumulto: el Kilimanjaro en erupción...

El muchachito volvió a aparecer al fin, muy encarnado.

—Cuando vuelvas allá... —comenzó el otro.

—¡Nunca! —atajó el pequeño, y su voz silbaba—. ¡Jamás volveré a Ternera y! ¡Ah!, ¡después de conocer la libertad...!

Tosió de nuevo; los ojos se le salían de las órbitas... Alain Robert sintió náuseas. Miró por la ventana y vio transeúntes por la calle. Uno de ellos miró un escaparate, dudó y entró en la tienda; otro se sentó en un banco y sacó del bolsillo un periódico; otro iba a cruzar también, pero cambió de parecer y volvió sobre sus pasos. La libertad... ¡Alain Robert hubiera querido romper el cristal! La libertad eran dos escolares que acababan de dejar su cartapacio al pie de un árbol y se perseguían con la esclavina flotando al viento... La libertad de los pájaros; ¡sólo le separaba de ella aquel cristal! Dentro de un momento iba a venir la señorita Francisca para volverse ambos a Ternera y. La verja y todas las puertas estaban abiertas en Ternera y, es cierto; pero el reloj no se pararía allí nunca... Allí, lo mismo que en casa de sus antiguos protectores, como en todas partes donde recordaba haber vivido, la verdadera prisión era el empleo del tiempo. Pero para aquellos dos muchachos de la calle, cuyos gritos le venían tan de lejos como la tos de Olaf, bajo las sábanas, el reloj se había parado. Iban a volver a casa de sus padres, sin campana, sin silbato, sin duchas los martes: la libertad... Como aquel otro chico que vio el día de su llegada a París, echado en la popa de una chalana. ¡Ah, cómo lo había odiado...! De nuevo apretó los puños nerviosamente dentro de sus mangas largas en exceso. Libertad...

—Acércate —murmuró Olaf—; voy a decirte un secreto de aquí...

Alain Robert entró en la zona de la fiebre: el aliento del niño le calentaba el rostro; percibía un pequeño estertor después de cada inspiración; aquello olía a éter.

—¡En este hospital tienen un perro encerrado y hacen ensayos con él...!  
¡Lo oigo gritar!

—¿Gritar? ¿Qué le hacen?

—Injertos.

Ni uno ni otro sabía lo que era; cambiaron una mirada de horror.

—Hay que ponerlo en libertad —dijo Alain Robert—. ¿Dónde está?

—Creo que... ¡Espera!

Le explicó sala por sala un itinerario complicado. El otro fruncía las cejas y abría la boca para recordar mejor.

—Si la señorita vuelve antes que yo, le dices que estoy en el retrete —ordenó; y se fue en busca del perro mártir.

En el umbral de la primera sala veinte miradas sin brillo se fijaron en él. No, sólo diecinueve, porque uno de los enfermos tenía la cabeza cubierta con la sábana. «¡Está muerto —pensó el muchacho—, de seguro que está muerto...!»; y anduvo de puntillas al pasar cerca del lecho; pero no se atrevió a hacer la señal de la cruz, porque los otros lo miraban en silencio. Cuando llegó a la otra puerta, el último enfermo dio un gran grito, salieron de debajo de la sábana dos brazos esqueléticos y acometió la caza de un gato negro que se había enroscado en sus ropas. El gato lo miró sin cólera, se estiró, bostezó y se alejó a pasos lentos.

—¡Lléveselo usted! —gritó el enfermo a la enfermera que se acercaba—. ¡Pronto, pronto, lléveselo usted!

—Vamos, cálmate —dijo ella, arreglando la cama—. Ese animal no te ha hecho ningún daño.

—¿Ningún daño? ¿Y el trece...? ¿Y el diecisiete? Cada vez que se acuesta en una cama es seguro que...

—¡Qué tontería!

—¿Qué sucede? —se atrevió a preguntar Alain Robert.

—Le llaman «el gato de los moribundos» —le respondió ella en voz baja—. Se les ha metido en la cabeza que ese pobre animal presiente la muerte de los enfermos, y que cada vez que... Pero ¿qué buscas aquí, pequeño?

—La... la sala siguiente —dijo él muy deprisa, empujando la puerta. «Al menos no me sigue... Bueno». Aquella sala la atravesó deprisa sin mirar a nadie. Bajó una escalera y siguió a lo largo de un pasillo oscuro. Le parecía

penetrar en otro dominio: después del dolor, el silencio... ¿Qué significaba aquello? ¿Qué es lo que se encuentra en el fondo de un hospital...?

El corredor recibía luz, por la izquierda, de una puerta vidriera. Maquinalmente echó allí una mirada y se detuvo cortado: allí estaba el perro, enteramente solo, acostado sobre una manta al pie de un radiador. Había olfateado al recién venido antes de verle «y tenía miedo»...

Se parecía algo al perro extraviado que Alain Robert encontró una mañana cerca del Palacio de Justicia; blanco con manchas rojizas, pero no era de raza. El muchacho vio en primer lugar dos inmensas cicatrices en su espalda; luego el rabo apretado entre las piernas encorvadas y temblonas; su mirada fija de loco, sus orejas caídas. Entonces sonrió, él, que jamás sonreía, y vio cómo se sosegaba la mirada del perro; se enderezaron sus orejas y movió la cola suavemente. El animal se acercó a la puerta con trabajo; se puso de pie ante ella y apoyó la ancha nariz contra el cristal que se empañaba. Alain Robert pegó allí sus labios y lo besó repetidamente. El perro, entonces, se puso a ladrar a la vez alegre y lastimero.

—¡Cállate! —ordenó Alain Robert en voz baja. El otro no oyó pero obedeció—. Volveré —añadió el muchacho—. Volveré y... ¡ya verás!

Por una puerta vidriera la prisión del perro daba sobre un patio que tenía salida a la calle. «No hay cerradura, la puerta no tiene cerradura y el cerrojo no está corrido... Es natural: ¡los perros no corren los cerrojos! Para llegar al patio y a la calle, basta pasar por la puerta del extremo del pasillo. ¿Qué hay escrito allí? *Morque*... ¡No! *Morgue*... No lo olvidaré...».

Sonrió otra vez al perro: «Volveré», y subió rápidamente hasta la habitación de Olaf. Clemenceau seguía dormitando, pero Alain Robert se paró, cortado, en el umbral: el gato negro se había acostado en el lecho... Quiso echarle.

—¿Por qué? ¡Déjalo...! ¿Y el perro?

—Cuando vuelva la señorita Francisca...

—¡Aquí está...!

—Pídele que vuelva yo a venir —añadió el muchacho en un susurro.

No pronunciaron ni una palabra en el autocar que les llevaba a Ternera. La joven respetaba un silencio que creía producido por los mismos sentimientos que los suyos: una palabra, una sola palabra hubiera bastado para hacer correr sus lágrimas. Sin embargo, cuando llegaron...

—Señorita —preguntó de repente el chico—, ¿qué quiere decir «morgue»...? Pero... ¿qué tiene usted? ¿He dicho algo malo?

—Nada —respondió ella con voz alterada—. «Morgue» es el lugar... «Morgue» quiere decir orgullo —rectificó rápidamente.

—Debe significar también otra cosa; dígamelo usted, señorita...

—El lugar donde depositan a los que acaban de morir —dijo ella lentamente mirando a otro lado.

En el fondo del jardín de Ternera y había una verja baja que daba al bosque. Un brote de glicinia surgió en otro tiempo entre los barrotes de aquella verja. Ahora la vieja y fuerte glicinia había arrancado de quicio la verja y la sostenía, mohosa sobre el suelo, encima de sus ramas. No le importaba a Alain Robert: su determinación había tomado cuerpo, lo llenaba por completo y era toda su vida. Desde luego, escuchaba las lecciones de Tomahawk y las «explicaciones» de Búfalo; pedía prestada la pipa a Taka, devolvía a Radar su saludo militar, oía la armónica de Terciopelo, evitaba tropezarse con el Caíd: nada parecía haber cambiado. Pero una sola palabra daba vueltas en su cabeza: libertad; y cada mañana era su primer pensamiento: el perro del hospital... Durante dos días pensó en si debía hacer partícipe de sus reflexiones a Marco. Lo que le contenía era el temor inconfesado de que aquel chico mayor se burlase de él o lo disuadiese de marcharse. «¿Encontrar a tus padres por medio de las fajas de periódico? ¡Qué cosas dices...!» Pero esto no se atrevía a plantearlo: de modo que se sintió aliviado al encontrar este otro pretexto: «Si le hablo de esto a Marco, querrá marcharse conmigo porque es amigo mío. ¡Y como los policías fueron los que le trajeron a Ternera y, se expone a ir a la cárcel!». En cambio, para él todo tendría arreglo: una vez con sus padres, no tendría que dar cuenta a nadie. La libertad... La única etapa de su plan que no quería imaginar era la morgue y la única persona en quien evitaba pensar era en la señorita Francisca. De noche fingía dormir cuando pasaba cerca de su lecho, y cuando le besaba en la sien le daban ganas de pegarle. ¿Qué diría su madre al verle aceptar así el afecto de una extraña...? ¿Cómo, besarlo como a hijo propio, cuando ella pensaba marcharse de Ternera y y abandonarlo!; ¡la misma señorita lo había dicho...!

—¡Te haces el dormido, ya lo sé!

—¡Si eso me agrada...!

—¡No quieres que te bese!

—¡Para qué besarme!

—¡Porque te quiero mucho!

—¿Con *qué derecho*?

La señorita Francisca se enderezó bruscamente.

—¡Buenas noches a todos!

Los cinco últimos niños de la fila se sentaron en la cama: «¡Eh, señorita...! ¡Nos olvida usted!».

Ella no respondió, ni siquiera a Colombo el negrito, que la llamaba con voz trágica.

—¡Eñoíta! ¡Eñoíta!

—¡Silencio...! ¡Apago...!

Entró en su cuarto, justamente a tiempo de ocultar la cara en las manos y las manos tras de sus cabellos caídos. «No puedo más... Son demasiado duros, demasiado duros... El doctor tiene razón: ¡no tomarles demasiado apego...! ¡El más pequeño en el hospital...! ¡Y ahora Alain Robert! “¿Con qué derecho?”. ¡Oh, y en qué tono me lo dijo...! ¿Se lo contaré a Colmillo Blanco? ¿A Mamy...? ¿Para qué? No, no puedo más, no puedo más...».

Si hubiese abierto la puerta habría encontrado tras de ella a Alain Robert indeciso, desdichado, dispuesto a pedir perdón, a revelar su plan, a renunciar a él... Pero si él mismo un instante más tarde hubiera empujado aquella puerta, habría hallado a la joven dispuesta a escribir una carta decisiva a aquel de quien en cada correo recibía un sobre azul.

El trayecto le pareció muy largo a la señorita Francisca, pero resultó corto para Alain Robert. Sin cesar recordaba los objetos indispensables de que estaban llenos sus bolsillos: bramante, azúcar, el frasquito de perfume... y sobre todo, en el bolsillo próximo al corazón, las seis fajas de papel escritas de mano de sus padres. ¡Se ahogaba en aquel coche! Ciertamente que, a la manera de los mendigos, se había embutido todas las prendas de ropa que poseía. Proyectaba en su espíritu una vez más la película de su evasión: «El cuarto..., las dos salas..., la escalera..., la... ¡Sí! La morgue..., el patio...».

—¿Qué estás murmurando?

En su entusiasmo, él hablaba casi en voz alta.

—¿Yo? ¡Nada en absoluto!

Se volvió del otro lado. Ella creyó que se enfurruñaba de nuevo. «Tendré una explicación con él esta noche —decidió—. ¡Vaya!, no hace aún ocho días leíamos juntos *El Principito*, y ahora... ¡Pues bien, no transijo! Esta noche sabré...».

En efecto, aquella misma noche sabría...

Encontraron a Olaf aún más enclenque, más distante, y a Clemenceau más viejo. El gráfico de temperaturas, al pie de la cama, parecía una cadena de picos más escarpados de día en día.

—Yo creo que eso es bueno —decía Clemenceau—; prueba que lucha contra el mal. ¿No lo cree usted?

—Sí, sí, seguramente —dijo la señorita con voz un poco opaca.

Besó al niño, que tenía los ojos brillantes (los suyos brillaban también...); luego salió como la vez anterior y el viejo se quedó dormido. Alain Robert apretó la mano de Olaf, pero la soltó enseguida: le quemaba.

—¿Les has contado mi historia a los compañeros?

—¡Claro! Mira —hurgó en un bolsillo—, te traigo el bramante que te gusta para hacer nudos...

—¡Oh!, gracias... ¿Sabes?; ayer estuvo ladrando todo el día: debieron de hacerle daño...

—Bueno, hasta la vista.

—Pero cuando la señorita...

—Te harás el dormido.

—Bueno. ¡Espera...! —Sacó de debajo de la almohada la botellita de agua de la que nunca se separaba y la deslizó, tibia, en las manos de Alain Robert—. Puedes necesitarla... ¡Sí, sí, nunca se sabe...! Rebuscó en el fondo y sacó un grueso fajo de billetes de cien francos, tan nuevos que parecían falsos.

—Pero...

—¡Cógelos! ¡Me los dio el abuelo!

—Bueno. Vamos. ¡Adiós, Olaf!

Las dos salas, la escalera, el corredor...

El perro permanecía junto a la puerta, agitando la cola: lloraban sus ojos y una gran sonrisa ingenua le hendía la boca. Pero Alain Robert no lo miraba: tenía los ojos fijos en la puerta *Morgue*... «Un lugar donde depositan a los que acaban de morir...». No había cesado de pensar en esto, ni de temer este instante. Y si precisamente ahora acabasen de dejar un muerto... ¿Cómo es un muerto? ¿Es cierto que no se mueven? ¿Parece que abren la boca...? ¿Que algunas veces no quieren cerrarse sus ojos? ¿Que los gusanos...? Sí, los gusanos... ¡Sería tan sencillo desandar el camino, esperar a la señorita Francisca, volver a Ternera! A aquella misma hora los demás estarían jugando al fútbol, allá... ¡Nada!, ¡nada le obligaba a entrar en un lugar donde ponen a los muertos!

Pero el perro ladró de impaciencia o de dolor; el muchacho, volviendo hacia él los ojos, vio en su costado una nueva cicatriz más larga que las otras y completamente roja. Alain Robert apretó los puños: «¡Cochinos...! ¡Pero eres tú —se dijo—, tú eres el último de los cochinos! ¡Vamos, adelante!». Su

corazón comenzó a latir tan fuerte, que le dieron náuseas: su decisión estaba tomada. Con una mano que ya no era la suya, empujó la puerta de la morgue; se atrevió a mirar: el cuarto estaba vacío. Sin embargo, un olor extraño, como una presencia... Lo atravesó corriendo. El aire del patio le pareció delicioso...

El perro lo esperaba en la otra puerta... Alain Robert sacó una cuerda del bolsillo, la ató al collar del animal, que le olfateó de arriba abajo meticulosamente. ¡Bueno!, ahora el perro ya no lo olvidaría. El muchacho le habló al oído: «Sí, querido..., sí, querido..., los dos, ya verás...». Tres pases de lengua por la cara, después las manos y luego las rodillas. «¡No perdamos tiempo...!» La doble puerta de hierro que daba a la calle se abría sin esfuerzo desde el interior; un instante más, y el chico y su perro, uno junto al otro, penetraban en un mundo distinto: el de la libertad...

A la salida de Melun, Alain Robert se detuvo ante un restaurante de transportistas al borde de la carretera donde había cuatro camiones. A los dos primeros chóferes que salieron no les habló: sus rostros, sus rostros... ¡En una palabra, no les habló! Pero cuando el tercero, de pelo gris, se acercó a su camión:

—¿Podría usted llevarnos a París, a mi perro y a mí?

El otro miró a Alain Robert como un niño mira a otro; aquel momento le pareció muy largo.

—¡Sube!

El viejo no le hizo ninguna pregunta. A veces canturreaba bastante mal y siempre la misma música. Cuando se cruzaban con otro coche su cara se animaba y sus gruesos dedos oprimían la bocina: «tac tagadá tac»... «Tac tagadá tac», respondía el otro; el perro movía la cola y lamía la mano del niño. Toda la fraternidad de los pobres estaba contenida en aquella señal absurda, en aquella alegría sin motivo, sobre todo en su silencio... El señor Provins, cuando lo condujo a Terneray, ¡tampoco le había hecho ninguna pregunta! ¡Terneray...! Alain Robert dio tal suspiro que el viejo, sin quitar los ojos de la carretera, le preguntó:

—Dime, chaval: ¿no vas a hacer una tontería?

—¡Voy a buscar a mis padres!

—En ese caso tienes más suerte que yo —respondió después de un rato—; ¡yo nunca tuve padres!

Más tarde, el muchacho preguntó qué transportaba el camión y de dónde venía: de Marsella; aceite y jabón. ¡Toma! ¿Entonces era cierto lo que

Tomahawk les enseñaba? Jabón y aceite en Marsella: Alain Robert creía que eso no se encontraba más que en los libros de la escuela...

Llegaron a París.

—Voy primero al garaje —dijo el hombre de pelo gris—. Si alguna vez me necesitas, podrás encontrarme aquí: mi nombre es Grancher.

Salieron entumecidos del abrigo de la cabina. Se dieron la mano como hombres; el niño tenía prisa por romper este último lazo con Terneray y miedo de dejar al único amigo que aquí le quedaba. Se volvió otra vez; el otro lo miraba también y le hizo una seña amistosa con sus gruesos dedos. «¡Quizá me envidia porque voy en busca de mis padres! En busca de mis padres...». Estas últimas palabras no se hubiera atrevido a pronunciarlas en voz alta.

Y helos aquí, amo y perro, en una calle de París como otras seis mil que allí existen; pero esto no lo sabe el muchacho; mira cada cosa, cada transeúnte, cada rostro. Todavía cree que va a realizarse un prodigio: que a la vuelta de esta calle, una mujer muy hermosa, un hombre muy fuerte van a reconocerlo y a cogerle en brazos. Espera y teme ese instante que va a cortar en dos su vida: antes, después... ¡Pero no! Según sus deducciones, es en otro barrio donde sus padres se estarán paseando en aquel preciso momento. ¿Irá hacia allá? ¡No, no, mañana! Siempre se imaginó por separado su fuga, y después sus investigaciones. Pasó todo tan rápidamente desde Terneray, tan precipitado... ¡Bastaba por hoy! Mañana, mañana... Pero ya viene la noche y con ella los compañeros habituales de los chicos vagabundos: ¡la desesperación, la soledad, la certidumbre de fracasar en todo...! ¡Mañana...! ¡Oh, qué bueno sería esconderse bajo la sábana!; oír a lo lejos, calentito, la armónica de Terciopelo, los estribillos favoritos de Marco y de Husson; sentir en la mejilla los cabellos de la señorita... Aparta tal pensamiento. Con los ojos fijos sigue mirando en la oscuridad a los transeúntes, cada vez más apurados para regresar al hogar...

Aquí los tenemos, amo y perro, nada habituados al paso lento, caminando por esos hormigueros que son las calles, entre esas colmenas que son las casas. Está ya harto de fachadas, harto de caras. No sabe que la mayor parte de aquellos transeúntes son indiferentes unos a otros; le parece que a un lado está París entero y al otro él, completamente solo... ¡Del todo solo no! Su perro le sigue, o más bien le acompaña: tres pasos por cada dos, exactamente. Aquel perro cuyo nombre no conoce... Probó todos los que sabía: Black, Tom, Bobby... (ocho o diez en total), sin resultado. Entonces inventó algunos: Compañero, Astrea, Chivo... El otro creía que el muchacho le hablaba y aprobaba indistintamente cada nombre con un movimiento del rabo.

Cada vez que lo miraba Alain Robert cruzaba con él su mirada leal, pero inquieta: su mirada de soldado. «Sí, querido...». El animal gime de vez en cuando. Hace poco, en el camión, una de las patas se le puso completamente rígida y después se había puesto a temblar. «¡Quizá sea la “agonía”!», pensó el niño. Ahora, cada vez que el perro orinaba contra un árbol (y lo hacía con frecuencia) le daban convulsiones y se quejaba tanto, que los transeúntes se volvían, con menos piedad que temor. Cada vez Alain Robert pensaba con más rabia en el hospital: «¡Los muy cochinos!, ¡ah, los muy cochinos!». Pero «¿a lo mejor tendría hambre... o sed?», se pregunta, y entra en una tienda. Las salchichas delgadas y las patatas grasientas le parecen un regalo: ¡mostaza a gusto del consumidor! Por lo que hace al perro sin nombre devoró tres raciones: 370 francos... Alain Robert, con gesto sombrío, cuenta sus billetes nuevos: ¡esto marcha a gran velocidad...! Por suerte mañana..., mañana...

Aquí están, amo y perro, vagando por una gran avenida, entre cines deslumbrantes. ¿Quién intenta buscarlos esta noche, entre esta multitud que no tiene fisonomía? Alain Robert piensa con altanería en la furia de los bribones del hospital: «¿Habéis dejado escapar a vuestro perro con todos sus “injertos”? ¡Voy a despediros!». Pero procura no pensar en Ternera y, en Colmillo Blanco, en Búfalo, en... en ella sobre todo.

Está sentado en un banco, precisamente frente al Moulin Rouge. Al cabo de un rato he aquí un tipo elegante y atildado que se instala junto a él, muy arrimado y deja resbalar su mano... Pero ¿qué le pasa? El muchachito no se atreve a moverse ni a levantarse.

—¿Vienes? —murmuró el individuo.

Pero ir... ¿adónde? ¿Qué es lo que...? Ahora la mano aquélla... El muchacho tira frenético de la cuerda del perro. El animal surge de pronto de su cobijo bajo el banco, ladra sordamente y se lanza sobre el tipo que apenas si tiene tiempo de levantarse y salir de estampida alejándose a grandes zancadas, mientras le grita al chico:

—Entonces, ¿qué narices venías a hacer aquí a estas horas?

—Rrr... rrr... —respondió el perro.

—¡Ven! —le dice al perro Alain Robert, desesperado—. ¡Vámonos enseguida!

Vuelven a emprender corriendo el camino, ¡el único que conocen! El Pulgarcito de París atraviesa de nuevo con los dientes apretados y las piernas flojas la innoble selva de París: sus ogros, sus lobos, sus tabernas... ¡Oh, Ternera y, Ternera y...! ¡Socorro, señorita, socorro...! ¡Eh!, ¿qué quieres que

haga por ti, niño? En aquel mismo instante vuelve llena de angustia y de remordimientos a la prisión de su cuarto... Sólo se acusa a sí misma, como todos los corazones nobles. Te ha perdonado; te llama —acaba de abrir su ventana—; te llama en la noche, tan desesperadamente como la llamas tú a ella: sin palabras. La mirada verde, la mirada negra se cruzan en el espacio... Los policías están informados; han recorrido el bosque en todas direcciones, recordando a Olaf; todas las estaciones y todos los puestos de policía están advertidos; cientos de hombres uniformados leen y releen estas señas: once años, pelo negro rizado, ropa muy larga... Te acechan; y ella te llama llorando: no puede hacer nada por ti.

Y yo os miro también porque os amo. Un niño de tantos, un perro de tantos, pero perdidos los dos. Os miro y tampoco puedo hacer nada por vosotros. No podemos hacer nada por vosotros. Somos inocentes; no hemos seducido, ni abandonado en el desespero a nadie. ¡No es culpa nuestra que haya niños y perros perdidos!; ¡muchachas encinta que se suicidan!; ¡padres que matan a sus niños a puntapiés! ¡No es culpa nuestra que haya cuchitriles, tabernas, paro forzoso y criaturas que roban y se prostituyen...!

Entonces, si no es «en absoluto» culpa vuestra, ¿por qué lo gritáis tan fuerte? Si sois «completamente» inocentes, ¿por qué no os deja dormir? Si no podéis hacer «absolutamente nada» en favor de este niño salvaje y de ese perro mártir, de todos esos niños abandonados que no son vuestros, ¿por qué no habéis cerrado ya este libro?

Alain Robert y su compañero se cuelan en el garaje, se deslizan en el camión, se tienden uno junto a otro y —el único bien que les queda— se duermen enseguida.

Al día siguiente por la mañana salieron por la ciudad casi tibia. El sol de marzo ya próximo había venido a dar un paseo por diciembre. Los hombres y los pájaros se dejaban conquistar por él, pero los árboles no. Al pasar junto al cristal de un escaparate, Alain Robert no se reconoció: sonreía. La Esperanza por primera vez en su vida, la Esperanza... Pensó que a aquella hora los compañeros estaban en clase, con la cara vuelta hacia el sol como las flores; mientras él se paraba ante una panadería, atravesaba la calle y elegía la tienda de enfrente: ¡simplemente para hacer ensayos de libertad! Después de comprar *croissants* (¡*croissants!*), se sentó en un banco para mejor... No, en París nunca es bueno sentarse en un banco. Para acicalarse se echó tres gotas de perfume, en la frente y detrás de cada oreja. Con los ojos entornados a causa del sol, Alain Robert pensaba: «Hoy encontraré a mis padres. Tengo un plan...». Y el otro Alain Robert (al que hubiese abofeteado si hablase alto)

añadía: «... Y si no lo consigo esta vez, me vuelvo a Terneray en otro camión. Colmillo Blanco me romperá la cara, ¡bueno!, pero la señorita acabará por perdonarme. Marco y yo adoptaremos al perro; y los otros compañeros...».

Se paró ante un plano de París en una salida del Metro. Sólo podía ir a pie por causa del perro: estudiaba su itinerario y lo anotaba a su manera.

—... *L'Aurore, Le Parisiën, L'Hum...!* «El perro escapado de Melun»...  
*L'Aurore!*

La frase del voceador de periódicos tardó mucho tiempo en llegar a él: la flecha voló durante mucho tiempo, pero se clavó de un golpe. Alain Robert palideció y tendió con mano temblorosa un billete nuevo al vendedor —(¿no tienes suelto?)—, y arrastró al perro por el portal más profundo, más oscuro: de repente volvió a ser invierno.

*Un perro de experimentación se escapó del laboratorio del hospital de Melun. Le habían injertado varios órganos, incluso un tercer riñón enfermo. ¿Quién encontrará a Caddy?*

Alain Robert se inclinó hacia el perro y murmuró: «¡Caddy!»...

El animal se estremeció de alegría, le saltó a la cara, se puso a lamerle las rodillas y las manos. Cuando iba a reanudar la lectura, vio caer una gota sobre el periódico y se preguntó... Era sudor de su frente.

La continuación del artículo lo reconfortó un poco: el periodista se indignaba de la crueldad de tales experimentos y esperaba que Caddy no volvería nunca al hospital.

—¡Caddy!

Sentado, con la cabeza inclinada y las orejas tiesas, el perro esperaba aquel nombre como un terrón de azúcar y lo recibió otra vez con ladridos de alegría.

—Caddy, ¿qué va a ser de nosotros?

El niño sólo veía ahora aquellas largas cicatrices en los costados del perro. Lo primero de todo ocultarlas, ocultarlas a cualquier precio.

Como el pescador que vigila su caña de pescar tendida, Alain Robert notó que Caddy tiraba de su cuerda hasta romperla; había visto un voluminoso compañero en la acera, un perro que daba una vuelta por su barrio parándose en todos los faroles como todas las mañanas seguramente desde hacía diez años. Un perro con la cara seria y contraída del que se jubiló de las grandes comidas y no está para bromas. Así, desde el primero de diciembre le embutían, para salir, en un jersey de punto color marrón que aún olía a naftalina... A Dios gracias su itinerario matinal pasaba cerca del portal en que Caddy y su amo le esperaban. Cuando volvieron a salir a la luz del sol, Caddy

estaba «vestido». Durante algún tiempo un gran perro desnudo se sofocó siguiéndoles; después se alejaron sus furiosos ladridos..., después nada... «¡Deprisa, deprisa ahora...!»». Subieron el bulevar, dieron vueltas por veinte calles cuyos nombres iba tachando el niño en su papel... Al fin llegaron.

—Caddy, te ato a esta verja. ¡No te muevas! ¡Nada de moverse...! ¡Nada de moverse...! —le gritó aún, antes de entrar en el portal.

## TARZÁN

### Redacción y Administración

#### 3.º derecha

Su corazón latía tan fuerte que tuvo que pararse en cada descansillo. «Entren sin llamar».

—¿Qué quiere usted?

Era el primero que no le tuteaba: aquel viejo calvo cuyos ojos le miraban a través de enormes cristales como dos animales presos bajo el hielo.

—Pues mire usted. Querría saber quién me manda su periódico. Tengo las fajas... Vea usted...

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa? ¡No son nuestras fajas de suscriptores!

—No entiendo.

—Comprarán el diario en un quiosco para mandárselo a usted. ¡Cualquiera sabe quién los habrá comprado...!

El muchacho frunció las cejas.

—Hay que saberlo —dijo con voz ronca—; ¡son mis padres!

—¡Entonces debe conocer usted su dirección!

—Yo... ¡Devuélvame las fajas...!

—¡Aquí las tiene usted, aquí las tiene usted!

Alain Robert hubiera querido cerrar la puerta de golpe, pero el botones se encargó de cerrarla despacio. «¡Qué viejo estúpido! Hubiera debido tirarle los lentes. ¡Cualquiera sabe...! ¡Qué gracioso...!»». La pleamar de la cólera ahogaba aún su desesperación; ésta no se presentó hasta la mitad de la escalera. El niño tuvo que agarrarse al pasamanos para no caer. Sin embargo, cuando volvió a encontrar a Caddy ladrando de soledad y tan desesperado como él, se le ocurrió una idea.

Calles..., calles..., calles. (Calculó, ¡oh Tomahawk!, el número de kilómetros recorridos desde por la mañana: esto le ocupó un buen rato...). «¡Aquí estamos, Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros,

pecadores...!»). De nuevo ató el perro a un farol antes de entrar en las oficinas de Correos. Escogió, detrás de la verja, la cara más atractiva. Hizo cola mucho tiempo:

—Señora, quisiera saber quién escribió estas señas... ¡Vea usted!

—Pero, muchacho, ¿cómo quieres que yo lo sepa?

Por lo visto, ése era el estribillo de París: «¿Cómo quieres que yo lo sepa?».

—Pues en Tern..., en fin, donde yo resido habitualmente, la empleada de Correos conoce muy bien las...

—¿Es un pueblo pequeño? ¡Naturalmente! ¡Mientras que aquí es imposible, imposible...! Escucha —añadió viéndole palidecer—, ¿tienes algún otro dato: un nombre, un apellido...?

—¿Han acabado ustedes? —dijo una voz detrás de ellos.

—¡Espere usted su turno! ¡Ya ve que estoy ocupada con el «señor»! — Esta frase calentó un poco el corazón del «señor»—. Consulta los anuarios allí, en el estante: busca en las calles del barrio... ¿Sabes manejar un anuario?

—Sí, señora. Muchas gracias, señora...

El estante era demasiado alto y los anuarios estaban sujetos con cadenas: el muchacho perdió toda esperanza. Por otra parte, llevaba consigo la interminable lista de los Roberts de París. Quizá marcando los que vivían en el barrio... Pero de pronto recordó el insulto del Caíd: «Alain Robert..., ¿cuál de los dos es el apellido, si puede saberse?». ¡No! Ni él lo sabía... ¿Y si fuese Alain? Logró coger el anuario, abrió por la página de los Alain: eran tan numerosos como los Robert...

Permaneció allí inmóvil sin darse cuenta del tiempo, extraño a cuantos le rodeaban: a todos aquellos empleados que escribían direcciones, a la gente que mostraba su documento de identidad, a los montones de paquetes de cartas, a los archivos con nombres, nombres...

Esta vez también fue Caddy quien le arrancó de su desierto. Lo oyó, no ladrar, sino «gritar». Se precipitó fuera: presa de convulsiones, el perro rodaba por el suelo y sus patas rígidas golpeaban el aire ridículamente. Algunos papanatas habían formado corro y lo miraban sin moverse: un niño se reía señalándolo con el dedo. El vientre del animal aparecía lamentable, rosado, acribillado: era imposible que todas aquellas gentes no adivinasen... Además, algunos llevaban un periódico en la mano, en el bolsillo... Durante un momento, Alain Robert pensó en huir solo... ¡Después, no! Rompió el círculo, desató a su compañero y se lo llevó en brazos, corriendo. Tenía la impresión de llevar un ascua, un ascua que se quejaba...

—Caddy —murmuró—, mi pobre Caddy... ¡Caddy!

No se atrevió a pensar: «¡Caddy va a morir!». Temía que el perro lo adivinase... Como los transeúntes lo miraban se puso a andar al paso. Cuando se va pobremente vestido vale más no correr: parece que se huye... Se arriesgó a sentarse en un banco, por amor a Caddy, y se dio cuenta de su cansancio en el momento en que se abandonó al descanso. Se quitó el abrigo, cubrió con él al perro y esperó, hablándole dulcemente. Al cabo de algunos minutos, una lengua tibia sobre su mejilla y una pata rugosa sobre su mano lo tranquilizaron. Puso a Caddy de pie; el animal resopló y le miró con ojos que significaban «¿Marchamos?». Inmediatamente se marcharon.

«Sufre —se decía el muchacho—; esto es lo único que importa. De un momento a otro puede comenzar la “agonía”. ¿Qué hacer por él? ¡Ya sé! —pensó de pronto—. El periodista que está contra los experimentos del hospital: tengo su dirección en el periódico que llevo en el bolsillo. ¡Y quizá me ayude también a encontrar a mis padres...!».

Esta vez no ató a Caddy, pero lo acostó al calor de su abrigo sobre una cuna de hojas secas en el fondo de un patio. Al anunciar que «era algo referente a Caddy» le mandaron subir inmediatamente por un ascensor, sofocado por la celeridad, a la cumbre del edificio. Atravesó oficinas donde todos hablaban a la vez y le seguían con los ojos, sin verle...

—¡Buenos días! ¿Sabes algo de Caddy?

Era una persona muy sonriente parecida a Colmillo Blanco, pero en rojo, y que fumaba una pipa igual. Alain Robert adquirió confianza.

—Sé dónde está.

—¡Cuenta!

El muchacho comenzó su relación: el asilo de Ternera, las fajas dirigidas a él, el hospital, el camión, el periódico, la oficina de Correos... El hombre corpulento lo escuchaba sin oírle (así como antes lo miraban sin verle). Además, en aquella oficina los teléfonos chirriaban, roncaban, crujían, tocaban el timbre a veces. El periodista descolgaba de mala gana el teléfono que tenía sobre la mesa: «¿Sí...? ¡Llama a Marín...! Sí... 200 líneas, ¡nada más...! ¿Sí...? Se corregirá eso...». Se volvía hacia el niño con un «perdona» amable y cansado. «Pero ¿y Caddy? —decía con frecuencia—. ¡Háblame más de Caddy!».

—Yo había pensado —dijo Alain Robert con la boca seca— que usted también podría ayudarme a encontrar a mis padres... —Después dobló la espalda en espera del «¿Cómo quieres que yo lo sepa?».

—¡No es ésa mi especialidad, querido mío! Además, ya lo sabes, hay muchos niños en tu caso.

—¿Que conocen la letra de sus padres? ¿Cree usted?

El teléfono sonó muy oportunamente, en el momento en que el periodista se encogía de hombros.

—Sí..., ¡bien, bien!; dentro de un momento: estoy con una historia... — Colgó, con desgana—. ¡Vamos, no perdamos más tiempo, querido! ¿Dónde está Caddy?

—Pero ¿y mis padres?...

—Oye: sería preciso empezar por dirigirse a la policía... Me imagino que no tendrás intención de hacerlo...

—¡Por Caddy! —dijo Alain Robert, levantándose—. No irá usted a meter a la policía en el asunto.

—Pues... ¡creo que sí! Esto no es una perrera, ni un orfanato —dijo a media voz.

—¡Pero lo devolverán al hospital!

—Quizá sí...

—Pero en el periódico decía usted...

—Sí, sí —dijo el otro, hurgando en su pipa con un lápiz—; pero nuestro oficio no es ir contra la ley, ¿comprendes? Nosotros informamos al público; ¡allá el público!

—¿Quién es el público?

—¿Cómo? El público es... ¡la gente de la calle!

Alain Robert, en pie, muy pálido, tenía fijos los ojos en él sin parpadear.

—¿Y cómo va a impedir la gente de la calle que Caddy vuelva...?

El teléfono sonó de nuevo.

—¿Sí? ¡Está bien! ¡Voy enseguida...! Tú, querido, me esperas aquí... ¡Sólo un minuto!

Desapareció dejando abierta la puerta. El muchacho se deslizó por ella, atravesó las oficinas procurando no correr, bajó la escalera muy deprisa, se encontró en un sótano ensordecedor, se perdió entre las máquinas de la imprenta como un ratón en un desván desconocido y descubrió al fin una simple puerta vidriera, donde había un gran reloj y un hombre alto que leía el periódico. Desembocó en el mismo patio en que había depositado a Caddy. «¡Ven, pronto, querido!». Para borrar mejor su pista escogió sistemáticamente las calles más estrechas y breves: pronto se encontró de nuevo ante el edificio del periódico... Entonces intentó huir siempre en línea recta hacia delante y anduvo y anduvo durante dos horas larguísimas.

Al pasar por un puesto de vendedores ambulantes vio que los diarios de la noche hablaban de Caddy con letras enormes. Había que evitar el encuentro con vendedores de periódicos, con los agentes de policía, con los bancos... Felizmente había llegado la noche. El pequeño buscó el camino hacia el garaje de los transportistas.

—¡Eh, tú, niño! ¿Qué buscas?

—A Grancher.

—Marchó al mediodía para Marsella... ¿No oyes? ¡Vamos, quítate de ahí!

Volvió a irse extenuado, con la cabeza y el estómago vacíos. Cada vez pesaba más Caddy; se dejaba arrastrar. «¿Qué pasa, querido? —y lo miraba con aire de reproche—. ¡No se puede elegir, Caddy! ¡Mañana ya verás! Mañana...». No tenía más pensamiento que este obsesionante «Mañana..., mañana...». Y por instinto iba hacia donde hubiese más luz, más ruido y cada vez más gente. De avenida en avenida, siguiendo los anuncios, llegó a un parque de atracciones.

Penetró con alivio: ¡allí nadie los miraba!, y el tumulto apagaba las quejas de Caddy; ni él las oía ya... Atravesó como un sonámbulo aquella ciudad de tela pintada, de luz cruda, de gritos roncós... «¡El verdadero coche de Hitler...! ¡Aquí se rompe todo; diez francos la bola...! ¡La casa de todos! ¡Sensación, seguridad, comodidad...!, ¡derrivad el avión con la verdadera ametralladora...!, ¡el tren fantasma...! ¡El laberinto de cristal: distinto trayecto todas las noches...! ¡La voluptuosa Wanda...! ¡El palacio de música de las focas...! ¡Películas prohibidas para menores...! ¡Pachá, autor del accidente de 8 de marzo, trabaja en todas las sesiones...! ¡Entrad, entrad! ¡Venid a ver nuestras bellezas en los cuadros artísticos! ¡Con la célebre Rita de Panamá! ¡Vistas de arte y de realismo! ¡Entrad, entrad!»...

Rita de Panamá... El muchacho entra, se deja arrastrar de buena gana por la multitud. Una extraña emoción se apodera de él; sentía latir el corazón en su pecho; ésta era siempre para él la señal de la maravillosa aventura...

—¿Tienes ya dieciséis años? —dijo la dueña, evitando mirarle. Sin embargo, cuando le tendió un billete nuevo lo examinó con desconfianza.

Bajo la tienda mugrienta había que estar de pie; Alain Robert cogió a Caddy en los brazos, por temor a que lo pisoteasen los vecinos. Entre un codo y una boina, entre olor de sudor y de tabaco, vislumbraba una parte del tablado oculto todavía por una cortina entreabierta.

«¡Carne ardiente!», anunció una joven en peinador. El telón se deslizó sobre el alambre, chirriando: dos mujeres desnudas, groseramente maquilladas, se mantenían inmóviles en una posición que pareció inverosímil

al muchacho, pero que hizo reír a sus vecinos. Se cerró la cortina. «¡El Amor y sus víctimas!». Esta vez componían el «cuadro artístico» cuatro muchachas desnudas. Hipnotizado, olvidándose de tragar saliva, el niño miraba los muslos, los vientres, sobre todo los senos, que nunca había visto. Lo hubiera dado todo por tocarlos sólo una vez... «¡El Beso mortal!»... «¡Los invertidos con sus pasiones vergonzosas!»... A su alrededor los hombres se desternillaban de risa; las jóvenes, sobre el tablado, les echaban al retirarse una mirada a la vez humilde y despreciativa. Luego se abrió la cortina para que apareciera una mujer en camisa negra. Uno de los espectadores subió al escenario con la colilla de cigarro en la boca, y empezó a desnudarla. No se las componía bien para hacerlo. Y la misma joven guiaba sus movimientos con aire melancólico y dócil. Y de pronto Alain Robert observó que era rubia y que su peinado era igual al de la señorita Francisca... La camisa negra acababa de caer, descubriendo los senos, que temblaban a cada movimiento. El niño dio un grito ahogado y empujando con los codos se precipitó hacia la salida.

En el exterior una lluvia repentina y furiosa da esperanza al muchacho. Trastornados aún sus pensamientos, se entregó al aguacero con alivio, como si pudiese lavarlo de aquellas «Visiones de Arte»; como si las gotas, sobre sus mejillas, le evitasen darse cuenta de que lloraba de rabia, de asco, de remordimientos.

Redobló la lluvia limpiando la feria, orinando sobre los tiros al blanco, resbalando por las obras maestras de turrón de almendras, anegando los infiernillos de freír buñuelos. Los concurrentes marchaban en silencio, con el cuello levantado; los niños gritaban: «¡Esperadme!»; y los feriantes cerraban la tienda refunfuñando. Caddy empezó a temblar de frío; el muchacho lo metió bajo el abrigo y huyó a su vez. Pasó corriendo cerca del León de Cherburgo, solo entre sus relucientes pesas de gimnasta, en el centro de su borroso cuadrado de tiza. Levantaba hacia el cielo un puño con brazalete de cuero: «¡Buen tiempo para los atletas! ¡Ah, cochinos!». De pie contra un plátano cuyo tronco lloraba, el taciturno artista de las aceras veía el agua vandálica mutilar primero y borrar luego su catedral de Chartres, tan exactamente dibujada con lápices de colores.

Alain Robert se abrigó contra el escaparate de un café de los de «bocadillos a todas horas». El dueño salió para subir el toldo.

—¡Quiero un bocadillo grande para mi perro y... y nada para mí!

El cafetero frunció una sola ceja inclinando la cabeza. Alain Robert sacó entonces un billete nuevo y el otro cambió de fisonomía. «¡Los billetes

nuevos son los bombones de las personas mayores!», se dijo el niño. Sobre la empalizada próxima, a la luz de un farol, el anuncio de una brillantina representaba a una mujer rubia que se parecía un poco a la señorita Francisca. «¡Oh!, perdón, perdón...», murmuró el muchacho rebelde. La lluvia hacía llorar a la mujer rubia.

El aguacero cesó tan de repente como había venido, pero la feria, desierta ya, no volvió a encender sus fuentes luminosas. Solamente las discretas luces de los carricoches de feriantes y titiriteros se alineaban en el bulevar anegado. Rita de Panamá, el conductor del Tren Fantasma, el tigre Pachá y la Voluptuosa Wanda dormían ya quizá...

—¡Ven, Caddy!

Alain Robert siguió a lo largo de decoraciones desfiguradas; el perro se arrastraba entre cáscaras de castaña y de cacahuets, entre colillas y patatas fritas aplastadas. Llegado junto a una vagoneta (sensación, seguridad, comodidad), el niño, después de rápida mirada al desierto iluminado de la feria, trepó por el estribo, levantó la lona verde y amarilla que cubría la vagoneta y se deslizó con Caddy en aquel nido.

Allí fue donde el inspector Marcelo, de la Brigada Juvenil, lo descubrió a eso de las tres de la madrugada, profundamente dormido, con el perro apretado a él. Todas las noches, lo mismo que una granjera recorre los escondrijos donde van a poner sus gallinas, iba el inspector Marcelo de plaza pública a sala de espera para coger sus niños fugitivos, tan orgullosos de los refugios que encontraban. En cualquier sitio donde estuviera instalada, su recorrido acababa en la Feria.

Caddy no ladró; miraba con ojos vidriosos al hombre de la antorcha eléctrica y a aquel individuo alto y rojo que le acompañaba.

—Es Caddy —murmuró el periodista—. ¡Ya ve usted, mis informes eran buenos...! ¿No despierta usted al chico?

—Todavía no. ¡Pobre niño...! ¡Bricard!

—¡Sí, jefe!

—¡Avisé a los laceros para que se lleven al perro!

—¿Adónde lo llevan? —preguntó el periodista.

—Al depósito público. Pero confío en que no lo devolverán al hospital de Melun.

—¡En todo caso, no lo abandono!

—¿Y el niño? —preguntó desabridamente el inspector—, ¿no le interesa a usted saber lo que va a ser de él?

—El niño..., el niño... Esto no es una «noticia», ¿sabe usted?

—Muy bien. Pero si se suicidase esta noche en el calabozo, ¿le parecería una «noticia» al periodista?

—Desde luego. Avíseme usted si...

—¡Naturalmente! —dijo el otro, volviéndole la espalda.

## Capítulo octavo

### *El lado malo del mostrador*

Alain Robert no opuso resistencia alguna. Al contrario, se entregaba con alivio en manos de las personas mayores: la carrera había terminado. ¡Terminado, pero no perdido! Un día encontraría a sus padres; y además Caddy estaba salvado: lo cuidarían y «la gente de la calle» impediría que volviese a Melun. En cuanto a él, aquel coche azul lo conduciría a Terneray. ¡Ah!, cuando les contase todo a sus camaradas (¡es decir, casi todo!). «Entonces me dijo el director del gran periódico...».

Marco... Terciopelo... Taka... Radar... Volvía a ver sus rostros cada vez más esfumados, porque iba adormeciéndose en el fondo del coche de la policía entre el olor desagradable de las gabardinas de sus vecinos. Pero otro rostro lo sacó de su sueño dichoso. Primero no consiguió identificarlo: los del anuncio de brillantina, de Rita de Panamá, de la imagen de la Virgen, se borraban todos a la vez o por turno. Sin embargo, semejantes a faros a través de la niebla, los ojos verdes atravesaron al fin su espíritu brumoso. «Señorita, ¡oh señorita...!».

¿Cómo sostener aquella mirada después de haber pagado cien francos por ver desnudar a Rita de Panamá? Por lo demás, todo el mal venía de allí: a causa de aquella porquería lo habían cogido y no volvería a encontrar a sus padres. Caddy volvería a Melun y Olaf iba a morir. La señorita Francisca no le volvería a hablar y Marco se buscaría otro amigo. Porque ahora el niño abandonado hacía inventario de su naufragio con amargo orgullo: lo peor, solamente lo peor, era digno de él. ¡Ah, se iría a cualquier parte, menos a Terneray!

—Diga usted, ¿adónde me llevan?

—¿No duermes? —suspiró el inspector—. Pues bien, chico, es necesario que vayamos primero a la Policía Judicial. Pero ya sabes...

Temía una crisis de desesperación, pero el niño casi le sonrió: «¡Ah, bueno!»; y tranquilizado volvió a dormir. El inspector Marcelo lo miró con asombro; después miró la gruesa nuca del chófer y el perfil puro del niño: el buey y el cordero. Pensó una vez más que debiera haber escogido otro oficio.

Era un policía cristiano: tenía pocas probabilidades de éxito y ninguna de ser dichoso.

Con su mano fría y temblorosa en la gruesa mano caliente del inspector, Alain Robert, soñoliento, subió escaleras, recorrió pasillos, pasó por puertas oscuras; ¡nadie! Pero aquel desierto olía aún a hombre: papeles viejos, alientos mezclados. El inspector Marcelo sentó al niño en una silla.

—¡Primero enséñame lo que tienes en los bolsillos, muchacho!

El muchacho sacó el resto de su dinero, el frasco de perfume, el bramante, el azúcar...; pero el inspector, desconfiado, sólo miraba los billetes nuevos.

—Ahora, cuéntame tu historia...

Sin nombrar Terneray (con temor ahora de que le envasen allí) ni Melun, para no perjudicar a Caddy, ni el banco, ni el garaje, ni el «burdel», era difícil contar su historia. Alain Robert comenzó, luego mintió y al ver que se le conocía se quedó callado. El inspector Marcelo rodeaba con paciencia aquella ciudadela de silencio. «Pero antes me dijiste... Pero oye, querido, eso no es posible, puesto que...». Dos arrugas de adulto encuadraban ahora la boca apretada: dos centinelas...

Un individuo corpulento, cuyo aliento apestaba, entró en la oficina.

—Hola, Marcelo: esperaba que entraras para... Pero di... —La gruesa mano cogió el montón de billetes nuevos de sobre la mesa y los ojeó—. ¡Ven aquí un momento!

Y cuando estuvieron lo bastante lejos del niño, cuyo pelo rizado era lo único que sobresalía del respaldo de la silla, preguntó:

—¿Qué pudiste averiguar?

—Nada. Historias.

—¡No es de extrañar! Te hablaba de ese atraco a un banco en Compiègne... El Tribunal de allá me dio encargo de investigar en París; hay chiquillos complicados en el asunto...

—¿Los billetes?

—¡Claro!

—¿Quieres interrogarle? —preguntó lentamente el inspector Marcelo.

—¡No voy a vengarme!

Fue a instalarse frente al niño, que con las cejas fruncidas no quitaba ojo de él, y comenzó en tono paternal:

—¿Te gusta viajar?

—Tengo sueño —dijo Alain Robert.

—Enseguida dormirás, enseguida: cuando hayas contestado a dos o tres preguntitas que...

—¡Entonces deprisa!

Odiaba ya a aquel individuo; su olor le daba gana de vomitar; y su cara... ¡Pero precisamente lo más curioso es que cambiaba de cara!

—¿Quieres ir deprisa? ¡Yo también, figúrate! Sólo que el que manda aquí soy yo.

—¡No, es él! —dijo tranquilamente el niño, señalando con un dedo sucio al otro policía, que sufría en su rincón.

—¡Vamos, sé buen chico y contesta! —dijo el inspector Marcelo, y murmuró al oído de su colega—: ¡Procede suavemente!

—¿De dónde vienen estos billetes?

—Nos los dio Clemenceau.

—¡Clemenceau! Ya ves cómo se burla de nosotros —dijo airadamente el gordo—. ¡Ah!, ¿quieres jugar a los soldaditos? —(«¿Qué quiere decir “jugar a los soldaditos”? ¡Ya lo creo que quiero!»)—. ¿Conoces... Compiègne?

Lanzó el nombre de la ciudad como un puñetazo muy fuerte y un poco a la ventura.

«¿Compiègne?, ¿los soldaditos...? Tomahawk le había hablado de esto... ¡Ah, sí: Napoleón!».

—¡Claro que sí!

—Y fuiste a Compiègne, ¿verdad?

—¡No!

—¡Sí!

«Después de todo, mientras no le hablasen de Terneray...».

—¡Si se empeña usted!

—¡Cómo «si me empeño»...! ¡Sí o no! ¡Vamos! ¿Compiègne?

«Dijo que enseguida podría dormir»... ¡Y además, cuando hablaba fuerte olía más aún!

—Sí.

—Anteayer, a las cinco de la mañana, en la plaza de Gambetta, ¿eh?

—Sí. ¿Y después...?

—«¿Y después?». ¿Quién es el que pregunta al otro?

—Creo que vas demasiado lejos —susurró el inspector Marcelo en la oreja roja y peluda—. ¡Tiene tanto sueño que contestará cualquier cosa! Ahora te escucha como un niño a quien le están contando un cuento.

—¡Déjame a mí!

Hubo que dejarlo... A las cuatro de la mañana, de sí en sí, Alain Robert se convertía en cómplice del robo en el banco: a las nueve, el Tribunal de Compiègne, informado, daba orden de conducir al niño, que a las tres de la

tarde les fue enviado. Pero el juez de Menores residía en Beauvais y no podía interrogar a Alain Robert hasta el día siguiente. A falta de un Centro o de un Hogar, el juez de Compiègne remitió al muchacho en «custodia provisional» a un Asilo de Ancianos, Enfermos e Incurables de la región. Era un gran progreso. Unos años antes le hubieran encerrado en una prisión: doce en una celda, dedicándose a la caza del ratón, a oír relatos ejemplares de los mayores o a ciertos juegos... O bien le hubieran abrigado tras las altas murallas del hospital psiquiátrico, en la celda de los locos. Alain Robert, de once años, tuvo la suerte de ser enviado junto a los viejos chochos, de los cuales media docena estaban moribundos. Encontró allí a otros tres «acusados» que desesperados por la ociosidad habían agotado ya todas las persecuciones que podían infligirse a los viejos y sufrido todas sus represalias. Tras aquellas ventanas cerradas vivían entre odio, insultos, robo e insomnio. Fernando, el mayor de los presos de pantalón corto, hizo recorrer al recién llegado la extensión de sus dominios, que olían a orines y vino tinto.

—A los que van a reventar los reconocerás por su pañuelo de bolsillo: no lo abandonan nunca, siempre están limpiándose la boca... Mira, éste por ejemplo... Ahora voy a enseñarte algo espeluznante: ¡ese individuo en la cama, se siente atacado de convulsiones «cada vez que alguien se le acerca»! ¡Mira!, ¿no es para desternillarse de risa...? Otra cosa: ¡no hagas ruido y ven...! En la cama del rincón, aquel viejo que ronca con la venda en un ojo, ¡ve a levantar su venda para ver...!

Alain Robert, con mano temblorosa, levantó la venda del durmiente: un ojo azul, inmóvil y brillante como un cielo de verano, le miraba fijamente...

—¡Un tuerto! ¡Lo disimulas bien, eh! ¡Despiértate, abuelo, vamos! —Era el vecino del tuerto, al que sacudía con todas sus fuerzas: el viejo salió de su sueño todo sofocado.

—Déjalo dormir —dijo Alain Robert, indignado.

—¡Qué sabes tú! ¡Ese viejo, con su adormecimiento, se pasa todo el día y toda la noche recorriendo las salas, abre los cajones de las mesillas de noche y orina en todas las camas, como un perro...! ¿No es cierto, viejo puerco?

—¡Cállate! ¡Podría ser tu abuelo! —dijo el niño, pensando en Clemenceau.

—Mira, ya está dormido otra vez... Un verdadero abuelo vas a encontrarlo en la sala de arriba. Te acercas y le dices: «¡Miguel! ¡Juana!». Son los nombres de sus nietos. ¡Entonces empieza a llorar, pero con unas muecas que parece que se está muriendo de risa...! ¡Subamos! Vas a verlo...

—No me interesa.

—¡Cuando lleves aquí doce días fastidiado como yo, ya veremos si te interesa o no...! ¡Hola, Germana!

Una joven robusta, desnuda de brazos y piernas, atravesaba la sala.

—¿Quién es? —preguntó Alain Robert—. Parece un caballo.

—Es Germana. Por suerte la tenemos aquí. Escucha y verás... —Hizo bocina con las manos para susurrar al oído del niño—: Va completamente desnuda, bajo el vestido...

Y la siguió.

—¡Oh!

Fernando, después de añadir unas expresiones obscenas, desapareció detrás de Germana.

Alain quedó indeciso, suspenso, frente a las palabras incomprensibles. Al volverse, se encontró frente a Germana: sus gruesos labios húmedos, sus ojos que sonreían..., una cara de ogro.

La muchacha intentó atraerle; Alain pensó en Rita de Panamá y de nuevo sintió un vacío en su corazón. Apenas oía una historia insensata de hombres y mujeres... Todo era demasiado sucio, estúpido y complicado. «¿Por qué me cuenta todo esto?».

Alain Robert dejó a Germana, asustado. Corrió al primer piso, buscó al abuelo de quien le había hablado Fernando, lo encontró fácilmente, y cogiéndole la mano...

—¡Miguel...! ¡Juana...! —murmuró.

El viejo se echó a llorar sacudiendo la cabeza y el niño hizo otro tanto sin soltarle la mano. ¡Era bueno enternecerse! Algunos momentos el viejo balbucía, a través de sus lágrimas, relatos imposibles de comprender. «¡Miguel y Juana deben de haber muerto!», pensó el niño, y los sollozos redoblaron. Así permanecieron, espejos de sus penas, hasta la campanada de la comida. Alain Robert huyó entonces sin explicaciones. Llegado a la puerta, se volvió varias veces para saludar al abuelo. «¡Es cierto que hace una mueca rara cuando llora!», pero no le dieron ganas de reír. No bajó al comedor: ¡subió a acostarse a fin de estar seguro, seguro, seguro, de dormirse enseguida!

Cerró los ojos con obstinación y apretó los puños. Cuando uno está solo en el mundo no se puede correr el riesgo de menospreciarse enteramente... Pero su imaginación no podía apartarse de Germana y de sus sucias palabras. Y de súbito, cuando llegaba al fondo de la soledad, del arrepentimiento y de la vergüenza, un pensamiento se apoderó de él con tanta fuerza, que se vio obligado a sentarse en la cama: la Santa Virgen... ¡Esto era lo que

significaban aquellas palabras nunca comprendidas y sus vestiduras blancas! Ella no conocía todas estas suciedades; permaneció pura; podía mirarnos cara a cara... Alguien en quien apoyarse, ¡para pedirle perdón! Alguien que le daba la razón contra Germana, Fernando, Rita de Panamá. Se acurrucó en su cama como en una cuna; era Navidad para el niño perdido y su Madre le velaba. «Salve, María, llena de gracia...». Repetía esas palabras, súbitamente nuevas, inagotables, y a veces se equivocaba: «Santa *Mamy*, Madre de Dios...», decía. Se durmió pronto, y encontró rápidamente su respiración de niño feliz; con un leve quejido al final de cada espiración...

Necesitó diez minutos el inspector gordo para que Alain Robert se confesase cómplice de un robo. Necesitó menos el juez de Menores de Beauvais para convencerse de que no había nada de eso.

—No puedo enviarte directamente a Ternera, pobre niño. Es necesario que vuelvas a París, pero será por poco tiempo... Por otra parte —añadió—, todo es por tu culpa. ¿Por qué le dijiste al inspector...? Sí, ya sé, ya sé.

Alain Robert se apeó de nuevo en París, inmigrante sin equipaje, con su mirada sombría de gitano, con su ropa excesivamente grande, que lo sería siempre, porque a medida que crecía le suministraban otras prendas igualmente desmesuradas. Era, en apariencia, el mismo niño de aquella dorada mañana de octubre en que descubrió el Palacio de Justicia; el mismo. Pero entre un instante y otro, él, que nada poseía, lo había perdido todo... Ved cómo cruza por el muelle desierto en esta luminosa mañana de diciembre, aquella ruina en forma de niño... Como siempre, iba al lado de un desconocido. Una vez en su vida fue solo, solo con Caddy, y resultó catastrófico... Ahora volvía a entrar en la fila: «se» le conduciría, «se» haría de él lo que «se» quisiera. De nuevo la cadena: vale de transporte, vale de transferencia, vale de alojamiento, papeles, sellos, inscripción... Todo volvía al orden. Por lo demás, en la Policía Judicial se encontraba como en su casa: el mismo olor, la misma mugre, la misma espera que en el hospital o en el hospicio. «Su casa» era aquel inmenso edificio que cambiaba de nombre o de lugar; pero nunca de aspecto; aquella prisión para inocentes donde se codeaban gentes de uniforme que cumplían un cometido y gentes que sufrían y a las cuales se les hacía muy dura la vida.

Era domingo. Como si fuera el castillo de la Bella Durmiente del Bosque, en el Palacio de Justicia sólo había archivos, y en los sótanos, algunos presos y sus guardianes. Solamente los relojes como pequeños corazones vivían aún en el desierto de las salas y antesalas. Alain Robert fue confiado a un guardián bonachón que conseguía liar sus cigarrillos con una lentitud maravillosa. Del

mismo modo hubiera custodiado los cuadros de un museo: lo hicieron guardián de hombres: ¡bueno! Cuando alcanzara el retiro, nada cambiaría: estaría siempre sentado, ocioso, al margen del tiempo. Sentado en otra parte; eso es todo.

Cuando Alain Robert notó que los dos estaban vestidos de la misma tela, con mangas demasiado largas, sintió miedo sin saber por qué.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó en tono brusco. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde Beauvais.

—¡Según! ¿Tienes juez?

—¿Para qué un juez? Yo no hice nada malo.

—Seguramente —dijo el hombre, pegando el cigarrillo que acababa de liar—, desde hace treinta años que llevo aquí, nadie hizo nunca nada malo. ¡Verdaderamente, no sabe uno para qué habrá jueces!

Pero el niño no lo escuchaba: con los ojos cerrados y los puños en las sienes, perseguía en su memoria el nombre que se le escapaba, el nombre que Marco le había dicho, el nombre... ¡Ah, sí!

—Sí, tengo juez.

—¿Cuál?

—El señor Lamy.

—¡Ah, es bueno!

—¿Y eso qué importa?

—Escucha —dijo el guardián—, no es reglamentario, pero ¡telefonéale...! —Hojeó un cuaderno grasiento—. Aquí está su número...

Alain Robert lo marcó con dedo tembloroso: era la primera vez en su vida que telefoneaba. Repitió «¿Aló?, ¿aló?» con angustia durante todo el tiempo de la llamada.

—¡No responde...! ¡Ah, sí! ¡Aló, aló, aló!... ¿El señor Lamy? Aquí Alain Robert, ¿sabe usted?

Se hizo un largo silencio al otro extremo del hilo, al otro extremo de París: el señor Lamy pasaba un dedo por su mechón blanco y cerraba los ojos a la vez para buscar mejor. «Alain Robert..., Alain Robert...». Repasaba su colección de fisonomías. «Alain Robert...».

—¡Ah, sí, buenos días, querido! ¿Ya sabes telefonar? ¡Eso está muy bien...! Pero ¿desde dónde me llamas?

—¿Dónde estamos? —preguntó el niño al guardián con tono alocado.

—En la Policía Judicial.

—Desde la Policía Judicial, señor Lamy.

—Pero ¿qué es lo que haces ahí? ¿No estarás haciendo el tonto?

—...

—¿Saliste de Ternera?

—...

—¿Cuándo?

—Hace días.

—¡Ah...! ¡No, no! No me cuentes nada por teléfono... ¡Pero tienes suerte!, tengo que hacer una diligencia en ese barrio: voy a pasar a verte... Dime, ¿qué tal está Marco? Tu compañero Marco: no debías haberle dejado... ¡En fin...! ¿Y Francisca...? Pero ya me lo contarás todo. ¡Hasta luego!

Alain Robert conservó mucho tiempo junto al oído aquel receptor que zumbaba como los insectos del verano. Con dos nombres, el señor Lamy acababa de reconstruir Ternera... El guardián observaba aquel rostro extático.

—¡Te cuenta muchas cosas tu juez! —dijo al fin.

Alain Robert se puso muy colorado y colgó.

—¿Sales, papá? —preguntó Gerardo Lamy.

Estudiaba junto a su padre; a veces apartaba los ojos del libro y se quedaba mirando aquel rostro, menos fatigado que de costumbre: hacía en silencio su provisión de imágenes para toda la semana. Era feliz, al menos hasta aquel instante.

—¿Sales, papá?

—Es necesario —respondió el juez muy dulcemente.

Una vez más el otro niño, el desconocido, pasaba delante de Gerardo; una vez más el señor Lamy sufría por ello, pero demasiado tarde.

—¿Quieres venir conmigo?

Caminaban a un mismo paso. Gerardo llevaba también la cabeza inclinada sobre el hombro derecho y andaba mirando al suelo. Algunas veces su padre lo cogía de la mano como en la época de su infancia. Gerardo había cumplido quince años la antevíspera; pero el señor Lamy lo había olvidado.

Alain Robert acechaba la puerta como un perro cuyo amo llevase mucho tiempo ausente. Cuando la abrieron al fin para dar paso al juez no se sobresaltó, porque no lo conocía: inconscientemente esperaba ver aparecer a Colmillo Blanco, Búfalo o Tomahawk. El señor Lamy, que esperaba alegrarse con la alegría del niño, sufrió una decepción. Pero inmediatamente...

—¡Señor Lamy —dijo Alain Robert cogiéndole la mano—, voy a contárselo todo!

—¿Todo? —preguntó el juez sonriendo y guiñando un ojo—. Pongamos: ¡todo lo que te convenga!

—Todo cuanto sea necesario.

—Mira, ya sabes que tendrás que repetírmelo pasado mañana en mi despacho. ¿Lo crees muy preciso...?

—¡Todo, y enseguida! —cortó el muchacho con voz sorda.

El señor Lamy quedó encantado de esta respuesta a una pregunta que sólo era una prueba.

—Vamos a ello, querido...

Cuando acabó su relato, sin meter en él ni a Rita ni a Germana (bastante sorprendido y humillado por que tantas aventuras, peligros y angustias cupiesen en tan pocas palabras), Alain Robert esperó la sentencia. Suponía, por ejemplo, que el señor Lamy lo enviaría a la cárcel por algunos días, pero enseguida...

—Bueno —dijo el juez con calma—, todo esto es un poco estúpido, ¿verdad? ¿Qué piensas tú de ello...? Fíjate: tienes razón en buscar a tus padres. Te ayudaremos y quizás un día los encuentres. Sólo tienes un buen compañero: Marco. ¿Es inteligente Marco? Tienes a la señorita Francisca, a Colmillo Blanco, a Búfalo: ¡una serie de personas admirables y más listas que tú, naturalmente! ¿Qué edad tienes?

—Once años y medio.

—¡Ah!, ¡ya vas envejeciendo! Haces como yo... Todas esas buenas personas de Terneray saben mucho más que tú. ¿Estamos de acuerdo? Pues bien, ni siquiera les has pedido consejo... ¡Al contrario, huyes como un ladrón...! Mediaba Caddy, ya sé, pero... Mira —dijo de pronto frunciendo una ceja—, ¡hazme un favor! Hay un quiosco de periódicos al otro lado del puente: ve a buscarme *France Soir*. Toma mil francos: necesito cambiar... ¡Gracias!

—Señor juez —dijo suavemente el guardián después de salir el niño—, no tiene usted derecho a dejarlo salir. ¡Y yo tampoco! Además, esos mil francos, ¡es una imprudencia!

Las tres arrugas verticales aparecieron en medio de la frente.

—Garnier, hace quince años que «no tengo derecho», y... ¡en cuanto a mis «imprudencias», andan por la calle, están casados y son padres y madres de familia y me felicitan el día de Año Nuevo!

—Así y todo...

—La imprudencia sería encerrar a ese niño; dejarle creer de nuevo que el único camino de la libertad es la fuga... Y además..., si a los perros les hacen dar un paseo todos los días, ¿cree usted sinceramente que los niños no lo necesitan tanto como ellos?

—Sí —dijo Garnier—, pero yo seré responsable si no vuelve.

—Y si se abre las venas esta noche como el pequeño Roger el mes pasado..., ¿se acuerda usted...?, ¿no será usted responsable?

—No —dijo Garnier.

—Pero lo sería yo...

Callaron largo rato; caía la noche; el guardián lió un cigarrillo y lo estropeó.

—No vuelve —dijo al fin.

—¡La confianza! Es el único grillete y la única reja que sujeta a los chicos: la confianza...

Alain Robert entró precipitadamente con cara inexpresiva y mirada vaga. Abrió el puño sobre la mano del señor Lamy, que se metió en el bolsillo, sin contarle, un montón de monedas y de billetes arrugados.

—Aquí está el periódico. Hasta la vista, señor Lamy...

—Gracias. Yo... —lo desplegó lentamente y fingió sobresaltarse—. ¡Ah! ¡Mala noticia, querido! Caddy murió. ¡Mira!

—Estaba enfermo —dijo el muchacho con voz apagada.

—Sí. Los médicos de Melun tenían probabilidades de conservarlo vivo... Ya ves: has creído hacerle un servicio... ¿Estás seguro de haberlo conseguido? ¿Qué dices a esto...?

Alargó su mano marmórea y acarició el negro pelo: todo lo que permanecía visible de la cabeza de Alain Robert.

—¡Ah!, es difícil, querido, es difícil... —añadió en voz muy baja. Luego, cambiando de tono—: ¡Bueno! ¡Hasta la vista! Mañana te haré llevar a Denfert-Rochereau: allí estarás mejor que aquí, ¿eh? Es lástima dejar a Garnier antes de que te haya enseñado a liar sus cigarrillos, pero en fin... ¡Cómo! ¿No te agrada Denfert-Rochereau? ¿Conoces a alguien allí? El doctor Clérant..., la señorita Alicia...

—¿Y por qué no a Terneray? —preguntó el niño humildemente.

—¿Cómo vas a ir allí? Pero, querido, acuérdate de que hiciste el idiota: hace falta tiempo para arreglar la cosa.

—Entonces que me prendan y quedamos en paz.

—También te podrían cortar la cabeza, ¿qué te parece? ¡Vaya, hasta pronto! ¡Adiós, Garnier!

Volvió a reunirse con Gerardo, a quien había hecho aguardar mirando al Sena, los remolcadores ruidosos y las chalanas hundidas en el agua hasta la borda. Echaron a andar al mismo paso.

—Es raro —dijo Gerardo al cabo de un rato—; vi a un chico que salía corriendo de la Policía Judicial. En la esquina del bulevar atravesó el puente para comprar el periódico de la tarde. Al volver se paró no muy lejos de mí, miró la primera página y se echó a llorar...

—¿A llorar? —dijo el señor Lamy.

El escribano, alargando el brazo por encima de su máquina de escribir, presentó al señor Lamy una carpeta rosa.

—Andrea Berneville.

—Un momento, señor Prost... Señorita —ruega a la asistente social sentada a la mesa próxima—, ¿me permite usted abrir la ventana?

—¿Está usted fatigado, señor juez?

—Un poco.

El señor Lamy cerró los ojos. Sin ellos, su cara era la de un cadáver. La audiencia en el despacho comenzó hacia la una y media y ya son las cinco. Recuerda...

Una criada gorda robaba a su ama: «No me pagaba... ¡Me lo he cobrado!»... Padres comediantes que reclaman la Corrección Paternal (¡para que sus hijos sean educados a costa del Estado!)... Una niña de dieciséis años, con cara de cera, que ya intentó suicidarse varias veces: «¿Y si lo consiguiera un día?, ¿eh?»... Un muchacho que se perdería para toda la vida si se quedase en casa de sus padres; y el juez Lamy no dudó en aprovechar su escapatoria de algunas horas para catalogarlo como vagabundo y salvarle... Y el que entregaba puntualmente a su padre una falsa paga robada todas las semanas de sus economías: «¡Haga usted con él lo que quiera, señor juez! ¡Yo no quiero volver a verlo!». Y la joven de Saint Germain-des-Près que se prostituía indistintamente a hombres o mujeres y sólo deseaba una cosa: ir a la cárcel... «para ser el asombro de sus compañeras, ¿verdad?».

Desde hacía más de tres horas, el señor Lamy interrogaba, adivinaba, ordenaba, luchaba: persuadía a los niños y sobre todo a los padres. Volvería a verlos mañana, pasado mañana, la semana que viene: ¡tan frecuentemente como fuera preciso para lograr que estuvieran de acuerdo con su decisión, sin lo cual de nada serviría ésta! Después de tres horas de batallar, con la sonrisa en los labios, el señor Lamy se concedió tres minutos de aire puro; luego volvió a abrir los ojos. La carpeta rosa...

—Andrea Berneville... Ah, sí, esa pobre niña víctima de su padre y de su madre..., ¡divorciados, naturalmente...!, y que se marchó por el procedimiento de autostop con una alcahueta de la plaza Pigalle... Guardia,

haga entrar primero a la señora Rosier... ¡Bueno! Siéntese usted, señora... No, ahí no; ¡aquí...! ¿Dígame?

La señora Rosier canta la canción que repite hace tanto tiempo en la sala de los pasos perdidos —del tiempo perdido, de las lágrimas perdidas...

El señor Lamy la deja hablar. Llegado el fin de su discurso y como nadie le contesta, vuelve a empezarlo en otros términos con menos firmeza. El señor Lamy continúa su simulación de recogimiento. La señora Rosier vira en redondo, tartamudea, se detiene al fin, como un fonógrafo averiado. Entonces el juez se vuelve hacia ella, seguro ya de no ser interrumpido, y desmonta tranquilamente el mecanismo: «De modo que se dijo usted... Pidió usted consejo a su marido y él le dijo... Entonces usted decidió... Es así, ¿verdad?». Ella asiente. Él le dicta con voz suave su decisión, la única razonable; precisamente la contraria de la que ella exigía. «Ahora la otra», se dijo; e hizo entrar a Andrea Berneville, diecisiete años, rubia, de nariz afilada. Entra muy fanfarrona, pero ve a su madrina y se deshace en lágrimas.

—Cuando haya acabado de llorar —dijo suavemente el señor Lamy— quisiera explicarle algunas cosas... ¡Oh!, lleva usted una boina muy bonita... ¡Y ese pañuelo de seda...! Usted se dijo: ¡voy a ver al juez y tengo que llevar todos los triunfos en la mano...! ¿Verdad? ¡Vamos, siéntese...! Sus padres no han querido venir: están enfurruñados...

—¡Que se enfurruñen en su rincón!

—¡Bueno, usted les dio motivos para enfurruñarse! Pero sé que su madre fue a verla a usted a Fleury. ¿Qué le llevó?

—Naranjas, periódicos... y una flor.

—¿Y qué?

—Pues que estuve contenta —dijo la joven con voz que temblaba un poco.

—¡Periódicos, periódicos! ¡Supongo que no serían *Rêves*, *Confidences* o imbecilidades de ese género...! Vamos, vamos, ya sé que los lee usted a escondidas, a pesar de las buenas Hermanas... Y que cree usted todo lo que cuentan. Usted se pasará toda la vida esperando un tipo vestido de gris, en un gran coche americano. ¡Y piensa que la única manera de triunfar es casarse con el hijo del jefe, gracias a su buen cuerpo y a los tacones altos! ¿La «prensa del corazón»? —Añadió en voz baja—: ¡Podríamos llamarla la «prensa del pecho»! Vamos, Andrea Berneville, míreme un momento... — Ella mantiene la cabeza baja y aprieta tan fuertemente los dientes que se le ven mover los huesos de las sienas—. Esta Andrea está llena de defectos. ¿Cuáles son sus defectos? Es descarada...

—¡Oh!

—¡Descarada! Se disgusta y ya no hay remedio. Pero ¿y sus buenas cualidades? Porque las tiene... ¿Cuáles son sus buenas cualidades...? —Ella no contesta: piensa que es una emboscada—. ¡Bueno..., voy a decirlas yo! —añadió en otro tono, volviendo hacia ella su noble perfil—. Es usted una chica muy sensible, muy inteligente, muy cariñosa. —Ella levantó la cabeza insensiblemente—. Por eso no puedo explicarme esa historia del autostop con esa amiga absurda... ¡En serio!

—¡Contesta! —dijo la madrina, sacudiéndole el brazo—. ¡Pero contesta!

—¡Déjela usted! ¡Se basta ella para contestarme...! Por lo demás ya va siendo hora de olvidarnos de esa historia. Hice prometer a sus padres que no volverían a hablarle de esto. Porque se lo dicen demasiadas veces, ¿eh? —añadió, volviéndose hacia la madrina, que bajó la cabeza a su vez—. Hablan de lo mismo todas las noches: ¡lo mismo que la radio...! ¡Ah!, ¡sonríe usted, Andrea Berneville! Es la primera vez que la veo sonreír... Si supiera usted qué bien le sienta, sonreiría con más frecuencia... Mire usted, el otro día vi a su padre... ¡Ya está, ya se enfurruña! ¡Su padre la quiere a usted mucho! ¿Sabe usted lo que me dijo? Puedo repetírselo: «Mi hija es la que debería dar el primer paso; pero ¡cómo la quiero!». Esto es lo que me dijo. —Silencio. Sorbetones—. Vaya, cuando ustedes salgan combinarán entre las dos cuándo y cómo ha de venir a verla. No es cosa mía arreglar eso, ¿verdad?

—Hablar detrás de una reja, ¿le parece a usted que está bien? —murmuró Andrea Berneville, por decir algo.

—¡Ta, ta, ta! ¡Es mucho más cómodo! ¡Parece de cine! Y cuando no haya reja no se sabe qué decir. Bueno, hablemos de usted. ¿Qué solución le parece mejor? ¿Qué piensa usted?

—¿Para qué? ¡Es demasiado tarde!

—¡Ah, no! No me recite usted *Confidences*. No es usted una portada de revista... ¡Usted es una chica simpática y estoy decidido a que sea feliz!; pero ya conoce usted el viejo proverbio: «¡Ayúdate y Dios te ayudará!»... ¿Qué oficio le gustaría?

—La... la costura.

—¿La costura? Está bien. ¡A mí no me gustaría! Pero cada uno tiene su gusto... Bueno, este asunto se arreglará... ¡Ya se puede preparar Christian Dior para dentro de un año...! Señorita, ¿dónde vamos a colocarla ahora?

—¿En el Centro Edgar Malet? —sugirió la auxiliar.

—¿Burdeos? ¡Es una idea! ¿Qué le parece a usted Burdeos...? ¡Bueno! Entonces, señor Prost, si hace usted el favor...

El escribiente dio un salto y puso un papel a la máquina.

—«Me gustó mucho recibir la visita de mi madre. Espero que mi padre venga a verme». ¿Está bien...? ¡Bueno...! «Prometo no volver a leer revistas estúpidas». ¡Subraye usted «estúpidas»...! «Estoy conforme con ir a Burdeos para aprender el oficio de modista». Me parece que está bien. Dentro de quince días volverá usted a verme.

—¡Ah, no! —exclamó la joven levantándose—. Me dice usted que espere tranquilamente, me promete que la espera no será larga; yo acepto, ¿y la cosa va a durar quince días? ¡No! ¡No estaré tranquila!

—Dentro de ocho días... ¡Cálmese usted! Dentro de ocho días —añadió pacientemente el señor Lamy— volverá usted a verme. Hace falta tiempo para encontrar allá una plaza, ¿comprende usted? ¿Bastarán ocho días, señorita? Bueno. Y qué importan ocho días más —añadió a media voz— si al fin y al cabo Marcelo no está allí... ¿Se encuentra bien Marcelo?

A este nombre, una sonrisa de niña pasó por aquel rostro de mujer triste: aparecieron sus diecisiete años por primera vez.

—¿Sigue escribiéndole a usted? ¿Cuándo vuelve de Indochina?

—En abril.

—Irá a verla a Burdeos. Y la petición de mano me la hará a mí. ¡Vaya! Hasta la vista, Andrea Berneville... Y antes de volver a lo del autostop, escríbame, ¿eh?

Apretones de manos. Salieron seguidas del guardia. Llamaron a la puerta.

—¿Se puede?...

Con risa fingida, nariz arrugada y alborotado el pelo, aparece Darrier, el abogado de Marco.

—¡Entre usted, entre usted...! ¿Qué hay? ¿Cómo marcha el grupo de Amigos de Carrières, sin Marco y sobre todo sin el Caíd?

—Dividido en dos bandos...

—¿Rivales?

—No. Ahora son veintisiete en total. Necesitaríamos una segunda barraca...

—¡Bien! ¿Y los padres de Marco?

—Estoy sobre la pista de otra vivienda para ellos...

—¡Ah! Darrier, todo se reduce a una cuestión de camas en número suficiente. ¡Si cada niño tuviese su cama en cuarto distinto del de sus padres, nuestra «clientela» se reduciría a la mitad...! ¿Fueron a ver a Marco, a Ternera y?

—No. Y como él sufre por eso, no les escribe; y como ellos no reciben nada de él no escriben tampoco...

—¡Debería usted ir a Terneray, Darrier!

El abogado cesó de sonreír y levantó al cielo las amplias mangas de su toga.

—Ya lo sé, pero...

—¡Y pronto!

—Lo procuraré.

—Alain Robert, el compañero de Marco de quien hablé a usted, está en Denfert-Rochereau.

—¿Necesita abogado?

—No, gracias. Quiero volver a mandarlo a Terneray sin más historias. Le haría falta un abogado no ante el juez, sino ante el fiscal.

—¿El señor Doublet no se... amansa?

—Sí, pero lentamente, lentamente... ¡Todo se hace aquí tan lentamente!

Se rieron los dos, pero sin alegría. Darrier se empujó sus lentes con su delgado dedo.

—¿Y su ascenso, señor juez? —preguntó en voz baja.

—¿Llama usted ascenso a dejar el Tribunal de Menores? —dijo con amargura el señor Lamy.

—No puede usted interrumpir su carrera y estancarse, porque no se decidan a promulgar un estatuto para el juez de Menores que permita a éste...

—¿Qué haría usted en mi lugar, Darrier? —preguntó el señor Lamy, volviendo hacia él una cara en que sólo la boca sonreía. Luego, sin esperar respuesta—. ¡Vamos, ya lo ve usted...!

El abogado le apretó la mano más tiempo que de costumbre y salió inmediatamente con su negra toga volando tras él.

Se cruzó con un visitante cauteloso. «¿Se puede entrar, señor Lamy? ¡Oh, sólo un momento...!» Es Marcelo el Albino, el sablista. Mientras aguardaba en la antesala ya ha sacado con sus mañas cien francos aquí y cien allá: al aguacil, a dos abogados, hasta a un guardia...

—Mire usted, señor Lamy, tengo un gran compromiso...

Salió pidiendo disculpas; y mientras guarda con tristeza el billete que el señor Lamy, demasiado apurado para discutir, acaba de «anticiparle», el Albino busca ya con la mirada vaga una nueva presa.

El señor Prost, que mira la hora en su reloj de pulsera, tiende un nuevo expediente al juez: «Marcial y Rigaurie».

—¡Ah! ¿Qué es de ellos? —dice el señor Lamy con cierta ternura.

El guardia hizo entrar a los chicos: uno, rubio, con ojos risueños y que parecía demasiado crecido para sus vestidos, para su mirada y para su voz; el otro, pequeño, de frente dura, mentón prominente y corto de vista.

—Bueno, hijos míos, ¿cómo vamos? Sentaos...

Los contempló sonriendo; Rigaurie (el mayor) le devolvió la sonrisa y estiró las piernas; Marcial refunfuñó, desconfiado, y metió los pies debajo de la silla.

—Sois el perro y el gato, Marcial y Rigaurie. ¿Y os entendéis bien? —Asentimiento entusiasta de uno, reserva del otro—. ¿Sobre todo para hacer barbaridades? En Savigny no estabais en el mismo pabellón...

—Eso es, señor Lamy...

—¡Así es mucho mejor! ¿En qué pabellón estás, Rigaurie?

—Saboya.

—¿Y tú?

—Borgoña.

—¿Estáis bien allí?

—Muy mal no, pero...

—¡Pero hay encierro!

—Sí —dijo Marcial con mirada resuelta.

—En Fresnes hay más encierro todavía, créeme. ¡Si tuvieses dos años más, Marcial, estarías en Fresnes!, y ya no podría hacer nada por ti...

—Ya lo sé.

—¡Mientras que dentro de dos años tendrás un oficio, un verdadero oficio! Porque a birlar objetos de los almacenes o dinero en casa del jefe no le llamarás oficio ¿verdad?

—No, señor Lamy.

—Todo esto, entiéndelo bien, no tiene ninguna importancia desde el momento en que te des cuenta de que eran tonterías. Es mi obligación hacerte confesar lo que hiciste, pero en el fondo me da igual. Lo que me interesa es lo que harás en lo sucesivo. ¿Están satisfechos de ti en Savigny...?

—Así lo creo.

—Y lo sé. Escucha... «Buen camarada, siempre dispuesto a hacer un servicio...». ¿Es verdad...? Ya ves: ¡finges ser duro y no sé por qué! Eres un buen chico: ¡no hay nada vergonzoso en esto! Además, «muy hábil en el taller...».

—Sí, pero el aprendizaje no me gusta, señor Lamy.

—¿Qué te gustaría hacer?

—Alistarme para Indochina.

—¡Como que voy a dejarte ir para que te maten...! Y además tu compañero Rigaurie no tiene muchas ganas de meterse en líos. ¿Qué opinas de esto, Rigaurie?

—Pues... no, señor Lamy.

—¡Entonces, ya ves! Voy a procurar ponerlos juntos en San Mauricio.

—Habíamos pensado —dijo Rigaurie ruborizándose— que en Poitiers...

—¡Oh, no! No volveré a mandarlos a Poitiers. Habéis adquirido allí mala reputación, y si volvéis os creéis obligados a hacer honor a ella.

—Entonces —aventuró Marcial con la mirada vaga—, quizá París...

—¡París! Cine seis veces por semana, tabernas, la feria en la Bastilla...

—¡Pero no todo el año, señor Lamy!

—¡Cuando no está en la Bastilla, está en la Nación, o en la República! ¡Siempre está en alguna parte...! ¡No, no; San Mauricio!

—¿Juntos? —dijo Marcial con voz llena de ansiedad.

—¡Ésa es la dificultad! Tú, Rigaurie, como simple fugado, no puedes ir a San Mauricio... en principio. Pero óyeme bien: cuando te marchaste de tu casa...

—¿La última vez?

—Sí. ¿Cómo lo hiciste?

—Me fui en tren, señor Lamy.

—¿Y habías tomado billete?

—Sí, señor Lamy.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor Lamy.

—¿Y no hiciste tonterías por el camino? ¿No has cogido nada? ¿No has roto vidrios? ¡Yo no sé!

—No, señor Lamy.

—¡Reflexiona!

—¡Y el saco de higos, Rigaurie! —le sopla Marcial, que con la frente plegada busca en su memoria con todas sus fuerzas las pillerías que su camarada ha podido cometer.

—¡Cállate la boca!

—¡Al contrario, déjale hablar! ¿Conque robaste un saco de higos? ¡Bueno! Voy a poder mandarte a San Mauricio con Marcial...

—Mi padre pensaba...

—Oye, Rigaurie; no eres un bebé: tengo que hablarte seriamente. No puedes contar siempre con tu padre en la vida... Es triste para mí decírtelo: todavía más triste para ti oírlo... ¡Pero gracias a Dios tienes un amigo! Es

preciso que sea un amigo duradero... ¿Oyes, Marcial? Por eso os separé en Savigny. Ahora quiero que comprendáis bien esto. ¡Si separadamente os comportáis como buenas personas, y juntos como granujas, no sois dignos de ser compañeros!

Rigaurie y Marcial cambiaron una mirada y bajaron la cabeza.

—Señor Prost..., escriba: «Reconozco que Rigaurie y yo hicimos el idiota muchas veces...».

—¡Oh! ¡Sin embargo...!

—¡Sin embargo qué...! «Pero ahora todo terminó. Aceptamos ir a San Mauricio».

—¿Cuándo, señor Lamy?

—Mandaré telefonar inmediatamente. Quince días, tres semanas, no sé...

—¡Qué lentitud la de aquí!

—¡Vaya, ya tiene prisa por ir allá! —exclamó el señor Lamy, tomando como testigo a la asistente social—. ¿Está ahí tu madre? ¡Ve a buscarla...! No, déjelo usted solo —ordenó al guardia.

La señora Marcial, vivo retrato del muchacho, en miniatura, se deja caer en una silla.

—¡Señor juez! ¡Cuarenta y cinco mil francos robados a su patrono! ¡Cuarenta y cinco mil!

—¡Bueno, bueno! Había doscientos cincuenta mil: dejó el resto; ¡esto es más importante!

—¡Hubieras debido contenerte! ¡Tienes dieciséis años: eres mi hijo mayor!

—Ya lo sé —murmuró Marcial.

—¡Ah, si hicieras caso a tu madre! ¡En lugar de andar sabe Dios con quién...! ¡Qué pena me das...! Señor juez, métale usted miedo: que esto le sirva de lección. —Se sonó—. ¿Cuándo nos lo devolverá usted?

—Cuando haya aprendido un oficio en un buen Centro al que voy a enviarlo.

—¿Todavía insiste en eso? ¡Qué terco es usted!

—¡Es la ley la que se empeña, señora; no los jueces! —respondió suavemente el señor Lamy.

—Sin embargo..., ¡la condena es excesivamente dura!

—No estamos aquí para condenar, señora, sino para ponerlo todo en equilibrio. Sólo una cosa me interesa: el porvenir de su chico. No lo castigo: procuro hacer de él un hombre. Usted no tuvo éxito; ¡déjeme probar a mí...! Venga a verme mañana a estas horas, señora. Hablaremos los dos, solos... ¡Y

no se enfrente con su hijo! ¡Se parecen mucho los dos! ¡De veras que se parecen! Guardia, ¿no es usted de la misma opinión...? —El guardia se rió—. ¡Vamos, abrácese!

Se abrazaron cinco veces. Ella sacó del bolso dos paquetes de cigarrillos; le dio uno a Rigaurie.

—El guardia no ha visto nada, ¿verdad? ¡Sí, sí; están prohibidos los cigarrillos! Nadie sabe por qué, desde luego. Bueno, estreche la mano de Rigaurie: es el mejor compañero de su hijo... ¡Vaya, buenas noches!

Salieron. El escribiente preguntó:

—¿Los gastos a cargo del Estado, señor juez?

—Veremos eso en la audiencia. La señora Marcial es viuda..., cinco hijos..., le pondremos quinientos francos al mes y el resto al Estado...

La auxiliar llamó a San Mauricio por teléfono.

«Dos plazas... Dieciséis y diecisiete años... ¿Dentro de quince días...? ¡Bueno...!». El escribiente arregló los papeles, tapó la máquina y cerró los archivadores.

—¡Buenas noches, señor juez!

Las siete. El señor Lamy se levantó con pesadez, abrió la ventana de par en par y respiró con los ojos cerrados. La mayor parte de las ventanas del edificio están a oscuras y tras algunas se van encendiendo las lámparas. El señor Lamy vuelve a ver a todos aquellos niños. «Sí, señor Lamy... Sí, señor Lamy... Dicen que sí para agradarme, pero ¿qué es lo que piensan “en aquel momento”? Están tan solos, tan solos...». Hace el balance de la tarde; se promete no ser tan confiado. ¡Tantos fracasos en quince años! Otros tantos fáciles triunfos para otros magistrados: los que llaman jueces pueriles a los jueces de Menores... Llaman.

—¿No le molesto a usted?

—¡Doublet! Al contrario... Espere usted que cierre la ventana.

—Vengo de examinar los expedientes que hemos de ver mañana —dijo el fiscal—. Son bastantes...

—¡Demasiados! Para la mayor parte de esos muchachos es un desastre la comparecencia...

—¿De veras? Ya ve usted que muchos se complacen en una verdadera exhibición de sus delitos. Hasta añaden otros que no han cometido.

—Sí, para algunos es una película en que pueden ser algo más que espectadores: entonces se convierten en protagonistas... ¡No olvide usted nunca que son «niños-cine» y «niños-radio»...! Pero para la mayor parte, ¡qué sufrimiento inútil todo ese aparato: los guardias, los sótanos donde los

obligan a esperar, el «infamante banquillo», como dicen los periódicos, y nosotros mismos, solemnes y desconocidos...!

«¡Desconocidos!». El señor Doublet piensa en la fotografía de su padre, el retrato de su abuelo, y les pide perdón...

—¡Sin embargo, es la única manera de imponerles temor, señor juez!, a ellos y a todos los que...

—¿Cree usted en el «valor del ejemplo», Doublet? Yo también, pero no en el mismo sentido... Escuche. Envía usted un muchacho a Fresnes. Admitamos que llega avergonzado y arrepentido. Allí descubre una sociedad nueva, muy bien organizada, que tiene su código, su «honor», sus héroes. ¡Una sociedad muy unida y muy contagiosa y en la cual figura como un pobre tipejo con un simple robo de bicicleta! Entonces toma pronto una decisión: salir de allí y realizar un «gran golpe» para volver con la cabeza alta y ser digno de sus nuevos compañeros... ¡Ése es el valor del ejemplo! A su edad, Doublet, se está tan dispuesto para el heroísmo como para la ignominia: ¡cara o cruz!

—¡Razón de más para poner la sociedad al abrigo de sus enemigos, cualquiera que sea su edad!

—¿Un castillo fortificado? —preguntó el señor Lamy sonriendo. Pero volvió hacia el magistrado su perfil imperioso—. ¡Antes de defender a muerte su castillo fortificado, los señores ponían al abrigo en él a todas sus gentes! Hagamos lo mismo: devolvámoslos a la sociedad por todos los medios, Doublet.

—Pero es que la sociedad se apoya sobre ciertas bases y una de ellas es la justicia.

—¿Se refiere usted a la «Organización Judicial»?

—Y ésta a su vez está basada en algunos principios que necesitaron siglos para abrirse paso: la responsabilidad, la «santidad» de la Cosa Juzgada, etcétera. ¡Todo esto es lo que está a punto de poner en tela de juicio el Tribunal de Menores!

—Responsabilidad, responsabilidad... —repitió el señor Lamy, acariciando con dedo distraído su mechón blanco—; nuestros niños son responsables de su conducta, ¡eso sí!, pero de su delito..., ¿eh? ¿En qué consiste, en tantas ocasiones, la diferencia entre el niño delincuente y el predispuesto a la delincuencia, Doublet? En la «ocasión»: es decir, en la sociedad, en nosotros, en todos nosotros...

Las pestañas rubias se agitaron más deprisa ante la fría mirada; el señor Doublet se turbó.

—De todos modos —respondió— corresponde a los psiquiatras el apreciar...

—¿Cómo?, ¿los psiquiatras determinando el grado de responsabilidad de un acusado, como los médicos el grado de incapacidad para el trabajo de un accidentado? ¡Qué comedia, Doublet! Los psiquiatras de la vieja escuela son botánicos que clasifican a los hombres en sus herbarios. Olvidan que son médicos: ¡saben descubrir, pero no curar!

—En todo caso, la «santidad» de la Cosa Juzgada...

—... ¡Es muy práctica! Se da carpetazo al asunto y se lava uno las manos. «¿Dónde está la verdad?»... Desgraciadamente un pobre niño quedaría cogido tras la puerta... A Dios gracias, con los pequeños podemos cambiar de decisión en cualquier momento.

—¡De ahí esos retoques incesantes, ese trabajo que nunca queda terminado!

—Sí, es lo que se llama «rectificar el tiro» —dijo dulcemente el señor Lamy.

—¡Nunca procede usted sino por pequeños toques!

—¿Y cómo hacen los instructores? ¿Cómo hacen los maestros?

—¡Pero nosotros somos jueces! —gritó el señor Doublet, golpeando la mesa.

—¿Y con qué derecho?

El sustituto miró con asombro al señor Lamy: jamás le había oído hablar con tal violencia. Pero, casi al instante, la sonrisa volvió a ocupar su lugar entre las profundas arrugas.

—¿Sabe usted lo que me dijo un niño al ver pasar a uno de nuestros colegas llevando sobre la cabeza ese birrete bastante ridículo por el que nos pagan? «¡Oh, un Juez-Rey!»... No, eso no es una corona, Doublet; y nosotros no somos sagrados. Nuestra única justificación es procurar salvar a los culpables: procurar *humildemente* salvar a los que creemos culpables.

—Sin embargo —contestó el señor Doublet pérfidamente—, usted desempeñó mi papel en otro tiempo...

—¡Quizás un día desempeñará usted el mío!

—Y como Fiscal de la República pidió usted penas de muerte, ¿no es cierto?

El señor Lamy pasó su blanca mano por delante de los ojos y se vio brillar en ella durante un instante las dos alianzas.

—Sí, Doublet, una vez; y aquel hombre fue ejecutado; y aún no sé... ¡Ah! Cada vez que saco del peligro a un niño me parece que equilibrio un poco la

balanza.

—¡Nuestros padres y nuestros abuelos no se planteaban tantos problemas!

—Vivieron exclusivamente para sí —dijo lentamente el señor Lamy—. Al empezar su carrera se «colocaban», ésa es la palabra. Ya estaban «colocados», y el resto del mundo se encontraba del otro lado: «del lado malo del mostrador»... ¡Lo mismo pasa con los profesores, los taberneros, los banqueros, los funcionarios, los comerciantes: hay el lado bueno y el lado malo del mostrador...! ¡Qué triste sociedad, Doublet!

—¡Hacen mucha falta los jueces!

—Sí, pero paternales; sí, pero modestos; ¡que no se apoyen en la autoridad de su función, sino en el amor! ¡Que se fijen en el hombre y no en el hecho...! He dicho muchas veces que el Tribunal de Menores no debería estar ya en el Palacio de Justicia. Sí, sería preferible por los niños; pero esta noche creo que quizá sea necesario que siga en él «por los jueces»: para que permanezcamos entre vosotros como un laboratorio, como germen de una nueva justicia, más humana...

—¡Como una espina en nuestro cuerpo! —dijo el fiscal, esforzándose en sonreír.

De pronto les pareció que la lámpara palidecía, como si se levantara el alba: como todos los días a aquella hora, acababa de iluminarse la Santa Capilla.

—¡Mire usted! —dijo el señor Lamy; y cogiendo del brazo a su colega lo llevó hasta la ventana: la torre dorada, translúcida, surgía de los tenebrosos muros y atravesaba el cielo oscurecido—. ¿Sabe usted por qué la construyó san Luis?

—Yo no soy católico practicante —respondió el otro con algo de sequedad.

—Para albergar la verdadera «Corona de Espinas». Cristo, Doublet: éste es un bello ejemplo de la Autoridad de la Cosa Juzgada, ¿no le parece?

De nuevo miró la Santa Capilla. Pensaba: «Ahora está prisionera entre nuestras negras piedras, nuestros archivos rencorosos, nuestras palabras altisonantes... Iluminada en el centro del Palacio de Justicia, como un corazón que vela en un cuerpo dormido... Es un rehén: ¡está ahí para testimoniar, para gritar que no hay Justicia sin Amor!».

## Capítulo noveno

«*En la hora folemne...*».

Todo era gris: los muros, el cielo y hasta el blanco de la bandera; todo menos aquel hombre de blusa blanca que se mantenía como en octubre último en el umbral del hospital-hospicio cuando Alain Robert, acompañado del guardia, entró en él. El hombre le sonrió y le hizo un gesto amistoso. «Me reconoció —pensó con amargura el muchacho—. ¡Nada ha cambiado! Nada cambia; nunca saldré de aquí...».

—Aquí está —dijo sencillamente el guardia, acompañándole al Departamento de muchachos. Abrió su cartera; sacó de ella unos papeles que hizo le firmasen (como el factor que entrega un paquete). Volvió a cerrar la cartera, saludó y se marchó. A pesar de acompañarlo no había echado una sola mirada al muchacho hasta aquel «¡Aquí está!». El desagradable olor de su piel, que daba náuseas al pequeño, se alejó con él, y Alain Robert entró de nuevo en el olor de lejía, de comedor y de ropa sucia: en el mundo de los niños abandonados. En Denfert-Rochereau encontró otra vez el dormitorio, el aula, el recreo: una caricatura de Terneray, pero con árboles medio secos, campos de cemento y relojes por todas partes. Porque en aquellos lugares, donde día tras día cada niño esperaba en vano no se sabía qué, el tiempo, presente en todas partes, lo miraba desde la altura. Alain se puso a esperar, como los demás. Estaba en la avenida central con la cabeza levantada, las manos en los bolsillos y la mirada vuelta hacia la puerta de entrada, siempre abierta del todo; le parecía que sólo tragaba niños y no devolvía más que personas mayores: una inmensa trampa... Las enfermeras llevando bebés abrigados en sus capas azules, los carros de mano, rebosantes de ropa blanca, muchachos cubiertos dos a dos con la misma capa (se veían trotar cuatro piernas delgadas bajo la tela); mozos de cuerda abrumados por unas cajas de basura más grandes que ellos; camilleros escoltando un montón de mantas de donde colgaba una mano... Alain Robert no veía nada de aquello. Miraba hacia la avenida, más allá de la puerta, hacia el árbol, aquel plátano «libre»;

oía acercarse, frenar y volver a marcharse cada autobús y acechaba su breve paso. El camino de Ternera y...

Tantas horas y tantos pasos lo separaban de él ahora, que en algunos momentos le parecía que Ternera y se encontraba al otro extremo de la tierra, en otro clima. Pero a veces también se le oprimía el corazón al pensamiento de que en aquel mismo instante, a algunas horas de allí, la señorita Francisca hablaba, andaba y hasta quizá pensaba en él.

Al día siguiente por la mañana, el doctor Clérant lo mandó llamar.

«¡Otro que va a interrogarme!», pensó el niño, sin desagrado. Poseía a fondo su versión de los hechos, la había adornado y terminaba por creer en ella.

La auxiliar del doctor, la señorita Alicia, le sonrió entornando los párpados, pasó su mano por la lustrosa maleza de sus cabellos y no le preguntó nada.

—El doctor está ocupado. Dibuja mientras lo esperas...

¡Qué manía! Alain Robert cogió la hoja y dibujó una mujer de perfil. Lápiz verde para los ojos, amarillo para el pelo... Cuando se dio cuenta de que había representado a la señorita Francisca, cogió los lápices sepia, castaño y negro y convirtió la juvenil fisonomía en la de una arpía, a la que añadió un pecho enorme.

—El doctor te espera...

Entró, con su dibujo en la mano. Habían colgado de la pared un cuadro muy alegre que representaba unas regatas. Volvió a ver al doctor con gusto: su mirada de perro, su suciedad de gato; el hombre que lo había enviado a Ternera y...

—¡Buenos días, querido! Supe que estabas en la casa; quise darte un apretón de manos...

Aquel tono tranquilo, aquella mirada vaga que de repente (pero ¿cuándo?) iba a enfrentarse con la suya: todo esto daba al muchacho confianza y malestar. «Si me pregunta, acabaré por decírselo todo... Rita... Germana... ¡No es necesario!».

Alain Robert comenzó su relato en versión expurgada. El doctor mantenía bajos los párpados, altas las cejas; de repente, el ciego recobró una mirada despiadada.

—Me estás contando una historia inventada, ¿eh?... ¡Pues no me interesa...! Prefiero que me enseñes el dibujo...

Lo miró sin hablar; luego lo levantó a la luz para verlo en transparencia.

—¿Piensas alguna vez en la señorita Francisca?

—Sí —dijo el muchacho, y casi enseguida, con voz dura—: ¡No!

—¿Encontraste a alguien que se le parezca?

Alain Robert no contestó, pero se puso tan colorado que el doctor prosiguió tranquilamente:

—¿Estaba en París o... en otra parte? —Estuvo a punto de decir «en Beauvais», porque el juez Lamy le había telefoneado...

—En París —murmuró el muchacho.

—¿En la calle? ¿En algún café...? ¿En la feria? En la feria, ¿verdad? Pero bueno, no es culpa de la señorita Francisca que otras mujeres se le parezcan, ¿no? Aun cuando esas mujeres... Pero ¿adónde vas? ¡Sigue sentado, querido...! Ya ves, la habitación ha cambiado desde la última vez. ¿Te agrada ese cuadro...? Pero tú también has cambiado, tengo esa impresión... ¿Me equivoco...? ¿No encontraste a nadie, en París o en otra parte? ¿No te contaron nada...? ¡Mira! —Le enseñó el pecho de la buena mujer en la hoja—. No habrías dibujado esto en octubre... ¿Por qué?

—La detesto.

—¿A quién...? ¿A la joven morena?

—Sí, a Germana.

—Escucha, quizá tengas razón en odiar a Germana o en odiarte a ti mismo; ¡pero confiesa que sería absurdo querer mal por eso a la señorita Francisca! —Se inclinó hacia él, mirándole a los ojos—. «Y más todavía querer mal a tu madre»... Tu madre vive. Te ha llevado en su seno, te puso en el mundo, te amó... Pero no tuvo la suerte de poder conservarte, de poder ser dichosa como las demás madres... Sin duda era muy pobre, o estaba enferma, o se hallaba enteramente sola... Quizá no tuviese casa... No lo sabemos ni tú ni yo. Y lo que no se sabe, no puede juzgarse, ¿estás de acuerdo...? Pero si algún día encuentras a tu madre será preciso «primero» pensar en esto: en el pesar que tuvo por no poder conservarte... ¡Éstas no son historias de feria ni de Germana...! Dame la mano... —El pequeño corazón latía, latía, latía, en la frágil muñeca—. Oye, querido, hay que ser razonable; alguien te contó cómo hacen los papás para tener un niño, ¿no es verdad?

—Sí, Germana —murmuró el muchacho—, y es muy desagradable.

—Encuentras eso desagradable porque no quieres a Germana. El día en que seas un hombre y ames de veras a una mujer, querrás tener un niño que sea hijo de los dos. Entonces ya no encontrarás todas esas historias tan desagradables.

Se quedó mirando al muchacho un largo rato, sin pestañear, como si no lo viese; luego se levantó.

—Medita lo que te he dicho, querido, y vuelve a verme si no estás conforme... ¡Ah!, estoy pensando: hay en tu dormitorio un chiquillo algo cojo...

—¿Adriano?

—Sí. Está aquí completamente desorientado y tengo miedo de que los demás se burlen de él. Tú conoces la casa y además sabes defenderte. ¡Cuídate de él! ¿Cuento contigo?

—Pero ¿volveré a Terneray?

—Eso no depende de mí, por esta vez.

—El señor Lamy me dijo...

—Entonces volverás allá. Pero cuando se tiene tanta gana de estar en un sitio es una tontería empezar por marcharse de él, ¿no te parece? Mientras no te marches, cuídate de Adriano: me parece más conveniente que pensar siempre en ti y en... la misma cosa, ¿no...? ¡Hasta la vista, querido!

La señorita Alicia lo esperaba en la entrada.

—¡Adivina quién acaba de telefonarme!

—La señorita Francisca —respondió él sin vacilar.

—¡Sí! Mañana es su día de descanso y va a venir a verte aquí. ¿Estás contento? ¡Toma!, ya lo creo, nunca te había visto sonreír... Y como una dicha nunca viene sola, aquí tienes unas revistas que compré para ti...

—¡Oh, gracias!

—No hay de qué; así me evitaré el mandártelas a Terneray, como de costumbre.

—¿Qué es lo que está diciendo?

Alain Robert se puso tan pálido que ella le tendió los brazos instintivamente: él dio un paso atrás.

—¿Qué ha dicho usted?

—La verdad: que o el doctor o yo enviamos todas las semanas a tu nombre a Terneray... ¡Pero recoge estos periódicos! ¿Por qué los tiras al suelo?

Con la mano temblorosa sacó del bolsillo junto al corazón las preciadas fajas: todo lo que se salvó del naufragio...

—¿Es usted..., es usted quien escribió estas direcciones?

—El doctor y yo, sí.

Ella no comprendió, no comprendería jamás, por qué el muchacho desgarró aquellos papeles y se los tiró a la cara, gritando con voz ronca de lágrimas:

—¡Dígale usted a la señorita Francisca que no venga mañana! ¡Si viene me esconderé! ¡Me escaparé! ¡No quiero verla, no quiero verla!

En los sótanos del Palacio de Justicia Alain Robert espera. Sentados en unos bancos de piedra, con las espaldas y las nuca apoyadas en los muros, semejantes a estatuas de la Resignación, del Miedo y de la Soledad, ocho o diez niños —entre ellos Alain Robert— esperan. Los guardias fuman en silencio; hace quince años que no tienen más que decirse que buenos días y buenas tardes. Al otro lado del muro ciego y sordo esperan otros tantos muchachos; y más lejos, hombres y mujeres. Por encima de sus cabezas se anda, se habla, se vive. Pero si se seccionase el Palacio de Justicia a ras del suelo, se encontraría en sus sótanos la encarnación de todos los crímenes: desde los padres que matan a sus hijos hasta el muchacho que se escapó para encontrar a los suyos; hasta Alain Robert...

Ayer, el señor Lamy volvió a citarlo.

—Vaya, no puedo mandarte a Ternera y por mi propia autoridad: también has robado un perro, pobre querido mío. Tienes que comparecer ante el Tribunal: es la ley y no fui yo quien la hizo... Pero en el Tribunal volverás a encontrarme. Tendré puesta una toga, se levantarán cuando yo entre, pero seguiré siendo yo, tu amigo... De modo que te hice venir: primero porque siempre me gusta verte, y luego para decirte esto: ¡no te dejes impresionar por el espectáculo, los guardias, los abogados, el fiscal! Piensa que es una formalidad y que no hay ninguna diferencia, ¿comprendes?, ninguna diferencia con lo de hoy, con este despacho en que hablamos tranquilamente... Y a condición de que no hagas más tonterías, nadie, jamás, podrá echarte en cara haber tenido que ver con la justicia. Esto no quedará escrito en ninguna parte... Así, pues, ¡hasta mañana, Alain Robert, y no te preocupes!

No se preocupa; pero casi no ha dormido esta noche. Y los otros muchachos tampoco se preocupan; pero uno tiene una palidez verdosa y se muerde las uñas; otro apoya la mejilla en la pared y llora; y el mayor vuelve del retrete por tercera vez. «No te dejes impresionar por el espectáculo...», se repite Alain Robert. Sin embargo, se cierne sobre su cabeza y precisamente antes de la audiencia, una escena no prevista en el programa...

—Debo advertir a usted, señor juez, que en el asunto Alain Robert solicitaré su ingreso en otro Internado de Reeduación, más severo.

—Doublet —dijo el señor Lamy, abrochándose la toga—; conozco muy bien Ternera y le aseguro a usted que cometería un error. Por otra parte, el doctor Clérant acaba de escribirme y piensa también...

—He confesado a usted la otra tarde mi sincero pesar por ver los más esenciales principios de la justicia dejados de lado en el Tribunal de Menores...

El señor Lamy le interrumpió sonriendo; pero sus inquietos ojos desmentían la sonrisa.

—¡Nosotros respetamos la colaboración, Doublet! Para delitos graves de adultos, para asuntos de sangre, mis colegas pueden tomar asiento solos en el tribunal; ¡pero para un niño que corría en busca de sus padres, para los perros abandonados, yo tomo asiento entre mis dos asesores...!

—Me refiero a la progresión de las penas —respondió el sustituto, que no se dejó desarmar—. ¡Alain Robert cometió una nueva falta y no es lógico dejarlo en el mismo Centro!

—Una nueva falta, no: su «primera» tontería. Nosotros no fuimos quienes lo colocamos en Terneray: fue el médico de Denfert-Rochereau.

—Porque era insoportable —dijo el señor Doublet con un revuelo de mangas—. Conozco el expediente.

—Y yo conozco al niño —respondió dulcemente el juez—. ¿Insoportable? Sí, porque se le cambiaba de «padres» continuamente...

—¡Usted toma la causa por el efecto! Hubiera hecho usted un buen abogado...

«No sacaré ya nada de él —pensó el señor Lamy—; su toga es la que habla en lugar suyo...». Preguntó bruscamente:

—¿Vive aún su madre de usted?

—¡Sí, sí! —Por espacio de un instante una expresión infantil iluminó su rostro.

—Entonces no puede comprender lo que es no tener «ya» madre. ¡Pero «no tenerla», Doublet, no haberla tenido «nunca», no puede comprenderlo ninguno de nosotros! Es algo así como si tratásemos de comprender la noción que un ciego puede tener de la luz...

—¡No veo la relación!

—Es sencillo: ese muchacho está inutilizado para la vida. ¿Cómo castigarlo por haber querido buscar a sus padres? ¿Y cómo quitarle, en el mismo momento en que se desespera por haber fracasado, los únicos afectos que lo sostienen, privándolo de Terneray?

—Nos esperan para la audiencia —dijo secamente el sustituto.

Cuando en el sótano llamó el alguacil «¡Alain Robert!», el muchacho se levantó, pero volvió a caer sentado: le flaqueaban las piernas. «No te dejes impresionar... Es una simple formalidad...». Apretó los dientes y siguió al

del uniforme. La escalera de piedra le pareció interminable: respiraba mal y su corazón latía cada vez con mayor fuerza, como si escalase una montaña.

Al desembocar en la antesala fue el centro de todas las miradas curiosas, indiscretas o compasivas: la mirada indiferente de los abogados, la fija de los testigos, la ansiosa de los parientes. Y de repente pensó que sus propios padres se encontraban quizá entre todos aquellos. Y que lo verían «por primera vez» ante los jueces, entre guardias... Quedó cortado, como si las flechas de tantas miradas lo alcanzasen. El alguacil lo cogió por el brazo sin dureza, empujó la puerta y lo hizo entrar delante de él. La sala del Tribunal le pareció inmensa (estaba casi vacía); así es como se empuja al toro para echarlo al ruedo. Alain Robert reconoció aquellos lugares tal como se los había descrito Marco, y sin embargo... Era y no era como en las pesadillas. Avanzó hasta la baranda que cerraba el estrado y se agarró a ella con las dos manos que las mangas ocultaban: parecía un pasajero inclinado sobre la borda del buque y que no sabe si podrá contener el vómito... Veía muy de lejos al señor Lamy, que sonreía con arrugas en la frente. La lámpara ocultaba su golilla y tenía aspecto de cura. A su derecha, un señor viejo, con la mano en pantalla sobre la oreja; a su izquierda, un tipo barbudo que se limpiaba los lentes. Precisamente frente al estrado, el fiscal, inmóvil y con la mirada fija como un pájaro nocturno. Alain Robert, con la boca entreabierta y las cejas fruncidas, quedó fascinado por sus ojos verdes.

—¡Vamos —repitió el secretario del Tribunal—, su identidad!

La sabía de memoria hacía mucho tiempo, y la recitó de un tirón.

«Es un idiota», pensó el señor Doublet.

—¡Más despacio, vaya! —dijo el secretario.

Alain Robert notó que el hablar le daba náuseas; apretó aún más con sus garras la barandilla de madera: todo empezaba a dar vueltas ante sus ojos. La puerta del fondo se cerraba y se abría continuamente; los abogados entraban como una tromba, cuchicheaban con sus colegas, miraban la hora y se marchaban. El señor Lamy explicaba el asunto a sus asesores. «Éste es un buen muchacho... acogido por la Beneficencia, once años..., todos lo querían en Ternera... Y luego viene la desdichada historia de un perro, o más bien la historia de un perro desdichado...». Pero Alain Robert no escuchaba: su mirada iba sin cesar del banco de los parientes (precisamente delante del tribunal) a aquella puerta por donde continuaban entrando y saliendo como en un vestíbulo: «“Ellos” van a entrar, se decía; “ellos” van a sentarse aquí... ¡Oh!, ¡voy a vomitar...! Y si vomito, me condenarán...».

—¡Eh, Alain Robert!, ¿me oyes? —dijo el juez con voz fuerte—. ¿Qué es lo que miras? ¿De qué tienes miedo? ¡Nadie puede entrar por esa puerta, nadie! ¡Míranos a nosotros, pequeño!

Se hizo un silencio. El muchacho volvió lentamente sus ojos hacia los del señor Lamy y se estremeció, porque le recordaban otra mirada. Pero ¿cuál? Tanta confianza, amistad, insistencia también... ¡Ah, sí!, la mirada de Caddy.

El juez se volvió a su vez hacia el ministerio público y el silencio se hizo más pesado aún.

—Quisiera —dijo el señor Doublet— hacer una pregunta al joven acusado.

—¡Alain Robert, escucha al señor fiscal! —ordenó el señor Lamy con voz algo alterada.

—¿Tiene usted mucho interés en volver a Terneray?

«¡Oh, no!», pensó el muchacho (y si el señor Lamy se lo hubiera preguntado le hubiera dicho: ¡no!, pero aquel individuo de ojos verdes no lo quería bien; era más prudente responder lo contrario de lo que se pensaba...).

—¡Oh, sí!, señor —dijo el joven «acusado».

—El Tribunal será responsable de lo que ocurra —murmuró el señor Doublet.

Con un movimiento de manga dejó entender que no tenía nada más que preguntar y que se desinteresaba de las consecuencias. El señor Lamy pareció suspirar: era que recobraba la respiración, suspendida desde que el fiscal empezó a hablar... El señor anciano y el barbudo se inclinaron hacia él, con deferencia de diáconos. Sin embargo, su conciliábulo y cuchicheo parecía el de tres chiquillos tramando una travesura.

En el fondo de la sala, entre los pocos espectadores, se encontraba un niño pequeño que se agitaba con impaciencia y repetía con voz gatuna: «¡Vámonos!, ¡vámonos!». Esto no parecía desagradar al señor Lamy; pero el fiscal dijo con fuerza «Chist..., chist..., chist...» y el secretario dirigió al jefe de los alguaciles un gesto trágico. El otro se levantó y fue a hablar al oído a la madre que salió de la sala con el niño.

Con voz firme y sin entonación, el señor Lamy leyó un texto del cual no comprendió nada Alain Robert. Seguía con la mirada el vuelo de las palomas grises, blancas y azules que revoloteaban por el patio.

—Esto significa, querido muchacho... —dijo el señor Lamy con voz natural—. ¿Me oyes? —«Seguramente es idiota», pensó el sustituto—. Esto significa que volveremos a mandarte a Terneray, como si nada hubiese pasado. El Tribunal cree que eres persona en quien puede tenerse confianza, y

que no te aprovecharás de eso para contar absurdas historias a los compañeros y para volver a empezar. Vamos, hasta la vista, Alain Robert.

¡Terney! ¡Qué ráfaga tan tempestuosa! ¡Marco, Mamy, Colmillo Blanco, Terciopelo, Taka, Radar, Clemenceau, Tomahawk se precipitaban a la vez por la puerta que acababa de abrirse! Y la estrecha mirada verde del fiscal se anegaba en la amplia mirada verde de la señorita Francisca, como un río en el océano... Alain Robert no sabía si un minuto antes pensaba lo contrario: el instante lo «arrastraba», como siempre en el mundo de los niños... ¡Terney! Las palomas se habían posado; el muchacho volaba... Dirigió al juez Lamy su primera sonrisa y corrió delante del alguacil. Al pasar por la antesala vio al pequeño indeseable; le sonrió también y le susurró: «Vámonos..., vámonos...».

La víspera de aquel día, la señorita Francisca, con su maleta en la mano, llama a la puerta de Mamy. «¡Adelante!». Mamy observa con mirada nueva los hombros cuadrados, los largos cabellos amigos del viento, los ojos de corza, todo aquello que ella sabe ha de recordar dolorosamente después de la marcha de Francisca.

—Vengo a pasar con usted mi último cuarto de hora en Terney...

—¡El último no, Francisca! ¡Volverá usted dentro de ocho días, gracias a Dios!

Francisca sacude los cabellos con un movimiento de cabeza a la izquierda y luego a la derecha pareciendo negar...

—Pero entretanto me habré comprometido de manera definitiva. Nada será ya igual —respondió casi con dureza. Un silencio. Un insoportable silencio...—. Búfalo no tendrá dificultades: todo está en orden en el número 3.

—Todo menos usted, Francisca. Usted es desgraciada...

—Desgraciada, no; pero remordimiento sí. ¡Es irritante! Pero tengo mil razones para irme...

—Preferiría usted no tener más que una sola, pero decisiva, ¿verdad? —preguntó Mamy con su dolorosa sonrisa.

—El pequeño Alain Robert...

—El pequeño Alain Robert ha sido la gota de agua que hizo desbordar el vaso. Pero esta gota no pesa más que las otras; ¡es la última; eso es todo!, y no es culpa suya...

Francisca se apretó tan fuertemente las manos que se volvieron enteramente blancas.

—Tiene usted razón, Mamy. Soy yo la que no tengo bastante valor para esta profesión...

—¡Veinte veces más valerosa y mejor dotada que yo! Pero yo he franqueado el paso peligroso, y usted, al contrario, está llegando a él...

—¡Hay que escoger entre esta profesión y el matrimonio! —dijo Francisca con gran fuerza, como para convencerse a sí misma—. ¡Escoger entre esta profesión y una vida normal!

—Es el único problema verdadero de la tierra: «Escoger entre dos amores...». A menos que se les pueda conciliar —añadió a media voz.

—¿Como usted?

—Como yo...

—¿Está usted segura?

—Creo que sí —respondió Mamy humildemente—. ¿Por qué me dice eso?

—¡Porque soy desgraciada y eso me hace ser mala! —dijo Francisca, cogiendo la pequeña mano blanca entre las suyas y aplicándola a su mejilla.

—¿No querría usted tener mi felicidad? —preguntó Mamy con esfuerzo después de un silencio.

—¡No, no, Mamy; no querría que cuando dijera «mis niños» mi marido no supiera nunca si se trataba de los nuestros o de los del Pabellón 3...! No querría, como vi en el Centro donde estuve antes de Ternera, que entre un pupilo enfermo en la enfermería y su hijo enfermo en su casa, mi marido prefiriera pasar la noche velando «al otro...». Yo no querría..., ¡perdone usted, Mamy...!, ¡que mis hijos corriesen el riesgo de ser educados, de estar peor cuidados, que los de otros...!

—¡Pero, Francisca, si usted tiene que trabajar se entregará durante siete horas diarias a la venta de telas o a la fabricación de viguetas, y no a la educación de sus hijos...! ¡Los niños de los demás valen más que las viguetas...! Es una gran misión —añadió a media voz.

—No nos casamos con una misión: nos casamos con un hombre. Se casa una con el que ama; y desgraciadamente no es Búfalo, no es Tomahawk, no es Roberto... ¿Qué haría usted en mi lugar?

—No sé. Sólo sé que va usted a faltarnos, Francisca..., y que muchos de nuestros niños van a perder a su madre por segunda vez... Y también que es esencial para su porvenir que tengan en el Centro mismo la imagen de un verdadero hogar, de una familia dichosa... Este niño —prosiguió bajando la voz—, este niño tan pequeño que va a nacer esta noche o mañana...

—¡O la noche de Navidad!

—No sabe usted qué sitio inmenso ocupará aquí.

—¡Sesenta hermanos de golpe!

—Será el más frágil, el único sin defensa, el único absolutamente inocente: ¿cómo no quererlo?

—¡Estarán todos celosos de él, Mamy!

—Al principio. Pero eso no es tan malo: estar celosos es tener conciencia de su amor.

—¿No cree usted —preguntó Francisca con irritación— que ponemos demasiado «amor» en todo esto? El doctor Clérant, cuya misión es también la de salvar niños, basa su acción solamente en la «simpatía»...

—Y Tomahawk en la «amistad»; cada uno da de aquello que tiene más. ¡Y los niños necesitan de los tres, créame usted!

—¡Pero nuestro «método» es agotador!

—¡Intente usted cambiar! —dijo Mamy, sacudiendo el casco gris de su pelo—. ¡Vamos, Francisca, lo que es agotador es ser cristiano!

—¡Procurar serlo! Porque si se lograra enteramente...

—Si usted no es cristiana, tiene razón para marcharse; si es cristiana, tendrá que reprocharse algo si se va. Claro que eso es cosa suya, pero...

Francisca se levantó y dio unos pasos por la templada habitación.

—Los niños son mi prójimo, es cierto, pero mi prometido, Mamy, mi prometido es mi prójimo más próximo.

—¡Cuidado con que su «prójimo más próximo» no sea usted misma! Es un lazo...

Las dos caras se vuelven al mismo tiempo hacia la ventana.

—¡Aquí está el coche, Francisca! ¡Abráceme usted pronto!

—¡Oh, Mamy, dejarla a usted en este momento...!

—En eso, al menos, nada puede usted: no somos usted ni yo quienes fijamos la fecha de los permisos militares ni la de la venida al mundo de los bebés... ¡Deme un beso!

Siente sobre sus mejillas la seda de los largos cabellos, pero también una huella húmeda.

—¡Y ahora no vuelva usted a pensar en esto, Francisca!

—¡Cuenta usted conmigo para no pensar más que en esto, por el contrario!

—¡Hasta que usted *le* encuentre!

Francisca franquea la puerta, pero vacila y se vuelve:

—¡Mamy, usted..., usted le dará un beso a Alain Robert de mi parte!

Todos los muchachos del Pabellón 3 esperan junto a la verja al autocar que tiembla, gruñe y humea como una gran fiera cazada.

—Hasta la vista, hermana —dice Marco, apretándole la mano con fuerza y añadiendo muy bajo—: ¿Qué profesión tiene él?

—¡Oficial de Marina!

—¡Pues yo también —responde Marco con una lógica muy particular— seré aviador!

Taka mastica en silencio; Celestino (Globo Cautivo) se enfurruña un poco. La señorita Francisca rehusó el pichón con que quería obsequiarla.

—¡Pero si va a volver enseguida...!

—¡También yo volveré dentro de ocho días! En mi ausencia, pídele a Búfalo que te preste *El Principito*... Miguel, ven acá: tengo que decirte una cosa... ¡Lávate por detrás de las orejas aunque yo no esté aquí! —le susurró.

Pasó la mano por la cabeza de Terciopelo. Sacó él de su bolsillo la armónica espolvoreada de azúcar (¡tan fácil de tocar durante los primeros compases!): «¡Esto no es más que un “hasta la vista”, hermanos míos!». Colombo, el negrito, sacó su pañuelo algo sucio, pero que al lado de sus párpados parecía blanco... «¡Que el coche se marcha, pronto, pronto!», dice Francisca, cuya sonrisa se apaga. ¡Se marcha! A través del vidrio empañado ve a Marco echar hacia atrás el pelo con el mismo ademán que ella..., a Radar hacer el saludo militar..., a Colombo secarse los ojos... Luego, nada más que árboles secos: la carretera da vuelta.

Los niños se encuentran de golpe en el invierno. Todos vuelven amargados, celosos de ver a los otros tan tristes como ellos. Se largan puñetazos, se insultan sin motivo, pero no sin aspereza. Al final de la avenida, entre árboles descarnados y negros, el maestro Roberto, negro y descarnado, se muestra ya inquieto con grandes gestos.

Al pasar por el garaje, Búfalo cree soñar: ¡su viejo carricoche, enteramente armado de nuevo! Con la cabeza en el motor y los brazos engrasados hasta el codo, dos muchachos se inclinan ante el milagro con tanta atención que no oyen a Búfalo. Éste los reconoce por la espalda y por la nuca: el Caíd y Pablo (el Invencible). «¡Lo han reconstruido! ¡Son unas fieras...!». Con el corazón rebotante de orgullo, pero también de nostalgia («¡Querido “Bidule”!»), Búfalo va a llevar la noticia a Colmillo Blanco, que llama a Pablo:

—¿Reparaste el coche, querido? ¡Ya ves que un día serás un as de la mecánica! Aquí están los quinientos francos convenidos...

—¡No los quiero, maestro!

—¿Por qué, Pablo?

—Tengo mis razones; yo..., yo lo he armado para entretenerme.

Colmillo Blanco lo mira con inquietud... ¡No comprende...! El otro sostiene la mirada. Se juega su destino en un parpadeo... ¡No!, no pestañeará. «¡Como quieras, chico!». Colmillo Blanco guarda su billete nuevo, que en lo sucesivo carecería de valor para él: «¿Qué es lo que antepone a él este muchacho? ¿Su orgullo? ¿El deseo de reparar una antigua falta? ¿O acaso...?».

Pero llaman al teléfono. Es la Clínica Maternal: aguardan a Mamy mañana, 24 de diciembre... Nueva llamada: Denfert-Rochereau anuncia para mañana el regreso de Alain Robert... Vamos, ya suena otra vez... ¡Aló...! Ahora es el señor Provins, muy preocupado: el Ministerio se empeña en promulgar un proyecto de Estatuto de los Educadores en que se exige el bachillerato...

—¡Qué idiotez! Entonces Búfalo...

—Búfalo y otros centenares que nacieron para esta profesión y que serán reemplazados por... ¡maestros Roberto...!

—Es buena persona, ya sabe usted...

—Lo sé. Pero jugamos una partida demasiado seria para entercernos, Colmillo Blanco. No se trata ahora de «un» buen hombre, sino de «veinte» años que se perderán o no se perderán... Además, es el día de las malas noticias: el juez Lamy...

—¿... deja el Tribunal de Menores?

—Creo que esta vez se decidió: va a ser nombrado consejero de la Sala de Apelación.

—Sin embargo, si solicitase continuar...

—¡Lleva ya seis años de retraso en su carrera normal! No puede hacer más... ¡No! Lo que sería lógico, eficaz y equitativo es un ascenso en el mismo puesto, como les ocurre a algunos funcionarios. Pero el estatuto de la Magistratura no tiene eso previsto.

—¡Los estatutos, siempre los estatutos!

Búfalo, a quien el teléfono inquieta mucho aquellos días, acudió a saber las noticias; luego, consternado, marchó a contárselo todo a Tomahawk.

—¡No te preocupes! Seguramente os darán una oportunidad...

—¿Qué oportunidad?

—Un examen que equivalga al bachillerato para los jóvenes como tú, y yo te prepararé para él.

—¡Ah, querido!, ¡fi fupiefef qué mal eftudiante foy!

Tomahawk encendió su pipa india, y para alegrar aquella pobre cara de boxeador vencido exclamó:

—Dime, ¿vas mañana a la Misa del Gallo? —Es buena la receta: llamar en socorro del hombre al niño que había en él...

—¡Ni que defir tiene!

—No te comprendo: no vas nunca los domingos... En el fondo eres como yo. Búfalo: no crees en eso.

—¡A mediaf!

—¡Sólo que tú no crees en otra cosa!

—¡Déjame en paz, padrecito; hoy no tengo ganaf de difcutir!

—En el fondo es tu infancia y nada más, lo que vas a buscar mañana por la noche.

—Bueno, ¿y qué?

Tomahawk, con los ojos cerrados, echó una larga bocanada; después, su perfil de indio se endureció.

—No me gustan los gestos inútiles.

—Y a mí no me guftan los entrometidof. ¡Dame tabaco!

24 de diciembre. Ningún muchacho se equivoca en esto: ¡la Navidad es esta noche, no mañana! Y cada uno prepara a su modo la fiesta íntima, que no tiene el mismo sentido en unos que en otros. Marco se pone guapo para la Misa del Gallo; sabe que la señorita Francisca asistirá también, en un lugar o en otro, pero «en el mismo momento», y es como si fuese a verla. Radar compró una tarjeta postal «fantástica»: una iglesia cubierta de nieve bajo un cielo estrellado. Cuando la mira, se figura oír sonar las campanas... No sabe si pondrá «mi querido Ernesto» o quizá mejor «querido cuñado» (para que el cartero de Terneray, que se burla de sus orejas, sepa que es cuñado de alguien). Taka rompe su quinto menú de la cena; el sexto (pavo, faisán, *foie-gras* de cabrito, etc.) lo copiará con letra gótica en su «carnet de banquetes». El gordo Celestino supone que mañana vendrá a visitarle su gemelo: se pasearán durante horas enteras sin decirse una sola palabra; ¡será magnífico...! «Y mañana va a venir Odette —se decía Terciopelo—. ¡En Nochebuena no podrá negarme un beso...! Odette... Odette...». Y el pequeño Miguel, con ayuda de unos espejos, comprueba que la parte de atrás de sus orejas está bien limpia para la visita de su madre: ¡que tampoco vendrá mañana!

En medio de estos preparativos llega Alain Robert. Desde Melun el hijo pródigo no se sintió a gusto: esperaba y temía que todos los chicos lo esperasen en la verja; que la señorita Francisca lo besase delante de todo el

mundo; que Marco estuviese un poco celoso; que Olaf... Espera y teme y le duele el estómago. Antes de los bosques de Ternera y el vehículo se cruza con el coche del Centro (que transporta a Mamy a la clínica): en el relámpago del encuentro Alain Robert reconoció perfectamente a Colmillo Blanco al volante y a Mamy cerca de él con cara de dolor. ¿Por qué irse a Melun a la misma hora que llega él? «¡Van a buscarme, de seguro!», piensa (porque el mundo entero, claro está, gravita alrededor de su llegada). «En fin, ¡con tal de que la señorita Francisca esté allí! Y con tal de que Marco... Y con tal de que Olaf...». De «con tal de que» en «con tal de que» el coche llegó a Ternera y el primer chico que el fugitivo encontró fue su enemigo Pedro Merlerin, llamado el Caíd.

—¡Hola! ¿Otra vez aquí? ¡No se te han quedado!

—¿Dónde está Marco?

—¿Tu nodriza? Debe de estar en el dormitorio... ¡Ah, qué mal hueles!

Sí, para hacerse perdonar por la señorita, el niño volcó en su pelo el resto del frasquito de perfume.

Corrió hacia el Pabellón 3.

—¡Alain Robert! ¡Eh, muchachos, es Alain Robert! ¿Qué hay? ¡Cuéntanos...! ¡Oh, hueles muy mal...! ¿Es el olor de París...? Bueno, cuenta, ¿qué?

—¡Déjame en paz!

Echó a andar con la cabeza baja como un perro inquieto. No, no «olfateaba» a la señorita Francisca por ninguna parte...

—¡Buenos días, Marco!

El otro no se mueve de la cama, ni siquiera abre los ojos. («El que se escapó “sin avisarme”, ¡no pretenderá ser indispensable...!»). Tiende con indiferencia una mano blanda.

—Buenos días, querido.

—Marco, a ti te lo contaré todo, pero...

—¡No te pregunto nada!

—Pero ¿dónde está la señorita Francisca?

—Huyó como tú. Está de moda.

—¿Adónde se fue? —preguntó el niño con voz tan ronca que Marco se volvió hacia él.

Los rizos negros, la mirada límpida, los labios entreabiertos y un poco temblorosos; ¡todo eso es lo que le faltaba! Se siente feliz por volver a encontrar a su amigo, más feliz de lo que hubiera creído...

—Marchó a reunirse con su novio, que es oficial de Marina.

—¿Volverá?

—Algunos días, y luego se irá del todo para casarse.

«¡Es mía la culpa! —piensa Alain Robert—. Si yo no me hubiese marchado, si la hubiera esperado el otro día en Denfert-Rochereau... ¡Oh, señorita Francisca!».

Mamy tenía razón: acaba de perder a su madre, mas por «tercera vez».

No quiere llorar delante de Marco; no quiere llorar en ninguna parte; sería de rabia y de remordimientos, no de pena. Los demás se volvieron a la cama. Alain Robert atravesó aquel dormitorio en el que tanto había soñado, pero que ahora le parecía un museo de figuras de cera.

—Mira, querido —le dijo Radar al pasar—, tengo tres tarjetas postales para tu colección...

—¡Déjame en paz!

—¿Sabes? El hueso de dátil que habías plantado parece que brota.

—¡A mí qué me importa!

Pasó por delante de la cama de Olaf: cuadrada, blanca, como una tumba reciente. «Olaf...». El niño baja la escalera y corre sin detenerse a través del jardín hasta la casa de Clemenceau. Va a llamar a la puerta; duda, no se atreve: mira por la ventana y ve, sentado en una silla, al viejo, inmóvil y «de negro».

«Olaf... Caddy... ¿Qué es la libertad...?». ¡Qué frío hace! ¡Qué oscuro está...! Alain Robert, con la cabeza baja, vuelve para inscribirse en la Dirección. «¡Ah!, ¿estás aquí? Precisamente habíamos hablado...»; a inscribirse y a firmar, firmar todo lo que quieran, sin una sonrisa, sin una palabra.

Vuelve enseguida junto a sus compañeros, ávido de conversación, de calor o solamente de compañía; pero llega entretanto el correo de Navidad y todos se desentienden de Alain Robert.

—¿Y tú, Marco, no tienes paquetes?

—¡Nada: ni una visita de mis padres, ni una letra desde la llegada de Merlerin!

—¡Cerdos!

—¡Bah! ¡Ya sabes que se acostumbra uno a ello!

—Pero tu hermanito Jojó...

Marco aprieta los dientes; su nariz se cubre en un instante de un sudor muy frío.

—¡Cállate!

Lllaman a Marco por la ventana: precisamente es el Caíd, acompañado de Pablo el Invencible. «¡Baja a ver!». Marco se les incorpora; Alain frota el vidrio con el revés de su manga: desde arriba ve discutir a los tres en voz baja. Marco dice que no con la cabeza; el Caíd lo coge por el brazo y le habla desde más cerca; Pablo vigila los alrededores... Callan mucho tiempo los tres... Luego asiente Marco y los otros se alejan; el Caíd se frota las manos nudosas. Cuando Marco entra en el dormitorio está muy pálido; dirige a Alain Robert una mirada azul de ciego que parece atravesarle; se sienta, ¡no!, cae sentado sobre su cama.

—Marco —murmura el otro—, ¿qué ha pasado...? Os miré por la ventana. Estuve a punto de bajar: creí que iban a acometerte.

—¡No te preocupes por mí!

—Dime qué es lo que pasa...

—¿Y tú, me tuviste al corriente de tus planes?

—Debí hacerlo, Marco... Pero porque yo haya hecho una tontería...

—¡Pues bien, escucha! ¡No! Acércate... ¡Vamos a largarnos esta noche!

—¿Quiénes?

—¡Más bajo...! Merlerin, Pablo, yo y otros más; tú, si quieres...

—¡Ven afuera y discutiremos! —respondió Alain Robert con la garganta apretada.

Y cuando salieron al frío, lejos de los demás:

—¿Marchar, cómo?

—Pablo arregló el viejo coche de Búfalo. Está lleno de gasolina en el taller.

—¡Déjalos marchar, Marco! ¡Pero tú, no!

—En primer lugar, volveremos mañana: es solamente una excursión. Y además no saben conducir: me necesitan.

—¡Déjalos, déjalos!, ¡son unos cochinos ladrones!

—Yo también. ¡Si no, no estaría aquí!

—¿Bromeas? ¡Total, un saco de manzanas! Ellos son ladrones de verdad. ¡Déjalos!

—No puedo —respondió Marco después de un silencio durante el cual latió de esperanza el corazón del otro—. En otro tiempo hice un juramento al Caíd...

—¡Eso no importa! Es un puerco...

—¡Yo, no!, y un juramento es un juramento. ¡Tú no puedes comprender!

—¡Si la señorita Francisca estuviese aquí, tú no harías eso, Marco!

—¡Pero no está aquí! Colmillo Blanco y Mamy duermen en Melun por causa del bebé, y Búfalo va a la Misa del Gallo...

—¡Es una cobardía!

—¿Y hacer que la hermana te buscara a través de todo un hospital no fue cobardía?

—Oye, Marco. Olaf hizo el idiota, y murió. Murió, ¿no es cierto? Yo hice el «idiota» y Caddy murió... ¡No te vayas, Marco!

—En París —murmuró Marco, mirando pensativo a otra parte—, esta noche, esta misma noche, ¿te das cuenta?, estaré en casa y sabré por qué ellos me abandonan...

—Marco, no tengo a nadie más que a ti... ¡Quédate!

—¿Te preocupaste de mí cuando te escapaste...? Por lo demás, puedes venir con nosotros.

¿Volver a marchar con ellos? Caddy, el banco, calles, calles, calles... Rita de Panamá, el inspector, Germana, Denfert, el Tribunal. Muros grises, siempre muros grises... ¡Ah, no! Se estremeció.

—¡No, yo no iré: es demasiado estúpido, demasiado estúpido!... Entremos, Marco, tengo frío...

Trató de persuadir a Pablo, que se le rió en la cara; de persuadir al Caíd, que le abofeteó. Intentó descomponer a «Bidule», pero llegó Búfalo, lo castigó y le dio con la puerta del garaje en las narices. Alain Robert vio entonces por primera vez, contra el muro del pabellón y aprisionada entre la parra, una campana que no se usaba. «Si yo atase la cadena de la campana a la puerta del garaje, sonaría cuando quisieran abrirla; y como el maestro Roberto duerme precisamente encima...». Esperó a que todo el mundo estuviese en el refectorio, ató la cadena e intentó abrir... ¡Perfectamente! Llegó retrasado a la comida y Búfalo le castigó por segunda vez, ¡pero no le importaba!

—Miguelito va con nosotros —le susurró Marco—. Quiere ver a su madre...

«¡No iré muy lejos!», pensó Alain Robert.

—Dime, ¿vas a la Misa del Gallo?

—Claro. Porque la señorita Francisca no esté aquí...

—¡Cállate! Toma veinte francos: pon un cirio para que todo me salga bien.

«Se los devolveré mañana —se dijo el niño, guardándolos en el bolsillo—. ¡Y si no, no! Pondré el cirio: por Olaf y por Caddy...».

—Muchachos —dijo Tomahawk, levantándose y golpeando su vaso hasta que se hizo el silencio—; ésta no es una Nochebuena como las demás... Ya

sabéis que Mamy está en la clínica de Melun, donde espera un niño, y Colmillo Blanco está con ella, naturalmente... La señorita Francisca no está aquí... y sobre todo —añadió bajando la voz— el pequeño Alberto Pablo, vuestro compañero, ha muerto hace justamente ocho días; y nuestro viejo Clemenceau, que quería adoptarle, tiene mucha pena... Por eso no hemos preparado fiesta este año. Sólo hay pavo y espumosos a discreción. Ahora vais a ir a los dormitorios a acostaros tranquilamente. Búfalo acompañará a la iglesia a los que quieran asistir a la Misa del Gallo; los demás..., ¡bueno, los demás a dormir, eso es todo!

Los muchachos aplaudieron. ¡La verdad es que hubieran aplaudido a cualquiera y por cualquier cosa, a causa del espumoso! Tomahawk llamó la atención otra vez con su vaso, y añadió, la voz un poco conmovida:

—Mamy me recomendó que os deseara una feliz Nochebuena... Estoy seguro de que todos vosotros pensáis un poco en ella esta noche, para que... ¡para que todo marche bien...! ¡Buenas noches, muchachos!

Hacia las once y media, Búfalo reunió el pequeño rebaño friolero de los beatos. Algunos cometieron la imprudencia de «echar una cabezada» esperando la salida. Abotagados, vacilantes, marcharon entre el sueño y la vigilia. La alta luna corona los pinos. Todo parece espacioso, vacío, inmóvil: todo está en espera... El pequeño rebaño atraviesa aquella noche de acero, fría y azulada. ¡Más de uno preferiría hacer de Jesús en su cama, en el dormitorio, que ir a la iglesia! Sus sombras les siguen sobre el duro suelo.

Al otro lado de la verja la misma luna, bajo los mismos pinos, alumbra a los cuatro fugitivos. Abrigados con sus ropas, se deslizan a lo largo de las paredes y luego caminan hacia los linderos del bosque. Es Marco quien cierra la marcha, recordando *Las cuatro plumas*, *Los demonios de medianoche* y otras películas por el estilo. Delante de él, Miguelito, abrumado por la inmensa noche, avanza con la espalda encorvada. Cuando se aproximaron al garaje...

—¡Ahora callaos! —mandó el Caíd (¡como si alguno tuviese ganas de hablar!)—. El maestro Roberto duerme precisamente encima. Entraremos por el taller. Una vez en el garaje, Miguel y Marco abrirán la puerta muy despacio, ¿eh? Pablo y yo sacaremos el coche afuera. Marco irá al volante y nosotros tres empujaremos... ¡Tú pondrás el motor en marcha junto a la verja, antes no!

De puntillas los chicos atraviesan la pieza. Ya están en el garaje.

—Quita el freno al pasar —murmura Pablo.

Miguel empuja ya la pesada hoja de la puerta, el coche se mueve... Todo va bien cuando, de repente, una maldita campana empieza a sonar...

—¿Quién es el cochino que...?

—¡Hay algo que atranca la puerta!

—¡Empuja, por Dios!

Miguel empuja: cada vez suena más... El Caíd y Marco se le unen fuera.

Pasos en la escalera próxima, una puertecilla que se abre al fondo del garaje: el maestro Roberto, en pijama, aparece en el umbral; abre los ojos desmesuradamente tras de sus gafas, esboza un gesto... Pero Pablo ya cogió una herramienta.

—¡No! —murmura el maestro, tendiendo las manos hacia delante.

¡Allá va! En pleno cráneo. El otro se desploma. Pablo lo empuja a un rincón. Los muchachos rompen al fin la cadena y abren del todo la puerta. «¡Eh, niño, ve a empujar fuera, con Pablo!». Miguel corre allá, ve el cuerpo en el suelo, queda cortado durante un momento.

Después escapa sin un grito, empujando a Pablo, a Marco y al Caíd.

—¿Qué le pasa a ese idiota?

Aquel idiota galopa en la noche clara, en línea recta hacia el Pabellón 3. Tiene miedo de los árboles, miedo de las sombras, miedo del silencio y miedo del ruido de sus pasos: tiene diez años.

—No debieras haberlo dejado tomar parte en todo esto —dice a Marco el Caíd.

—Con tal que el maestro Roberto no salga a la ventana... ¡Empuja, Pablo!

No, el maestro Roberto no saldrá a la ventana: yace entre bidones vacíos y trapos grasientos. Y Pablo empuja y empuja con todas sus fuerzas, pero le tiemblan las manos y le flaquean las piernas. Más flojo aún y más tembloroso, el pequeño Miguel entra en el plácido dormitorio, donde todos duermen la «mona» del vino espumoso, roncando.

—¿De dónde vienes? —preguntó el vecino de cama medio dormido.

—Del... del... re... trete... —respondió Miguel, entrechocando los dientes.

—No tiraste de la cadena, no se oyó nada —dijo el otro dándose la vuelta.

Franqueada la verja y pasada la curva, «Bidule» huye en la fría noche. El motor funciona; y los tres muchachos tienen la sonrisa silenciosa de los evadidos después del primer cuarto de hora.

—¡Cómo va a ponerse el maestro Roberto! ¿Qué piensas de eso, Pablo?

Pablo no dijo lo que pensaba. «A partir de esta noche me pongo en busca de Fredo y escapamos al Havre con el coche. Allá está la banda: ¡es la

salvación!». La banda son Dedé, Alberto, el Marsellés y el Mimile, que aún aquella mañana le escribía: «¡Vuelve pronto o te rompo las narices!».

—Decid, muchachos —pregunta de repente Marco—; la vuelta, mañana; ¿estamos de acuerdo? Salimos de París a las tres; a las cinco, lo más tarde, estamos en Terneray...

—¡Exactamente! —afirma Pablo con calor fingido.

—Eso es —dice el Caíd a su vez; y piensa: «¡Ve confiando! ¡La familia y los compañeros sabrán librarme! Nos reiremos. Durará lo que dure... ¡Y luego qué! No me matarán: ¡les intereso demasiado! ¡Todos están detrás de mí: “mi” auxiliar social, “mi” juez, “mi” maestro! ¡Está admirablemente organizado su truco! Un poco asqueroso para mi gusto... ¡Sólo los policías son incorregibles! ¡Siempre los mismos! No se dan cuenta de que somos “un caso”... En fin, no me encontrarán tan pronto...». Y pasa revista, en su minúsculo cerebro (como siempre desde su llegada a Terneray), a todos los escondrijos ocultos de París... ¡Desdichado! Se trata precisamente de los mismos sitios que el inspector Marcelo, de la Brigada Juvenil, recorre todas las noches...

En los primeros pueblos de recorrido, los muchachos encontraron grupos oscuros que iban tiritando a la iglesia. Luego, nadie en las calles, pero las vidrieras, iluminadas... Después, gente alegre que sale y casas que se iluminan... A través de algunas ventanas se ve el árbol, las bujías, los paquetes de colores... En aquel momento, en la iglesia de Terneray, Búfalo canta con todo su corazón de niño: «¡Ef medianoche, criftiano!, ef la hora folemne»... y sus ojos están empañados de lágrimas. Marco, al volante, acaba de representar la película más apasionante de su vida; pero ahora no piensa más que en su madre, en Jojó, en su padre... Cada vuelta, cada cruce, cada casa dejada atrás, lo acerca a ellos... «Mañana, cuando regrese de la escapatoria, Colmillo Blanco nos castigará; pero Mamy quizá levante el castigo... Y además, la aventura valía la pena del castigo...». Mamy... Al atravesar Melun, ninguno de ellos pensó que en aquel mismo momento, en una de aquellas casas... Falsos Reyes Magos, los tres volvieron la espalda a la madre y al niño.

París... ¡En Nochebuena no hay nada que temer de los agentes! Llegaron a Carrières sin tropiezos; metieron a «Bidule» en un garaje conocido. «¡Bueno, muchachos, mañana a las tres, aquí mismo...! ¡Adiós, Pablo...! ¡Adiós, Pedro...!».

Marco aprieta dos veces la mano de Judas. Ahora, con la frente alta y la sonrisa en los labios, marcha hacia «su casa» y su corazón late con fuerza. Quisiera haber llegado ya, empujar la puerta, gozar con su

sorpresa; ¡qué momento...! ¡Se despertará Jojó! ¡Oh, sí! ¡Oh, Jojó, mi Jojó...! No puede dejar de correr; llora un poco: cree que es por el viento. Vosotros sabéis que su padre bebe y que su madre pasa las noches aquí y allá; vosotros conocéis verdaderas familias, verdadera felicidad... ¡Pero para él aquélla es la única familia del mundo! ¿Cómo habría de encontrar una mejor, si es la suya? ¡Para él es la Sagrada Familia! Si le dijerais que su padre bebe y que su madre... ¡os rompería la cara y tendría razón! Y os diría que todas las familias son así; ¡que «eso» es una familia!, y que no se puede vivir en otra parte. Y también que se tiene derecho a coger un coche viejo para escapar en la helada noche; a dejar la compañía de todos aquellos tipos a quienes su familia va a ver los domingos, ¡cuando uno no sabe de la suya en muchas semanas...! ¡Oh, mamá! ¡Oh, Jojó, mi nene...! ¿Por qué me habéis abandonado...?

¡No corras, Marco! ¡Contén tu aliento, contén tu corazón...! Te acercas: ya sube el olor inmundado del depósito de basuras junto al cual creciste, junto al que creció Jojó... ¡Para ti es el perfume de la felicidad! ¡Nochebuena, es Nochebuena...! ¡Ah! ¡Llora un rato, Marco, inmóvil en las tinieblas! Llora ante aquella puerta cerrada bajo la que asoma un débil rayo de luz que es toda tu alegría en la tierra...

## Capítulo diez

### *¡Dormiréis mañana!*

El cuento no dice lo que le sucedió a Cenicienta después de su regreso del baile a medianoche. ¿Volvió de golpe a la ceniza y a la tristeza? No: «cayó dormida...».

Marco obtuvo la misma gracia que Cenicienta: aquella noche, cuando su dicha empezaba a marchitarse, se durmió sonriendo aún.

Encontró a su padre más delgado, más canoso; a su madre más seria. No sabía que los que amamos envejecen en cuanto les volvemos la espalda, y él aún deseaba que el tiempo pasase rápidamente. Jojó había crecido. Por momentos, Marco veía en él al muchacho que habría de ser y la cosa le intimidaba; no se atrevía a hacerle cosquillas al besarle... «¡El único que no cambia soy yo!», se decía cuando los demás lo miraban a hurtadillas. ¿Por qué no habían ido a verle a Ternera? Ni una carta, ¿por qué? Su padre había estado enfermo, es cierto. «Está más en casa ahora...», le susurró su madre, lo que significaba «bebe menos». Y el padre murmuró: «Está más en casa», lo cual significaba...

Darrier los había visitado más de una vez. «¡Pero a Ternera no fue nunca!», pensó Marco con amargura. Darrier sabía muy bien dónde era más útil a Marco, y el día de mañana a Jojó... Había casi descubierto otra vivienda para la familia, algo más grande y saludable.

—¿En el mismo barrio? —preguntó Marco.

—¡Claro!

Querían a su barrio como se quiere a la propia piel, aunque esté abotagada o desagradable, aunque sea rasposa. El mundo para ellos era París; y París, Carrières.

Después de comer y de beber más de lo que querían su hambre y su sed, cuando ya estaba sucia toda la vajilla, hacía rato que Jojó dormía, con los brazos colocados uno sobre otro (como fusiles en el campamento) y su cara redonda en el hueco de las manos. Marco lo señaló con el dedo, pero a él

también se le caía la cabeza. Los ojos de los demás se cerraban, pero cada vez que volvían a abrirse y veían a Marco, los rostros se iluminaban de nuevo.

Al día siguiente, por la mañana, empezaron las disputas; Jojó lloró; el padre regañó; la madre le lanzó a la cara sus viejos rencores. Marco se paseaba en redondo por la única habitación; al fin salió y se fue de taberna en taberna, buscando antiguos compañeros.

—¡Marco...! ¡Toma, es Marco! ¿Te han soltado?

—¡Que te crees! «Me» he soltado...

—¡Vamos a beber un vaso para celebrar tu permiso!

El «pernod» y las demás bebidas le parecieron repugnantes. «No son los mismos, de seguro...». ¡Decididamente todo cambiaba a su alrededor! Ni siquiera se atrevía a pedir una taza de caldo.

—¡Caramba, son casi las tres!

—¿Y qué?

—Tengo que... ¡Tengo una cita!

Corrió a abrazar a Jojó y a sus padres. «¿Me escribiréis? ¡Y luego a ver si vais...! ¡Y llevad al niño!». Sintiéndose extraordinariamente feliz llegó al garaje y empujó la puerta sin goznes: el coche no apareció; sólo había un papel, rígido por la humedad y el frío: «Necesitaba un coche. Volved allá si os parece bien: yo me desentiendo. Saludos a los compañeros». Firmado: «Pablo».

Marco exploró el lugar en todos los sentidos: no podía creer que... «En primer lugar es un robo; ¡el coche pertenecía a Búfalo!». (Esta evidencia no la había tenido la víspera...). Luego esperó mucho tiempo. ¿Por qué? La vuelta de Pablo, quizá; o la llegada del Caíd. «¡Tarda ese cochino!». Estaba furioso: en el segundo episodio de la película empezaba a representar un papel estúpido, y esto le llenaba de rabia. «¡Y si se desentendiese él también!». Marco se metió el papel en el bolsillo y corrió en busca del Caíd. Los padres de Merlerin dormían la borrachera.

—No lo hemos visto —afirmó el hermano mayor con voz hipócrita—. ¿Cómo...? ¿Ayer tarde...? ¿Qué me cuentas...? Está en Terneray, Terneray, ¡no sé cómo se dice! ¡No puede estar aquí...! Y además, mierda, ¡eh! ¡Lárgate! ¡No te hemos visto!

¿Volver a su casa? ¿Estropear el frágil recuerdo con una nueva disputa? Marco no tuvo valor para hacerlo y estuvo dando vueltas hasta la noche por las calles desiertas. Carrières tenía un aspecto desanimado después de la fiesta. Un solo escaparate permanecía iluminado y recordaba al vigilante nocturno de un depósito de mercancías en un muelle oscuro y helado. Era la

tienda en que Marco había robado y luego devuelto el cesto de manzanas. Se paró ante el escaparate. En una cuna ordinaria, un Niño Jesús tendía los brazos a una botella de vino espumoso de ciento cuarenta francos, adornada con una estrella. Pensó en la señorita Francisca y maquinalmente echó hacia atrás como ella sus cabellos rubios con un doble movimiento de cabeza. «¡Si no se hubiese marchado, no hubiera ocurrido nada! ¿Qué hora es...? ¡Mierda!... Alain Robert —siguió pensando—. Seguramente no puso el cirio. O si no...». Fue muy deprisa a la iglesia de Carrières. Por el ruido que hizo la puerta al cerrarse comprendió enseguida que la iglesia estaba vacía. Fue a colocarse ante la cuna, contento de encontrar camaradas en otro lugar que no fuera la taberna: a San José, a María. «¡Mirad —suplicó—, quieren abandonarme! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...». La contemplación de la Sagrada Familia, tan plácida, tan sonriente, le dio valor para volver a su casa. Su padre lo acechaba en el umbral: «¡Pronto!».

—¿Qué pasa?

—¿Cómo hiciste eso, Marco? Si no me contuviese, te, te... ¡Tu madre va a reventar!

El otro cerró la puerta con cerrojo.

—Pero ¿por qué?

—¡Hazte el tonto: lo sabes mejor que yo! ¿Fue para ver tu nombre en los periódicos? ¿Fue eso, di, cochino?

Marco tomó el periódico de manos de su padre y leyó en la última página:

TRES JÓVENES MALEANTES  
SE EVADEN DE UN CORRECCIONAL  
DESPUÉS DE HABER GOLPEADO  
A UNO DE LOS GUARDIANES

—¡Pero si no fuimos nosotros! —exclamó—. En primer lugar, ¿qué quiere decir eso de «Correccional»? ¡Y además, en Ternera no hay «guardianes»!

—¿No fuisteis vosotros, eh?, ¿no fuisteis vosotros? —dijo el padre, arrancándole la hoja con una mano que temblaba—. Pedro Merlerin, Pablo Archene y *Marco Forgeot*, ¿acaso no eres tú? Y Roberto no sé qué, no os guarda, ¿verdad?

—El maestro Roberto —murmuró Marco, cayendo sentado en la cama. Y enseguida preguntó—: ¿Leyó mamá el periódico? ¿Y Jojó...? ¡Bueno! ¡Dámelo...! Escucha: o es una historia inventada...

—¡Cuando está en el periódico!

—O fue Pablo quien dio el golpe a espaldas nuestras... ¡Pero seguro, seguro! Por esto se escapó el muy cochino... Y Merlerin habrá creído que fui yo: ¡se escondió y su hermano me echó fuera! ¡Oh, papá, papá!, ¿qué vamos a hacer?

—¿Me juras que no fuiste tú? ¿Que no sabías nada...? Entonces te esconderé...

¡Precisamente lo contrario de lo que había que hacer! Pero las gentes desvalidas, a semejanza de los que no saben nada, lo hacen todo al revés y se ahogan...

—No, no —dijo Marco—; ¡déjame a mí!

—¿Qué vas a hacer...?

—Entregarme al señor Lamy.

—¿Aún no sabes que de nada sirve ser inocente? ¿No escarmentaste con lo de las manzanas?

—Voy a entregarme al señor Lamy —repitió Marco—. Sé dónde vive: me dio su dirección para escribirle...

—El día de Navidad no estará allí...

—Voy a entregarme al señor Lamy —dijo Marco una vez más, y si tuviera que pronunciar otra sola palabra hubiera estallado en sollozos. Abrazó a su padre y abrió la puerta—. No le digas nada a mamá, ¿eh...? ¡Y sobre todo ni una palabra a Jojó!

—¡Buena suerte! —le dijo el padre con voz picaresca.

Marco hizo a pie todo el camino: «En las calles, tengo facilidad para escurrirme de “ellos” por entre sus patas, pero en el Metro...». Evitaba prudentemente las luces, andaba deprisa y con la cabeza baja; en fin, evitaba todas las ocasiones de llamar la atención. Pero París, que estaba digiriendo el festín y dormía de pie, se burlaba de aquel muchacho alto y rubio que corría por las calles atravesándolas al sesgo, como un perro perdido... Por otra parte, los agentes de Melun estaban terminando la información local y aún no habían avisado a la Policía Judicial.

Marco no se sintió en seguridad hasta haber cerrado la puerta del edificio en que vivía el señor Lamy. Prescindió del ascensor (¡sobre todo no dejarse encerrar!) y subió los escalones de tres en tres. «El derecho de asilo»... Estas palabras mágicas le venían a la memoria con la voz de Tomahawk, desde la lejanía de un curso de Historia. «¡En casa del señor Lamy “ellos” no podrán prenderme!».

Gerardo, el hijo del señor Lamy, le abrió la puerta y ante aquella mirada inquieta, aquella sofocación, dijo:

—¡Entre enseguida!

Eran de la misma estatura; se quedaron sin hablar durante un rato.

—Soy Marco.

—Yo, Gerardo Lamy, el hijo de... —Cerró los ojos un instante, como hacía su padre—. Marco, de Ternera, ¿verdad?

—Sí, pero...

—¡Oh! No me importa —dijo Gerardo—. Telefonearon de allí esta tarde...

—¿Para qué?

—No sé: estaba solo. Pap..., mi padre ha debido de ir al Hogar de Choisy.

—Pero ¿va a volver?

—Debe volver. ¿Ya ha comido?

—¡Oh, no! —dijo Marco, asqueado.

—La criada salió para celebrar la Nochebuena: yo iba a prepararme algo de comer... ¿Quiere usted ayudarme?

—¡No sé nada de eso!

—Yo estoy acostumbrado —dijo Gerardo.

Se metieron en la cocina, registraron las alacenas y cascaron huevos mientras no encontraban otra cosa... ¡Diantre! ¡No tenía ni idea de que se rebozaban así...! Diez minutos más tarde se tuteaban.

—¿Y tu madre? —preguntó Marco después de dudar mucho tiempo y arrepintiéndose inmediatamente de la pregunta.

—Murió.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡No mucho! —dijo Gerardo a media voz, y se volvió bruscamente.

Nunca había pensado Marco si el señor Lamy estaría casado ni si tenía hijos. La idea de que los jueces, y quizá los policías, pudieran ser gentes como su padre...

—Ven a mi cuarto: te enseñaré su foto...

A Marco le pareció muy desabrido aquel rostro. (¡Por más que las madres de los demás, eh...!). Pero lo estuvo mirando un rato, para agradar a su amigo. El cuarto le interesaba mucho más.

—¿Es tu cuarto, para ti solo? ¿Lo arreglas como quieres? ¿Y te dejan en paz?

Un dormitorio sórdido para cuatro, o un dormitorio inmaculado para veinte: ¡Marco nunca había conocido otros! Ya estaba amueblando esta pieza

a su gusto: en la pared, un par de guantes de boxeo con la fotografía de Cerdán; modelos reducidos de avión, Rita Hayworth en *La bailarina de Gibraltar*; y un sillón de cuero, uno de esos sillones de color tabaco...

—Dime —preguntó Marco de repente—, ¿nunca sentiste deseos de robar?

—¿Robar para mí?

—No —dijo Marco incorporándose—, ¡para otros!

—¿Dinero?

—¡No...! ¡Manzanas, por ejemplo!

—Seguramente —respondió Gerardo con naturalidad—; cogí bombones dos veces, para unos niños a los que el tendero hubiera echado de su tienda.

—¿Y si te hubieran detenido?

Gerardo alzó los hombros. Pensaba: ¡Papá hubiera arreglado el «asunto»! Pero le daba vergüenza decirlo.

—Se tiene buena suerte o se tiene mala —dijo Marco a media voz. En el fondo, compadecía un poco a Gerardo. «¡Un cuarto para él, conforme! Pero no tiene madre...». El ruido de una llave en la cerradura le hizo estremecer.

—Es mi padre, que vuelve...

—¡Gerardo! —llamó el señor Lamy—, ¿estás ahí? ¡Supongo que habrás comido sin esperarme! Yo... ¡Toma, pero si es Marco...! ¿Qué haces aquí...? ¿Otra tontería? Nada grave, ¿verdad?

Marco sacó del bolsillo un trozo de papel y lo desplegó.

—Aquí —señaló.

«TRES JÓVENES MALEANTES...».

El señor Lamy leyó con calma la información y pasó el dedo por el mechón blanco que serpenteaba entre sus cabellos; reaparecieron las tres arrugas sobre su frente.

—¡Tú no habrás sido, claro! —afirmó.

Marco levantó la cabeza y suspiró... «Pero sabes muy bien que de nada sirve ser inocente...». ¡Sí! Con el señor Lamy a su lado se sentía más fuerte que el resto del mundo...

—Entonces —añadió el señor Lamy—, ¿el Caíd...? ¡No!; probablemente otro: ese Pablo... Pobre chico...

—Papá —dijo Gerardo—, te prepararé la comida...

—¿Habéis comido ya vosotros...? Entonces me sentaré ante mi plato. ¡Gracias, pequeño! Y tú me cuentas todo lo que sepas.

Marco hizo su relato y enseñó el papel hallado en el garaje; el señor Lamy le escuchaba sin interrumpirle ni dejar de mirarle.

—Que has hecho una barbaridad —murmuró al fin en un momento en que salió su hijo—, lo sabes tan bien como yo. Volveremos a hablar de eso; pero hay algo más urgente... Gerardo, ¿telefoneó alguien desde Ternera?

—Sí; pero no han querido decirme nada.

—Presentó la denuncia —dijo el señor Lamy a media voz—, ¿cómo censurarle por eso?

Y de repente dejó su cubierto en el plato y volvió hacia Marco una mirada ansiosa y severa.

—¿Y el pequeño Alain Robert?

—Le propuse que se viniera con nosotros —balbució el muchacho.

—Había vuelto a ingresar aquel mismo día, ¿verdad? No encontró a la señorita Francisca ni a nadie: ¡sólo te tenía a ti, Marco, y te fuiste!

—¿Se acordó él de mí cuando...?

—¡Es tu amigo, Marco! Sabes muy bien que debes protegerle. Y nunca lo había necesitado tanto...

—Yo le había prometido a Merlerin...

—Entre un granuja y tu amigo escogiste lo peor. Entre un juramento estúpido y tu hermano...

Marco se rebeló, sin saberlo, contra sí mismo.

—Bueno, ¿y qué? Alain Robert está allá. No le pasa nada malo.

—¿Nada malo? ¿Pensando que quizá seas tú, su único amigo, el que golpeó al maestro Roberto?

El señor Lamy se levantó y colocó la servilleta cerca del plato lleno a medias; Gerardo entró en aquel momento con un postre de su invención del que estaba muy orgulloso...

—¿Te vas, papá? —preguntó con voz que se esforzaba en ser indiferente.

—Preferiría estar contigo el día de Navidad —dijo lentamente el señor Lamy—, pero voy a ver si arreglo las cosas...

Marco se levantó.

—¡Gerardo! —dijo con voz sorda—, ¡soy un cochino y un malvado!

—¡Oh!, eso es demasiado —respondió el juez con dulzura—, pero sois un poco pesados, muchachos. Vas a quedarte aquí a dormir, Marco: aquí no temas nada. Yo salgo para Ternera; volveré... cuando pueda, esta noche. ¡Un beso, Gerardo!

Cogió su abrigo con gesto de cansancio; Gerardo lo encontró tan envejecido de repente que no pudo dejar de llamarle:

—¡Papá...!

El señor Lamy se volvió, sonriente, con la ceja levantada en señal de interrogación.

—No... Nada... Buenas noches, papá...

—¿No puedo volver a Ternera y con usted? —aventuró Marco sin gran esperanza.

—¡Sería demasiado sencillo! Tienes que comprender, Marco, que cuando se comete una tontería, cuando se ha puesto la máquina en marcha, todo se complica y se alarga... Es preciso que permanezcas en París para que yo pueda encargarme del asunto: tienes suerte. ¡Quédate aquí tranquilamente y duerme!

—No podré.

—Es justo —dijo el señor Lamy, con dureza—. ¡Alain Robert tampoco duerme, puedes estar seguro!

La carretera le pareció interminable: una carretera poco segura, con árboles cubiertos de escarcha, que los faros iban sacando uno a uno de las tinieblas azuladas; carretera hostil que apenas reconocía, desfigurada como estaba por la noche y por el invierno; carretera que se cerraba tras él como una trampa...

Pasado Melun, el señor Lamy recordó el anterior viaje con el fiscal. «¿No es la famosa carretera de la evasión?». Él lo había convencido de lo contrario: y sin embargo, además del niño alucinado que buscaba a Tarzán, he aquí que Alain Robert, Marco, Pablo, Merlerin... Fugas en cadena: ¡Lo que temía Colmillo Blanco! ¿Y cómo cortar el contagio? «Si Doublet ha leído con atención el periódico —pensó el juez—, se aprovechará en mi audiencia del viernes... Y si en el mes próximo dejo para siempre el Tribunal...». En aquella carretera y en aquella noche desiertas, el fatigado viajero no encontró más compañero que la Desesperanza: se instaló a su lado y no lo abandonó ya...

El señor Lamy no hubiera sabido decir por qué, justamente después de cierto cruce, disminuyó la marcha, secó el parabrisas y permaneció inclinado hacia delante, escrutando la noche. Pero algo dentro de sí presentía sin duda un encuentro, porque no se sintió sorprendido, sino aliviado, al divisar en el límite del haz de luz de sus faros y la noche una pequeña forma cuya sombra creció desmesuradamente antes de desvanecerse en las tinieblas de los alrededores. El señor Lamy frenó, abrió la portezuela y llamó: «¡Alain Robert! ¡Alain Robert!». No obtuvo respuesta. Tuvo que salir del coche y buscar a ciegas en la noche silenciosa.

—¡Alain Robert! —gritó—. ¿Por qué te escondes...? ¡Soy yo: el señor Lamy! —Nada se movía—. ¡Comprendo muy bien que te vayas, Alain Robert! ¡Pero ni tú mismo sabes adónde vas...! ¡Además la desesperación no conduce a nada...! (Él mismo, hacía un instante...). «¿Y si no fuese él? —se preguntó el señor Lamy—. Estoy haciendo el ridículo... ¡Vaya, seguramente no es él...!».

Y de repente encontró por fin las únicas palabras que podían hacer salir al niño de su helada guarida:

—¡Vengo únicamente para decirte que no fue Marco quien dio el golpe...! ¡Marco es inocente, querido! ¡Marco volverá!

Entonces vio salir de la sombra y avanzar hacia él al muchachito perdido: Alain Robert contaba sus pasos y se detuvo bastante lejos para poder huir de nuevo.

—¿Lo jura usted? —gritó el niño con voz ronca—. ¿Lo jura usted hasta la muerte?

—Sí —dijo el señor Lamy gravemente.

Y corrió a recoger un montoncillo negro que acababa de desplomarse sobre aquella carretera tan dura: Alain Robert había llegado al último extremo de soledad, de vergüenza, de silencio, de frío...

Cuando entraron, lo más silenciosamente posible, en Terneray, que dormía bajo la escarcha, dijo el juez:

—Sube al dormitorio, querido, y ni una palabra a nadie: ¡tu... paseo quedará como un secreto entre nosotros!

Colmillo Blanco velaba aún. Antes de que abriese la boca, el señor Lamy tendió hacia él su mano blanca con las dos alianzas.

—Marco está en mi casa: fue por iniciativa propia. ¡Inocente, claro está! Pablo desapareció con el coche y Merlerin está escondido en París. ¿Corre peligro el maestro Roberto?

—Ninguno.

—¿Presentó la denuncia?

—Pues sí —dijo Colmillo Blanco con gesto de impotencia.

—¿Tiene intención de mostrarse parte en la causa? ¿De reclamar daños y perjuicios?

—¿Para qué le servirá todo eso?

—Para bien poca cosa —dijo el señor Lamy—. ¡De donde nada hay, nada puede sacarse!

—¿Y... si retirase la denuncia? —preguntó Colmillo Blanco, después de un momento.

—Eso me daría facilidades para tomar las medidas que tengo en proyecto...

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, separar el caso de Marco y el del Caíd, que son mucho menos culpables que Pablo...

—¡Yo tengo la culpa —respondió Colmillo Blanco—; hace mucho tiempo que hubiera debido desprenderme de Pablo! Pero no me gusta abandonar a un chico, ni siquiera al peor... Quince años —añadió a media voz como si hablase consigo mismo—, quince años el pobre chico...

—¿Y Thierry? —preguntó de repente el juez, que lo observaba—. ¿Y Mamy? ¿Cómo está Mamy?

La sonrisa a la que Colmillo Blanco debía su apodo reapareció tan resplandeciente que el señor Lamy añadió, sin esperar:

—¡Qué! ¿No me dice usted lo que hay?

—Sí, la noche pasada; ¡un niño!

—¡Entonces todo se arreglará, Colmillo Blanco! Lo mejor y lo peor no pueden vivir juntos mucho tiempo.

—¡Oh, sí! En cada uno de nuestros niños, y en cada uno de nosotros, también...

El señor Lamy se inclinó hacia él.

—¿Y tiene usted padrino para el niño? Y a propósito, ¿qué nombre escogió usted?

—Pascual.

—Ahora —dijo el señor Lamy, poniendo la mano sobre el brazo de Colmillo Blanco—, tengo una súplica que hacerle: elija usted a Alain Robert...

—¡Cómo!

—¡No buscará usted, me figuro, un padrino que haga regalos, ni un oficial de la Legión de Honor! Así mata usted dos pájaros de un tiro: escoja a este niño que no tiene a quien querer...

—Señor Lamy —dijo lentamente Colmillo Blanco—, no se puede dar lo que no se tiene. La justicia humana, la horrible lógica humana es así. El pequeño Alain Robert no tiene nada que dar...

—Olvida usted un detalle —observó el juez con voz conmovida—; olvida usted a Dios... ¡Y Él se burla de la lógica humana! Si no existiera la esperanza, ¿qué hago yo aquí esta noche? Comprendo, tiene usted razón; pero razón a la manera de los médicos, de los psiquiatras y de los psicólogos: es decir, nueve veces de cada diez. ¡Pero y la «décima probabilidad», querido!;

la décima probabilidad que se llama la Gracia, si no la buscamos hombres como usted y como yo, ¿quién la buscará...? ¿Le importa a usted tanto dar la razón a este mundo, tal como es? ¿Y cómo quiere usted probarles la existencia de Dios, la libertad de los hijos de Dios, si no admite ningún riesgo, si usted no da de vez en cuando un paso en falso contra sus certidumbres y su desesperación? Nosotros no somos más que instrumentos, conscientes o inconscientes. Pero ¿de quién? Esa elección es lo que se llama libertad, Colmillo Blanco. ¿Prefiere usted estar al servicio de la Esperanza y de la Confianza o al servicio de las estadísticas y de los «Ya lo había dicho»? Pero le aseguro a usted que Alain Robert necesita cariño...

—¡Sí; necesita ser querido!

—Ser querido y protegido por los mayores: amar y proteger a otro más pequeño. Y le aseguro a usted también —añadió con mucha calma— que está al borde de la desesperación, y que Pascual, con sólo un día de edad, puede salvarle mejor que usted y que yo. Hable de esto a Mamy... ¡Vaya, se acabó el sermón! —dijo el señor Lamy, levantándose.

Colmillo Blanco se dirigió a la puerta.

—¿Adónde va usted?

—A la enfermería, a hablar con el maestro Roberto.

—Debe de estar durmiendo...

—¡Dormirá mañana! Cada hora que pasa tiene un valor extraordinario.

El maestro Roberto no dormía. Colmillo Blanco sintió lástima ante aquel rostro desfigurado, al que la falta de los lentes y el enorme vendaje volvían infantil, indefenso. Al apretar aquella mano ardiente de fiebre casi se avergonzó de su gestión. Habló, pues, muy deprisa y fue derecho al asunto.

—Maestro Roberto, vengo a pedirle a usted que retire su acusación.

—¡Pero no hay razón para eso, Colmillo Blanco!

—Ciertamente. Si hubiese una sola, ya lo hubiera hecho usted. Tengo en usted plena confianza.

—Pero ¿por qué quiere usted...?

—No soy yo solo a quererlo; usted mismo comparte este deseo, estoy seguro de ello. Porque, en fin, ¿de qué servirá esa demanda?

—Para demostrar a los demás muchachos...

—¿Qué no se debe golpear a sus maestros? ¡Supongo que ya no lo dudan...! Escuche usted: se han producido varias fugas en Terneray; ¿las hubiera impedido yo cerrando las puertas con llave y poniendo barricadas en la verja?

—¡Al contrario!

—Entonces retire usted su demanda, maestro Roberto; también es inútil... El otro esbozó un gesto teatral, pero una acometida de dolor crispó su rostro.

—Me cuesta mucho trabajo hacer como si nada hubiera pasado.

—¿Y qué es lo que pasó? —preguntó Colmillo Blanco, inclinándose hacia el herido—. El muchacho más malo de Ternera y le atacó a usted a espaldas de los otros. Un muchacho del que hace tiempo quería librar yo al Centro; pero usted mismo encontró injusta esta medida: ¡me lo dijo usted mismo! Estoy seguro de que conservaba usted la esperanza de reformar a ese chico...

—Exactamente.

—Entonces, ¿no hay un «término medio» entre la continuación de Pablo en Ternera y, que usted desearía, y la prisión que seguramente le costará su demanda?

—Indudablemente.

—¡Entonces retire su denuncia y deje actuar al juez!

—Quizá tenga usted razón —dijo el maestro Roberto, después de un instante—, pero yo no tengo la culpa...

—¡Nuestra misión sería demasiado fácil si unos tuviesen la culpa y otros razón! Se trata casi siempre de mediar entre dos partes que tienen parte de culpa y parte de razón. Y ésta no es sólo misión de los educadores, sino de todos los hombres... Maestro Roberto —continuó Colmillo Blanco, viéndole aún indeciso—, voy a hacerle dos preguntas: si usted contesta a ellas sin rodeos, yo deduciré su decisión. En primer lugar, ¿no cree usted que si los otros dos muchachos hubiesen asistido a la escena, habrían desarmado a Pablo y le hubieran defendido a usted?

—Lo creo.

—Esto ya le obliga en conciencia a retirar su demanda, puesto que perjudicará a los otros dos... Pero respóndame a la otra pregunta: ¿cree usted que Pablo hubiera golpeado a Búfalo?

El herido cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Ésta es la frase más dura que podía usted dirigirme —dijo al fin—; y respondo: no, no hubiera acometido a Búfalo... —Respiraba muy agitadamente. Colmillo Blanco le cogió la mano—. Voy a redactar la retirada de la denuncia —prosiguió después de un instante—. Tenga usted la bondad de dictarme la fórmula.

—La llevaré esta noche al señor Provins. Mañana, a primera hora, se la entregaré al fiscal de la República... Muchas gracias.

—Entonces podrá usted enviar igualmente al señor Provins esta carta. Dudaba en mandarla, pero ahora...

Llamaron a la puerta: era el señor Lamy.

—Búfalo recibió un telegrama del inspector Marcelo. Ahora mismo acaban de detener a Merlerin en la estación de San Lázaro... Colmillo Blanco —añadió el juez—, me voy allá ahora. Telefonee usted al señor Provins que estaré en su casa dentro de un cuarto de hora. Buenas noches, maestro Roberto... —comenzó a media voz.

Pero el otro se había vuelto hacia la pared y le pareció al señor Lamy que, en la sombra, los blancos hombros estaban sacudidos por un temblor que...

«Llora —pensó Colmillo Blanco, un poco avergonzado—. ¿Es mía la culpa? ¿No tendré razón...? Razón y culpa, yo también, como todos...».

—Maestro Roberto —dijo—, cualesquiera que sean sus planes, vaya usted a ver al señor Lamy... Quiere usted a los niños, ya lo sé, y somos todos demasiado pobres para consentir que se pierda el amor... ¡Hasta mañana! No le digo: ¡buenas noches! —añadió en voz baja.

El señor Provins atisbaba al juez tras la ventana y él mismo fue a abrir la puerta con un cigarrillo apagado en la boca.

—Le hice levantar a usted...

—¡Bah! ¡Dormiré mañana! —respondió, y no comprendió por qué el señor Lamy se sonreía al oír estas palabras.

—Creo que va usted a tener la visita de Colmillo Blanco, y que le traerá una carta del maestro Roberto...

El señor Provins volvió a encender su cigarrillo y murmuró:

—Su dimisión sin duda...

—¿La aceptará usted?

—No, ciertamente. Al menos por ahora; sería peligroso para los niños, para él, para todos nosotros... ¡Más tarde, de seguro!

—¿De dónde procede ese Roberto?

—De la abogacía.

—Será preciso que vuelva a ella, pero agregado al Tribunal de Menores.

—Al Tribunal de Menores —repitió el señor Provins maquinalmente. Y de repente—: Lamy —prosiguió con voz alterada—, va usted a dejarlo, ¿verdad?

—¡No es éste el momento para hurgar con el hierro en la llaga! —dijo el juez, procurando sonreír.

—¡Oh!, comprendo muy bien su problema, pero a «ellos» no los comprendo. ¿No pueden conceder a los jueces lo que está previsto para los

prefectos: ascender sin tener que abandonar el cargo?

—Nos será mucho más fácil conseguirlo para otros cuando no seamos ya «de la partida»... Ya hemos obtenido tanto a fuerza de paciencia y de tesón...

—¡... sonriente!

—Sí, de obstinación sonriente... Pero es grato obstinarse cuando se sabe que se tiene razón; ¡mientras que sonreír, Provins, sonreír cuando pasa el tiempo y son los niños los que lo pagan...!

Quedaron frente a frente, muy graves de pronto.

—¡Qué disgusto en nuestro Centro cuando se sepa que deja usted el Tribunal de Menores! Ya corren rumores de eso... ¡Vamos! —le dio al mechero para desahogarse. La llama iluminó los grandes bigotes negros: temblaban—. Es algo así como si Athos cambiase de amistades y Porthos se despidiese de él... ¡Qué mala película...! ¡Hasta la vista, Lamy! —Y le volvió la espalda.

En el camino de regreso, el señor Lamy reconocía los árboles y las casas; esta vez se le aparecían sin misterio y sin amenazas; desarmados. Únicamente su pequeño coche velaba en la noche inmóvil. «El mundo pertenece a los que no duermen», se dijo sonriendo, y compuso su plan de acción. «¡Será preciso que el señor Doublet lo acepte...!».

Al entrar en su tibia casa fue cuando notó que estaba transido de frío hacía algunas horas. Llegó de puntillas al cuarto de Gerardo. A favor de la luz del pasillo vio a los dos muchachos dormidos uno junto al otro; el moreno y el rubio. «Uno descubrió de golpe la injusticia y la impureza del mundo; el otro, más protegido, no las conocerá sino progresivamente, como espectador. Por eso uno lleva esa máscara de dolor, aun dormido; mientras que el mío...».

Pero al mirar con más atención a Gerardo notó que su rostro tenía señales de amarga tristeza: sí, como puesto en libertad por el sueño, un dolor profundo le salía a la superficie...

—Gerardo, mi niño —murmuró el señor Lamy—, mi niño...

Hubiera querido arrodillarse allí, pedir perdón; pero ¿de qué? De abandonar a su hijo para ponerse al servicio del más pequeño, del más abandonado: de haber tenido que escoger, ser un hombre...

La policía detuvo a Pablo el Invencible en una taberna del Havre, dos días más tarde. Marco, Merlerin y él fueron llevados a Savigny, en espera de que se viera su caso. El señor Lamy hizo comparecer a Pablo en su despacho y le comunicó su intención de eximir de culpabilidad a sus dos compañeros.

—No acepto —respondió el muchacho—. ¡Ya que todos estamos en el lío, sigamos en él!

—¡Escucha, Pablo; vi desfilar gente de todas clases, créeme!: verdaderos bandidos, verdaderas bestias (aunque tú, en el fondo, no eres mal muchacho...). Pero nunca, ¿me oyes?, jamás he encontrado falsos amigos. Has cometido una barbaridad muy grave: estuviste a punto de matar al maestro Roberto. Pero la hiciste tú solo. ¿La prueba? ¡No te atreviste a decírselo a los otros...! ¿Es verdad o no es verdad...? ¡Bueno! Entonces, ¿por qué has de querer que los prendan contigo? Sería injusto; y además, Pablo, ¡hay que tener un «gesto», querido!

—¡Conforme! —dijo el muchacho tras un largo silencio.

Inmediatamente después, el señor Lamy se refirió al Caíd.

—Voy a confiarte mi plan, Merlerin, y tú me dirás lo que piensas de él. Tú no puedes volver a Ternera. En primer lugar no tienes muchas ganas, ¿verdad? ¡Y además, allí no te quieren, ponte en su lugar...! Pero si Marco está en el atolladero es por culpa tuya, solamente por culpa tuya. A estas horas estaría tranquilamente en la clase de..., ¿cómo le llamáis?

—Tomahawk.

—¡Eso es! Tranquilamente en la clase de Tomahawk, si tú no lo hubieras mezclado en esto... Por lo tanto, tengo intención de mandarlo allá sin juicio, sin audiencia, sin historia. ¿Te parece justo?

—En cierto modo, sí —dijo el Caíd—. Pero ¿eso no tendrá malas consecuencias para mí?

—¡Al contrario! Sólo que yo no quería hacerlo sin tu conformidad.

—Pues bien, de acuerdo; ¡pero habrá que decírselo!

—Claro.

—¿Y yo? ¿Qué va a ser de mí si no vuelvo a mi Centro?

—Precisamente; tengo algún temor de que te digas a ti mismo: «Tengo “mi” Centro; tengo “mi” juez; soy perro viejo...». En el fondo, la culpa es mía por haberte enviado a Ternera... ¡Sí! ¡Todo el mundo se equivoca, Merlerin...!

—¿Y entonces?

—Entonces te explicaré mi proyecto la próxima vez. ¡Vaya, hasta la vista!

«¡Uf! —pensó el señor Lamy—. ¡Ahora Doublet...!» Se sentía alegre, convincente, invencible... Pero vino a buscarle un alguacil de parte de un magistrado del Tribunal Supremo. Allá fue enseguida.

—Está hecho, Lamy. Aquí tiene usted su nombramiento... ¡Le felicito! No podía usted continuar vegetando en una especialización verdaderamente

«de poca importancia»; ¡ahora puedo decírselo!

Se rió él solo. El señor Lamy balbució algunas palabras que podían pasar por muestras de agradecimiento, y preguntó:

—¿Está nombrado mi sucesor, señor presidente?

—Espero la decisión de un minuto a otro: se la haré saber a usted, Lamy... ¡Y otra vez mi felicitación!

El juez salió de aquel despacho de terciopelo, con aquellos retratos de gente olvidada, aquellas dobles ventanas y dobles cortinas que separaban para siempre al magistrado del frío, de la vida y del resto del mundo. Bajó al despacho del señor Doublet y se sentó pesadamente en una silla frente a él.

—Dejo el Tribunal de Menores, Doublet...

—¡Mi más cordial felicitación!

—¿De veras? De seguro que me nombrarán juez de apelaciones de la justicia correccional: encargado de escoger entre el mínimo y el máximo en la aplicación de «tarifa». Es para envidiarme, ¿no?

—¡Al menos pondrá usted en ello más indulgencia que otros...!

—Diga usted más comprensión, quizá. No se puede comprender al hombre delincuente sino después de haber estudiado al niño delincuente. Doublet, quisiera proponerle mi solución en el asunto Ternera y.

—Merlerin, Forgeot y...

—Sí. Marco Forgeot es completamente inocente, ya sabe usted. Su única culpa es haber creído válido un antiguo juramento de obediencia hecho a un granuja. Es lo que ocurre con estos chicos: se convierten en antisociales por fidelidad. Separemos, pues, su causa: volvámoslo a Ternera y enseguida...

—¿Sin juicio?

—Allá es donde será juzgado por sus iguales, constituidos en tribunal de honor.

—¡Una novedad! —dijo el sustituto, asustado.

—¡Oh, no! Eso funciona en muchos Centros ya hace muchos años, para los delitos pequeños. Los muchachos son jueces inteligentes y muchas veces más escrupulosos que nosotros...

El señor Doublet se levantó y se fue hasta la ventana. Las manos a la espalda atestiguaban su impaciencia y sus esfuerzos para contenerla. Se volvió, al fin, casi sonriente.

—Hoy no puedo negarle nada, «señor consejero». Y aun... —Volvió a sentarse, juntó los dedos y bajó los párpados—. Y hasta le pediría que me hablase con toda franqueza: que en cierto modo me deje su... testamento en favor de todos esos niños que va usted a dejar y yo he de recoger...

El señor Lamy le miró con sorpresa y simpatía; por primera vez miró con cariño aquel rostro, o al menos el esfuerzo que se leía en él para hacerse amable...

—Me conmueve usted realmente, Doublet. Pero ¿qué he de decirle? Lo esencial cabe en pocas palabras —prosiguió, poniéndose la mano ante los ojos (y en su rostro sólo parecía vivir aquella boca que pronunciaba lentamente)—. Juzgue usted siempre al niño por lo que es y no por lo que ha hecho. No es un hombre en pequeño, Doublet, sino una «parte de los hombres»... A nosotros, los adultos, nos parece un extraño, un extraño a quien perseguimos... Está lleno de buenos deseos, pero no tiene voluntad. Vamos, Doublet, tenga usted paciencia para resolver los casos uno por uno... ¡Dé la sensación siempre de mirar por el niño: respete hasta su vanidad! ¡Siente tal necesidad de crecer! Y no se crece sin romper la cáscara. No diga usted nunca: ¡éste «merece» salvarse...! Todos tienen derecho a ello; ¡y usted tiene el deber de salvarlos a todos, uno por uno...! ¡Hacen el mal, pero sueñan con el bien, esté usted seguro...! Y cuando se canse de su ingratitud, de su volubilidad, cuando sienta usted la tentación de ser duro, cierre los ojos un momento, Doublet; ¡piense en usted mismo, en mí, en todos nosotros! ¡Vuelva a encontrar en sí mismo el sentido de la fragilidad de los seres...!

Calló el señor Lamy; y el otro respetó sin esfuerzo aquel silencio que, desde hacía un instante, tendía entre ellos lazos de amistad.

Sonó el teléfono y el señor Doublet descolgó con impaciencia.

—¡Aló...! Sí... ¡Oh, perdón...! Mis respetos, señor presidente... ¡Ah! ¿Yo...? Muy agradecido... Yo... ¡Está aquí, precisamente! Comprendido, se lo diré... Muchas gracias, señor presidente...

—¿Qué hay? —preguntó el señor Lamy—. ¡Está usted muy pálido...!

El sustituto cerró los ojos un instante, a su vez; después dijo con gran esfuerzo:

—Soy yo..., soy yo el sucesor de usted en el Tribunal de Menores. —Y añadió en voz aún más baja—: A petición mía...

## Capítulo once

### *Dentro de diez años*

Colmillo Blanco entra en la sala en que actúa el tribunal de honor y mira a los seis «delegados» elegidos la víspera a fuerza de cejas fruncidas, de puntas de lápiz chupadas con aire pensativo, y de «¡Mierda! ¡Dejadme reflexionar, que esto es muy importante!». Aquellos seis chicos representan a los Pabellones 1, 2 y 3; y uno de ellos —Terciopelo— se brindó a ser «defensor del culpable». Desde ayer por la tarde está forzando tanto sus argumentos que casi acaba por convencerse de que, de no haber obrado Marco como obró, «hubiera sido» muy culpable... El único obstáculo para la defensa es el mismo Marco, al que, previo permiso, pudo visitar durante algunos minutos, en el cuarto donde está aislado.

—¡Abandóname, te digo! Soy el último de los miserables...

Por último, el abogado se incomoda.

—¡Mira, Marco, no estamos haciendo cine! ¡Ayúdame! Si no...

Colmillo Blanco manda sentar a los seis y coloca a Búfalo a su derecha. Éste está serio y parece hallarse allí contra su gusto; semeja a un boxeador a quien le van a otorgar por error el Premio Nobel...

—Sois —dijo Colmillo Blanco— los representantes de todo el Centro. Cada uno de vosotros tiene que juzgar por diez y reflexionar diez veces más que de costumbre. Delegando en nosotros su autoridad judicial sobre Marco, el juez Lamy nos hace un gran honor y nos abruma con una pesada responsabilidad: ¡a vosotros os toca afrontarla!

Los seis muchachos que le escuchan ya han tenido que ver con la justicia. Por primera vez están «del lado bueno del mostrador»; es una especie de rehabilitación, pero también de compromiso. Colmillo Blanco lo sabe; ellos solamente lo experimentan.

—Os recuerdo —prosiguió— que vuestro compañero Marco no es, en modo alguno, culpable del atentado contra el maestro Roberto... No fue él tampoco el que tuvo la intención de robar..., ¡porque es un robo...!, el viejo coche de Búfalo para irse de aquí. Solamente se prestó a conducir a Pablo y a

Merlerin a París, de donde pensaban volver todos al día siguiente. ¡Sólo que al día siguiente, ni «Bidule», ni compañeros...! Éstos son los hechos. ¡Búfalo, tu opinión, en primer lugar!

Búfalo carraspea y se excusa: ¡a los muchachos les corresponde decidir! Sólo hace constar:

—¡«Bidule» ya no era mío! Fe lo había dado al Fentro...

—¡Todavía es más grave! —dijo uno de los chicos.

—Sí y no —opina Colmillo Blanco—. De todas maneras, Marco no es más que cómplice... ¡Doganat, tienes la palabra!

Terciopelo estaba emocionado: «¡Mierda, no me acuerdo de nada!». Comenzó, sin embargo, con voz demudada:

—Yo... querría decir dos..., ¡no!, tres, y aun..., en fin, ¡ya veremos!, tres cosas en favor de Marco. En primer lugar había jurado hace tiempo al Caíd, ¡a Merlerin, vaya!, que era el jefe de su banda, prestarle todos los servicios que le pidiese. En segundo lugar, Marco no recibió visita ni carta de su familia desde... —Uno de los seis de la Beneficencia hace un gesto de indiferencia—. ¿Qué tienes tú que decir? ¡Esto pesa, sin duda!

—¿En tercer lugar? —continúa Colmillo Blanco.

—En tercer lugar, entre su marcha y su regreso, todo el Centro estaba en vacaciones de Navidad. Por lo tanto...

—¿Por lo tanto qué? —respondió el maestro—. Si cada domingo se largan los muchachos sin avisar y «pidiendo prestados» los medios de locomoción que no les pertenecen, no me queda más que echar la llave por debajo de la puerta, querido... ¡A pesar de que ni hay llave ni puerta! —añadió, pero nadie pensó en sonreír—. ¿No tenéis ninguna pregunta que hacer a Doganat? ¡Bueno!, ¡ve a buscar a Marco!

Antes de abrir la puerta, Terciopelo estrecha la mano de su «culpable»: esta vez es él quien está interpretando una película... Marco entra con los dientes apretados y la nariz llena de menudas gotas de sudor; se aparta los cabellos rubios de delante de los ojos, que brillan mucho.

—Marco —dijo precipitadamente Colmillo Blanco al verlo—, todos somos amigos tuyos. Hiciste una tontería; no te sentirás tranquilo hasta que la hayas reparado. ¿De qué modo? Precisamente es lo que tenemos que buscar «juntos».

—No tengo nada que decir en mi defensa —dijo Marco con dignidad.

—¡Ya habló Doganat por ti! —respondió Colmillo Blanco bondadosamente—. Vosotros, ¿tenéis alguna pregunta que hacer?

—¿Habrías cometido, Marco, tu falta —preguntó un compañero del Pabellón 3— si la señorita Francisca hubiera estado allí?

—No —respondió Marco, y se sintió enrojecer.

—Ya ves, lo que encuentro repugnante —respondió otro— es que hubieras esperado a que todos se hubiesen marchado: la señorita Francisca, Mamy, Colmillo Blanco y Búfalo...

—¡Eso es lo que él les dijo a los otros! —respondió Terciopelo—. ¿Verdad, Marco, que se lo dijiste?

—Sí.

—¡Golpear a un maestro, robar un coche, eso deshonra a un Centro! —declaró un pequeño indignado.

Terciopelo se enfrentó con él.

—¡Tienes razón! ¡Pablo y Merlerin se deshonraron! Pero Marco quiso hacer honor a su juramento...

—¡Un juramento estúpido! —murmuró otro del jurado.

—Cuando Marco lo prestó —intervino Colmillo Blanco— quizá no tenía las mismas ideas que ahora. No se puede reprochar a una persona que sea fiel, aunque su fidelidad sea equivocada... Marco, sal un instante, ¿quieres?

Pero el instante se prolonga porque los muchachos discuten de firme. Todos buscan por turno sanciones ejemplares y la gracia de amnistía. Dentro de todos los franceses dormitan Saint-Just y *Mr. Fallières*... Marco, con el estómago dolorido, recorre a pasos largos el pasillo. «¡Van a ponerme de patitas en la puerta del Centro, seguramente...! Van... ¡Ah, es igual...!».

Terciopelo va a buscarle y le apunta: «¡Esto marcha bien!».

—Marco —comienza Colmillo Blanco—, alguien acaba de tener una idea que todos encontramos buena: «serás tú mismo quien señale el castigo», y cuenta de antemano con que aceptaremos tu decisión.

No pudo soportar Marco aquellas ocho miradas amistosas sobre él. Esperaba la reprensión, no la indulgencia; lloró sin un movimiento, casi sin darse cuenta. «¡Qué personas tan buenas, y yo qué miserable...!».

Y, naturalmente, va a aplicarse una pena excesiva y contra la que un momento antes se hubiera rebelado.

—Me prohíbo toda visita y toda salida durante dos meses —pronunció con voz apagada.

—No —atajó Colmillo Blanco—, durante dos semanas. ¡Danos la mano a todos, querido!

Aquella misma tarde, los Seis elaboraron un «Código de Honor de Ternery» que sometieron a los Sesenta para su ratificación y que entregaron

luego solemnemente a los jefes. Aquella misma noche, Colmillo Blanco preguntó a Alain Robert si consentía en ser padrino de Pascual. El niño salvaje frunció las cejas y se precipitó sobre el adulto, como para pegarle.

—¿No es una broma? ¿No es una broma?

Colmillo Blanco sacudió la cabeza.

—No, querido: es Mamy, a quien telefoneé hace un rato...

—¡Oh, jefe, jefe...!

Se ahogaba de alegría, de orgullo: quiso sonarse, no tenía pañuelo y sorbió; por primera vez en su vida lloró de placer. «¡Éste es el gran día!», pensó Colmillo Blanco.

Marco, Alain Robert... El señor Lamy, desde lejos, acaba de lograr triunfo sobre triunfo.

Pablo y Merlerin no fueron juzgados hasta tres semanas después. El señor Lamy quería documentarse con todos los informes posibles; y el Caíd pudo añadir a su colección «mi» psiquiatra y «mi» psicólogo.

Pablo fue destinado a Beaufort, internado penitenciario cuyo nombre era pronunciado con terror en todos aquellos Centros, en los que, sin embargo, diez años antes, reinaba exactamente el mismo régimen que en Beaufort.

—Dentro de dos años tendrás dieciocho —dijo el señor Lamy a Pablo—; ¡no cometas una segunda estupidez! ¡Porque entonces irás a Fresnes, ya lo sabes! No querrás estar encerrado toda la vida a costa del Estado, ¿verdad?

Encerrado... ¿Qué había también encerrado tras aquel rostro de piedra oscura? Eran otros culpables, desconocidos para el mismo Pablo, los que Lamy condenaba en aquel muchacho: el dueño de la taberna donde se emborrachaba su abuelo; el negociante al por mayor de africanos del Norte que había importado a los amantes de su madre; el Presidente Director General, que a la vista de un informe sobre la producción cerró el taller de su padre (sin preguntarse si existirían otras soluciones); el ministro que anuló las únicas leyes antialcohólicas capaces de salvar el país, porque habían sido dictadas bajo otro régimen; el productor de películas «prohibidas para menores de dieciséis años»; el redactor jefe de una revista de sucesos... Eran gentes poderosas, condecoradas (algunos iban a misa los domingos), a quienes el señor Lamy hubiera condenado, pero a quien condenaba de hecho era a «Pablo el Invencible, el hijo de la desgracia...».

En cuanto a Pedro Merlerin, el juez decidió enviarlo a la «Mano Tendida».

—¿No tiene tendencias comunistas el encargado de ese Hogar? —inquirió el señor Doublet después de la audiencia.

—Tendencias no —respondió tranquilamente el señor Lamy—; convicciones absolutas; al fin y al cabo, lo mismo que toda la familia Merlerin y que casi toda la población de Carrières...

Colmillo Blanco decidió ir a ver a Vémard, el fundador de la «Mano Tendida», para hablarle del Caíd. Lo encontró en un cuarto casi vacío, ante una mesa en desorden. «¡Tampoco el papel es su fuerte!», pensó Colmillo Blanco. Conocía su pasión por el niño, su actuación sincera, y los resultados extraordinarios que obtenía en casos desesperados: sabía también que era el blanco de muchas flechas; por instinto lo estimaba.

—«Se desean muchachos incorregibles presentados por sus educadores». ¡Esto es lo que debería fijar en mi puerta! —exclamó Vémard.

Se miraron sonriendo. Una tempestad de cabellos sobre una frente muy ancha, lentes ante una mirada soñadora, dientes que el tabaco había estropeado: ¡exactamente lo contrario de la fisonomía de Colmillo Blanco! ¿De qué procedía entonces que se asemejasen?

—Merlerin no es un mal muchacho, pero es un caíd: contagiaría a todo Terneray...

—¡Aquí, ningún peligro! No puede «contagiar» a todo París, a toda Francia; y nuestros muchachos están repartidos por todas partes hasta Casablanca.

—¿Quién los vigila?

—Una red de amigos, de todos los pelajes y oficios. ¡No soy partidario de fabricar individuos en serie, ya lo sabe usted!

—¿Dice usted eso por Terneray? —preguntó Colmillo Blanco riendo.

—Por el conjunto del sistema. No tengo fe en él. Los muchachos de aquí salen casi todos de la clase obrera; mientras que en esos Centros están ustedes enteramente apartados de la clase obrera...

—Es cierto, pero no del trabajo de los obreros; allí se aprende un oficio...

—El hierro y la madera, la madera y el hierro, ¡ya sé! Con un atraso de veinte años: como en la Beneficencia Pública, que coloca aún a sus acogidos de mozos de granja, y a sus chicas de criadas... ¡Su Código del Trabajo es la Biblioteca Rosa!, ¡su superintendente, la condesa de Segur!

—Hablemos con franqueza —dijo Colmillo Blanco, encendiendo su corta pipa—. Soy cristiano y antiguo escultista; usted es comunista. Nuestra ideología debe parecerle a usted...

—¡Sentimental, muy sentimental...! «Un ojo en los muchachos y un ojo en el cielo» es el lema del viejo Baden-Powell, vuestro maestro. Pero es la mejor manera de volverse bizco, ¿verdad?

—Un ojo sobre lo que debían ser y un ojo sobre lo que son ¡no es tampoco gran cosa ese punto de vista!

—Tienen menos necesidad de organizadores de juegos que de compañeros de trabajo, ¡créame usted!

—Desconfío un poco del concepto «profesional» de la vida. Es el que reinaba en el primer Centro en que trabajé. Había allí un taller de cerrajería y se concedían diplomas a los mejores aprendices. El día en que recibieron el suyo oí a uno de los muchachos decir a su compañero: «¡Ahora, las cajas de caudales serán nuestras!».

Vémard se echó hacia atrás en la silla; cuando se reía, los ojos llegaban a desaparecerle enteramente tras de los lentes.

—¿Y las deformaciones profesionales de los adultos? —continuó—. Piense en los pobres niños oprimidos entre el «detectivismo» de la asistencia social, el fatalismo del médico, el optimismo del educador...

—Y al juez, ¿qué le reprocha usted?

—Su paternalismo.

—¡Ah, ésa es la gran palabra! Unida a la palabra «burgués», es la gran injuria. Quisiera comprenderlo siquiera una vez en mi vida...

Vémard, a su vez, sacó una pipa de un cajón, la examinó, la tiró y cogió otra pipa de un segundo cajón; la llenó y la encendió.

—El paternalismo —dijo pensando las palabras— consiste en hacer esfuerzos meritorios para procurar a los demás no la dicha que desean, sino la que se desea para ellos...

—¿Por ejemplo, construirles en Colombes una casa verdaderamente práctica en lugar del chalet suizo con que sueñan?

—¡No, pero hacer un depósito para carbón antes que una bañera, si se quiere evitar el escándalo de verles amontonar el carbón en la bañera...! Por lo demás, cuando no se ha sufrido es muy difícil no «inclinarse» hacia los demás..., y esto es paternalismo: «inclinarse hacia» en lugar de «estar entre»...

—¡Habla usted como cristiano!

—¡Porque Cristo era comunista!

—Entonces, ¿por qué lo persiguen ustedes?

—¡Dejemos eso! —dijo Vémard con bastante dureza.

—Sí, volvamos al paternalismo —dijo el otro después de dos o tres bocanadas—. Yo le comprendo a usted muy bien, pero le creo injusto: el juez... —Iba a añadir Lamy—. El juez no es paternalista, sino «paternal»...

—Debería ser «padre»...

—Y de los que juzgan a los jueces, ¿qué hay que pensar? —preguntó Colmillo Blanco, riendo.

Llamaron a la puerta. «¡Entra!», gritó Vémard.

—¡Cómo, un antiguo conocido! —murmuró Colmillo Blanco—. ¡Hola, Marcelo! —Era el camarada Albino que había ido a pedirle dinero un domingo de noviembre.

—¡Se le saluda, jefe! —dijo el muchacho, llevando de uno a otro su perezosa mirada de carnero—. ¡Se le saluda, jefe!

—No me llames así, Albino —dijo Vémard—; si yo fuese de veras tu «jefe» seguirías mis consejos, y tengo la impresión de que ocurre todo lo contrario... Bien, ¿qué pasa?

—Estoy en un gran compromiso...

«Es su prelude habitual —pensó Colmillo Blanco—: me he dejado coger... ¡Vamos, Vémard!».

—¡Escucha!, Albino, el tiempo es dinero, seguramente lo habrás oído decir. Tú quizá no estés apurado, pero yo sí lo estoy. Pon un billete de cien francos debajo de aquel encendedor: eso te dará derecho a cinco minutos de conversación, ¡pero cinco minutos es mucho tiempo!

Las pestañas blancas de Marcelo se batieron precipitadamente como alas; abrió la boca, pero no dijo nada, sacó un billete y lo depositó bajo el encendedor. Vémard miró la hora en su reloj de pulsera.

—¡Bueno, vamos a ello!

El otro se lanzó, como un ave marina, con gestos torpes de sus brazos blancos y miradas evasivas. Hubiera querido no emplear argumentos ya alegados en Terneray, pero ¿cómo encontrarlos? ¡Había sableado a tantas personas desde noviembre...! Esta vez se trataba de la sepultura de su madre: el plazo de concesión expiraba y forzosamente... Vémard lo escuchaba muy serio y le hacía preguntas determinadas que arrastraban al muchacho a otras mentiras. Ya estaba contando toda la historia de la familia: el tío Adriano, aquel borracho empedernido...; el primo Esteban, aquel holgazán...

—Lo siento —dijo de repente Vémard, dejando su pipa—; hace cinco minutos que estás hablando, y sinceramente, no me has convencido; si quieres arriesgarte, págate otros cinco minutos; son cien francos...

—¡Hasta la vista, jefe! —dijo Albino sin rencor aparente; y se batió en retirada apresuradamente como si el taxímetro estuviese corriendo.

—¡Adiós, querido!

Vémard se echó hacia atrás para reír a su gusto y luego tendió a Colmillo Blanco el billete.

—Devuelvo estos francos a la caja de Terneray; ¡la habrá aligerado más de una vez!

—Y a Merlerin, ¿cómo va usted a acogerle?

—Como a los demás: hablándole de todo menos de él. ¡Así cambiará! Espera las pruebas psicológicas; sabe con anticipación las respuestas: el psiquiatra, la asistencia social y el juez hicieron de él un perro sabio que conoce de memoria su genealogía... ¡Pero yo me burlo de ella! Sólo me interesa una cosa: sus proyectos.

—¿Y si no los tiene?

—Los tiene, pero absurdos. Después de haber estado en una docena de Centros, un muchacho de dieciocho años tiene una experiencia social de... ¡ah!; ¡pongamos doce años! Sólo que si le digo que sus proyectos son absurdos, no me creerá; si son compañeros de su edad los que se lo demuestran, ya es mejor; y si él lo comprueba por sí mismo al intentar realizarlos, entonces es asunto ganado...

—¡Bueno! Pero ¿en la práctica...?

—Esta misma tarde, sus compañeros de aquí discutirán con él sus posibilidades de vida. La misma noche será preciso que se busque un cuarto, porque en la vida real escasean. Y al día siguiente, trabajo; porque en la vida real, etcétera... Se trata de engranarlo, ¿comprende usted? Y si la sociedad estuviese algo mejor organizada, si el trabajo ofreciera salidas, la actividad lo absorbería hasta el fin, y estaría salvado. La mayor necesidad que tiene un chico es la de perspectivas, proyectos...

—Conozco los de Merlerin: quiere ser marino.

—¿Por qué no?

—¡Porque no está formado para eso; se lo repetí veinte veces!

—Los compañeros que lo han intentado tratarán de demostrárselo. Si no los cree, lo mando a Marsella; y si no nos equivocamos, volverá dentro de quince días...

—¡A menos que allí se las arregle él solo!

—¡Riesgo por riesgo, prefiero éste! Y además... —Sonó el teléfono—. ¡Dispense usted! Aló... ¡Ah!, ¿eres tú, Santiago? —«Un compañero de Limoges», le dijo a Colmillo Blanco—. Vamos... ¡Es lo mismo que yo pensaba...! ¿No está decepcionado el muchacho? ¡Entonces envíamelo! Toma el billete tú mismo y mételo en el tren... ¡Gracias, querido! A la recíproca... ¡Vaya, adiós! —Colgó y se volvió hacia Colmillo Blanco—. Un chico que quería ser agricultor cuando tiene disposiciones para ser mecánico.

Ahora se convenció. ¡Mientras que en esos Centros, si lo hubiesen ustedes obligado a ir al taller, se escaparía diez veces!

—Su sistema se sostiene... —comenzó Colmillo Blanco.

—¡Precisamente porque no es un «sistema»!

—Sí, y el nuestro igual. Pero nuestro error, el de los dos, es creer universal nuestro sistema. Cada niño...

—... ¡Es único e irremplazable!; ya lo sé. Sólo que mire usted: pronto hará dos mil años que funciona el sistema cristiano y los resultados son más bien medianos, ¿no le parece a usted? ¡Entonces prefiero ensayar otro... reino que no sea el de Dios!

—¡Confiese usted que es muy cómodo —dijo Colmillo Blanco dulcemente— contar en todas partes y siempre con cristianos que tapen los agujeros! ¡Para dar más de lo que reciben, para pensar en otros más que en sí mismos...! ¡Siempre los necesitaréis!

Vémard se inclinó hacia él.

—Precisamente, de lo que se trata es de crear un mundo en el que los cristianos sean cada vez más inútiles. ¿Perseguirlos? ¡Sería concederles demasiada importancia! Día vendrá en que sólo tengan un valor histórico. Las iglesias no serán destruidas, estarán vacías.

—Basta un cristiano para llenar una iglesia —dijo Colmillo Blanco—; nosotros no trabajamos a la misma escala... Nosotros os servimos de barómetro, dice usted: mientras existamos es que habéis fracasado... Pero tenemos la contraria: si existís es porque nosotros hemos fracasado... ¡De momento nos somos bastante útiles unos a otros! De todas maneras, aunque tengamos uno de nuestros ojos puesto en el cielo, o en el Este, lo que importa es que tanto usted como yo tengamos el otro puesto en los niños...

—Le llaman a usted Colmillo Blanco, ¿verdad? —preguntó Vémard al cabo de un rato—. Todos estos sobrenombres me parecen ridículos, pero el de usted me agrada... ¡Significa también que tiene usted el diente duro!

—¡Para jugar, pero no para morder!

—¿No le habré ofendido a usted?

—¡Imposible hacernos daño uno a otro, Vémard! Tenemos un amor común: el niño, y una tarea por delante que jamás tiene fin. Cuando se comparte el mismo amor se puede ser apasionado, pero no sectario... Merlerin está a punto de llegar —añadió Colmillo Blanco—; ¡sáquelo usted adelante, ya que yo he fracasado!

Se apretaron la mano. Cada uno de ellos creía que sentía más pena que el otro por esta separación y los dos se equivocaban.

En la habitación próxima Pedro Merlerin repasaba su historia: versión para médicos, para policías y para curas: no sabía aún a cuál de las tres razas pertenecía el individuo al cual lo entregaban... Compuso una fisonomía a la vez dócil y altiva capaz de «tranquilizar a cualquier educador». «¡Lo conquistaré como a todos!», pensaba; lo que no sospechaba era que Vémond, al otro lado del tabique, se estaba haciendo la misma reflexión.

En la relación de asuntos para su última audiencia en el Tribunal de Menores, el señor Lamy hizo incluir a todos los que deseaba ver dirigidos o calificados a su gusto. Su prisa es la del desertor; su meticulosidad, la del jubilado: cree que es las dos cosas y se siente completamente desgraciado. Ha vuelto a estudiar cada expediente. De noche, cuando duermen todos los Ternera de Francia, la blanca mano del señor Lamy vuelve las hojas en que, escritos con indiferencia, se consignan desfallecimientos, recaídas, promesas de niños sometidos a la justicia. Y piensa incesantemente que mañana será Doublet quien consulte aquellos papeles con mirada fría: con unos ojos que nunca miraron los rostros. Mandó citar, para esta última audiencia, a los que interesaban más a su corazón; y el último de la relación es Marco Forgeot.

—¿Quién...? ¡Buenos días, señor Lamy! ¿Qué sucede?

Es Marco, que acaba de entrar con los dientes apretados, los puños crispados y la mirada dura.

—¿Aún no aprendiste a tener confianza en mí?

—Sí, señor Lamy. Pero esta convocatoria: «solicitud de revisión»...

—Está en papel azul: ¡el azul es alegre! ¡Vamos, no te preocupes...! ¿Cómo marchan las cosas en Ternera? ¿Volvió la señorita Francisca?

—Sí, pero Colmillo Blanco le adjudicó el Pabellón 1, ¡no sé por qué!

—Quizá para que algunos no vuelvan a encariñarse demasiado con ella, puesto que tiene que marcharse. ¿Qué piensas sobre eso?

—Quizá —dijo Marco, enrojando y echando hacia atrás el pelo con dos movimientos de cabeza.

—¿Y cómo le va a tu amigo Alain Robert?

—Colmillo Blanco le dejó venir conmigo...

—¡Está aquí! ¡Ve a buscarlo, Marco!

—Pero esta citac...

—¡Ve a buscarlo!

El señor Lamy sonrió de antemano y cerró los párpados para ver mejor los rizos lustrosos, las cejas fruncidas, la boca entreabierta y las mangas excesivamente largas... «¡Entrad!».

Aquí están ante él...

—¡Hola, querido!, ¿qué hay de nuevo por Terneray?

—Pascual —responde Alain Robert sin ninguna vacilación.

—¿Quién es?

—El hijito de Mamy: tiene treinta y seis, ¡no!, treinta y siete días. ¿Y sabe usted quién es su padrino? Soy yo —añadió precipitadamente.

—¿Tú? ¡Eso es sensacional!

—¡Sólo que es un trabajo hacerle dormir y darle de beber! Porque *estamos* obligados a ayudarle con el biberón... La leche en polvo es lo que digiere mejor... ¡Yo no estoy nunca tranquilo! ¿No sabe usted que si se acuestan sobre el vientre, pueden ahogarse...?

—¿De veras?

—¡Sí, sí! Y ese pequeño es tan fuerte, que siempre estoy pensando... ¡Ya ves, Marco, no debía haber venido!

—Ya sabes —dijo el señor Lamy, muy serio— que Mamy cuidará de él en tu ausencia... ¡Ah!, es la hora de audiencia. Entra en la sala, Alain Robert. ¿Están aquí tus padres, Marco?

—Sí, y Jojó también. El señor Darrier ha dicho...

—Vendrá, no te impacientes.

—Sin embargo —dijo Marco—, esta citación...

Pero Lamy ya había salido.

A las seis, al terminar la audiencia, el alguacil llamó: «¡Marco Forgeot...! ¿Están ahí los padres? Entonces siéntense delante... No, los dos en el mismo banco...». Marco se sienta frente al tribunal. Jojó, desde el fondo de la sala, grita: «Buenos días». Alain Robert pone sobre los labios la mitad del dedo que emerge de su manga; Jojó le dice: «¡Pero si es Marco!»; el guardia hace «¡Chist!».

—Marco —habla el señor Lamy—, te hice venir porque deseaba, con la conformidad del ministerio público, cambiar mi decisión respecto a ti. Estás en Terneray, pero si no tienes inconveniente puedo devolverte a tu familia...

Los padres se levantan a la vez, y con la boca abierta y los ojos brillantes miran a Darrier; Marco levanta una mano como para llamar, bendecir, atrapar: luego la pone delante de su rostro para ocultarlo.

—¿Hay algún hecho nuevo que motive ese cambio de decisión? —preguntó el señor Doublet.

—Justamente. El señor letrado tiene la palabra.

Darrier se levantó, se quitó los lentes y su cara se rejuveneció de repente: el hombre joven se transformó en un niño triste, vestido de negro.

—El tribunal —comenzó con una voz que apenas reconocía Marco— se servirá excusar mi emoción. Pero acaban de remitirme el siguiente telegrama: «Francisco fue encontrado esta noche ahorcado en el gimnasio. Sigue carta». Un niño al que yo defendía y al que procuré proteger durante tres años, se suicidó esta noche, porque ayer le comunicaron la muerte de su padre... ¿Qué relación tiene con nuestro asunto, con esta audiencia? Perdonadme si veo en este drama una relación inmediata, imperiosa, con todos los asuntos que se juzgan y se juzgarán aquí. Porque, en pocas palabras, la historia es ésta: Francisco había perdido a su madre cinco años antes; y el padre de Francisco se quedó sin empleo hace cuatro años. Vivían los dos en una miseria absoluta, ¡pero juntos! El tribunal, informado por la celosa beneficencia social, pensó que la mejor solución, para que Francisco estuviese mejor alimentado, mejor vestido y mejor educado, era la de quitárselo a su padre provisionalmente y llevarlo a un Centro. Fui a verlo allí; lo encontré tranquilo. Fui a visitar a su padre, lo encontré resignado. Pero uno y otro tenían la misma mirada vaga. Llamé la atención del tribunal, en vano: una mirada no es un nuevo hecho... El padre murió anteayer, de pena y de soledad; Francisco se mató esta noche. Ha ido a reunirse con él...

La voz de Darrier se tornó ronca. Comenzó una frase, se detuvo, y dijo a media voz:

—Pido al tribunal que me disculpe... Es preciso —continuó después de un espacio que pareció muy largo— que el tribunal se percate, de que los niños no viven solamente de alimento y aire puro; y por desagradable que pueda parecer esto, sabed que las durezas de una madre les hacen más falta que la ternura de una encargada de pabellón. Es preciso que sepa el tribunal que los niños mueren de amor.

»Ahora os suplico que devolváis éste a su familia. ¿Un hecho nuevo? Sépalo usted, señor fiscal: se ha conseguido para los Forgeot una vivienda habitable: Marco y su hermano tendrán de aquí en adelante su cuarto. Por lo tanto, ya no volveréis a oír hablar aquí de Marco Forgeot. Será un niño como los demás, porque en lugar de dormir cuatro en una sola habitación, junto a un depósito de basura, esta familia va a vivir y respirar como las demás familias. ¡Pero —continuó Darrier— ese innoble zaquizamí que abandonan, ya se lo disputan otros! ¡Y pronto, no lo dudéis, comparecerá ante vosotros un nuevo Marco, ladrón y fugitivo, por culpa del tugurio! Y vosotros creeréis salvarlo alejándolo de los suyos. Pero cuando se corta la rama de un árbol, la rama se muere y el árbol sufre. ¡No es al niño a quien habrá que juzgar, sino a sus padres! ¡Y no es a los padres a quienes hay que condenar, sino al tugurio, a la

taberna, al paro forzoso! El tribunal sabe ya todo eso; pero es preciso repetírselo algunas veces para no perder de vista el único camino que conduce a la Esperanza... ¿Catorce mil niños juzgados cada año? ¡Vamos!, ¡habría que librarse de eso! Cuando se construye un hospital, un sanatorio o un instituto anticanceroso, se sabe “ya”, al poner la primera piedra, que cuando se termine será demasiado pequeño... Pero cuando se prepara un Centro o un Hogar de semilibertad, se tiene la certeza de que será suficiente. En este siglo de preocupaciones, en este país de fantasmas, éste es el problema que hay que estudiar: ¡el de la infancia delincuente!; ¡uno de los temas de nuestra carrera, al fin y a la postre! “Se podrá poner diques, contener y reducir el río en su desembocadura, pero seguimos siendo impotentes para dominar sus fuentes”. ¿Hasta cuándo tendremos que edificar Internados de Reeducción, en lugar de construir viviendas humanas, abrir asilos o prisiones en lugar de cerrar establecimientos de bebidas, juzgar a los niños en vez de salvar a los padres? ¿Hasta cuándo...?

»He terminado —dijo poniéndose las gafas—. Una vez más pido perdón al tribunal. El carácter algo especial y muy conmovedor para nosotros de esta audiencia, la certeza de que mi demanda relativa a Marco Forgeot será acogida, la dramática noticia que acababa de recibir, todo eso me incitó sin duda a salir de los límites de mi función. Me entrego y entrego a toda la familia Forgeot a la benevolencia del tribunal...

—Señor defensor —dijo Lamy sin sonreír—, si usted se salió de sus funciones, hace diez años que yo me estoy saliendo indudablemente de las mías. El tribunal se lo agradece.

La deliberación fue breve: se cruzan unas miradas entre el juez y el fiscal, se cuchichean algunas palabras con los asesores, y el señor Lamy anuncia que Marco será devuelto a su familia. Entonces ocurrió una cosa que el señor Doublet y el padre y el abuelo del señor Doublet no habían visto jamás: el «acusado» dio un grito de indio, corrió al fondo de la sala, cogió a Jojó en los brazos y lo llevó hasta el tribunal.

—¡Da las gracias al señor Lamy, Jojó! ¡Dale las gracias!

—Gracias —dijo una vocecita.

Después, todos los miembros de la familia Forgeot se besaron lo menos dos veces en cada mejilla, formando una masa a la que se incorporó Alain Robert, venido de los últimos bancos. Darrier, con sus alas negras, empujó aquel racimo de felicidad hasta el extremo de la sala.

—¡Oíd —dijo el señor Lamy bondadosamente—, ya continuaréis las efusiones en casa...! Marco, no quisiera hablar de cosas pasadas, pero el

coche de Terneray continúa en depósito. Hay que llevarlo allá: Colmillo Blanco cuenta contigo.

El señor Lamy ordenó los últimos expedientes, arregló el fichero y extendió sus dos manos sobre la mesa vacía. «Nada más, no puedo hacer más...», se dijo, pero no sentía ninguna satisfacción; era más una confesión de impotencia que una certeza del deber cumplido. Miró uno por uno los retratos de niños que sonreían desde las paredes de su despacho; compañeros de diez años de lucha, pero ellos no habían envejecido... «¡Vaya, me destierran al terciopelo rojo, a la pompa, y sobre todo al papel, siempre más papel! —pensó mientras cerraba su cajón vacío—. Y si quiero conservar contacto con mis gentes no me iré al campo ni a oír cantar los grillos, sino a las prisiones, al silencio de las prisiones...».

Las campanas de Notre Dame sonaron gravemente dos veces. Solamente con oírlas, un ciego hubiera adivinado que era invierno y noche cerrada... «¡Cómo!, ¿las siete y media ya?»... No, eran las ocho y media. El señor Lamy se levantó y salió de su despacho: andaba con pasos de convaleciente, con la mirada en el suelo y el rostro helado. Apagó todas las luces que iba dejando tras de sí. Cuando entró en la antesala, siempre desierta a aquella hora, vislumbró una silueta arrinconada cerca de la puerta, en lo más oscuro. Se agitó su corazón. «Olvidé a alguien..., a un niño, pero ¿cuál...?». Se acercó: era Gerardo. Cansado de esperar, se había dormido allí. Lo despertó con dulzura, pero con prisa: para no tener delante más tiempo aquel rostro de desconocido, aquella máscara del dolor secreto que sin darse cuenta le daba el sueño.

—Gerardo, hijo mío, perdóname...

—¡Hiciste bien, papá!

Caminaron a lo largo de la Santa Capilla, después de los muros negros, con el mismo paso y sin hablar palabra.

—Papá, ya sé en qué piensas —dijo de pronto Gerardo—; en todos esos niños por los que desde mañana ya no podrás hacer nada...

—Es verdad.

—Pues bien, yo esta noche pienso en todos los que has salvado...

—¡Salvado! —dijo el señor Lamy, sonriendo tristemente—; salvado es mucho decir, Gerardo. Te emplazo para dentro de diez años...

—¿Diez años? ¡Entonces serás tú el que nombre los jueces de Menores...! Cuando yo era pequeño y quería ser soldado, me respondías siempre: «Si verdaderamente lo deseas, entonces hazte oficial. ¡Hay que mirar siempre más arriba!, y no por ambición: por deber...».

—Eso es lo que decía —murmuró el señor Lamy.

Las fachadas del Palacio y de la Catedral estaban apagadas; pero la Prefectura de Policía y el Hospital mostraban todas sus ventanas iluminadas. Camiones azules se estacionaban delante de una, ambulancias ante el otro. «Así son las cosas —pensaba el señor Lamy—; la policía vela y la justicia duerme; el Dolor ilumina la noche, pero el Consuelo cerró sus puertas. ¡Qué mundo tan triste...!».

Levantó la mirada. En el cielo, la tenebrosa peregrinación de las nubes proseguía en silencio. La luna, luna obstinada, como un barquito, afrontaba aquella marea, nocturna. Por momentos las negras olas la sumergían; pero reaparecía frágil y terca, como la imagen de la Esperanza. En el atrio de Notre Dame una bandada de gorriones, como simiente arrojada por un sembrador invisible, se echó a volar y fue a posarse más lejos. Las más gráciles de las criaturas atravesaban el invierno a fuerza de inconsciencia y de confianza, semejantes a aquellos mendigos del muelle opuesto, cuyas improvisadas hogueras rompían la oscuridad. ¡La Esperanza!, ¡la esperanza, que hace correr a los perros perdidos durante días enteros!; ¡la esperanza, que lanza a los caminos a los niños abandonados!; ¡la esperanza, privilegio de los niños y de los pobres! «Vamos —se dijo el señor Lamy—, el sol saldrá mañana..., más aún..., en este mismo instante se levanta ya en alguna parte. En este mismo instante, durante mi noche, un hombre de alguna otra parte abre sus contraventanas y cierra sus ojos ante el sol naciente. Y desfallece de dicha, porque éste es el primer día de primavera en su país, y ya había olvidado, hacía mucho tiempo, aquella tibia brisa en su semblante. Quizás en este mismo momento de mi desesperanza, una llamada misteriosa oprime el corazón de un joven: salvar niños, reparar la injusticia, preparar un mundo habitable... Una herida incurable..., una vocación, quizás en aquel mismo momento...».

—Papá —dijo de pronto Gerardo—, ¿no crees que más tarde...?

Pero no continuó. El señor Lamy siguió escuchando y preguntó con gran dulzura:

—¿Más tarde?

—Nada —dijo Gerardo ruborizándose.

ADIÓS, PUES, HIJOS DE MI CORAZÓN

*Enero de 1954*

## **Notas**

[1] Alude al parecido entre la pronunciación de *Denfert* y la de *l'enfer* (el infierno) (ndt). <<